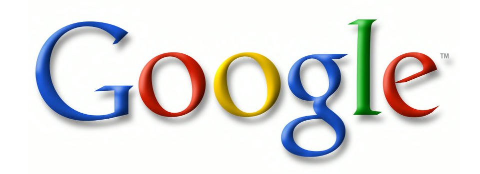


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

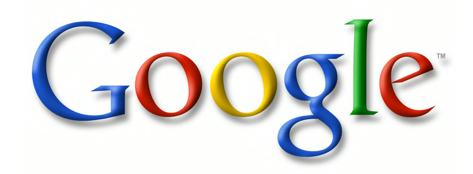
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

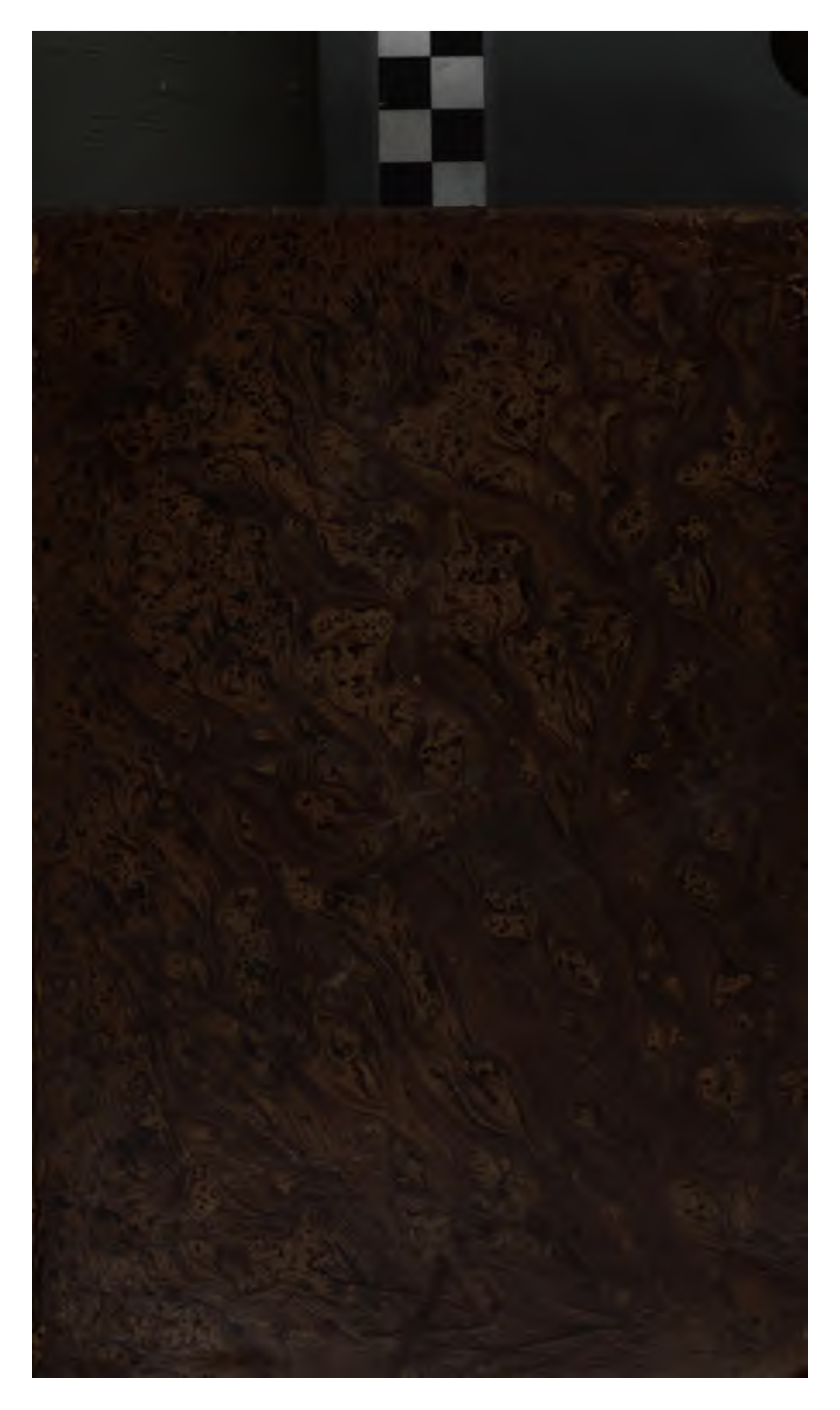
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

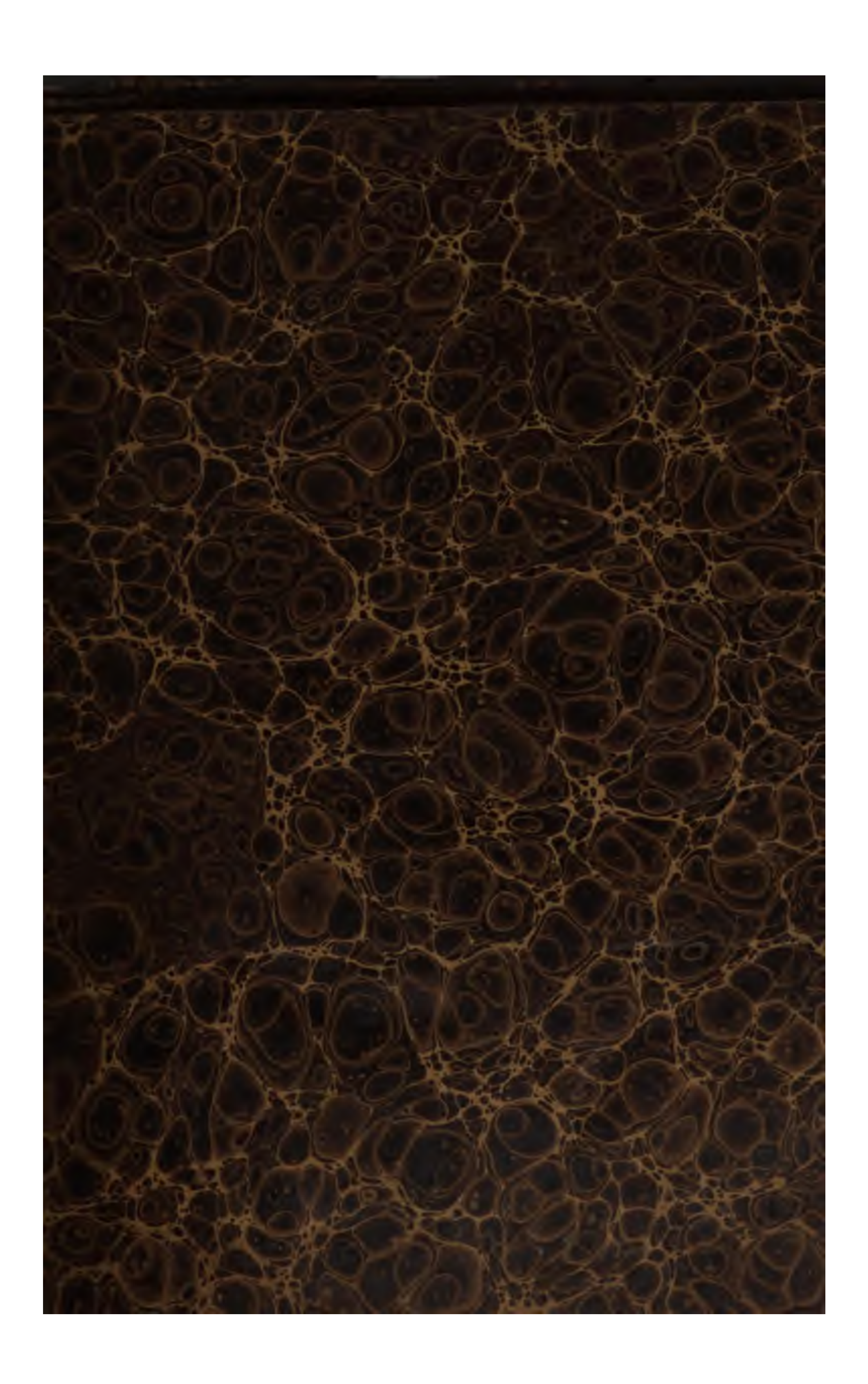
+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`




STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES



HISTORIA

DEL PERÚ

BAJO LOS BORBONES

1700–1821

POR

SEBASTIAN LORENTE.



LIMA

SE VENDE EN LAS LIBRERÍAS DE GIL Y AUBERT.

1871

Manuel Arias de Arica Sáenz

L87

HISTORIA
DEL PERÚ
BAJO LOS BORBONES.

LIBRO PRIMERO.

REINADO DE FELIPE V.

CAPÍTULO PRIMERO.

DON MELCHOR PORTOCARRERO, CONDE DE LA MONCLOVA.

1700—1705.

Con el advenimiento de los Borbones, que tuvo lugar al espirar el siglo xvii, principió para el Perú una nueva vida.

Desde que, por la elevacion de un nieto de Luis XIV al trono de España, dejó de haber Pirineos, segun la significativa expresion del monarca frances, salió la metrópoli de la postracion á que le habian reducido los últimos reyes de la dinastía austriaca, y las colonias hubieron de aprovechar de su movimiento regenerador, aunque siempre muy limitado por las mezquinas tendencias del coloniaje.

La larga guerra de sucesion, si fué muy fecunda en calamidades de todo género, no las hizo sentir

de lleno en el remoto vireinato; por un dichoso cambio de situacion internacional relajó los apretados lazos del monopolio, que paralizaban la industria; y al impulso de nuevos goces y de ideas más vastas fué saliendo gradualmente de su letargo secular el privilegiado país de los Incas, que, por su glorioso pasado y por sus elementos permanentes de grandeza, no podia despertar, sin sentir una aspiracion, cada dia más vehemente, á la independencia nacional. El progreso, desde luégo indeciso y poco aparente, no tardó en ser constante y manifiesto, fijándose más y más durante la dominacion de los Borbones el genio de la nacionalidad, como se habia ido acentuando el carácter social bajo la dinastía austriaca. Terminado apénas el primer cuarto del siglo XVIII, revelóse cierta inclinacion á la independencia, que habian de extender y fortificar las causas más variadas y áun las más opuestas. El pensamiento de la emancipacion se arraigó y se hizo al fin irresistible, por los adelantos y por las perturbaciones de la metrópoli, por las reformas y por los abusos de su gobierno, por las aspiraciones, ya liberales, ya egoistas de las potencias marítimas, por el ascendiente filosófico y revolucionario de la Francia, por el levantamiento general y feliz éxito de casi toda la América.

El cambio de dinastía, cuyas consecuencias habian de ser de tan alta trascendencia, se reconoció en el Perú con igual calma, y áun sin excitar más

la atencion, que el simple cambio de vireyes. Aunque el alto clero, apegado á la tradicion y todopoderoso bajo la anterior raza, habria dado la preferencia al pretendiente Cárlos de Austria sobre el aclamado Felipe V; los peruanos, que todavía no sabian pensar de otro modo que la córte, inclinaron su voluntad hácia el bando elegido por los castellanos; y su decision se afianzó, sabiendo, que el nuevo soberano habia sido designado por el difunto Cárlos II, cuyo testamento obtuvo la aprobacion del sumo Pontífice. La guerra de sucesion, que no tardó en estallar, convirtió aquella decision en entusiasmo; porque entre los enemigos de los Borbones se contaban los ingleses, los holandeses y los portugueses, detestados en el vireinato por sus repetidas hostilidades y por sus creencias, cuando ménos sospechosas. El recelo, que poco ántes inspiraban los franceses por sus empresas filibusteras y por los grandes males, que en su largo reinado infiriera Luis XIV á los dominios españoles, habia disminuido mucho desde que el gran rey se declaró protector del católico Jacobo II; desapareció al tomar bajo su poderosa proteccion á la España, y se cambió en aficion decidida despues que los buques franceses entraron en el Pacífico, sea como aliados, sea como comerciantes. Su alianza daba fundadas esperanzas de rechazar las formidables agresiones marítimas, que pudieran intentar de concierto las escuadras holandesas é inglesas. Su

comercio, no obstante seguir proscrito por la ley, satisfacia necesidades apremiantes y estaba en el interes del mayor número. Confundiéndose así la defensa de los Borbones con el sostenimiento de la religion, del rey y de la patria, todos quisieron alistarse en las milicias, rivalizando en ardimiento artesanos y estudiantes, caballeros y mercaderes, la casta privilegiada y la maltratada gente de color; cuantiosos donativos fueron ofrecidos por todas las clases para auxiliar á los guerreros de la península, y entre éstos ocuparon lugares eminentes algunos caudillos peruanos.

Bajo el Conde de la Monclova no ocurrieron notables hechos de armas en la vasta extension del vireinato. Las misiones, que el apostólico padre Fritz habia avanzado en la parte baja del Amazonas, comprometidas ya por las incursiones brasileras al fin del último reinado, se deshicieron completamente al principiar el siglo XVIII; porque no hubo medios de auxiliar á tan larga distancia, y al traves de regiones casi intransitables, á los indios Omaguas, que estaban decididos por el Perú. Como para resarcir estas pérdidas, se logró sin gran esfuerzo desalojar á los portugueses de la colonia del Sacramento, que habian establecido sin el menor obstáculo á la orilla izquierda del Plata, despues que el débil Cárlos II hubo de dar por no habida la victoria de los valientes destructores de su primer establecimiento.

La accion política del nuevo monarca no se dejaba sentir en beneficio del Perú, más que sus providencias militares. Absorbido por la guerra europea, sin la conciencia clara de las más urgentes reformas, y en la impotencia de realizar sus buenos deseos, apénas se hacia conocer su administracion, sino por la ineficacia de las mejoras proyectadas ó por la continuacion de abusos autorizados. A fin de atenuar graves excesos, se reprodujo la órden dada á principios del siglo XVII, para cerrar los conventillos, que no contáran con ocho religiosos; pero todavía subsistieron por muchos años conventos con dos ó tres frailes. El asiento de negros, que perpetuaba las iniquidades de la esclavitud con infelices robados al África, renovado con los portugueses en 1701, y rescindido tres años despues por causa de la guerra, no hizo sino cambiar los explotadores del inhumano privilegio.

El Virey, aunque pudiendo ejercer una accion más directa, no era más poderoso que el Monarca para hacer grandes mejoras. Su carácter, naturalmente poco enérgico, estaba gastado por los años; y poco podia intentar de estable, cuando desde el advenimiento de Felipe V tenia nombrado por sucesor al Marqués de Casteldosrius, que á la sazon se hallaba de embajador en la córte de Francia, y á quien cupo, por tanto, el honor de reconocerse el primer vasallo español de los Borbones. Sin embargo, por haberse dilatado la venida del Marqués,

continuó en el gobierno del Perú el Conde de la Monclova, hasta que falleció en 22 de Setiembre de 1705; y habia sido agraciado en sus últimos años con el título de Grande de España. Por su moderacion y benevolencia, en armonía con la índole suave y benéfica de los colonos, habia contribuido á atravesar el azaroso cambio dinástico sin violentas sacudidas; pero su debilidad y el influjo irresistible de las circunstancias habian desquiciado profundamente el sistema colonial, que por cierto debiera haber sufrido cambios radicales de parte de políticos bien intencionados y prudentes.

La córte, que siempre esperaba inapreciables ventajas del ruinoso monopolio de los galeones, habia reiterado las rigorosas órdenes que reducian el comercio de las inmensas colonias á las estrechas proporciones de una plaza bloqueada. Reales cédulas, expedidas en 11 de Marzo de 1704 y 3 de Junio de 1705, disponian que se aprendiera cualquier embarcacion de españoles ó franceses, arribada á alguno de los puertos del Pacífico, confiscándola junto con la carga, y formándose causa al cabo principal y á los demas, que conviniera. Se dejaba subsistir la pena capital contra cualquier otro navegante. Habian de ponerse guardias en todos los buques de guerra de S. M. Cristianísima, y no permitirles más comercio que el de 500 á 600 pesos, no consintiendo se acercára á ningun puerto el que no se sujetára á tales condiciones. Al mismo tiempo recomendaba el

Rey guardar las mayores deferencias á los vasallos de Luis XIV, y la necesidad imponia toda suerte de miramientos á poderosos aliados, que constituian la principal base de la defensa marítima. Difícil era conciliar tales atenciones con prohibiciones tan rigorosas, que, por otra parte, no podian tener cumplido efecto, por la necesidad de hallar en el tráfico prohibido los recursos acostumbrados del paralizado movimiento de los galeones, y por el interes, que los pueblos reconocieron en la compra de efectos mejores ó más baratos. Atraidos por el cebo de las grandes ganancias de los primeros, que se aventuraron á comerciar en el Pacífico, no tardaron en arribar á los principales desembarcaderos buques franceses, henchidos de toda suerte de géneros europeos. Sin sujecion á impuestos, ni restricciones, traficaban con Chile por casi todos sus puertos, con el alto Perú por Arica, con Moquegua por Ilo, con Arequipa por Aranta, y con la parte central del vireinato por Pisco y los demas embarcaderos próximos á Lima. Los comerciantes de la colonia hallaban en este contrabando la doble ventaja de surtirse á más bajo precio y de vender más caras las piñas, que no habian sujetado al pago del quinto. Sus ganancias se acrecieron por la concurrencia, que llegaron á hacerse los comerciantes franceses, quienes, habiendo sobrecargado sus buques de efectos, se apuraban á expenderlos áun con evidentes pérdidas. Los pueblos no sólo aprovechaban de la

extraordinaria baratura, sino que muchos, especialmente los pocos relacionados con Lima, lograron comodidades y saborearon goces, que ántes no conocian ó consideraban superiores á su alcance.

Por la profunda separacion entre los intereses sociales y los de la administracion, lo que era un beneficio para la sociedad, traia consigo la inmediata ruina del Gobierno. Faltando los derechos pagados por el comercio y defraudados los reales quintos, quedaba la Hacienda casi sin entradas, y era imposible satisfacer las más apremiantes atenciones del servicio. No pagándose á los mineros de Huancavelica, habia de suspenderse el beneficio del azogue, base de la explotacion de la plata, ó, lo que habia sucedido ántes en menor escala, continuar la extraccion clandestina del azogue, y con ella los demas fraudes de las minas. La tropa y la escuadra, mal asistidas, sólo podian formar fuerzas de parada y áun de puro nombre. Los presidios quedaban inseguros por la suspension de sus situados. El desconcierto, consumado en muchos ramos, se hacia inevitable en todos, por falta de recursos y de crédito. A la muerte del Virey sólo existian en las cajas de Lima 227.958 pesos, y éstos en calidad de depósito. De las provincias se esperaban 309.332 pesos 1 real. Las deudas contraidas por el fisco ascendian á 9.459.628 pesos 2 ½ rs., perteneciendo 4.566.907 pesos 4 rs. á la capital, y 4.892.720 pesos 6 ½ rs. á las otras cajas.

CAPÍTULO II.

LA AUDIENCIA.

1705—1707.

Si la autoridad acatada de un virey bienquisto no habia podido conservar en vigor el órden establecido, mal podria salvarlo la Audiencia, cuya accion se debilitaba por la division de pareceres entre sus miembros, y cuyo prestigio decaia con el corto período de su gobierno provisional. Conociendo su impotencia, no se propusieron los oidores cortar radicalmente el universal desórden, y pusieron su principal solicitud en aliviar la incurable dolencia de la Hacienda con los dos expedientes más generales y obvios, que eran la disminucion de los gastos y el aumento de las rentas.

Para gastar lo ménos posible, sólo se trató de satisfacer al menor costo las atenciones más apremiantes. Dejando pendientes nueve situados de Chile y diez de Buenos-Aires, se remitieron dos á Valdivia, obteniendo considerables rebajas en la compra y conduccion de efectos. A Panamá, que no podia ser desatendida, por ser allí constante el amago de los enemigos, se enviaron 200.000 pesos, ahorrando mucho en su trasporte, por haber hecho pesar sobre el contratista muchos gastos, con la ventaja de dejarle á la vuelta libertad de cargar

por su cuenta el bajel del Rey. En las raciones de tropa se consiguió una reduccion de más de dos tercios, pagándolas en plata á razon de 7 ½ pesos por plaza al mes, ó aproximadamente unos 24.000 pesos de gasto total al año, cuando en los años anteriores el costo mensual de cada soldado en víveres montaba, por várias causas, unos 25 pesos, y el total del año era de unos 162.610. La guarnicion del Callao debia reducirse á 250 hombres, y la guardia de palacio á 32 infantes y 50 caballos. A la refaccion de las murallas del Callao, muy maltratadas desde la construccion del muelle de piedra, se procuró atender con un ventajoso remate. Las obras precisas en los palacios de Lima y del Callao se hicieron con alguna economía, la que se obtuvo de mayor consideracion en la indispensable carena de la armada. Por razon de sueldos y censos sólo se dieron buenas cuentas. Para continuar las labores de Huancavelica se enviaron 240.000 pesos, dejando sin satisfacer los créditos de los mineros, obligándoles á entregar un quintal de azogue por cada 20 pesos, y reteniendo 38 de su importe líquido á cuenta de más de 800.000, que debia el gremio. Con instrucciones apremiantes á los oficiales reales de Potosí, se cobraron deudas de cierta cuantía. De esa manera pudo reunir el Tesoro, al fin de este período, más de un millon de pesos, que el Rey aguardaba con impaciencia, estando ya detenidos, muchos meses, los galeones en Cartagena de Indias.

El despacho de los galeones urgia tanto más, cuanto que su demora traia grandes gastos, perjudicaba á los cargadores de España y dañaba especialmente al influyente comercio de Sevilla. Solicitado el consulado de Lima para que activase la expedicion de los caudales, contestó que era imposible su salida para el istmo, empleándose todos en el más lucrativo y expedito comercio con los navíos franceses que llegaban de contínuo á los puertos del Pacífico. Miéntras ese estado de cosas no cambiára, la imposibilidad alegada era evidente, como lo era tambien el desfalco casi completo de la Hacienda por la defraudacion de los quintos. No habia, pues, otro remedio para ambos males que la eficaz persecucion del tráfico ilícito. Para combatirlo con más éxito, reprodujo la Audiencia las prohibiciones legales, reforzándolas con várias penas. Mas los comerciantes franceses, seguros de la impunidad, se presentaron osadamente en los principales puertos. Uno de ellos se detuvo en el Callao, despreciando toda suerte de providencias; para traficar más á las anchas, se fué á Chancay; y hostigado allí, volvió al puerto de la capital. Otros tres buques se estacionaron en Pisco, adonde acudieron á surtirse los comerciantes de Lima. Para atajar la escandalosa contravencion, se prohibió la salida de personas y caudales sin permiso del Gobierno, y se pusieron guardias en el tránsito de Pisco á Lima, con jefes de confianza. Los corregidores de las provincias y

comisionados particulares recibieron autorizacion para perseguir á los contrabandistas; y en efecto, se lograron valiosas capturas, no sólo junto á la costa, sino hasta en las cercanías de Guamanga; capturas que sirvieron, con la parte reservada al Rey, para costear los gastos de vigilancia. Mas los efectos apresados, léjos de hacer esperar la pronta extincion del contrabando, sólo servian á evidenciar su extension y la audacia de los contraventores.

Plenamente convencida de la ineficacia de sus esfuerzos, creyó la Audiencia, que la persecucion sería más activa cooperando á ella el Consulado, siempre que sus cargos fuesen ejercidos por personas de integridad y de notoria decision contra el tráfico ilícito. Acercándose la eleccion de prior y cónsul para el año de 1707, y recelando, con razon, que, por estar interesada en el contrabando la mayoría de comerciantes, recayese la eleccion en sujetos cuando ménos sospechosos de favorecer el desórden, se decretó en 20 de Diciembre de 1706, que se procurára elegir á dos personas, cuyos antecedentes inspiraban plena confianza. Muchos electores protestaron contra una propuesta, que era diametralmente contraria al espíritu y á la letra de las ordenanzas consulares; pero, siendo en mayor número los que se declaraban en favor de ella, se sostuvo por un nuevo decreto; y viendo al fin la Audiencia, que la mayoría de sufragantes insistia en la libertad de la eleccion, se creyó autorizada por las

circunstancias y por lo practicado en Sevilla, á hacer directamente el nombramiento de prior y cónsul en los sujetos que habia propuesto. Los nombrados correspondieron á lo que de ellos se esperaba, y por sus eficaces providencias se moderó la entrada del ilícito comercio; lo que, junto con la ilegalidad de su nombramiento, no pudo ménos de acrecentar la impopularidad del espirante Gobierno.

Los oidores se habian desprestigiado por sí mismos, disputándose el decano y sus compañeros la extension de las atribuciones que competian al primero, como encargado de la Capitanía general. Su escaso ascendiente en las provincias habia permitido, que en la remota de Popayan ocurriesen grandes inquietudes por haberse resistido, primero el anterior gobernador, y despues el venido de la córte, á reconocer al nombrado por el Conde de la Monclova. Aunque de Quito fué un oidor con 200 hombres para hacer respetar dicho nombramiento, el sosiego no se restableció sino por haber fallecido el caballero en cuyo favor se acordára y sostenia con tanto empeño. En el escabroso ejercicio del patronato no ocurrieron enojosos altercados; porque se cedió de lleno á las exigencias del clero, que era preponderante en la influencia social, y hasta cierto punto tenía bajo su proteccion al poder político, siendo las creencias la única salvaguardia de las instituciones, cuando apénas existian apariencias de fuerza pública y se ponia de manifiesto el anta-

gonismo entre los intereses de la metrópoli y los del vireinato.

CAPÍTULO III.

DON MANUEL OMS DE SEMANAT, MARQUÉS DE CASTELDOSRIUS.

1707—1710.

Los defensores de las regalías, que ya procuraban, y en el trascurso del siglo consiguieron ver destruida la preponderancia del clero, pudieron fundar grandes esperanzas en el nuevo Virey, que, estando de embajador en Portugal, habia sido padrino de uno de los príncipes, y en su embajada de París habia tenido el honor de presentar á Luis XIV el testamento de Cárlos II en favor de Felipe V. Era un hábil cortesano, hombre de accion y cultivador de las bellas letras. Profundamente interesado en la causa de los Borbones, por quienes luchaba su familia á todo riesgo en Cataluña, su patria, declarada por el Duque de Austria, no era de recelar, que olvidase las tradiciones de la dinastía francesa, siempre celosa por el poder absoluto de los monarcas. Con la más viva solicitud procuró el Marqués hacer una pronta y cuantiosa remesa al exhausto tesoro de España. Aprovechando el millon reunido por la Audiencia, levantando empréstitos y echando mano de obras pías, bienes de difuntos y cajas de censos, envió, poco despues de su llegada, 1.203.937 pesos,

y ocho meses más tarde otros 300.000 pesos. Esta doble remesa debia causar la más grata sorpresa á la córte, que, en situacion más favorable á las rentas, sólo habia podido recibir del Conde de la Monclova, en diez y seis años, 1.203.937 pesos 6 ¾ rs.

Con no comun solicitud era necesario facilitar la salida de los galeones en aquel año y la defensa marítima del vireinato. Los ingleses, que ya habian hecho una rica presa en Vigo, atacaron los galeones junto á Cartagena, echaron tres buques á pique, y en otro apresaron cinco millones de pesos. Poco despues entraba en el Pacífico el almirante Rogers, acompañado de Dampierre, con un buque de 32 cañones, otro de 28 y una tripulacion de 450 hombres; en su correría apresó algunos buques é impuso á Guayaquil un crecido rescate. El activo Virey, eficazmente secundado por el entusiasmo popular y por los auxiliares franceses, logró ahuyentar á los corsarios, enviando en su persecucion á los buques aliados y una escuadra peruana de cinco naves con unos 821 soldados, á las órdenes de D. Pablo Alzamora. Esta expedicion tuvo de costo 146.656 pesos, cantidad que por cierto no era excesiva, pero que en la apurada situacion de la Hacienda imponia sacrificios considerables.

Apénas disipado el temor de la invasion, celebró la alegre ciudad de los Reyes con magníficas fiestas el nacimiento del príncipe D. Fernando. El Marqués habia excedido el júbilo público, haciendo re-

presentar en aquella solemnidad un drama llamado *Perseo*, que él mismo habia compuesto. Todos los lúnes reunia en palacio una academia de literatos, en la que se celebraban ciertos certámenes poéticos, improvisando composiciones de todo género, ó luchando anticipadamente con las mayores dificultades del metro. Como lo que se buscaba de preferencia era el dudoso mérito de los obstáculos vencidos, no abundaba en esas justas la poesía de la mejor ley; sin embargo, todavía se conservan manuscritas algunas inspiraciones felices, y entre otros hombres de no vulgar ingenio, descollaba en la academia poética el enciclopédico D. Pedro Peralta, que, por su prodigiosa capacidad, carecia de rivales literarios en los dilatados términos de la monarquía española. La córte de Madrid hacia una singular distincion á D. Lorenzo de las Llamosas, otro sabio peruano, á quien nombró ayo del Príncipe de Astúrias.

Si la culta Lima se complacia en las ocupaciones literarias del Virey, no faltaban espíritus severos, que veian con disgusto convertido en teatro el palacio del Gobierno; al mismo tiempo el rumor público acusaba al Marqués de no respetar las costumbres, ni mucho ménos los intereses del vireinato. Con mengua de su alta dignidad, ejercia un reprobado comercio; y segun añadian los murmuradores, iba á la parte en los contrabandos, y especulaba con todos los ramos de la administracion. Llegado el des-

crédito á su último punto, no dudó la Audiencia acoger las quejas de los descontentos; el tribunal del consulado, resentido de que se hubieran anulado los nombramientos de prior y cónsul, y exasperado por la prision de un benemérito contador, esforzó las acusaciones, que fueron apoyadas por muchos comerciantes; el almirante frances, que no podia sobrellevar en silencio el perjuicio irrogado á sus compatriotas por tan poderoso concurrente, elevó la denuncia hasta el trono; para que la pérdida del acusado fuese más cierta, se retardó el envío de su correspondencia oficial, se interceptaron las cartas particulares que pudieran favorecerle, y sólo se dió curso á las que podian comprobar ó agravar los cargos. De esa manera, siendo objeto de enormes quejas, que nadie desmentia ni atenuaba, fué depuesto sin ser oido, ántes de haberse cumplido dos años de su llegada al Perú; por fortuna suya, tenía en la córte un ángel de guardia en su hija doña Catalina, que era dama de la Reina y con solicitud filial supo hacer valer en su descargo la adhesion antigua y los servicios recientes del Marqués á Felipe V, las joyas empeñadas por él en Lima para remitirle fondos, la pérdida de un hijo, muerto en defensa del Monarca, y otros inapreciables sacrificios hechos por la familia de Semanat en la guerra de Cataluña. No fué difícil debilitar la acusacion, porque el ódio, ciego, como de costumbre, habia mezclado lo cierto con lo dudoso, lo probable con lo verosímil

y lo frívolo con lo grave; el testimonio se presentaba, de suyo, sospechoso, desde que se habia procurado interceptar todos los medios de defensa; así, cuando los acusadores del Virey hubieran podido lisonjearse con haber dado un golpe certero, fué revocada la precipitada deposicion y él continuó en el ejercicio de su elevado cargo, hasta que la muerte vino á sorprenderle en 1710.

A principios de este gobierno, el 17 de Setiembre de 1707, se sufrió en las provincias del Cuzco un gran terremoto, que causó mucho susto en la ciudad, sin hacer ninguna víctima; mas el pueblo de Capi se destruyó, sepultando entre sus ruinas unas 160 personas; en otros pueblos perecieron várias, ahogadas con el polvo ó destrozadas con los derrumbes. Si se ha de estar al testimonio ocular de unos cuarenta y nueve vecinos, la hacienda de San Lorenzo pasó de una á otra banda del Apurimac con casa y gente, que estando durmiendo durante el temblor nocturno, se despertó al amanecer, trasplantada de un modo tan extraño. La ignorancia de la época hizo considerar aquella calamidad como un castigo de secretas idolatrías, y fueron penitenciados varios indios, algunos mestizos y un esclavo, que eran acusados de venerar al diablo y de dar culto supersticioso al apóstol Santiago bajo el título de Santiago Huaina (el mozo).

Sin sobrexcitarse por el temor á los terremotos, se sostenia la piedad de Lima siempre ferviente, y con

corta diferencia de tiempo llevaba á feliz término la fundacion de dos monasterios, que de años atras eran edificantes asilos de beatas; uno de ellos fué el rigoroso de Jesus y María, cuya primera planta se debia al venerable indio Nicolas de Dios, y cuya observancia monástica se aseguró con cinco religiosas venidas de España despues de haber caido en poder de corsarios holandeses; otro fué, el monasterio de Santa Rosa, que tuvo por priora á doña Josefa Portocarrero, hija del Conde de la Monclova, la que, muerto su padre, se descolgó una noche por un balcon de palacio, y en compañía del venerable padre Masia se fué á Santa Catalina, donde profesó y permaneció hasta su traslacion á la nueva casa.

Cediendo á las inspiraciones más benéficas, penetraron hácia 1709 por las montañas de Chanchamayo los misioneros franciscanos, que á los pocos años debian lograr florecientes reducciones á las márgenes del Perene, junto al cerro de la Sal, en el gran Pajonal y en las llanuras del Pangoa. Allí no sólo se prometia la fe opimos frutos, sino que la tierra ofrecia de suyo las cosechas más abundantes, y la proximidad á la parte más central y adelantada del vireinato permitia la más ventajosa explotacion de las riquezas naturales. Hácia fines del mismo año se descubrian en Carabaya minas de plata, que daban cincuenta marcos por quintal, y que no tardaron en perderse á causa de las sangrientas dis-

cordias suscitadas por la ciega codicia de los mineros.

CAPÍTULO IV.

DON DIEGO LADRON DE GUEVARA, OBISPO DE QUITO.

1710 – 1716.

Un mes despues del fallecimiento del Marqués se hizo cargo del vireinato el Obispo de Quito, aunque era el último nombrado en el pliego cerrado de provision, por haber muerto ya los obispos del Cuzco y de Guamanga, que ocupaban los dos primeros lugares de la terna. Desde 1696 habia desempeñado dignamente la presidencia de Tierra-firme; en las sedes episcopales de Guamanga y Cuzco habia contraido mayores méritos, y en la de Quito se habia hecho acreedor á la gratitud régia por haber dado una animada pastoral en favor de los Borbones. Ostentando de virey la misma decision, celebró solemnísimas exequias por el padre de Felipe V, despues de haber festejado con gran pompa la victoria de Villaviciosa, que afirmó su vacilante trono. Para estas alegres fiestas se improvisó tambien un teatro en palacio, en el que fué representada la oportuna comedia *Triunfos de amor y poder*, obra del ingenioso Peralta. Lima tomaba una gran parte en la celebracion de tan importante triunfo, que no habria sido alcanzado

sin el oportuno refuerzo del valeroso guerrillero don Tomas Vallejo, que era limeño. Otros peruanos seguian prestando á la misma causa servicios eminentes, distinguiéndose entre ellos el Marqués de Casafuerte, que fué virey de Méjico, y el de Valdecañas, que despues de gloriosos hechos de armas gobernó con crédito el reino de Valencia.

El Obispo-Virey, sin olvidar los negocios políticos, mostraba la mayor solicitud por los objetos del culto. Los nacientes monasterios de Santa Rosa y Jesus María le debieron especial proteccion; fundó misas para algunos santos, y su piedad brilló de un modo singular al encontrarse las hostias consagradas, que una mano sacrílega habia sustraido del sagrario, junto con el copon, en la noche del 29 de Enero de 1711.

En la mañaña del 31 fué descubierto el atentado tratándose de administrar el viático á un enfermo de la parroquia; y la infausta noticia, esparciéndose luégo por toda la ciudad, llevó el luto á todos los corazones. El altar mayor, las torres y la portada de la catedral se cubrieron con telas negras; las campanas de todas las iglesias tañian sin cesar tristisimas plegarias; las funciones religiosas no fueron animadas con las armonías del órgano. Habiendo recaido vehementes sospechas sobre el sacrílego, que era un hijo natural del Conde de Cartago, conocido por sus raterías y amor desenfrenado al juego, trató de ocultarse en San Francisco, cuyo guar-

dian le arrojó de aquel asilo, adonde se acercaba ya la policía. Al recorrer las calles despavorido, un escribano, que le reconoció, gritó: «Ahí va el ladron de las santas formas»; un carpintero le dió una fuerte cuchillada, y le hubiera muerto de una segunda, si no exclamára el escribano: «¿Qué hace V., que somos perdidos? Con su muerte no se remedia el que manifieste el lugar donde tiene escondido á nuestro Amo.» La apiñada, cuanto furiosa muchedumbre le habria despedazado, no obstante las exhortaciones contrarias, si el boticario de la Caridad no le hubiera lanzado de un empujon en la cárcel del Santo Oficio, de donde fué trasladado á la de Córte por órden de la Audiencia.

Por la confesion del reo se pudo encontrar el copon, que habia dejado en San Francisco, junto al Santo Cristo de la Escalera; mas este hallazgo no disipó la tristeza pública, porque sólo habia allí una forma, cuando las sustraidas pasaban de ciento cincuenta. Él pretendia haber arrojado las demas al rio; de sus contradictorias declaraciones se dedujo, que debian estar en otro lugar, y á fuerza de intimidaciones, llegó á confesar, que las habia enterrado en la alameda, al pié de un naranjo. Conducido allá con buena guardia, no acertaba á precisar el sitio, cuando éste fué señalado por un esclavo zambito de siete á ocho años, á quien habia tirado piedras para que no viera lo que estaba ocultando junto á aquel árbol.

Un nuevo Potosí, súbitamente descubierto, no habria excitado más satisfaccion, que el hallazgo del inestimable depósito. El padre Masia tomó el Santísimo Sacramento en sus manos veneradas; la hierba, tierra y agua que pudieran conservar alguna reliquia, se llevaron en fuentes de plata; las comunidades se presentaban de tropel, y los clérigos, olvidando parte de sus vestidos; tambien acudian los caballeros sin cuidarse del ornato, unos sin espada, otros sin capa, algunos sin peluca y áun con la cabeza descubierta; corrió, igualmente, á pié y sin cubrirse el piadoso Obispo, aunque estaba muy achacoso, y á las dos de la tarde del ardiente estío lanzaba el sol rayos de fuego. La exaltada muchedumbre, que henchia el tránsito, exhalaba su devocion en vivas al Virey, á la fe y al Santísimo Sacramento; echaba los sombreros al aire y arrojaba puñados de plata. La devocion viva y candorosa del religioso cortejo no se escandalizaba de que un bufon, borracho consuetudinario, llevase la delantera, despejando la carrera con un baston, pidiendo víctores y diciendo chocarrerías. Los muchachos daban rudos golpes en la campana Angola, que por estar rajada no podia formar concierto con el general clamoreo de las iglesias. El repique continuó por varios dias; el sitio del hallazgo se hizo centro de una piadosa romería; la tierra inmediata, extraida por los sacerdotes, era llevada devotamente á casa de los vecinos, y no tardó en erigirse allí

la actual iglesia de Santa Liberata, á la que el Virey dotó de capellan y rentas para perpetuar la dichosa memoria con el culto y con las limosnas distribuidas á los pobres en el dia de su advocacion. Al ama del zambito le pagaron por su libertad trescientos cincuenta pesos.

Los establecimientos eran constantemente atendidos; la nobleza recibia codiciados destinos y dádivas cuantiosas; la Universidad, que en el rectorado de Peralta logró construir su magnífico general, obtuvo ántes renta segura para la cátedra de matemáticas, asignacion efectiva para la de método y la esperanza de otra para la anatomía; esperanza que no debia satisfacerse sino largos años despues. Los estudios literarios, que habia fomentado el Marqués de Casteldosrius, estaban dando señales de vida con la publicacion de várias poesías de algun mérito.

El público agradeció al Virey los esfuerzos hechos para ahuyentar á un corsario inglés, que, sin embargo, apresó algunos buques mercantes, sin sufrir por su parte daños de importancia. Con mejor éxito se emprendió la persecucion de los negros cimarrones, quienes, de un palenque formado en los vecinos montes de Huachipa, hacian asaltos continuos á los traficantes y á las haciendas de la comarca. Fué necesario, que el Corregidor de Huarochirí emprendiera una campaña en forma para bloquear á los cimarrones, tomarlos por asalto en la enmara-

ñada arboleda, y destruir sus fortificaciones. Severos escarmientos impidieron la reproduccion de sus correrías.

En favor de los indios se prohibió la fabricacion del aguardiente de caña, cuyo excesivo uso los diezmaba. El mineral de Huancavélica, donde acababa de descubrirse una nueva veta, recibió algun fomento. A los deudores al fisco se concedian largas esperas; se procuraba pagar á los acreedores antiguos ó recientes; no eran desatendidos los empleados que reclamaban sus salarios, ni, en general, se desairaba á los que podian recibir algun favor. Con más arriesgada condescendencia se permitió á los comerciantes franceses, que internasen sus mercaderías por el puerto del Callao, pagando el 7 ½ por 100 de derechos. Aunque sólo tres buques hicieron uso de esta autorizacion, se consiguió la entrada extraordinaria, y por cierto no despreciable, de 253.868 pesos 7 reales por derechos de almojarifazgo, y 119.328 pesos por alcabala.

Unas providencias, que tan bien consultaban los intereses locales, no podian ser bien acogidas por la córte, que con la paz de Utrech veia consolidada la dinastía, y que bajo la direccion del audaz cardenal Alberoni aspiraba á recobrar su antiguo puesto entre las grandes potencias de Europa; para lo que contaba con los millones que enviaria el Perú, puesto en vigor el antiguo sistema de galeones. Para llevar á cabo sus miras nombró de Virey al

Príncipe de Santo Bono, encargando del gobierno hasta su llegada, al Arzobispo de la Plata, quien por entónces sólo lo desempeñó durante cincuenta dias.

Por no hacer un manifiesto desaire al respetable Obispo de Quito, se resolvió, contra la práctica general, que marchase á Madrid sin dar ántes su residencia en Lima. Él no quiso ser dispensado de esta obligacion; contestó ántes de partir los 23 cargos que se le hicieron, y emprendido el viaje á la Península, murió en Méjico, adonde habia entrado por Acapulco. El entendido Peralta levantó un monumento á sus virtudes, con la *imágen política* de su gobierno, si bien no logró ocultar el estado lastimoso de la hacienda y el desconcierto de toda la administracion colonial.

CAPÍTULO V.

DON CÁRMINE NICOLAS CARACCIOLO, PRÍNCIPE DE SANTO BONO.

1716—1720.

Un acontecimiento lamentable, que habia tenido lugar meses ántes de la llegada del Príncipe, llamó mucho la atencion por algun tiempo, tanto á causa de la gravedad de sus circunstancias, cuanto porque mostraba la lucha, de dia en dia ménos desigual, entre los poderes eclesiástico y político. Don Juan Manuel Ballesteros, habiendo muerto á Don Antonio Esquivel, mayordomo del Arzobispo-Virey,

se refugió, el 16 de Junio de 1716, en el convento de los Descalzos, y creyéndose seguro en aquel asilo, no tuvo recelo de que por sus relaciones con la calle se descubriese su residencia; pero, una vez descubierta, fué extraido por órden de los alcaldes ordinarios, aunque llegó á asirse de un crucifijo, y no pudo impedirse su fin trágico con la proteccion decidida de la autoridad eclesiástica. En vano puso entredicho el Provisor á nombre de la inmunidad violada; en vano fulminó excomunion contra los alcaldes, y mandó que todos los templos tocasen plegarias, sabiendo que el reo iba á ser torturado. Ni la sentencia lanzada, ni el melancólico clamoreo de las campanas, pudieron libertarle de sufrir el 21 de Junio las angustias del tormento, á que sucumbió pocas horas despues. Conforme al dictámen de religiosos y clérigos respetables, alzó el cabildo eclesiástico el entredicho y las censuras. La justicia ordinaria, que en el siglo anterior, ó no se habria atrevido á arrostrar la indignacion del clero, ó habria expiado su osado proceder en las cárceles de la Inquisicion, sólo fué penada, cuatro años despues, por cédula real, con privacion de oficios y multa de mil pesos á los alcaldes, y de quinientos á su asesor.

Otra tragedia horrible impresionó por entónces profundamente á la piadosa ciudad de los Reyes. Encontróse ahorcado de una ventana á un infeliz chileno, y en su habitacion una especie de testa-

mento, hecho la víspera del suicidio, en el que dejaba su alma al diablo, si conseguia dar muerte á su mujer y á un fraile con quien vivia amancebada. Cinco dias despues fueron hallados en un callejon los cadáveres corrompidos de la adúltera y de su cómplice.

El Virey no podia preocuparse mucho de tales crímenes y desgracias, teniendo, que contraer su atencion al exterminio del tráfico ilícito, asunto especialmente recomendado por la córte. Con tal objeto se enviaron al Pacífico tres buques de guerra, los primeros de su género, que la metrópoli dirigia á tan remotas aguas. Aunque sólo atravesaron el cabo de Hornos los llamados *Soberano* y *Rubí*, hicieron ricas presas con la captura de cinco naves mercantes holandesas; pero ni el Príncipe supo que hacer de ellas, careciendo de recursos para sostener una numerosa escuadra, ni pudieron cerrarse las puertas al contrabando. Las mercancías prohibidas entraban de todos lados: por Buenos-Aires traidas en los navíos de permiso, que á tan importante y aislada plaza no podia ménos de conceder el Gobierno, y luégo internadas al alto Perú y al reino de Chile por vastos despoblados; más fácilmente por el cabo de Hornos, defendidas por la inmensidad del Océano; del lado de Cartagena, siguiendo la larga via del Magdalena, interior de Nueva Granada y presidencia de Quito; con las arribadas permitidas al traves del istmo de Panamá;

y por Méjico en las naves á que se daba licencia para comerciar en sus puertos, ó en los de Guatemala. En vista de tales obstáculos, lo más sencillo era abandonar el insostenible y ruinoso sistema de los galeones, autorizando el tráfico directo de España con los puertos del Pacífico, cuyas facilidades y ventajas ponia de manifiesto el comercio clandestino ó tolerado de los buques extranjeros, desde principios del siglo. Mas prevaleció la rutina, y con ella los quebrantos y los conatos estériles. La ineficacia de éstos debia acrecentarse con la ereccion del vireinato de Santa Fe, hecha en 1717. Las competencias suscitadas entre las autoridades de Lima y Bogotá, tocante á jurisdicciones, entorpecian la accion administrativa en Panamá, y así favorecian indirectamente la continuacion del desórden. Por esta causa se revocó la ereccion tres años despues, para hacerse definitivamente en 1740.

La agregacion, que del reino de Quito se habia hecho, en 1717, á dicho vireinato, no permitió, que el gobierno de Mainas, comprendido en aquella Audiencia, recibiese de Lima la importante proteccion, que de antiguo se le venía dispensando en el interes de los neófitos del Amazonas. Pero las demas misiones fueron muy favorecidas por un monarca piadoso, que, como sus predecesores, reconocia por principal título para su vasta dominacion en las Indias, la conversion de los idólatras, errantes todavía miserablemente, en la inmensidad de la

montaña. Los misioneros de Chanchamayo fueron singularmente auxiliados con el refuerzo de doce religiosos y con la asignacion anual de seis mil pesos. Aquellos varones apostólicos, entre los que descollaba el venerable fundador del colegio de Ocopa, Fr. Francisco de San José, merecian ciertamente los favores del poder y las bendiciones de los pueblos. Ardiendo en deseos de salvar las almas, inaccesibles al temor y á la fatiga, se creian sostenidos por la mano del Todopoderoso, que con tanto esplendor aparece en la majestad de las selvas; no retrocedian ni ante el terrible espectáculo del martirio, ni ante los obstáculos, siempre renacientes, de soledades, contrarias al hombre civilizado; ni áun les infundian pavor los misteriosos sonidos del nunca hollado bosque, que, en su exaltacion religiosa, confundian á veces con el ruido infernal de los demonios, enfurecidos contra los ministros del Evangelio. Envalentonados con la fe, marchaban adelante, reconociendo un auxilio sobrenatural en cada gran dificultad vencida. Esta elevada creencia, que alentaba sus esperanzas, les hacia realizar de contínuo, entre aquellos milagros de vegetacion intertropical, milagros de constancia. Así lograban dominar la titánica fiereza de una naturaleza primitiva, amansar á salvajes no ménos feroces, que los monstruos del bosque, cubrir de bellas y vivificantes plantaciones suelos enmarañados é infectos, y dejar libres para el cultivo y trá-

fico del café, cacao, caña de azúcar y otros valiosos productos, feracísimas regiones, adonde poco ántes nadie podia bajar de la sierra, sin inminente riesgo de ser atravesado por la flecha de los chunchos.

El Gobierno y la sociedad se mostraban tanto más satisfechos de las grandes conquistas hechas en la montaña, cuanto que extraordinarias calamidades afectaron profundamente, por estos años, á la tierra cultivada y á sus habitantes. La falta de cosechas en la costa encareció el precio del trigo hasta el extremo de que una fanega se vendiera en cincuenta pesos. Durante tres años se sufrió en la sierra una epidemia de fiebres, que pareció venir de Buenos-Aires, devastó el alto Perú, dió al benéfico Obispo de Arequipa ocasion de gastar una ingente fortuna en alivio de los afligidos, y causó gran estrago en las provincias del Cuzco.

Desde el mes de Abril se notaron en la antigua capital de los Incas algunos casos de la aterradora enfermedad, que movieron á hacer rogativas y á encomendarse á todas las imágenes, ofreciendo un culto especial á los santos, abogados de la peste. Yendo en aumento el mal, se prohibió el toque de las campanas, para no amedrentar los ánimos, y se dispensaron los ayunos y abstinencias, á fin de que no se debilitáran los cuerpos. Mas la epidemia seguia con tal fuerza de infeccion, que hacia perecer á los sangradores, asistentes y sepultureros, y áun á los borricos y á las llamas en que se trasportaban

los cadáveres. El influjo deletéreo se acrecentó al atestarse las calles de ropas y restos pertenecientes á los epidemiados, y sobre todo despues que, repletos los cementerios, se enterró casi á flor de tierra, cerca de las iglesias y en las afueras de la ciudad, ó por falta de allegados permanecieron por algunos dias insepultos los cadáveres. Los perros se cebaron en ellos, y fué necesario ahuyentarlos á tiros. El cura de la catedral, viendo, el 8 de Setiembre, una mano, que, sin duda por estar mal cubierta, salia de una sepultura, exclamó: « Aquella mano me llama », y murió de susto el dia 15. La mortandad se habia elevado á 100 personas por dia, y el 10 de Agosto habia llegado á 700. La desolacion era mayor en las doctrinas, adonde, por falta de recursos, prácticas mortíferas y abandono higiénico, desaparecian las casas y los linajes. Quedaron sin operarios los minerales y las haciendas, abandonados los ganados, y sin recoger las mieses. No es posible determinar, ni áun aproximadamente, el número de muertos, que se hacia variar desde 20.000 á 80.000. La dolencia se caracterizaba á veces de tabardillo, otras de humor colérico, y más á menudo desconcertaba el juicio de los médicos. Los síntomas más comunes fueron fiebre intensa, fuertes dolores de cabeza y vientre, delirio, sangre negra por la nariz, y vómitos mortales de sangre. Las mujeres en cinta morian casi todas, y algunos, aliviados de la fiebre, sucumbian á la di-

sentería. Los remedios nada tenian de seguro, ni de fijo. Algunos enfermos sanaron echándose al rio con la fiebre ó bebiendo agua fria; otros se restablecieron puestos ya en el cementerio.

Los indios parecian las víctimas preferidas de la epidemia, agregándose esta poderosa causa de destruccion á las que de una manera permanente estaban acabando con la mísera raza. Fijándose Felipe V. en los estragos, que sufrian los mitayos de Huancavelica, ya por trabajar de dia y de noche, mal pagados y peor tratados, ya por vivir entre precipicios y efluvios deletéreos, acordó abolir tan inhumana mita, hacer todas las labores por operarios voluntarios, y á falta de ellos, por delincuentes condenados á trabajos forzados. Para que sus benéficas miras tuviesen cumplido efecto, debia el Virey ir al mineral y velar personalmente por la fiel ejecucion de lo resuelto. Mas el Príncipe no pudo encargarse de tan humanitaria comision por haberle sucedido en el gobierno el antiguo Arzobispo de la Plata, que, despues de su mando interino, obtuvo el arzobispado de Lima y el título de virey propietario, por sus valiosos obsequios al Monarca.

CAPÍTULO VI.

DON FRAY DIEGO MORCILLO, ARZOBISPO DE LIMA.

1720—1724.

Más de una vez debió el nuevo Virey hallar demasiado incómoda la alta posicion, que habia alcanzado á precio muy subido. Su gobierno, que principió con la carestía de la costa y la epidemia de la sierra, fué afligido, á poco, de una gran inundacion, que desoló la villa de Saña, ya bastante decaida desde el saqueo de los filibusteros; y raras veces estuvo exento de afanes. Sólo pudo lisonjearse el eminente prelado, en el primer año, con la canonizacion de Santo Toribio, celebrada por la devota y opulenta ciudad de los Reyes con las alegres pompas, que de ella podian esperarse en honra de su santo Arzobispo. Mas ántes y despues de este regocijo abundaron las inquietudes más graves.

El corsario Chiperton amenazaba á las costas y naves del Pacifico; su persecucion exigió dispendiosos aprestos, y el temor, que inspiraba, hizo levantar un inútil cuerpo de caballería, que en ocho meses costó 70.000 pesos. Al fin se alejó del vireinato con tan adversa fortuna, que uno de sus buques fué apresado en Méjico, y el otro en las islas Filipinas.

Las ventajas, que el corsario no pudo conseguir á

todo riesgo, iban á ser obtenidas sin peligro por los comerciantes de su patria, merced á la doble concesion, que la España hizo á la Inglaterra, del asiento de negros y del navío del permiso. Abusando del asiento, introducian esclavos en todas las épocas del año, y con ellos toda suerte de géneros. El navío del permiso debia reducirse á 650 toneladas; pero no sólo era de mayor cabida, sino que se hacia acompañar de pequeñas embarcaciones bien surtidas, y á medida que expendia su cargamento, recibia el de ellas, de modo que, vaciándose y llenándose sin cesar, venia á ser el antitonel de las Danaides. Con semejante proceder aspiraban los ingleses á monopolizar el comercio colonial, dejando únicamente á la España la odiosidad de las restricciones.

A ejercer los comerciantes españoles su giro con estrecha sujecion á las tarifas antiguas, no habrian podido resistir la desigual concurrencia. Mas en 1720, con el objeto de simplificar el cobro de derechos, se impusieron 5½ reales por cada palmo cúbico de fardos, frangotes, cajones, tercios, paquetes ó barriles susceptibles de valuacion en volúmen, tasando los demas efectos segun su número, peso ú otra medida. El palmeo permitió, que entráran los efectos más valiosos, sujetos á un ligero impuesto, y de esa suerte fué menor la diferencia entre ambos comercios; la que ántes se elevaba á un 30 por 100, por girar los dos sobre productos ingleses, sobrecargado el español de gabelas y casi exento el último.

Gracias á la furtiva rebaja de derechos, pudo despacharse la armada á Panamá en 1721, despues de catorce años de la que fué despachada por el Marqués de Casteldosrius. Esa expedicion no hubiera tenido lugar, si con una demostracion enérgica no fuera rechazada por el Virey-Arzobispo otra de cinco buques franceses, que bajo pretexto de arribada forzosa habia entrado en el Callao para ejercer el contrabando. En beneficio del comercio limeño se habia ajustado un nuevo asiento con el Consulado para el más fácil cobro del almojarifazgo, averias y alcabalas. Pero habiendo hallado el Consejo de Indias las condiciones poco favorables á la hacienda, fué desaprobado aquel acuerdo por una cédula real de 1724, y se encargó á los oficiales reales la recaudacion de los indicados derechos.

Por su parte sufrió el Monarca el desagrado de que no tuvieran cumplido efecto sus órdenes respecto al mineral de Huancavelica. Por repetidas cédulas se insistia en la abolicion de la mita y en la reduccion del precio del azogue á 40 pesos, cantidad en que los mineros solían vender sus alcances á los gobernadores y á otros capitalistas, que los habilitaban. El entendido Marqués de Casacancha, que á la sazon gobernaba aquel mineral, del que nos ha dejado una descripcion muy importante, hizo presente: que no podia prescindirse de los mitayos, por no haber trabajadores voluntarios; que, áun habiéndolos, no estaba el gremio para pagarles su jornal

de siete reales, cuando el de los forzados valía la mitad; y, en fin, que su suerte sería más lamentable, que la de los mitayos. Obligados á entregarse á los mineros, que les suplian algun dinero, les quedaban tan sujetos, que, segun un dicho comun, estaban comprados por su acreedor, sufriendo así por el empeño una perpétua servidumbre. Convenia, por lo tanto, en su opinion, conservar la mita, que se elevó á 450 plazas efectivas, prohibiendo el trabajo por tareas y toda especie de vejaciones. Construyóse una cárcel para que, segun la voluntad régia, tomasen parte en aquellas labores los condenados á trabajos forzados. En cuanto al precio de los azogues, no se hizo innovacion, porque los mineros se mostraron resueltos á abandonar la explotacion, ántes que vender el quintal al de 40 pesos, que no les costeaba. La hacienda recibió, sin embargo, algun alivio, porque se moderaron los gastos generales de reparacion, los que siempre recaian sobre ella. Se calculó, que el beneficio medio debia reducirse al año á 3.500 quintales, extrayéndose 70.000 cargas de metal, á razon de 1.300 cargas por semana, entrando al trabajo 80 piqueros de dia y otros tantos de noche. Mas estos cálculos, y las precauciones, que para ponerlos en práctica se tomaron, debian salir mal, como salen los de toda la administracion pública, en cuya malversacion se empeñan poderosos intereses particulares, cuya responsabilidad es ilusoria.

La hacienda se preparaba cuantiosas entradas en el ramo, hasta entónces poco productivo, de tributos, por la incorporacion, que á la Corona debia hacerse de las encomiendas vacantes y por la extincion de mercedes de segunda vida, segun se decretó por cédula real de 1720. La nobleza llevó á mal una medida, que le arrebataba la esperanza de un premio reservado á los beneméritos, y de un poderoso recurso para sostener el lustre de las antiguas familias. Con mayor generalidad y sobra de justicia se censuraba el que los corregimientos continuáran beneficiándose en España. Los corregidores, que á más ó ménos costo venian de allí nombrados, se ocupaban, ante todo, y sin escrúpulo, en especular con sus destinos, resarciéndose de sus anticipaciones é improvisando una fortuna; las provincias eran esquilmadas, disminuia la oprimida poblacion, se agotaban las fuentes de produccion, los colonos dignos de ser empleados no hallaban el merecido destino, los vireyes carecian de su más firme apoyo, no pudiendo estimular á los buenos servidores con la justa recompensa, y el poder colonial se aislaba y debilitaba más y más, cuando el espíritu reformador del siglo, precursor de peligrosos levantamientos, soportaba ya de mal grado los grandes abusos.

En el remoto Paraguay ocurrieron disturbios duraderos, que ponian de manifiesto la creciente disposicion de los pueblos á no sobrellevar en silen-

cio las demasías de las autoridades. Los vecinos de la Asuncion estaban, de muy atras, indignados contra los jesuitas de la provincia, que les hacian una desigual concurrencia en el tráfico y áun en las provisiones, con los recursos, abundante y fácilmente obtenidos en su floreciente república de recien convertidos guaranis. Acusábanlos de ser curas y comerciantes; súbditos en el nombre y soberanos absolutos de hecho; de unir la vida militar al hábito religioso, de ostentar el orgullo de la dominacion bajo la máscara de la humildad, de sustituir la política mundana á las inspiraciones del Evangelio, y de sacrificar con sus calumnias y poderosa influencia á cuantos obispos y gobernadores intentaban oponerse á su exclusivo engrandecimiento. No pudieron sufrir, que D. Diego Reyes, casado con una sobrina del Provincial de la Compañía, y elevado, sin mérito, de simple alcalde al gobierno de Paraguay, débil de carácter y escaso de inteligencia, fuese el dócil instrumento de sus detestados protectores. Un regidor de aquella capital denunció al desacordado Gobernador, afianzando la calumnia con ocho mil pesos. La Audiencia de Charcas, no pudiendo desoir una acusacion gravísima, nombró juez pesquisador al acreditado fiscal protector D. José Antequera, y le autorizó á reasumir el gobierno en el caso de que hubiera motivos suficientes para deponer al pesquisado.

Llegado á la Asuncion, desplegó Antequera

suma actividad en sus pesquisas, y en consecuencia de los cargos, que se comprobaban contra Reyes, le redujo á prision, ocupando su puesto con satisfaccion del vecindario. Aunque los jesuitas obtuvieron del Virey tres decretos para la reposicion de su favorecido; continuó preso, habiendo declarado los oidores de Charcas: que no podian desatenderse las quejas de los paraguayos, ni el valor del avanzado proceso, y que ni el juez pesquisador, ni el pesquisado innovasen en nada, bajo pena de traidores, miéntras S. E., mejor instruido del asunto, no dictase nuevas órdenes, las que serian comunicadas por la misma Audiencia.

Aguijoneado por la Compañia, resolvió por cuarta vez el Virey-Arzobispo la reposicion de Reyes, que, habiendo escapado de la prision, se alistaba en la frontera para marchar á la Asuncion, de la que bajo graves penas se mandaba retirarse á Antequera. Escapando á duras penas el ex-Gobernador de las manos de los paraguayos, que habian salido en su alcance, creyó ser más afortunado, porque un nuevo despacho de Lima confiaba su reinstalacion á D. Baltasar Ros, teniente de rey en Buenos-Aires; mas esta vez libró peor, por haberle aprehendido sus enemigos cautelosamente y llevádole á la capital del Paraguay, adonde fué puesto en un calabozo con los piés en el cepo, un par de grillos y una cadena á la cintura.

Nombrado á poco gobernador del Paraguay don

Baltasar Ros, no fué admitido por el osado Antequera, bajo pretexto de que sus despachos no venian comunicados por conducto de la Audiencia, ni para las nuevas resoluciones se habia tenido en cuenta el estado del proceso. Autorizado para ocupar su puesto á viva fuerza, no temió el nuevo Gobernador avanzarse, llevando por principal apoyo seis mil neófitos, comandados por dos misioneros. A sus intimaciones contestó el cabildo de la Asuncion, que ya iba á encontrarle, y dió órden de expulsar de la ciudad á los jesuitas y de ejecutar á Reyes. Los padres fueron expulsados; pero Antequera no consintió en la ejecucion del preso, por estar sometido á juicio. Las fuerzas paraguayas se avistaron el 12 de Agosto de 1724, con los invasores, en el paso de Tivicuari, y habiéndose cruzado algunos fuegos de artillería, permanecieron sin hostilizarse hasta el 25, en que obtuvieron una completa victoria, segun sus contrarios, por haberles sorprendido en la madrugada, y segun ellos, rechazando la sorpresa, que los neófitos les preparaban. La pérdida de éstos se hizo variar de 300 á 800 muertos; los curas capitaneadores quedaron entre los prisioneros. El castellano de Villarica, que les traia un refuerzo, habiendo sido alcanzado ese mismo dia, fué arcabuceado, sin permitirle confesarse. La victoria fué solemnizada declarando á San Luis patrono de la provincia, por haber protegido á los vecinos españoles contra los bárbaros guaranis.

Ántes que tan grave noticia llegára á Lima, se habia hecho cargo del vireinato el enérgico Marqués de Castel-Fuerte. El Arzobispo no habia podido distraerse de tan penosas atenciones sino por las fiestas espléndidas con que fué celebrado en ese año el himeneo del Príncipe heredero. Las mismas personas, que, por respeto á su carácter sagrado, debieran considerarle y servirle de consuelo, acrecentaban sus amarguras. Un cura de la provincia de Asangaro dió muerte al corregidor de la provincia, su anterior amigo, que habiendo sido excomulgado por él, despues de algunas rencillas, habia ido á su casa á pedirle, que le alzára la censura. Las apacibles monjas de la Encarnacion, exaltadas por la eleccion de su abadesa, preparaban al acongojado prelado pequeños disgustos, que, por su continuidad, debian llevarle á la tumba.

A fines de este gobierno, exasperados los araucanos con las tropelías de algunos capitanes de indios amigos, dieron la muerte á uno de ellos, y pasando la mano del muerto de familia en familia, como la flecha de guerra, hicieron terribles incursiones en las doctrinas de la frontera.

CAPÍTULO VII.

DON JOSÉ ARMENDARIZ, MARQUÉS DE CASTEL-FUERTE.

1724—1736.

En el año 1724, en que concluyó el gobierno del Arzobispo, abdicó Felipe V en su hijo Luis I, y á los seis meses volvió á ocupar el trono por muerte del jóven Soberano. Segun cuentan, durante su magnífica proclamacion en Lima, se oyó decir á una mujer: «A éste que festejan aquí, le están haciendo las exequias en Madrid.» Verdadero ó supuesto ese dicho, no excedia la prevision del ingenio limeño, que más de una vez ha hecho predicciones no ménos aventuradas é igualmente confirmadas por el acaso. Aunque el Marqués de Casteldosrius tómára la parte principal en aquellas pomposas fiestas; no olvidaba por ellas los graves cuidados de la administracion, que, gastados todos sus resortes, no podia funcionar regularmente sin una mano firme y solícita. Severo como quien se habia elevado á los últimos grados de la milicia en la fiel observancia de la disciplina, amante celoso del órden, activo y de una resolucion á toda prueba, iba á hacer sentir en todos los negocios y á todas las personas una fuerza de autoridad, cuya tradicion se habia perdido, terminado el gobierno del Duque de la Palata, á fines del siglo XVII.

Los alborotos del Paraguay, en que el prestigio del Virey-Arzobispo habia salido tan mal parado; el nombre de *comuneros*, tomado por aquellos vecinos, con suma alarma de los absolutistas, y el peligro que corria el poder colonial, si el ejemplo de aquella especie de república tentaba á otras provincias con iguales medios para resistir á mandatarios odiosos, habrían bastado para excitar el celo del nuevo Virey, aunque los irritados jesuitas no hubieran cuidado de estimularlo por todos medios. Sin pérdida de tiempo encargó á D. Bruno Zavala, gobernador de Buenos-Aires, la pacificacion del Paraguay, autorizándole á ponerlo bajo las órdenes de una persona de su confianza. El cabildo de la Asuncion se mostró dispuesto á obedecer sin necesidad de que á ello se le obligára con las armas. Antequera hubo de salir fugitivo, y no dando oidos á los amigos, que le aconsejaban refugiarse en el Brasil, partió para el alto Perú, donde aguardaba ser protegido por sus compañeros de Audiencia, y hacer valer, así la fuerza irresistible de los acontecimientos, como los poderosos motivos de desobediencia. Pero, dóciles á las órdenes del enérgico Marqués de Casteldosrius, le prendieron los oidores de Charcas, y preso llegó á Lima por Abril de 1726.

En dicho mes expedia el Rey una cédula contra los reos del Paraguay, que era al mismo tiempo una comision al Virey para juzgar á Antequera,

y su sentencia de muerte por el delito de lesa majestad y por la expulsion de los venerables jesuitas. En Lima estuvo al principio algo dividida la opinion respecto á su conducta; algunos le calificaban de sedicioso, temerario y sacrílego, no faltando, entre ellos, quienes acogiendo con facilidad despreciables hablillas, creyeran, que habia aspirado á coronarse rey con el nombre de José I; el mayor número le compadecia como un respetable é íntegro magistrado, víctima de la implacable Compañía por haber resistido á sus demasías y ofertas. Iniciada su causa en la Audiencia, se comisionó á D. Matías Angles para que hiciera las correspondientes pesquisas en el Paraguay; treinta testigos parciales ó tímidos confirmaron de lleno el sumario levantado allí por sus enemigos; y el coadjutor Palos, ciego instrumento de ellos, le habia acusado, en comunicaciones públicas, de gravísimas faltas, cuya responsabilidad no pudo él desvanecer del todo con la impresion de un Memorial elocuente. Aunque, para descargar su conciencia, dirigió Angles, en 1731, al Tribunal del Santo Oficio una exposicion secreta, en que revelaba las calumnias de los jesuitas y la ciega deferencia del obispo Palos; esa declaracion llegó demasiado tarde para librarle del suplicio, pendiente sobre su cabeza, desde la real cédula, cohonestado con los méritos del proceso y hecho casi inevitable por una segunda alteracion del Paraguay.

salido á la galería de palacio al estruendo de las descargas y voces, vió adelantarse por la calle del Arzobispo gran tropel de gente mezclada con el Guardian y la comunidad de San Francisco; no vaciló en montar á caballo, y bajó á la plaza, exponiéndose á la granizada de piedras de que no salió ileso el general del Callao. Una carga de la tropa, en la que murió un negro, contuvo á los que se avanzaban; la presencia del acatado Virey impuso un maravilloso silencio á las voces tumultuosas, y todos quedaron petrificados viendo sacar al suplicio al segundo reo, ser degollado, porque el verdugo, olvidado de los cordeles, no pudo darle garrote, y la ensangrentada cabeza, levantada en alto, como trofeo de la justicia satisfecha.

La indignacion popular se exhaló y perpetuó en vehementes sátiras contra el Virey, al que se prodigaron toda suerte de improperios; contra los jueces, que no habian sabido sobreponerse á las exigencias del Gobierno, y contra los jesuitas, considerados como los más culpables, y que desde entónces perdieron mucho de su crédito. El Comisario general de San Francisco, á quien el Marqués de Casteldosrius se habia dirigido pidiéndole el enjuiciamiento de los religiosos tumultuantes, le contestó, increpando el trágico fin de los muertos, como horrible y premeditada crueldad; y en seguida pidió al Cabildo, que gobernaba en sede vacante, recibiera informacion de los sucesos y de-

clarára al Virey incurso en las censuras canónicas. Siguióse la informacion; y el proceso, hecho sin citacion alguna, se remitió á S. M., manifestándole no haberse declarado la excomunion incurrida, por deferencia á la representacion régia del culpable. El Rey aprobó todo lo hecho por su representante y ordenó la destitucion del Comisario general, la reprension del Cabildo por el nuevo arzobispo Escandon, el perpétuo silencio de lo actuado y la remision á España de uno ó dos canónigos, que habian sido autores del inconsulto juicio.

Antes de verse tan autorizado con la real aprobacion, habia hecho el Marqués respetar su autoridad de las personas, que ménos dispuestas estaban á reconocer superioridad alguna. Los nobles, que todo se lo creian permitido, y cuyas casas eran para los criminales un sagrado tan inviolable, como el de los templos, dejaron de resistir el cumplimiento de la justicia; desde que vieron á un personaje de la clase elevada morir en el destierro; porque su esposa resistió con insolencia la entrega de un reo.

Las monjas de la Encarnacion habian dividido sus votos para abadesa entre dos madres igualmente dignas de veneracion, la madre Nieves y la madre Cueva, reelegida la primera por la mayoría, y votada la segunda por el menor número, que tenía por nula la reeleccion, segun lo dispuesto en las constituciones de aquel monasterio. Así lo creyó tambien el arzobispo Morcillo; mas la decision del

Prelado no restableció la paz entre las sagradas vírgenes. Pasando de la division de los ánimos á la separacion material, cada partido mantuvo el lugar, que ocupaba en los claustros, y se cerraron por muchos dias las puertas del convento áun para la entrada de los víveres. Las criadas de várias castas, que en gran número se mantenian allí, acostumbrando salir á cada instante á la calle, no obstante la clausura monástica, hacian más peligroso aquel cisma por el mucho eco, que hallaba en la muchedumbre y por la concurrencia, que atraia. Por lo tanto, á fin de evitar mayores turbaciones dentro ó fuera de aquel recinto, auxilió el Virey á la autoridad eclesiástica con soldados que lo guardasen; la madre Nieves y otras monjas fueron trasladadas á diversos monasterios; y, sin embargo, en el de la Encarnacion duró la division de ánimos hasta que el señor Escandon logró con discreto celo disipar la discordia.

Las elecciones de provinciales continuaban presentando la gran exaltacion de ánimos, que hoy suelen ofrecer las más acaloradas contiendas políticas. Siempre se disputaba en ellas la distribucion de curatos, administraciones y prelaturas inferiores, en la que se interesaban los frailes y sus allegados en casi todas las familias. Los pretendientes, faltos de sufragios y derechos, procuraban ganar á los oidores con sus deferencias y obsequios, y aquellos encumbrados jueces no vacilaban á ve-

ces en dar decisiones contradictorias, con corta diferencia de años, para inclinar la eleccion en favor de sus amigos. El Virey procuró cortar tan vergonzosos abusos, avocando á sí todos los recursos y ajustándose á la ley, cuando no podia avenir á los votantes con amonestaciones pacíficas. Conforme á una órden real reciente, resolvió, que en el capítulo de San Agustin se abstuviesen de votar los priores de los conventillos, aunque el provincial saliente se empeñaba en lo contrario. Con igual sujecion al derecho, y resistiendo la pretension del Vicario general de la Merced, logró, que los religiosos de esta órden eligiesen en paz un provincial de prendas eminentes. Mayores dificultades le ofreció al fin de su período la deposicion de un provincial intentada por los padres agustinos, su reposicion por la autoridad, la persecucion del repuesto á sus émulos, y la conciliacion de aquellos espíritus turbulentos. Las demas elecciones se hicieron con extraordinaria calma por el respeto, que infundian la entereza é imparcialidad del Marqués.

Los frailes destinados á las doctrinas no podian ofrecer una conducta edificante, como que habian abrazado el hábito con miras mundanas, eran hechura de partidos poco escrupulosos, y se hallaban en lugares donde eran tentados fuertemente por su poder irresponsable y por la licencia de costumbres. Aunque los clérigos ostentáran la mejor vocacion y principios ántes de salir á doctrinas, donde

reinaba la relajacion; solian abandonarse á toda suerte de excesos, siendo, segun el lenguaje de Peralta, médicos contagiados por los enfermos y pastores, que participaban del daño de su grey, olvidados de los preceptos por enseñar los misterios. El Monarca, que queria contener el escándalo, ordenó al Virey que procurára inducir á los obispos y prelados regulares á la correccion de sus subordinados. El Marqués dió una circular á los corregidores, á fin de que en secreto, y sin ninguna sumaria, le avisáran de los excesos públicos, para trasmitir sus avisos á las autoridades eclesiásticas, encargadas de reprimirlos. El Obispo de la Paz recibió estas advertencias con estimacion y reconocimiento. El de Trujillo clamó al santuario invadido por los profanos y trató con aspereza al jefe del vireinato. Lo peor era, que los curas, no corregidos por nadie, continuaron en sus indignas granjerías, amancebamientos y olvido de su ministerio. En Lima mismo permanecian muchos á vista del Arzobispo, trocando el cuidado de las doctrinas por las delicias de la capital.

El Obispo de Guamanga, que en todo queria saltar la valla del patronato, descuidando su rebaño, bajó á Lima por sostener á dos curas complicados en un motin de Andahuailas, aunque se le hicieron repetidas intimaciones para que se volviese del camino. Recibido con fria cortesía, no habiendo logrado impedir, que sus protegidos sufriesen la de-

tencion merecida, y áun reprendido del Soberano por su mal aconsejado viaje, no por eso dejó de dar continua ocupacion al Gobierno con la irregularidad de sus procedimientos. Creyendo, que su dignidad le hacia superior á las leyes, y arrogándose una extraña supremacía en asuntos civiles y eclesiásticos, en todo se mezclaba, y daba con sus demasias motivos de queja á los corregidores y particulares, á los alcaldes y regimiento de Guamanga, á los curas, canónigos y cabildo eclesiástico; disputaba las fiestas y ceremonial establecidos; suspendia, multaba y aprisionaba por despecho á los eclesiásticos; maltrataba y excomulgaba á los alcaldes; puso entredicho, porque no querian soltar al dueño de una pulperia pegada á la casa episcopal, como si la taberna fuese un lugar sagrado; en vez de dar colacion al cura nombrado para Luricocha, le encarceló en un lugar indecente por una acusacion frívola, le excomulgó sin fundamento serio, y para hacerle respetar el nombramiento, fué necesario proceder á la retencion de temporalidades; pena que alcanzaba al Obispo del Cuzco, complicado en aquella resistencia. Otros hechos irregulares obligaron á repetir las providencias de ruego y encargo, que al fin se veia obligado á obedecer, no sin denostar gravemente á los encargados de comunicárselas.

Los obispos, que, por la debilidad creciente del Gobierno, se habian ido sobreponiendo á las trabas

del patronato, no podian sobrellevar en paciencia verlas de nuevo en ejercicio. Las controversias por el ceremonial tenian que ser muy frecuentes entre las diversas autoridades coloniales, cuyo poder vivia de puras apariencias; y no debian ser ménos frecuentes ni ménos ruidosas las de jurisdiccion, siendo tantos los tribunales privilegiados, y tan vivo en todos ellos el deseo de extender sus influencias, favores y goces.

Disputóse con calor sobre honores y competencia entre corporaciones civiles y eclesiásticas, y entre las autoridades de un mismo órden, siendo las disputas más largas y ruidosas aquéllas en que se mezclaba la Inquisicion, la cual aspiraba en todo á la supremacía, aunque sus límites estuviesen determinados en muchos casos por las leyes y por la práctica. Sus comisarios quisieron excolmugar á los alcaldes. El cura de Quiquijana, que ejercia aquel cargo, excomulgado por celebrar en una capilla sin licencia, volvió las censuras contra sus jueces, y perseguido á mano armada por las autoridades del obispado, insistia en sus pretensiones. El tribunal de la Fe aspiraba á usar de regalías reservadas al primer magistrado, aunque desde el tiempo de Palata le habian sido negadas; ensanchaba los fueros concedidos á sus miembros, y se arrogaba el indebido conocimiento de las causas. Sus exageradas pretensiones fueron contenidas, ya por cédulas reales, ya por autorizadas providencias

del Virey, y se prohibió, que eligiese entre los curas sus comisarios.

Aun despues de contenido en sus aspiraciones, no podia el Santo Oficio perder su incomparable prestigio, en tanto que la exaltacion religiosa le considerára como el principal defensor de la causa de Dios, ofendido por judíos, incrédulos, blasfemos ó criminales supersticiosos. Léjos de debilitarse esta creencia, el público presenció con satisfaccion, y el inteligente Peralta refirió en esmerado estilo, un auto de fe celebrado en 1731, en el que felizmente no hubo ningun sentenciado á la hoguera, sino algunas personas oscuras azotadas, afrentadas ó sujetas á menores penas, como reos de brujerías, tercería ú otras liviandades. Poco despues se hizo una exhibicion burlesca de estos castigos en los lucidos fuegos y otras pomposas fiestas con que fué celebrada la canonizacion de San Francisco Solano.

La piedad se ostentó tambien al celebrarse la fundacion solemne de las Nazarenas y del convento de la Buena Muerte, viendo con gran interes la consagracion de un instituto destinado á auxiliar moribundos, y de un monasterio, cuyos principios databan del siglo XVII. Las calamidades públicas venian de tiempo en tiempo á sobreexcitar el fervor religioso. En 6 de Enero de 1725 se desplomó un cerro de Ancachs y entre los derrumbes perecieron mil quinientas personas. Un terremoto del mismo año causó en Lima notables ruinas. El acaecido en

Chile en 1731 fué acompañado de una salida del mar y destruyó por completo la ciudad de la Concepcion. Sin necesidad de tales terrores, halló abundante fomento la piedad en las exhortaciones de los misioneros, quienes con su vida austera y celo apostólico comunicaban una irresistible elocuencia á sus exhortaciones á la penitencia. Secundábanlos el Virey prohibiendo con severas penas, y el Arzobispo conteniendo con sus censuras, la provocante desnudez de los trajes. Con tales esfuerzos se consiguió la enmienda de costumbres, hasta el punto de que por la reforma general y por la frecuencia de sacramentos, todas las iglesias parecian de recoleccion y de fiesta todos los dias de la semana.

Las misiones de Chanchamayo se hallaban en el pié más brillante. Veinte y cinco pueblos, cuyo vecindario iba en aumento; los salvajes, conocedores de los tejidos y otras prácticas adelantadas; las valiosas haciendas en relacion con Jauja, Tarma y Huanuco, todo ofrecia en aquellas fértiles montañas el más lisonjero porvenir á la cultura evangélica. Un fuerte construido en el cerro de la Sal por Fr. Juan de la Marca, que en el siglo habia sido ingeniero, protegia los nacientes establecimientos contra la crueldad de los fieros é inconstantes hijos del bosque.

De las nuevas reducciones podia esperarse, no sólo el más ventajoso trato de los neófitos con los indios civilizados, sino la reparacion parcial de la

lamentable disminucion que estaban sufriendo éstos. Para que la excesiva mortandad de los que bajaban á Lima cesase, puso el Virey singular empeño en la mejora del hospital de Santa Ana, que, destinado á asistirlos en las enfermedades, se habia convertido en su tumba. No podian ménos de sucumbir los más que allí entraban, porque algunas salas estaban á descubierto, solian echarse dos dolientes en una sola cama, y faltaban la limpieza, los remedios, y á veces, hasta el indispensable sustento. Como medida radical se entregó el hospital á los Beletmitas, muy acreditados en otras casas, y en efecto, pronto se notaron importantes reformas; pero, por repugnancia de los religiosos, y por las reclamaciones de la hermandad, que estaba en posesion de administrarlo, volvió en breve aquel asilo al anterior gobierno, si bien no llegó á recaer en su tristísimo estado.

La plaga contínua de los indios seguian siendo los corregidores con sus desapiadadas exacciones. La entereza del Virey moderó las de algunos; el dictámen de la Audiencia, que aplazaba el castigo de varios acusados para el plazo tardío de la residencia, los alentó á mayores excesos; la servil sumision de los indios parecia provocarlos. Sin embargo, ya empezaban los oprimidos á querer salir de su desesperante situacion, matando á sus tiranos. Entre otros corregidores, fueron muertos por los agraviados el de Castrovireina, junto con el coad-

jutor de la Compañía, que les suministraba los efectos para el repartimiento forzoso; y el de Cotobambas, aunque habia buscado su salvacion en el sagrado del templo. De los asesinos del último, diez expiaron el crímen en el patíbulo, y diez y seis, ménos culpados, en la cárcel de Huancavelica. Un alcalde indio, que por propia autoridad habia impuesto la pena capital á uno de los culpados en los asesinatos de Castrovireina, recibió la plena aprobacion y las gracias del Virey. Mas las justas quejas, que se pretenden ahogar en sangre, se cambian en rencor profundo, y al fin degeneran en luchas de exterminio.

En Cochabamba hubo tambien una sangrienta sedicion, provocada por el temor á las exacciones. El Virey habia ordenado una nueva revisita de tributos, y para que ningun tributario pudiera eximirse del pago con la falsa excusa de ser mestizo, obligaba á comprobar este orígen á cuantos para su exencion lo alegáran. La necesidad de estas pruebas podia dar lugar á grandes abusos; y los numerosos mestizos de Cochabamba, acaudillados por un platero, llamado Alejo Calatayud, se alzaron para resistir al revisitador, que, segun se aseguraba, queria empadronarlos á todos, y no redimirlos del tributo sino por dinero. El juez declaró, que no intentaba agraviarlos; y cuarenta españoles de lo más florido de la villa se propusieron temerariamente reprimir los ataques con que amenazaban á sus ca-

sas. Arrollados por el número, murieron unos diez y ocho en la reyerta, y pocos fueron los que, buscando la salvacion en la fuga, dejaron de salir mal heridos. El terror á los vencedores hizo, que se asiláran en las iglesias los que podian temer su saña; el vicario con el Santísimo Sacramento y el clero entero recorrieron las calles para aplacarlos; despues de una noche de agonía renació la calma, habiéndose aquietado con la condicion de que no se admitiria corregidor europeo, y se elegirian siempre alcaldes españoles naturales del país. Don Francisco Rodriguez Castro, uno de los aceptados por los mestizos, despues de crear alcaldes para sostener el órden en cada barrio, y sabiendo, que Calatayud amenazaba con convocar su gente, le llamó á su casa, le condujo á la cárcel, le formó sumaria, y en aquella misma noche le hizo dar garrote. Los restos del confiado capitan fueron expuestos en lugares públicos para escarmiento de sus cómplices. De éstos ordenó el severo Virey, que fueran ajusticiados unos veinte; y con ocasion del nuevo alboroto, en que mataron al juez enviado para castigarlos, fueron hasta veinte y ocho los muertos á manos del verdugo. El Gobierno se lisonjeó de que con tan duro escarmiento se habia asegurado la perpétua pacificacion de Cochabamba, creyendo que se debian dar gracias á Dios por el reparo de los delitos y por la consiguiente represion de mayores iniquidades.

Sin lamentar otras desgracias, se llevó á cabo la

revisita en cuarenta y dos provincias, y se logró aumentar los tributos en 259.016 pesos 1 ½ reales, por haberse númerado 35.868 tributarios más, los 22.200 originarios, y los 13.668 forasteros. Con esto subió la entrada de tributos á 679.387 pesos 3 ½ reales; y deducidos los salarios de justicia, caciques y protector, sínodos, fábricas, diezmos y renta de encomiendas, quedaron líquidos para el erario más de 250.000 pesos en un ramo, que ántes nada producia á la Hacienda.

Con el aumento de tributarios vino el de mitayos para los minerales de Potosí y Huancavelica. El primero fué tambien favorecido con provision de azogues y hierro. A Huancavelica se asistió constantemente con fondos; se pagó á los mineros el precio habitual, no obstante la insistencia del Monarca en reducir á 40 pesos el quintal, y se les hicieron algunas otras concesiones. Los privilegios conservados á los demas mineros; el cuidado para conocer el estado de la produccion de las minas; la solicitud acerca de la ley de los metales, y la más viva para impedir los extravíos, hicieron montar sensiblemente la plata quintada. En su más productiva explotacion influyeron las abundantes minas de Lucanas, y las recien descubiertas de Huamachuco, que daban diez marcos por cajon, en los relaves de que se habia extraido libra y media de oro.

La próspera marcha de la minería se reconoció en el oro y plata acuñados en las casas de mo-

neda, que subió, en el gobierno de Castel-Fuerte, á 42.195.804 pesos 3 reales, correspondiendo aproximadamente á cuatro millones por año. En la casa de Lima se habian paralizado momentáneamente las labores; porque una cédula real reencargaba la amonedacion á 11 dineros 4 granos con el peso de 119 marcos 3 tomines por cada mil pesos, junto con el castigo de los empleados, que acuñáran moneda feble en la ley ó en el peso; y se notó alguna falta en la labrada en la capital. Por esta causa se puso en prision á los empleados de la fábrica, y al mercader de la plata, á quien aprovechaba el notado desfalco. Mas no tardó en dárseles libertad, por no haber allí fraude, sino una impericia tolerada. Al segundo fueron devueltos por Real órden los cuatro granos de que con derecho se aprovechaba en las fundiciones.

La amonedacion habria sido más cuantiosa, á no extraviarse mucha plata en el comercio de contrabando. El enérgico Virey multiplicó las providencias y los bandos contra el tráfico ilícito; hizo considerables comisos, y á fuerza del respeto, que impuso, desterró del Pacífico los navíos extranjeros. *Las dos Coronas* y *La Providencia*, que eran franceses, pudieron realizar sus ventas sin grandes contrastes. Mas tres holandeses salieron peor librados por la activa persecucion de una compañía de corso, armada, con superior autorizacion, por el Marqués de Torretagle y otros caballeros: uno de los bu-

ques con dificultad pudo escapar al abordaje; otro fué abordado, y se rindió, con su carga; el tercero hubo de entregarse en el puerto de Nasca. Otro buque holandes, que llegó despues, hubo de retirarse en mal estado, no pudiendo hallar recursos en ningun desembarcadero y temiendo ser capturado. Tambien se cerró al contrabando la puerta de Méjico, negando toda licencia para comerciar con sus puertos. Mas quedaron abiertas las de Buenos-Aires, que en vano se reclamaba condenar, contra todo derecho y conveniencia; la de Cartagena, no obstruida con la lenta travesía, y la de Panamá, que era la más expedita en el largo intervalo de las armadas.

Todos los esfuerzos de las autoridades coloniales no pudieron regularizar la marcha de los galeones. Los arribados á Cartagena en 1723 no fueron despachados sino en 1726, y no quedaron muy satisfechos de la feria de Portobelo. La armada expedida del Callao en 1731, despues de las más apremiantes instancias, y merced á la extraordinaria eficacia del Virey, que fué calificada de milagro político, condujo únicamente á aquella feria ménos de catorce millones de pesos. Los comerciantes del Perú, hallando abundantes los efectos de España, levantados sus precios, y más convenientes los ofrecidos por el navío inglés del permiso, compraron al que les vendia en condiciones más ventajosas. Los comerciantes de Sevilla, despues de levantar los gritos al cielo por su frustrada venta y sus costosas de-

moras, tuvieron que venir á Lima para expender su cargamento; y habiendo pretendido establecer aquí un tribunal mercantil en virtud de cierta autorizacion régia, fueron desoidos por las justas representaciones del Consulado. No bastó tan gravoso escarmiento para que todavía no se obstináran los particulares y el Gobierno en el sostenimiento de los desacreditados galeones; la reconocida impotencia de continuar la perjudicial rutina no debia tardar en sustituirlos con buques expedidos para el Pacífico.

Las grandes contrariedades y pérdidas, experimentadas por querer violentar la marcha del comercio, no impidieron que la poco ántes arruinada Hacienda, levantándose de dia en dia por la escrupulosa solicitud del Virey, hiciese frente á todas las atenciones. Los salarios fueron pagados con exactitud; enviáronse situados oportunos á Buenos-Aires, Valdivia, Chile, Panamá, Cartagena y Santa Marta; las demas asignaciones fueron cubiertas; las murallas del Callao recibieron costosas reparaciones, y para que no se arruináran con los embates del mar, se construyó una doble estacada, que se rellenó de piedra; fué carenada la armada, y mejoróse con un buque nuevamente fabricado en Guayaquil, que recibió el nombre de *San Fermin;* se costearon una expedicion al Tucuman para impedir las irrupciones de los bárbaros, y otra al Paraguay, cuyos comuneros habian dado muerte á su gobernador Ruiloba, y fueron al fin pacificados, despues

de severos escarmientos, por D. Bruno Zavala. La invasion de los araucanos habia sido detenida sin costosos sacrificios, quedando, sin embargo, disminuido el número de misiones fronterizas, que, por lo tanto, recibieron una asignacion menor. Tampoco los de Chanchamay obtuvieron por completo los 6.000 pesos asignados por el Rey. S. M. no debia quedar descontento; porque se socorrió tambien á los galeones con 200.000 pesos, y el Real Tesoro de Madrid logró más de dos millones.

La Administracion habia sentido la mano reparadora del Virey en todos sus ramos. No sólo la seguridad pública, la policia de ornato, el abasto de Lima y todas las exigencias locales habian sido atendidas por el Marqués, entre las graves ocupaciones del gobierno general; sino que hasta las costumbres merecieron su escrupulosa vigilancia. La multitud de sus providencias dió motivo á los murmuradores para que le llamáran Pepe-Bandos. Su severidad hizo muchos quejosos. Mas la córte, reconocida á sus servicios, le condecoró con el Toison de Oro; y aunque los colonos lamentáran más de una vez sus demasías, daban la preferencia á un jefe justiciero sobre el anterior desgobierno. El sabio Peralta atenuó las faltas y encareció sus méritos en la relacion de su período, notable, no sólo, porque desde la del virey Palata se habia dado únicamente una diminuta de la Audiencia, sino tambien porque ofrece importantes apreciaciones y noticias

de trascendencia. Por desgracia, el valor del fondo está como perdido en una fraseologia afectada y no siempre inteligible. Esos defectos de estilo eran inevitables en un período de transicion, en que todas las ideas estaban vacilantes, y corrian parejas el mal gusto y la erudicion indigesta. Los sermones con que fué celebrada la canonizacion de San Francisco Solano, aunque habian sido encargados á los oradores de más nota, presentan, entre algunos bellos pensamientos, tales y tantos despropósitos y aberraciones de lenguaje, que podrian pasar por burlescos dechados de elocuencia. Era el buen tiempo de los Fray-Gerundios, así en la metrópoli, como en las colonias.

CAPÍTULO VIII.

DON JUAN ANTONIO MENDOZA, MARQUÉS DE VILLAGARCÍA.

1736—1745.

La lucha, así entre la barbarie y la cultura, como entre la reaccion y el progreso, continuó, bajo las formas más variadas, en el gobierno del Marqués de Villagarcía, bastante activo á más de 68 años, benévolo y celoso del servicio público, pero anciano á quien, ni la ilustracion, ni la edad permitian influir poderosamente en el curso, ya bastante rápido, de los acontecimientos.

Fué de grandes consecuencias para el Perú la

venida de una comision astronómica, que, con el objeto de determinar mejor la figura de la tierra, midió junto al Ecuador un grado de meridiano. Los distinguidos oficiales de marina D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, que formaban parte de ella, fuera de otros importantes servicios, contribuyeron con sus publicaciones y noticias secretas á que se corrigieran abusos enormes. La Condamine, Godin, Jussieu y otros hábiles franceses, que fueron enviados por S. M. Cristianísima, hicieron conocer mejor, y apreciar más, vastísimas regiones, en cuyo interior, con excepcion de algun misionero jesuita, no habia penetrado ningun sabio extranjero, y cuyas ricas producciones apénas habia podido vislumbrar, á principios del siglo, desde los Recoletos franciscanos de Lima, el naturalista Feville. Sus investigaciones, siempre difíciles, eran á veces en extremo peligrosas. Un gobernador del reino de Quito les previno, que observáran á su gusto el cielo, pero que se guardáran de explorar la tierra. El vulgo, mirándolos con la doble prevencion de extranjeros no católicos; cuando los vió andar por escabrosidades y nevados, tirar líneas y observar los astros con instrumentos no conocidos, túvolos por cierta especie de hechiceros, ocupados en artificios diabólicos. Con tan malas ideas de ellos, un dia en que asistian, en la ciudad de Cuenca, á una corrida de toros, tras un ligero altercado, fueron atacados con furor, muerto el cirujano de la expedicion á manos de la

fanática muchedumbre, y sólo pudieron salvarse los demas por el pronto amparo de las autoridades.

Al Cuzco habian ido, á principios de 1739, cuatro misioneros franciscanos, venidos de España, que doctrinaban bien y producian la conversion de varios pecadores; pero que con sus predicaciones teatrales no dejaban de extraviar las creencias del rudo vulgo, ya dispuesto á hacer su divinidad de las imágenes veneradas y á desvirtuar el cristianismo con las tradiciones materialistas de la idolatría. Los imprudentes predicadores, no contentos con las voces destempladas y con cantares asaeteados, se quemaban el brazo para dar idea del fuego del infierno, esgrimian el crucifijo como una espada, á fin de exhortar al perdon de los enemigos, exhibian el retrato del diablo y el de un alma en pena, ponian luces en las calaveras ó usaban otros aparatos escénicos, que representáran la salida de las almas del purgatorio, y bajaban del púlpito en busca de la oveja perdida.

Las calamidades, y áun las más inofensivas apariciones naturales, exaltaban la devocion de la ignorante muchedumbre. El derrumbe de un cerro, que obstruyó pasajeramente al rio de Urubamba, produjo, con la inundacion de varios pueblos, gran perturbacion en los ánimos. Una aurora boreal, que se vió en el Cuzco á las ocho de la noche, asustó al vecindario; y aunque el Obispo procuraba tranquilizarlo, los jesuitas exhortaron á la penitencia y se

hicieron rogativas públicas. Un terremoto, que asoló el pueblo de Toro, en la provincia de Chunvivilcas, fué atribuido al celestial castigo de la arraigada idolatría.

El Santo Oficio impedia, junto con la invasion de la incredulidad creciente en Europa, la propagacion de los conocimientos físicos. Todavía en 1737 se dió el escándalo, felizmente por última vez, de sacrificar víctimas humanas á la pureza de la fe. En Lima fué quemada viva madama Castro, y en estatua su director el jesuita Velasco, acusados de judaizantes. Lo más triste es, que, segun los datos más aceptables, aquella infeliz se cuidaba poco de la ley de Moisés, y en su condenacion influyó, no el celo por la religion, sino un despique amoroso. La Inquisicion, combatida ya con éxito por la tolerancia del siglo, se estaba desacreditando en el Perú con los excesos de sus ministros. Un visitador íntegro y celoso condenó á prision y embargo de bienes á los inquisidores, inculpados de malversacion; y aunque, fuertes con su prestigio y relaciones, se volvieron contra el juez y no se sometieron al castigo; la destemplanza de sus quejas les hizo perder en la opinion tanto, como habrian perdido confesando y expiando humildemente el delito.

En las relaciones generales con el clero, si bien abundaban los motivos para las colisiones, no ocurrieron controversias graves. El Virey, siempre amante de la conciliacion y de las medidas suaves,

cortó con sus corteses insinuaciones el altercado, que, por desconocer las regalías, hubiese podido ocurrir con el nuevo Arzobispo; serenó con prudentes influencias á las monjas de Santa Clara, que estaban inquietas por la no justificada suspension de su abadesa; y hasta en los ruidosos capítulos de los frailes hizo reinar la paz, exhortándolos á la concordia, moderando amistosamente la violencia de los prelados, interponiendo en las nacientes disensiones los buenos oficios de juiciosos eclesiásticos y dejando la más completa independencia en las elecciones.

La Universidad, que debia ser un manantial perenne de ilustracion, se habia convertido en un instituto de puras exhibiciones literarias, sin ningun estudio serio. Por falta de lecciones y por sus numerosas cátedras, se contaban más profesores, que discípulos, y más doctores, que estudiantes. Los grados académicos, únicamente estimables como seguros títulos de ciencia, se daban por indulto á caballeros sin instruccion alguna, quienes los solicitaban á todo costo, á trueque de realzar la casaca con la borla de doctor, y sobre todo, para conseguir el rectorado ó tomar parte en las votaciones. La indulgencia del claustro se llevaba más léjos, concediendo á personas sin letras los grados, hasta con dispensa de derechos. Despues de envilecer así las distinciones universitarias, recaia el nombramiento de catedráticos, con agravio de los

beneméritos, en el opositor de más influencia ó en el opositor único, por haber alejado del concurso á los demas aspirantes. Por su parte, los agraciados no tenian por qué mirar con inquietud su inhabilidad para desempeñar las cátedras, porque las aulas estaban desiertas. Los colegios de la Compañía llenaban, en parte, el vacío de la Universidad, obligando á sus alumnos á que hiciesen estudios serios; y tampoco estaba descuidada la educacion intelectual de novicios y coristas en las demas órdenes religiosas. El Virey procuró contener la prodigalidad y abuso de los grados con restricciones, que fueron incluidas entre las constituciones académicas, no sin abrigar recelos de que los mismos doctores pusieran empeño y buscáran pretextos para la revocacion de medidas útiles y que habian solicitado con el interes más vivo.

Aunque la enseñanza monástica dejára mucho que desear en la extension de sus programas, eleccion de doctrinas, métodos y lenguaje; ya las meditaciones privadas, ya la lectura de las mejores obras francesas, iban formando hombres eminentes. Acababa de morir el enciclopédico Peralta y se anunciaba el brillante Olavide. Otros hombres de gran talento iban á ilustrar su patria sin salir de ella ó viajando por Europa. Algunos documentos de este período, como que anuncian, en sus ideas avanzadas y en la elegante claridad del estilo, la ilustracion de otro siglo. Inspirado sólo por su genio,

un artista nacional trabajaba la estatua ecuestre de Felipe V, que estuvo adornando el puente de Lima hasta el gran terremoto de 1746. Mas Baltasar, que así se llamaba el hábil escultor, era tan conocido por su conducta desarreglada como por sus grandes obras; y una noche, en que habia vuelto á su taller, aletargado por el vino, enfermó mortalmente, de susto, al despertar, tomando por amenazante espectro la efigie de la muerte, á que estaba dando la última mano.

Las bellas artes debian prometerse mayores adelantos, siguiendo de cerca, como es frecuente, la prosperidad debida al desarrollo de la minería y del comercio. Los minerales, que ántes no costeaban, pudieron explotarse con ventaja desde que el Gobierno redujo los derechos de quinto al décimo en la plata, y al cinco por ciento en el oro. El cerro de Pasco, en el que cada dia se descubrian más ricas vetas, iba adquiriendo la antigua nombradía del ya exhausto Potosí. Hecho cargo del gobierno de Huancavelica D. Jerónimo de Sola, que para reforma del asiento vino del Consejo de Indias, desterró abusos seculares y dió buenas ordenanzas, que merecieron los honores de la prensa. La poderosa palanca de la asociacion, que todavía no se habia aplicado en grande á la industria minera, prometia grandes resultados con la formacion de una compañía dispuesta á emplear en tan costosas labores grandes capitales.

El comercio seguia siempre contrariado por las autoridades y monopolistas, que temian su total ruina faltando los galeones. Con ingentes esfuerzos logróse expedir una armada en 1737, á los ocho años de la mal despachada por Castel-Fuerte. Tampoco ahora se pudo restablecer la feria de Portobelo. El riesgo de hostilidades marítimas hizo que los efectos europeos, en vez de dirigirse al istmo, se desembarcasen en Cartagena para seguir la larguísima ruta del interior. Los capitales del Perú tuvieron igualmente que desembarcar en Guayaquil, para ir en busca de las mercancías. En ningun lugar se celebró feria formal, y los tratos se fueron concluyendo donde quiera que se reunian compradores y vendedores. Éstos no tuvieron por qué felicitarse de ese mercado ambulante. Los compradores, léjos de ganar, sufrieron tales quebrantos, que los prestamistas, á todo riesgo, perdieron el 11 por 100 de su dinero. Mas estas pérdidas parciales cedieron en beneficio general; porque, cesando para siempre los galeones, vinieron los registros al Callao por el cabo de Hornos, con creciente provecho de vidas y haciendas. Antes que el tráfico autorizado por esa via proveyese á las necesidades del Perú, siguió en vasta escala el contrabando, aprovechando á todos, ménos al fisco, mal servido por los oficiales reales.

Aunque la Hacienda continuára resintiéndose de la poca vigilancia ó culpable connivencia de sus

empleados, el progreso de la riqueza pública, y la contabilidad algo más atendida, junto con algunas lecciones severas á los oficiales reales de Piura y de Lima, iban restableciendo el equilibrio entre las entradas y egresos. El déficit anual, que se elevaba á unos 300.000 pesos, podia desaparecer mediante algunas reformas de no difícil ejecucion; pero inesperados gastos de guerra acrecieron extraordinariamente los apuros del erario. Para hacer frente á formidables hostilidades fué necesario suspender el pago de sueldos y censos, pedir un empréstito, y á fin de que se proveyera á su amortizacion y á los crecientes gastos militares, establecer un nuevo impuesto sobre los frutos del país, por el tiempo necesario para la cobranza de dos millones netos. La nueva carga, por más que pareciera dura en un país poco acostumbrado á parecidas gabelas, fué aprobada en una junta de tribunales; se sobrellevó ménos mal, precaviendo, que no se hiciese permanente, y se regularizó con una administracion bien sistemada.

Antes de estallar la guerra, se habian hecho gastos de cuantía para fortificar á Montevideo, nueva plaza que protegia á Buenos-Aires contra las agresiones marítimas y contra la sospechosa vecindad de los brasileros. Una conspiracion descubierta en Oruro habia hecho temer por momentos costosas operaciones en el interior. Un mestizo de Oruro, que pretendia descender de los Incas, ima-

ginó un alzamiento general, y de acuerdo con otros pocos cómplices, compuso un manifiesto de agravios, sin firma, que se envió secretamente para conmover las provincias. Un falso conjurado delató el mal tramado plan. El Corregidor, á nombre de la seguridad amenazada, condenó sin apelacion al último suplicio á cinco comprometidos, y los ejecutó sin demora. Un juez, enviado para tomar medidas más generales, desterró á algunos individuos, que no habian hecho revelaciones á tiempo. La Audiencia mandó ajusticiar á otro vecino, que habia intervenido en la remision del manifiesto, declarando á los demas leales servidores del Rey. La villa se dividió en bandos; pretendian unos, que la precipitada ejecucion de algunos infelices, extraviados por la embriaguez y por la miseria, habia sido hija más bien de rencores particulares, que de amor á la justicia, y trataban otros de incluir en la conjuracion á sus émulos. La prudencia del Virey templó aquellas disensiones, y fuera de Oruro no se descubrieron indicios del temido alzamiento, ni en la costa, ni en la sierra. Por el contrario, la guerra exterior, y la sublevacion de los chunchos, causaron por mucho tiempo grandes embarazos al erario, y mucha inquietud al Gobierno.

Los ingleses habian conocido, por sus vastas negociaciones, las inapreciables ventajas, que podian reportar del libre comercio en la América española; los buques guardacostas les habian inferido en los

últimos años, junto con notables quebrantos de fortuna, graves injurias á las personas; su preponderancia marítima no les disponia á tolerar fácilmente odiosas limitaciones en sus operaciones ultramarinas, que eran la condicion de grandeza y vida para su expansiva actividad, demasiado estrechada en las Islas Británicas. Sobrados móviles eran éstos para que no cambiáran sus relaciones poco pacíficas con España, en una guerra abierta, para la que nunca faltarán pretextos á las potencias fuertes, aguijoneadas por la ambicion. Aspirando nada ménos que á apoderarse de las mejores colonias españolas, expidieron dos escuadras, una al Pacífico, á las órdenes del almirante Anson, y otra á las de Vernon, que debia operar contra el istmo de Panamá del lado del Atlántico.

Anson, salido de Inglaterra más tarde de lo que habria convenido, habia tenido que estacionarse en las islas de Juan Fernandez para restablecer su tripulacion, fatigada y enferma por una navegacion tan larga como penosa. El Virey, que por la córte estaba prevenido de su llegada, y habia recibido de la península algun refuerzo marítimo, no escatimó gastos para armar la escuadra, y sin dilacion la envió al encuentro de los invasores. Mas el jefe que la comandaba, detenido desde luégo por una arribada forzosa para no perder la capitana, que se iba á pique, con poca confianza en los demas buques, y más solícito de medrar en negocios ilícitos, que de

correr los azares de la guerra, no pensó en acercarse á las islas de Juan Fernandez. Tranquilo en ellas Anson, repuso su quebrantada gente, y en algunas correrías marítimas apresó doce naves mercantes, y en ellas grandes caudales, destinados al contrabando. Haciendo despues rumbo hácia Paita, encontró en aquel puerto un inesperado botin, que la contratacion ilícita tenía allí acumulado, y no arrostró ninguna resistencia séria, porque el fuertecillo no podia oponérsela, y 150 hombres enviados de Paita contra los 50 desembarcados por él, tocaron los clarines desde muy léjos para ahuyentarle, fiándose poco en sus veinte bocas de fuego, únicas armas con que pudieron acometerle. Se alejó, por último, de las costas del vireinato, apresando, en la travesía por las aguas distantes, el opulento galeon de Manila, cargado con efectos de la China por valor de muchos millones de pesos. No llevaba sólo una muy rica presa; abrigaba al mismo tiempo la esperanza de que su patria pudiera apoderarse del codiciado Perú, cuyo estado militar era el más lamentable. Los buques de guerra estaban casi inservibles; los jefes sin ardimiento ni pericia; las tripulaciones sin disciplina; los puertos desguarnecidos y sin armamento. En Lima mismo, donde á todo costo se habian levantado dos regimientos de infantería y uno de caballería, haciéndose frecuentes alardes, no habia armas de fuego en cantidad suficiente, y fué necesario comprar algunas pocas á

precios exorbitantes, y pedir otras prestadas al vecindario.

Vernon, que disponia de una imponente escuadra, se prometia, por el lado del Atlántico, espléndidos triunfos, que se tornaron en amargos desengaños. Habia principiado con buen éxito sus operaciones en el istmo; pero no recibiendo de Anson el apoyo que esperaba del otro lado, y sabiendo, que de Panamá marchaban á su encuentro fuerzas considerables, se alejó sin ninguna ventaja. Confiado en su armada de cuarenta y tres buques, daba por tan segura la toma de Cartagena, que ya tenía impresa una relacion, y acuñadas medallas para perpetuar el recuerdo de su victoria. Mas la plaza, heróicamente defendida por D. Sebastian Eslaba, le hizo sufrir grandes reveses, y retirarse cubierto de vergüenza. El defensor de Cartagena, que fué nombrado jefe del nuevo vireinato de Santa Fe, recibió del Perú, para el sostenimiento de las fuerzas marítimas, 300.000 pesos, que fueron aprestados sin rehuir sacrificio de ningun género.

Mayores y más duraderos gastos exigió el alzamiento de los neófitos de Chanchamayo determinado por el severo castigo, que en un cacique hizo un indiscreto doctrinero. La sublevacion se extendió desde el Pozuzo hasta el Pangoa, y todas las conversiones fueron destruidas, con el martirio ó la despedida de los misioneros. Los blancos y castas, que de su sangre participaban, sucumbie-

ron en general á ataques abiertos ó traidores; fueron inmolados muchos, que habian sido invitados á la fiesta de Santa Rosa, y perecieron varios, que navegaban por el Perenne, á quienes se les aconsejó pérfidamente liar las armas de fuego, salvándose sólo uno, que no habia dejado la suya de la mano. Claro está, que sus haciendas serían arrasadas, y obstruidos los caminos, para que el hombre civilizado no pudiese dominar en aquellas selvas. Entre los salvajes alzados, unos se dispersaron en la soledad, y otros formaron una masa imponente en torno de un indio del Cuzco, llamado Juan Santos, el que ocultó cuidadosamente sus humildes antecedentes para asegurar sus encumbradas pretensiones. Tomando los nombres de Atahualpa y Apuinga, se hacia pasar por descendiente de los hijos del sol, y no omitia supercherías, ni ardides para fascinar á sus rudos vasallos. Segun cuentan, llevaba sobre el pecho una patena de oro, que los deslumbrára reflejando los rayos del astro del dia; conservaba la cruz y las imágenes veneradas como un vano simulacro de la perseguida religion; y no proscribia las artes y goces de cierta cultura social, ya agradable á los neófitos sublevados. Un negro, llamado Gatica, cuñado suyo, que habia estado al servicio de los misioneros, le ayudó con sus talentos militares y con el esfuerzo de sus hijos.

El miedo, que infundió el astuto Juan Santos á las provincias fronterizas de la montaña y á las

autoridades coloniales, excedia en mucho á los medios con que pudiera ofenderlos. Se le suponia ya gozando del ascendiente de los antiguos soberanos, adquiriendo prosélitos en la sierra, y llevando la devastacion hasta las costas del vireinato. En el Cuzco estuvieron con gran recelo, porque la sublevacion se habia propagado á los neófitos de Calca y Láres. En Tarma, donde eran más de temer los ataques de los chunchos, se suspendió la mita, y para prevenirlos se dispusieron dos expediciones á la montaña. La primera de ellas, hecha con cierta precipitacion, llegó hasta el pueblo de Enene sin éxito alguno. La segunda, que contaba con tres compañías de caballería y numerosos milicianos, á las órdenes del Corregidor, tampoco pudo emprender operaciones decisivas. Escapando fácilmente los salvajes á todo ataque en regla en la inmensidad del no transitado bosque, y dejándose ya sentir cruelmente en las filas expedicionarias los estragos del insalubre clima y de las privaciones, hubo de emprenderse el regreso á la sierra; y con poca advertencia militar, se construyó un fuertecillo, á instancia de los misioneros, en el pueblo de Quimiri, cuya defensa quedó confiada á unos sesenta hombres, á las órdenes del capitan D. Fabricio Bartoli.

Como hubiera podido preverse fácilmente, la débil fuerza, abandonada en la montaña, no tardó en sucumbir á la triple accion del hambre, dolencias y flechas enemigas. Agotados y corrompidos

dó, durante ocho años, con crédito envidiable. El buen Marqués de Villagarcía, no pudiendo dejar, por la premura del cambio, sino una diminuta relacion de su período, se embarcó para Europa y murió en alta mar, no léjos de Patagonia, del 14 al 15 de Diciembre de 1745, á la edad de 79 años 9 meses 2 dias, acabado, más que por la vejez, por los sinsabores del mando.

CAPÍTULO IX.

DON JOSÉ MANSO DE VELASCO, CONDE DE SUPERUNDA.

1745—1746.

A los cuarenta dias de su espléndida entrada en Lima, dió el Virey un consuelo á todas las clases de la sociedad, acordando, que cesase la suspension de pagos, decretada por su antecesor á causa de la guerra; y aunque á poco hubo fundados recelos de que la escuadra inglesa volviese al Pacífico, y hubieron de hacerse reconocimientos y aprestos costosos; disipándose en breve la alarma, continuaron pagándose los sueldos, censos y demas pensiones corrientes, sin grandes apuros del Tesoro y con la natural satisfaccion de los interesados.

Todavía quedaba preocupado el espíritu público con la sublevacion de los chunchos, no sólo por las valiosas é irreparables pérdidas ocurridas en la fértil montaña, sino porque se atribuia al Apuinga un

peligroso prestigio entre los indios de la sierra, y áun se recelaba, que pudiera ser apoyado por los ingleses para un general alzamiento. Los temores se acrecentaron al regreso de cierta especie de mision confiada á los jesuitas, á quienes Juan Santos aparentaba gran deferencia. El astuto impostor les hizo concebir una alta idea de su poderío, suponiéndose á la cabeza de un vastísimo, opulento y pobladísimo imperio. Mas los hombres reflexivos y los misioneros franciscanos, que conocian á fondo la despoblacion y escaseces de las selvas vírgenes, no cayeron en la ilusion, cundiendo sólo en el sencillo vulgo las creencias de un nuevo y dorado gran Paititi. Como desde luégo dominaron los sueños, que halagaban la codicia y propagaban las alarmas, se emprendieron otras dos expediciones sin mejor éxito, que las anteriores (1). Al fin se conoció, que ni los chunchos eran peligrosos fuera de sus casi inatacables espesuras, ni en la pavorosa soledad de los árboles primitivos podian hacerse ricas presas, aunque la Providencia reune allí inapreciables tesoros al hábil y paciente trabajo de nuestro siglo. No ha-

(1) En la primera se mataron algunos indios de Quimiri, que no habian huido, no dejándose conocer los demas, ocultos en la espesura, sino por las nubes de flechas y por su espantosa gritería; en la segunda, cuyo objeto era sorprender al caudillo en el cerro de la Sal, centro de su poderío, se malogró el golpe por el recelo habitual de Juan Santos y por la detencion forzada de una parte de la tropa, lo que impidió el concertado ataque simultáneo por frente y retaguardia.

biendo llegado la hora de la colonizacion agrícola y militar, única que puede asegurar la provechosa conquista de la montaña, sólo pudo pensarse en proteger la ceja con algunos destacamentos y fortificaciones, y muchos conservaron todavía la esperanza de que volvieran á prosperar las recien destruidas conversiones.

Iba á terminar el largo reinado de Felipe V. Si por la fuerza de los acontecimientos, superior á la voluntad de los hombres, habian principiado á salir las colonias del letargo y entorpecimiento que las condenaban á una infancia perpétua; no pudieron realizarse grandes mejoras, tanto por falta de un sistema ilustrado y estable, cuanto porque las pretensiones dinásticas inutilizaron las generosas aspiraciones de los pueblos. En cerca de medio siglo no habia recibido la misma Córte, entre derechos reales y donativos graciosos, sino ménos de seis millones de pesos, cantidad, que el Perú pudiera obsequiarle en un año de buen gobierno. Ya los políticos, que algo entendian de arreglos económicos, hacian notar, que la pequeña Jamaica era de más provecho á Inglaterra, que á la España sus inmensas posesiones. El deseo de grandes reformas iba penetrando entre los hombres de Estado. Los escritores de legislacion hablaban de derechos, que la conquista no podia prescribir y de títulos inherentes á la naturaleza humana, que, contra todo poder é instituciones, debian prevalecer en las re-

laciones públicas y privadas. Germinaba en las masas cierto espíritu de resistencia á las demasías de los opresores. No podian, por lo tanto, aplazarse por largo tiempo cambios trascendentales en el estado de las colonias, sobre todo en el Perú, donde, con incomparables elementos de grandeza territorial y de avanzada organizacion social, resaltaban por todas partes, así en la administracion, como en la marcha de la sociedad, la debilidad y el desórden. Sería difícil creer el general desconcierto del vireinato, si no le pusieran fuera de duda los informes secretos, los hechos públicos y otras pruebas incontestables.

Del estado militar dió la más triste idea la afortunada expedicion de Anson, y la hubiera dado peor, si el quebranto de la tripulacion en la travesía del cabo de Hornos no le hubiera impedido acometer mayores cosas. Ni Guayaquil, ni otros puertos de primera importancia hubieran podido resistirle. No obstante las fortificaciones del Callao, estaba Lima expuesta á un ataque, pudiendo desembarcar los enemigos por varios puntos de la costa inmediata. La reparacion, que hubiera podido hacerse en la armada, habria sido más costosa y ménos provechosa, que la construccion de nuevos buques; y, sin embargo, para la fábrica de los existentes se habian tenido á la mano las maderas de Guayaquil, las breas de Centro-América, las lonas de Cajamarca y Chachapoyas, los cáñamos de Chi-

le, la estopa interior de los cocoteros, y el hierro, importado de Europa á todo costo. No se echaba ménos la habilidad de los artesanos. La artillería de bronce, que estaba inservible por haber hecho los oidos demasiado grandes, fué utilizada, sin gran gasto, por la industria admirable de un platero limeño, que ajustó sólidamente á la abertura algunos granos para disminuir sus dimensiones.

Difícil era conseguir fuerzas disciplinadas. Los mejores soldados venidos de Europa se corrompian con el ocio ó se desertaban, seguros de obtener más ventajosas posiciones; los del país no querian sujetarse al rigor de las ordenanzas. Los jefes sólo pensaban en medrar con plazas supuestas ó giros vergonzosos. A bordo tenía el capitan pulpería bien provista de licores fuertes. La malversacion de provisiones y arsenales excedia todos los límites del descaro.

La dilapidacion era igualmente espantosa en otros ramos de la administracion, defraudándose escandalosamente los intereses públicos con ilimitadas sustracciones ó engaños en la cantidad y calidad de los efectos. Sin la menor reserva solian decir los encargados de las rentas ó gastos: que era preciso comer y dejar comer.

La justicia no podia librar bien, siendo tal la corrupcion administrativa y tan relajada la censura. El Marqués de Castel-Fuerte habia dicho á su sucesor: «En este reino, los que administran los cargos

de gobierno y justicia, por la mayor parte son flexibles y se doblan con facilidad al respeto, á la relacion, al empeño, al interes y á los fines particulares, que suelen dar la ley y regla á los negocios, aunque gima la razon y la causa pública, sucediendo no pocas veces, que no sostengan lo mismo, que conocen convenir á la causa de Dios, del Rey y del reino.» Uno de sus antecesores habia apoyado calurosamente en el Acuerdo una pretension injusta, á la que accedieron todos, ménos un honrado oidor. Como éste fundára su dictámen en razones de justicia, le preguntó el Virey, si habian intentado cohecharle, y contestándole el digno magistrado que várias veces, sin éxito, le llevó á su gabinete, y mostrándole un valioso obsequio en oro y plata, le dijo, que, por su parte, no sabia resistir á tales dádivas. El inmoderado deseo de improvisar una fortuna, la pasion exaltada con ricas dádivas y extraordinarios honores, la facilidad de excederse, y la impunidad en los excesos, solian pervertir así al jefe del vireinato, como á los empleados de escala más baja.

Los corregidores, verdaderos sátrapas, y peores, que sátrapas en las provincias, sin perdonar siempre á otras razas más ó ménos favorecidas, eran el azote constante de los indios, á los que dejaban en la desnudez y acababan á fatigas con el riguroso cobro de tributos más ó ménos indebidos, con repartimientos forzosos, con trabajos no retribuidos

y con sentencias inicuas. Todos los poderosos oprimian, con indecible variedad de medios, á los míseros indígenas. Los obrajes, instrumento expedito de la opresion general, se habian convertido en purgatorio, cuando no en tumba, de los desvalidos operarios, arrastrados allí por engaño ó por violencia, voluntarios ó forzados, con pretexto de sus culpas ó siendo patente su inocencia. Los visitadores y jueces, llamados á reprimir estos y otros intolerables agravios, solian ceder al cohecho; y si eran de una integridad á toda prueba, se exponian á perecer en el desempeño de comisiones erizadas de peligros.

Los ministros de la religion, especialmente los curas, con pocas y muy honrosas excepciones, no oprimian ménos, que los demas dominadores de los pueblos, y escandalizaban más con su impía explotacion de las festividades, sus exigencias de todo género, su falta de residencia y doctrina, sus pasiones desenfrenadas y su infraccion del celibato. Los frailes estaban á la cabeza de los escándalos, luciendo su liviandad especialmente en los fandangos, que tenian lugar hasta para la toma de hábito. Se consideraba urgente, por la enormidad de sus vejaciones, separarlos de las doctrinas, aunque los clérigos estuvieran léjos de ser intachables en sus especulaciones y costumbres. Hasta los misioneros se olvidaban de sus apostólicas labores, abandonando la conversion por reforzar en los conven-

tos el partido de los europeos, y dividirse con ellos las ventajas mundanales.

Cada dia se hacian más profundas y se enconaban más las rivalidades entre españoles venidos de Europa y los naturales de América, ó, segun el lenguaje del tiempo, entre chapetones y criollos. Los impulsos instintivos y contrarios de patria y dominacion extraña se corroboraban y extendian á todo, por la lucha desigual entre hombres de la misma raza y sujetos al mismo Gobierno, al disputarse los favores de la fortuna, del poder y hasta de las familias, con frecuente perjuicio del más meritorio y más culto. Grande era tambien la excision entre las diferentes castas. Esclavo el negro, siervo el indio, opresor ú oprimido el hombre de color, sin garantías personales, ni respeto á la ley el blanco, mal podian concertar sus esfuerzos fraternales para asegurar un órden ventajoso á todos. El contínuo contraste entre la humillacion y el altivo predominio; el lujo ruinoso de los unos, sostenido con la miseria de los otros, y la posicion instable de las familias, fortificaban la division de los hijos de una misma patria y áun entre los vecinos de un mismo pueblo. Políticos sin conciencia, ni prevision, podian felicitarse de que esa falta de union conservaria mejor el órden establecido. Mas, fuera de que un dia el sufrimiento comun habria de acallar las rencillas particulares; esa dispersion y antagonismo de las fuerzas sociales no podian crear nada de grandioso, ni de estable.

LIBRO II.

REINADO DE FERNANDO VI.

CAPÍTULO ÚNICO.

DON JOSÉ MANSO DE VELASCO, CONDE DE SUPERUNDA.

1746 – 1759.

El reinado de Fernando VI, príncipe benévolo, reformador y pacífico, principiaba en el Perú bajo los más tristes auspicios. Ignorándose aún el fallecimiento de su padre, acaecido el 9 de Julio de 1746, durando la guerra con los ingleses, y no disipado enteramente el recelo de los chunchos, hubo un gran terremoto, que arruinó por completo al Callao y convirtió á la deliciosa Lima en un lugar de espanto, sin casas y sin templo.

Era el 28 de Octubre de 1746, y desde dias ántes se oian ruidos comparables al bramido del toro y á las descargas de artillería. A las diez y media de la noche, faltando para el plenilunio cinco horas tres cuartos, tras un rumor leve é instantáneo, sintióse un violento movimiento, que, viniendo principalmente del Noroeste, duró de tres á cuatro minutos. Todo fué al mismo tiempo, el estruendo subterráneo, el terremoto y la ruina. La conmovida tierra despedia de sí los edificios, como una bestia,

que se sacude el polvo. Sólo unos veinte y cinco quedaron firmes entre 12.204 casas con puerta á la calle, dos palacios, la Universidad, la Moneda, el Cabildo, diez y seis colegios, treinta y seis conventos, el santuario de Santa Rosa, dos casas de ejercicios, las cárceles, numerosos establecimientos de misericordia y unas setenta iglesias. El clamor de la ciudad se elevaba por entre nubes de polvo. El llanto alternaba con la repeticion de los temblores. La aterrada muchedumbre se esparció en las plazas, huertas y campo, aspirando sólo á que el instable suelo donde se apoyaba, no fuese su tumba. Yacian entre los escombros millares de personas, que heridas ó mutiladas, exhalaban vanos gritos de socorro; no se sabia el número de muertos, habiendo doce entre las carmelitas reformadas de Santa Teresa, que no pasaban de veinte y una, y siendo pocas las victimas en otros grandes monasterios. La Providencia salvó á ciegos mendigos y otros imposibilitados, de entre las paredes, que caian y estaban aplastando á hombres robustos.

El Callao quedó sepultado entre las olas con sus edificios y más de 5.000 habitantes, salvándose de éstos unos 100 y quedando en pié algunos retazos de muralla. El mar, que salió á poco del terremoto, levantaba muy alto los cañones de bronce, no colocados aún en las fortificaciones, y lanzó los buques hasta media legua de la playa, sepultando los demas en sus ondas. Entre la alternativa de las tu-

multuosas oleadas se dejaron percibir por algun tiempo los ayes de los moribundos; del número de los muertos fueron los religiosos de San Francisco, que esperaban al Comisario general, los dominicos, que estaban celebrando el octavario de desagravios, y mucha gente alegre, que en los vertiginosos bailes de vulgar aceptacion cantaba con tanta desenvoltura, como algazara:

Que se quema el zango,
No se quemará;
Se saldrá la mar
Y lo apagará.

El temblor se sintió hasta en el interior de la montaña. Las ruinas se extendian desde Pativilca á Ica. En la quebrada de Matucanas reventó un volcan de agua. Caian algunos cerros, arrojando los peñascos á distancias considerables. Hendíase la tierra y de algunos puntos brotaban copiosos manantiales. Las fuentes y los rios presentaban el color de la greda ó del jabon disuelto en el agua.

Los habitantes de Lima estaban como fuera de sí, oyendo los ruidos subterráneos, á que siguieron, por muchos dias, movimientos aterradores; la tierra se bamboleaba sin estrépito, ni alteracion, como un navío mecido por las olas. Se temió, que se hundiera el suelo; se anunciaba la salida del mar, que hacia huir precipitadamente á los montes y áun se esparció la voz de que caeria fuego del cielo. Un

religioso gritó en la plaza, como en 1687 el venerable padre Galindo: «Lima, Lima, tus pecados son tu ruina.» El provincial de San Francisco predicaba contra los que atribuian el terremoto á causas naturales. Se renovaron las exageradas penitencias públicas del siglo xvii, saliendo, en fervorosas procesiones, penitentes con sacos y extraordinarias mortificaciones, y sacerdotes descalzos, con espinas en las sienes, sogas al cuello y piés encadenados. Un prelado, que llevaba freno en la boca y puntas de hierro en los ojos, recibia en sus espaldas golpes de hierro, gritando su súbdito, que hacia de pregonero y verdugo: «Ésta es la justicia, que el Rey de los cielos manda ejecutar en este vil pecador.» A la provocativa desnudez y valiosas galas sucedian los trajes más modestos. La disipacion y deleites se cambiaron en austeridades superiores á las de los más rígidos solitarios. Se queria salvar por milagro, sin diligencias propias ó por los medios más extraños. Las religiosas mercenarias, que dormian sobresaltadas en su huerta, se levantaban al menor ruido ó aprension de terremoto, y se ponian en cruz para que la tierra no se las tragára. Muchos enfermaron de privaciones ó por vivir á la inclemencia. Vino el hambre, y luégo los catarros, tabardillos y dolores de costado. Muriendo más gente, de enfermedad, que entre las ruinas de la ciudad: el número de víctimas en ella y el Callao pasó de 16.000. El melancólico espectáculo de tantas

muertes se agravó en los primeros dias por el aullido de los perros junto á los cadáveres, y por la tristeza de la campiña, donde dejaron de cantar las aves.

El celo del Virey estuvo al nivel de la catástrofe. Con su serenidad disipaba las alarmas. Si el 29 de Octubre faltaron el pan y los comestibles, porque nadie vino al mercado y las harinas se habian perdido; desde el 30 fueron afluyendo las provisiones de las cercanías, funcionaron las panaderías, y miéntras llegaban de Chile buques cargados de trigo, se proveyó la ciudad de un buque, que, por estar cargando en Chincha para Panamá, se habia libertado de quedar varado ó sumergido.

Como los cadáveres insepultos podian causar la más peligrosa infeccion, se trató de darles pronta sepultura. Unos 1.300 fueron enterrados en zanjas abiertas junto al cementerio de la catedral; pero quedaron entre las ruinas más de 2.000, junto con 3.000 caballos, mulas y borricos, que habian perecido bajo los escombros. Muchas personas estropeadas perecieron por falta de oportunos socorros, y la mortalidad de los hospitales excedió en el año las proporciones ordinarias; en el de Santa Ana, de 2.120 enfermos, murieron 422; en el de San Bartolomé, 71 de 202, y en San Andres, 290 de 2.449.

La seguridad pública imponia al Gobierno continuos cuidados. Los negros, mulatos y otros hom-

bres poco escrupulosos principiaron á saquear las casas arruinadas y abandonadas por sus dueños; á la playa acudió mucha gente para apoderarse de los efectos del Callao, que la mar arrojaba. El Virey publicó bandos rigurosos, puso guardias, creó alcaldes y levantó horcas para aterrar á los ladrones. Las cajas reales y la moneda, donde habia grandes caudales, fueron custodiadas con especial vigilancia. La administracion superior pudo funcionar regularmente á los ochenta dias, por haberse habilitado una sala para los acuerdos.

La reedificacion de la ciudad fué objeto de largas discusiones. Pretendian algunos, que fuese trasladada á otro sitio más seguro, donde no habia que atender al costoso desembarazo de los escombros, ni gravarse las nuevas construcciones con el peso de insoportables pensiones. Contradecíanlo los dueños de censos, entre los que se contaban principalmente los establecimientos de religion y de misericordia, los que, privados de los acostumbrados réditos, no sólo no podrian reparar sus quebrantos, sino que carecerian de los más indispensables medios de subsistencia. Prevaleció este partido, que era el más influyente, y que ademas apoyaba la reedificacion de los antiguos solares en las valiosas construcciones, que áun subsistian firmes totalmente ó por partes, y en las acequias y otras obras de utilidad pública, cuyo precio pasaba de muchos millones de pesos. En cuanto al pago de los censos, des-

pues de muchos alegatos y de várias resoluciones, se acordó, que sólo se abonáran por la parte subsistente de los antiguos edificios á razon de 3 por 100 en los redimibles, y de 2 en los irredimibles, dispensándose al mismo tiempo el pago de los dos primeros años. Aunque el Rey modificó despues este acuerdo, estando avenidas las partes, y no reclamando ninguna, quedaron las cosas en el estado creado por él, y afianzado con el trascurso de diez años.

La reedificacion se hizo con cierta lentitud, no sólo por la falta de medios, sino porque ricos y pobres se resistian á abandonar los asilos provisionales, levantados en las plazas y en el campo, con pérdida del capital invertido y con alquileres ménos cómodos. El Gobierno hizo valer razones bien obvias de policía para restituir la poblacion á su antigua planta. Las fiestas reales, que debian celebrarse por el advenimiento del nuevo Monarca, apresuraron el despejo de las plazas, y sólo se conservaron algunos ranchos en Cocharcas, el Acho y los Naranjos. Se proyectó, que las casas fuesen de un sólo piso; pero viendo en pié las que tenian altos, se toleró levantarlos para mayor comodidad de las familias, cuidando sólo de que fuesen de madera.

La reconstruccion de la catedral demandó tanta consagracion, como sacrificios. Era necesario, ántes de emprenderla, que se derribára la parte ruinosa, y se sacáran los desmontes. Mas la obra de un si-

glo quedó rehecha en nueve años, aplicándole el producto de las vacantes y otras rentas episcopales, trayendo maderas de Guayaquil y Guatemala, comprando recuas para el trasporte de los escombros y materiales, realizando otras grandes economías, y activándose los trabajos con la presencia del Virey. El nuevo templo fué estrenado el 29 de Mayo de 1755 con la fiesta del Santísimo Sacramento, y el 30 con la de San Fernando; las pompas religiosas, en el sagrado recinto y en las calles, recordaron las incomparables fiestas celebradas por el Conde de Lémos, y en ellas pudieron admirarse, junto con adornos materiales de mejor gusto, la mayor cultura intelectual, que se revelaba en el estilo de los predicadores.

En la urgente reparacion del puerto, se aceleró la fábrica de un castillo, que le defendiera de las agresiones marítimas, y se trasladó la poblacion al más seguro sitio de Bellavista, donde no se consintieron, desde luégo, conventos, que perjudicáran á la nueva parroquia. Mas no tardó en pensarse, que seria necesario fundar un colegio de jesuitas, para mayor satisfaccion de los devotos y mejor educacion de los niños. Con más solicitud se procuraba la construccion de un hospital, donde pudieran ser asistidos inmediatamente los enfermos del vecindario y los de los buques arribados á la bahía.

Alegando motivos, entónces muy valiosos, para proteger la produccion local y el riesgo de care-

cer de provisiones á causa de otros terremotos ó guerras, se acordó la preferencia á los trigos del país sobre los de Chile, no obstante las fundadas reclamaciones de los navieros. El aumento de cosechas en los valles cercanos hizo aplaudir, por de pronto, la restriccion impuesta á un tráfico, que debia ser favorecido.

En 1750, cuando la restauracion de Lima dejaba mucho que desear, corrió riesgo de ser destruida, no por la violencia de los elementos, sino por el resentimiento de los indios. Su número era muy superior al de los blancos, por los muchos nacidos en el recinto de la ciudad, por los avecindados para ejercer los oficios de artesanos y traficantes, y por la contínua recluta de *cholitos*. Dábase este nombre á las criaturas arrancadas á las caricias maternales con engaño ó con violencia; unos eran arrebatados por los curas con seductoras promesas, tal vez como precio del entierro de sus padres; otros, que jugueteaban inocentemente en los caminos, eran robados por pasajeros encargados de hacer este apetecido obsequio á algun amigo; parientes sin entrañas solian vender no pocos á vil precio. Los más de los indiecitos traidos á la capital con medios tan inicuos perecian al influjo del clima ó del mal tratamiento; pero, como sus bajas eran cubiertas sin cesar por nuevos robos, al fin crecian muchos de éstos, sin amor y presa casi segura del vicio. Algunos pocos, que eran tratados con tierna solicitud por

amos bondadosos, no solian ser de mejores costumbres, y por lo comun se contagiaban de la ingratitud, arraigada en su raza por las injusticias seculares y por la falta de cultura.

Aunque la suerte de los indígenas en el centro de las autoridades superiores fuese ménos desgraciada, que la de sus hermanos oprimidos, sin amparo, en las provincias á todas horas y de todos modos; la atmósfera más libre, que respiraban en Lima, les hacia más sensibles á las penas de la servidumbre. Su ódio á la opresion extranjera se acrecentaba con los gratos recuerdos del imperio nacional, que venía periódicamente á avivarse con la representacion de los Incas en las mayores fiestas de la religion ó del gobierno. Alguna vez se vió derramar abundantes lágrimas á los que en las comparsas hacian el papel de los antiguos soberanos; lo que se creia efecto de un enternecimiento, era la expresion incontenible del resentimiento más profundo. No pudiendo ya sufrir más, y olvidados los severos escarmientos del siglo anterior, se concertaron en 1748 para un alzamiento. Sus planes iban avanzando en las vecinas provincias de Canta y Huarochiri; pensaban ponerse en relacion con Juan Santos y atraer á los negros y á otras razas oprimidas; el ataque á palacio estaba delineado con las convenientes precauciones militares. La conjuracion, revelada en el secreto de la confesion, fué puesta en conocimiento del Virey, quien la vió confirmada por otras

delaciones. Un falso conjurado logró introducirse en las juntas, y obtenidos seguros indicios, se confió la causa al inteligente oidor D. Pedro Bravo de Castilla, que la concluyó en breve plazo. Seis de los principales conspiradores fueron ejecutados en la plaza de armas, asistiendo los indios nobles y los cabos de las milicias para ostentar su fidelidad al Gobierno. Otros lograron escapar, entre ellos el autor del plan de ataque y el destinado á entrar en relaciones con el jefe de los chunchos. Uno de los más comprometidos é influyentes, asilado en Huarochiri, levantó la provincia, dió muerte al Teniente General, al Corregidor y á otros españoles, rompió puentes, quebró los caminos y trató de hacerse inexpugnable entre precipicios y desfiladeros. El Marqués de Monterico, enviado en su persecucion al frente de 400 hombres, flanqueó las quebradas, aisló á los sublevados y los desalojó de sus formidables posiciones. Despues de la derrota fueron entregados los fugitivos por sus comprovincianos; algunos recibieron la muerte en los mismos lugares; dos de los cabecillas vinieron á sufrir en la capital el último suplicio. Un indulto redujo al sosiego á los demas conjurados, fuera de uno, ejecutado en Lambayeque. Se repararon los caminos, se prohibió el tráfico de cholitos, y se procuró, que los españoles tuviesen alguna provision de armas, porque su anterior armamento se reducia á 1.185, entre las blancas, 623 escopetas y 683 pares de pisto-

las, muchas de ellas inservibles ó de difícil manejo. El Rey agració al oidor con una plaza de honor en el Consejo de Indias, y al Marqués con el grado de brigadier. La conjuracion habia sido sofocada al nacer; pero, segun la relacion del Virey, por la multitud y gravedad de las delaciones, costóle más trabajo desvanecer las supuestas tramas, que combatir la verdadera.

Los chunchos habian dejado de inspirar sérias inquietudes. Juan Santos, que vivia muy receloso, habia dado muerte á Gatica y á otros caudillos, temiendo, que le entregáran. Las irrupciones á las haciendas limitrofes habian cesado desde que los bárbaros se apercibieron de las fuerzas, que recorrian la frontera. Unos 110 infantes, 50 de á caballo y algunos fuertecillos la protegian eficazmente contra sus ataques. El Rey, que no podia resignarse á la pérdida de las conversiones, quiso, que no faltasen la asignacion, ni la proteccion acordadas á los misioneros. Pero, aunque se llevó á cabo y puso en buen pié el colegio de Ocopa; la fe no hizo por muchos años ninguna conquista en la montaña de Chanchamayo.

La paz exterior se habia consolidado por la firme resolucion del Monarca de sostener las buenas relaciones con todas las potencias, y de conservarse neutral entre Francia é Inglaterra. A fin de precaver lejanos riesgos, se estableció guarnicion con pobladores, plantas y animales útiles, en la isla de Juan

Fernandez, en la que Anson habia estacionado. Tratándose de reconocer la de Inche, de que hablaba en la relacion de su viaje, se averiguó, que aquel nombre era una equivocacion del Almirante. El archipiélago de Chonos, donde la isla, así mal designada, podia situarse, no ofrecia condiciones ventajosas para un establecimiento extranjero.

Por la frontera brasilera no se recelaban entradas hostiles; porque, casado Fernando VI con una infanta de Portugal, á la que amaba entrañablemente, habia procurado estrechar la alianza de familia, demarcando amigablemente la línea divisoria entre las posesiones americanas de ambas coronas. Los límites fijados entre el Perú y el Brasil por el tratado de 13 de Enero de 1750 fueron: primero, los orígenes del Madera y su curso, hasta un punto equidistante de su desembocadura y de la confluencia del Guapore con el Mamore; segundo, un paralelo tirado de este punto al Yavari; tercero, aguas abajo de este rio; cuarto, el curso del Amazonas; quinto, el Putumayo, rio arriba, hasta los límites de Venezuela y Santa Fe.

Para el fiel cumplimiento de las estipulaciones debian entregar los portugueses la colonia del Sacramento, y recibir en cambio las misiones situadas al Este del Uruguay, á cuyos moradores sólo se dejó la cruel alternativa de someterse á un yugo detestado y peligroso, ó de abandonar sus hogares, sin llevarse más valor, que los bienes muebles. Los

jesuitas manifestaron, que los neófitos opondrian una resistencia desesperada; y era de suponer, que no accederian de buen grado á entregarse como un vil rebaño á los descendientes de los mamelucos, y no se alejarian sino á viva fuerza de la casa, donde habian gozado una existencia apacible, de la iglesia, que veneraban y del hermoso panteon, donde reposaban las cenizas de sus mayores. La córte, que no tenía cuenta de tan justas observaciones, decidió, que las fuerzas de ambas coronas llevasen á cabo la entrega. Una primera expedicion fracasó por falta de concierto; en la segunda tuvieron los paraguayos fuera de combate 1.200 hombres, entre muertos y prisioneros, en un choque ocurrido á 14 leguas de la primera reduccion; 1.000 soldados enviados de la Península y más de 2.000.000 de pesos, remitidos por el Virey, facilitaron la ocupacion militar de los pueblos; pero la entrega no tuvó efecto, porque el Comisario portugues no llenó los compromisos de su córte. Sin embargo, la resistencia de los neófitos fué imputada á los jesuitas como un crimen de Estado.

El Gobierno, que habia precisado más sus relaciones con la Santa Sede por un concordato, iba haciendo sentir en todas partes su supremacía al clero, siempre dispuesto á ensanchar la esfera de sus prerogativas. El Santo Oficio, aunque desprestigiado por el proceso de dos inquisidores, pretendia, que sus ministros gozasen del fuero activo en

todas las causas, así civiles, como criminales. Contradicha su pretension, y aspirándose por las autoridades civiles á formar sala de competencia, donde pudiera determinarse la extension de los derechos respectivos, sólo convino el tribunal sagrado en formar *sala refleja* para decidir, si el caso cuestionado debia ser ó no objeto de competencia. Formada la sala, que él pretendia, se disputó, si el oidor podia entrar en ella con capa y sombrero, ó si necesitaba adornarse con toga y gorra. Absuelto en el primer sentido este incidente, resistió el oidor seguir la discusion, previendo, como sucedió, que los ministros reunidos resolverian conforme á los deseos de la Inquisicion. Mas una real cédula ordenó, por el contrario; que ninguno de sus miembros gozase del fuero activo; que sólo conservasen la posesion del pasivo los titulares asalariados; que en adelante no hubiese salas reflexas, y que en los casos claros se evitasen los de competencia, estándose á la decision del Virey.

El arzobispo Barroeta, recibido cortésmente por el Virey, que para la reedificacion de la catedral contaba con su poderosa cooperacion, guardó al principio con el Conde la mejor armonia; pero, mal aconsejado, y amigo de disposiciones arbitrarias, no tardó en suscitarle graves embarazos, aunque, por lo comun, los motivos de altercacion fuesen harto leves. Quiso su Ilustrísima usar en las procesiones el quitasol, que era prerogativa

de los vireyes; decretó, que á nadie, sino á su persona, se tocase el órgano al entrar en el templo; exigia de un canónigo que le incensára por distinto lado del que estaba en posesion de hacerlo; puso dificultades sobre la manera de inventariar las alhajas de la catedral y de visitar los hospitales; resistia recibir las provisiones de ruego y encargo; contra las disposiciones terminantes de la ley, no daba el informe abierto sobre los exámenes de oposicion á las canongías de oficio, y pretendia decidir, si habia ó no lugar á nuevo concurso por muerte del provisto ántes de haber tomado posesion de su silla; en fin, suscitó un largo y ruidoso altercado por el empeño en colocar de catedrático á un favorecido suyo. Estas contiendas entre las dos autoridades superiores del reino y de la Iglesia, que hacian perder á la administracion el tiempo y el prestigio, sólo cesaron por la traslacion del prelado al arzobispado de Granada, adonde años despues pudo ver á su poderoso contendiente en situacion harto lamentable.

En Charcas se suscitó una gravísima cuestion por haber sido acometido el Arzobispo de ataques cerebrales, que le dejaban por algun tiempo privado del uso de razon. Declarándole incapaz, le señaló aquella Audiencia un administrador de rentas, y el Cabildo, reasumiendo el gobierno de la diócesis, nombró un provisor. El Virey anuló estas providencias, y el Monarca castigó á sus autores, aun-

que la muerte pronta del Prelado habia allanado las dificultades.

Los doctores de la Universidad se mostraban siempre refractarios á todas las reformas: aunque se acordó, que los estudiantes concurriesen á las aulas para oir y escribir las lecciones, continuaron las cátedras sin discípulos; otros abusos, denunciados por el Rector, quedaron sin remedio; se habia dispuesto igualmente, que las religiones no pudiesen tener en el claustro sino dos graduados, y uno solo entre los profesores; pero cediendo á representaciones fundadas, siguió preponderando en la docta corporacion el número de los frailes.

Las órdenes religiosas eran fuertemente contenidas en otras aspiraciones, y perdian mucha parte de su influencia. En Potosí habian dado un gravísimo escandalo, entrando de tropel en la iglesia, despues de haber quitado de la puerta las censuras fulminadas por el Vicario contra un fraile complicado en el asesinato de un clérigo, y contra otro, que decia responsos en el templo, con perjuicio de cierta cofradía agraciada con este privilegio; el Gobierno tomó providencias severas contra desman tan escandaloso; pero los más de los culpables lograron eludirlos. Las monjas clarisas de Charcas consiguieron sacudir su yugo, poniéndose bajo la direccion del diocesano. Se adoptaron medidas trascendentales con el comisario general de San Francisco, el Vicario de la Merced y el provincial de esta úl-

tima órden. Pero la reforma de mayor trascendencia, que un siglo ántes sólo se habria intentado con gran recelo y probablemente sin éxito, fué la secularizacion de las doctrinas, llevada á cabo, no sin contradiccion, pero sin mayores dificultades. Las órdenes religiosas sólo debian conservar dos curatos en cada provincia, y los clérigos entrarian en posesion de los demas á medida, que vacasen. Con esa disposicion, acordada en la real cédula de 1.° de Febrero de 1753, se cortaban en su orígen muchas vocaciones bastardas, manantial inagotable de escándalos; los pueblos serian mejor atendidos por sus párrocos; y ganarian mucho la religion y el espíritu público, por la union más íntima entre ovejas y pastores.

La entrega de los curatos al clero secular no podia producir inmediatamente sus buenos efectos; porque las vacantes debian aumentar gradualmente; y siendo poco numerosos y no suficientemente doctrinados los clérigos, necesitaban auxiliarse de los frailes y participaban de sus excesos. En Potosí fué indispensable reducir las parroquias de catorce á siete, para que no se exigiese tanto de los mitayos. Dos curas de la provincia de Tarma, y otro de Chancay se arrogaban las atribuciones de un poder absoluto en sus curatos, y daban públicamente de palos á las autoridades civiles, que procuraban hacer valer los derechos del Gobierno; sus escandalosos desmanes quedaron impunes por el

apoyo ó tolerancia, que hallaron en sus superiores. Cediendo á la consideracion de los inconvenientes, que pudiera traer la observancia del sumario extrajudicial ordenado por el Duque de la Palata, resolvió el Rey, que no se pusiese en práctica; pero condolido de las extorsiones, que se hacian á los indios por la administracion de sacramentos, encargó S. M. la fiel observancia de los aranceles eclesiásticos. Para evitar el abandono de las doctrinas decretó, que ningun párroco poseyese cátedra ni ningun otro destino, incompatible con la asidua residencia.

Al mismo tiempo, que el Gobierno se esforzaba por refrenar los excesos de los curas, parecia autorizar los de los corregidores, reglamentando sus repartimientos forzosos de efectos. La ley habia condenado en vano una iniquidad tan enorme, como patente. Los jueces de residencia, aunque estaban encargados de investigarla por la novena de sus preguntas, la pasaban por alto, ó se hallaban en la impotencia de condenar excesos en que todos caian, y de que todos quedaban impunes. La tolerancia arraigada hizo, que fuese considerándose el injustificable trabajo como un mal forzoso. Con esta conviccion pensó Castel-Fuerte, que convendria reglamentarlo; el bondadoso Villagarcía desentendió las prevenciones, que al efecto habia recibido de la Córte; por desgracia, el Conde de Superunda activó el asunto, y despues de detenidas consultas formuló un proyecto,

que obtuvo la aprobacion del Monarca. Se permitia á los corregidores repartir cierta cantidad de mercancías designadas, arreglando sus precios á tarifas, y no cometiendo injusticias al realizar la cobranza. Los aranceles en que se determinaban la cantidad, clase y precio de los artículos, se incluirian en el despacho de sus títulos, y se fijarian en el cabildo de la capital de sus provincias; correrian por el quinquenio ó bienio, segun la duracion de los cargos, aunque en el intervalo cambiase el estado del mercado. Los corregidores por cinco años harian repartimientos completos, y por la mitad los de solos dos años. Los excesos se castigarian con privacion de oficio y pena del cuatro tanto.

Reglamentados así los repartimientos, esperaba el Virey, que los corregidores podrian desempeñar rectamente sus empleos, contentándose con una moderada ganancia; que el fisco aseguraria el pago de las alcabalas, y que los indios trabajarian en provecho propio y comun, por la necesidad de pagar los artículos, fiados para su subsistencia y marcha general de la industria. Esas ventajas especiosas nunca pudieran cohonestar compras impuestas por la violencia, ni la absurda, cuanto peligrosa confusion de atribuciones judiciales y mercantiles, ni la fuerza y la codicia erigidas en jueces de su causa propia. Como era fácil prever, la iniquidad reglamentada, y creyéndose autorizada por la ley, no pondria límites á sus vejaciones. Los indios, á pretexto de

deudas forzadas, imaginarias y sin utilidad propia, iban á ser atormentados de la manera más inhumana, á perder su pequeño peculio, el fruto de su trabajo, su libertad, y más de una vez su vida. Si bien se creyó asegurar la recta administracion de justicia, enviando de España algunos corregidores militares; pocos dejaron de contagiarse con el mal ejemplo; todos aspiraban á enriquecerse pronto, y seguian casi siempre la senda trazada por la codicia, sin miedo y sin escrúpulos.

El ramo de alcabalas no sólo mejoró con la pagada por los corregidores, segun la extension de sus repartimientos, sino principalmente por la reforma de su administracion. Ántes se estimaban caprichosamente los efectos de la tierra en cada caso particular, y se cometian grandes fraudes cubriendo ó chancelando los cargos de los comerciantes por los géneros entrados y extraidos, con salidas aparentes ó arbitrarias para lugares remotos, donde la cobranza de derechos se hacia ilusoria. La hacienda se perjudicaba tambien con largos remates, que fueron reducidos al término de cuatro ó cinco años con ventaja conocida. Más prontos y mejores resultados se notaron de no permitir ninguna extraccion de efectos sin afianzar el pago, y de someter los de la tierra á una tarifa fija.

El ramo de tributos adelantaba de dia en dia, por la incorporacion de las encomiendas vacantes á la corona, y porque, si bien continuaban las oculta-

ciones en grande escala, se iba descubriendo mayor número de indios. En las diócesis de Lima, Charcas, Mizque, La Paz, Cuzco, Arequipa, Huamanga y Trujillo se habian inscrito en la matrícula 612.780, repartidos en 74 provincias con 755 curas, y 2078 entre caciques y mandones. Los neófitos del Paraguay se regularon en 99.333, y los de Mojos en 31.349.

En la amonedacion se conseguian mayores aprovechamientos por haberse principiado á amonedar de cuenta del Rey, con arreglo á nuevas ordenanzas, que eran las vigentes en Méjico, con algunas modificaciones. Como la antigua moneda de oro y plata fué reemplazada por la de cordoncillo; se fabricó nueva maquinaria, al mismo tiempo, que se reparaban en el edificio los estragos del terremoto, y se le daban mayores proporciones. En Potosí se procuró tambien adaptar á la reforma monetaria la antigua casa; pero la obra salió mal, y por la divergencia de opiniones se perdió mucho tiempo, y se gastó demasiado en la nueva construccion. Sin embargo de estos gastos y contrariedades, y de que dejó de acuñarse en Lima el oro de Chile, por haberse fundado en Santiago casa de moneda; las entradas fiscales por este ramo tuvieron un aumento considerable.

El estado próspero de la minería, no obstante las oscilaciones ó decadencia de los primeros asientos, contribuia á la buena marcha de las casas de mo-

neda. Huancavelica, mejor gobernada, estaba surtiendo abundantemente de azogues, cuando se recibió una real órden para suspender las labores, con las precauciones convenientes para emprenderlas de nuevo en caso necesario. Pensaba el Rey proveer á todas las minas de América con los azogues de Almaden, proponiéndose conseguir en el Perú el alivio de los indios con la abolicion de la mita más cruel, el de los mineros con la rebaja del precio en el principal elemento de los beneficios, y el de la hacienda evitando extravíos, malas pagas y toda suerte de fraudes. Vacilaba el Conde en la suspension de labores, por el peligro inminente de que entre tanto se inutilizára la preciosa mina, falta de las reparaciones y cuidados indispensables; y no tardó en felicitarse de su indecision; porque una nueva real órden le prevenia activar los trabajos, á fin de surtir no sólo al Perú, sino á Méjico y Guatemala, por cuanto un hundimiento impedia proveerse del opulento Almaden. En efecto, redoblando las diligencias, pudieron enviarse á Méjico, en várias partidas, catorce mil quintales de azogue, sin desatender las minas del Perú. A poco tiempo, la baja ley del mineral obligó á dispensar del pago del quinto á los mineros, que de otro modo no habrian podido costearse. Los de Potosí hacia mucho, que no subsistian de las casi exhaustas vetas del afamado cerro, sino de las ventajas, que les proporcionaba aquel centro de rescates y de movimiento mercantil

á 42.092 pesos 2 rs., y en el de Huamanga, á 30.371 pesos y ½ real.

La venida de registros por el Cabo iba dando ventajas inesperadas. Hecha la paz con los ingleses, el apego á la rutina, el destemplado clamoreo de los interesados en ella, y la perturbacion momentánea, que por lo comun trae toda gran reforma, hicieron creer, que convenia restablecer el ruinoso sistema de galeones, y el mismo Virey, engañado por las apariencias, lo solicitó del Ministerio, que estuvo mejor inspirado. Una feliz experiencia no tardó en convencer á las autoridades y particulares de lo mucho que habian ganado en un comercio colonial, aunque todavía sujeto á trabas perjudiciales, más expedito, ménos costoso y más seguro para las vidas y haciendas. El fisco sacaba ya más, de cuatro registros, que de una flota entera de tres años. La ciudad de los Reyes; en tanto que Chile, Buenos-Aires y Potosí, ménos dependientes de ella para sus negocios, pedian consulados ó jueces de comercio; renacia de sus ruinas más próspera, más bella y con mayores comodidades. Las casas estaban mejor amuebladas, la gente con vestidos de mayor elegancia á ménos costo, y los paseos llenos de carruajes lujosos. No obstante los estragos del terremoto, y de que la falta de carreras seculares, de empleos y de encomiendas no le permitieran un desarrollo muy rápido, la poblacion pasaba de 54.000 almas.

La Hacienda adquirió una nueva y valiosa entra-

da con el estanco de tabacos, que, proyectado por el Conde al principio de su gobierno, no pudo plantificarse hasta 1752, en que la reedificacion de la ciudad estaba bastante adelantada. Al principio se arrendó una casa en 1.250 pesos, y se gastaron 4.000 en adaptarla á sus nuevos usos; se estancó el tabaco en polvo, estableciendo 16 estanquillos y la tercena para su venta fiscal, y se monopolizó despues la venta del tabaco en rama, haciendo mayores construcciones y consintiendo, sin embargo, que fuera de los establecimientos del Estado se fabricasen cigarrillos. Aunque desde luégo fueran grandes los gastos, y no escaso el contrabando; pronto quedaron cubiertas las anticipaciones y se obtuvo un producto neto, cada dia más considerable. Estas ventajas animaron á extender el estanco á las provincias y al reino de Chile con iguales resultados.

Con el producto de nuevos ramos, el aumento de tributos, quintos y derechos mercantiles, mejor administracion de las rentas y cobro de créditos atrasados; la Hacienda, que en el Gobierno anterior presentaba un déficit anual, y á causa de los gastos extraordinarios de guerra se habia adeudado en algunos millones de pesos; atendió holgadamente á los gastos corrientes, á la dispendiosa comision de límites, al costoso sostenimiento de dos fragatas de guerra enviadas por el Rey despues del terremoto, á la no ménos costosa reparacion de las ruinas, á la construccion del buque llamado San

José el Peruano, á la plantificacion del estanco y nueva fábrica de moneda, al envío de azogues á Méjico y á otras muchas y muy onerosas atenciones extraordinarias. Satisfechas todas las cargas, quedó un sobrante para el Rey, y la balanza fué inclinándose siempre del lado de las rentas. Habia cesado ya el impuesto extraordinario de dos millones, creado por Villagarcia, de los que más de la mitad fué satisfecha por Lima y el resto por las provincias, que se habian encabezado, en su mayor parte, para evitar mayores extorsiones. La bula de Cruzada se plantificó con arreglo á nuevas ordenanzas, impresas junto con las antiguas de los vireyes, despues que el Rey obtuvo de la Santa Sede autorizacion para nombrar comisarios eclesiásticos y modificar la organizacion de esta renta, que debia tardar en sistemarse bien y ofrecer ventajas apreciables. Por lo demas, su producto, que debia invertirse en obras pías, se destinó en mucha parte á la subvencion de las misiones y á la defensa de la frontera interior contra la irrupcion de los salvajes.

El Monarca, que estaba animado de las mejores intenciones y deseaba reformar todos los abusos, hizo á su representante secretas prevenciones para que desplegase el mayor celo en la administracion de justicia, activando la más recta y pronta terminacion de las causas, castigando las prevaricaciones y llevando hasta el extrañamiento del reino la correccion de los magistrados culpables de la

lentitud, malicia ó abandono en el despacho de los negocios. Para que las mejoras pudieran emprenderse con más acierto, se pidieron con insistencia noticias exactas, claras y completas sobre el estado del vireinato. Las razones suministradas por los corregidores debian abrazar la descripcion de la provincia, sus confines, comunicaciones y distancias; el número de doctrinas, sus anexos y habitantes, con expresion de castas y sexos; los curas seculares ó regulares, sus sínodos y obvenciones; los bienes y cajas de comunidad, las tierras de repartimiento y la inversion de sus productos; las haciendas de españoles, sus frutos, espendio de éstos y su valor aproximado; la clase, labores, producto, beneficio y demas particularidades de las minas; los rios ó lagunas, con su orígen y pesquerías; los buques, hierbas medicinales y animales; las tradiciones y monumentos; los puertos con sus pesquerías y comercios; el orígen, régimen, vecindario, iglesias, conventos y haciendas de las ciudades y villas habitadas por españoles; el estado de las misiones, y cuanto se hallára digno de la consideracion del Gobierno. La direccion de tan importante trabajo fué encargada á D. Pedro Bravo de Castilla, y el resúmen ordenado de todos los datos al padre D. José Bernal, sacerdote del Oratorio, quien fué despues reemplazado por el inteligente D. Cosme Bueno, catedrático de matemáticas y cosmógrafo mayor del reino.

Imposible es desconocer que se principiaba á salir ya del cáos administrativo. A las tinieblas del desórden sucedian las luces de la estadística, al letargo é inaccion, la vida y el movimiento. Aunque incompletas ó desacertadas, aparecian por doquier las reformas, ya produciendo inmediatamente algun bien y despertando el deseo de mejoras más trascendentales, ya poniendo de manifiesto la enormidad de ciertos abusos y preparando remedios radicales. El corto reinado de Fernando VI allanó, así en América como en Europa, el camino para el benéfico gobierno de su hermano, el más glorioso entre todos los de su raza.

LIBRO III.

REINADO DE CÁRLOS III.

CAPÍTULO PRIMERO.

DON JOSÉ MANSO DE VELASCO, CONDE DE SUPERUNDA.

1759—1761.

Cárlos III es, despues de Isabel la Católica, el Monarca más acreedor á la gratitud de la América. Ninguno contribuyó tanto como él al progreso de las colonias españolas con sus bien meditadas reformas, y hasta sus imprevisiones y desaciertos fueron encaminados por la divina Providencia á la emancipacion del Nuevo Mundo. Con la experiencia, que habia adquirido en el trono de Nápoles ántes de subir al de San Fernando, con miras paternales para todos sus pueblos, con el deseo más sincero del acierto, y sabiamente aconsejado por Grimaldi, Floridablanca, Aranda, Campománes, Gálvez y otros estadistas eminentes, dejó imperecederas huellas de su administracion bienhechora en la vasta extension de sus dominios. Debióle el Perú mucho en los arreglos eclesiásticos, la marcha más libre del comercio, la agricultura, el conocimiento de su rica flora, el adelanto de la minería, la division territorial, los correos, la administracion de

justicia, la policía, la beneficencia, la instruccion y los demas ramos del servicio público. Una terrible revolucion, hija de resentimientos seculares, agravados por injurias recientes, sólo perturbó pasajeramente el movimiento apacible de la civilizacion, y léjos de dar ocasion á una política reaccionaria, como hubiera sucedido en gobiernos ménos ilustrados, más débiles ó no tan bien intencionados, hizo desaparecer para siempre intolerables abusos. La guerra con Inglaterra, á la que España fué arrastrada por un malhadado pacto de familia con la Francia, y la eficaz proteccion, que en ódio á los ingleses prestaron de concierto á la independencia de los Estados-Unidos, fueron causas de suma influencia en la posterior libertad de la América española.

Los acreedores del Estado pudieron estar reconocidos pronto al nuevo Monarca; porque no tardó en acordar la liquidacion de las deudas causadas en América durante el reinado de Felipe V, para arreglar su pago á la brevedad posible, segun habia resuelto ya respecto á las causadas en Europa. Las comunidades, que tenian censos sobre el Tesoro público, debieron agradecerle sus órdenes precisas para que fuesen pagados al 5 por 100, áun por el tiempo en que habian estado reducidos al 2 por 100.

La Hacienda podia hacer frente á estas y otras más graves atenciones; porque, merced á su mejor organizacion y nuevas entradas, su prosperidad

iba siempre en aumento. Cuando en 1761 dejó el Conde de Superunda las riendas del Gobierno, existian en la caja real de Lima 1.306.969 pesos 2 reales. Teniendo en cuenta otros créditos y el presunto valor de los tabacos almacenados, estimaba el Virey las existencias en más de 5.300.000 pesos; pero estos recursos del Erario eran imaginarios, por estar casi en su totalidad consumidos ó sin valor efectivo.

A fin de que la minería, considerada hasta entónces el primer manantial de la fortuna pública y privada, no decayese junto con el mineral de Huancavelica, se buscaron en la mina de Santa Bárbara nuevas vetas y se extendieron las exploraciones á otras provincias. En la de Huamalies se descubrió la mina de Chonta, que prometia mucho azogue; pero las esperanzas concebidas allí y en Huancavelica no tardaron en disiparse. Aunque de una importancia muy secundaria, iban á ser de produccion harto más duradera las minas de brea, descubiertas en el pueblo de Chumpi, perteneciente á la provincia de Parinacochas, y en Amotape, que está en la de Piura.

En el gobierno interior no ocurrieron sucesos memorables. El Cuzco, que estuvo amenazado de alguna alteracion por la discordia de los vecinos al nombrar los alcaldes, conservó su sosiego, reservándose el Virey las elecciones, alejando de allí á un abogado é intimidando á otro, que promovian

las rencillas. La ereccion de la provincia de Huamachuco, que fué separada de la de Cajamarca, cortó de raíz ciertos desórdenes, originados por la falta ó inhabilidad de la autoridad local superior, acallando las inquietudes y recelos, que áun subsistian á causa de un tumulto, ocurrido ántes en el pueblo de Otusco.

No fueron tan apacibles las relaciones con otras potencias. El Monarca, en vista de las infracciones cometidas por la Corona de Portugal, declaró que el tratado de límites debia considerarse como nulo; llamó á la córte al guamanguino, Marqués de Valdelirios, que estaba á la cabeza de la comision demarcadora, y mandó restituir á los neófitos del Uruguay los bienes y los pueblos de que habian sido desposeidos á viva fuerza. Debia, sin embargo, continuar la buena armonía entre las fronteras del Perú y del Brasil; pero un jefe brasilero se avanzó en plena paz á las misiones de Mojos, ocupó y fortificó el pueblo de Santa Rosa, que no pudo ser recobrado, ni con las amonestaciones amigables, ni por la accion de las armas.

De mayor trascendencia fueron para la monarquía las hostilidades con la Inglaterra, á que imprudentemente se lanzó, no por intereses nacionales, sino por conveniencias dinásticas. Una de las más ilustres, y de las primeras víctimas de esta mal aconsejada guerra fué el buen Conde de Superunda. La edad avanzada, las grandes virtudes y

veinte y cuatro años de eminentes servicios en América, le prometian el sosiego, la consideracion y el bienestar al regresar á la península. Mas habiendo pasado por la Habana, y siendo atacada aquella plaza por la escuadra inglesa, fué encargado de defenderla, como jefe de mayor graduacion, y se vió obligado á aceptar una capitulacion poco honrosa. Esta imprevista desgracia le hizo sufrir al llegar á su patria, á la que volvia ya viejo, las privaciones de la confiscacion y las amarguras de un largo proceso.

CAPÍTULO II.

DON MANUEL AMAT Y JUNIENT.

1761—1776.

El sucesor del Conde de Superunda habia gobernado, como él, á Chile con gran crédito, de donde traia la reputacion de organizador activo, inteligente, recto hasta el rigor, de una firmeza que rayaba en tenacidad, y muy celoso de los intereses públicos, sin olvidar la propia conveniencia. En aquel reino habia sostenido el fiel cumplimiento de las leyes, áun resistiendo los errados conceptos del Virey; y sabedor un dia, que estaban alzados los presos, se fué solo á la cárcel; recibido á pedradas, contuvo con su espada á los delincuentes, y á las veinte y cuatro horas ahorcó á diez y siete. En el

Perú, si no dejó fama de hombre impecable, comunicó á la máquina administrativa un gran impulso; con sus providencias severas, dió á las hablillas populares materia de comentarios y encarecimientos, áun no agotada con el trascurso de un siglo; y, así en los actos, como en la relacion de su gobierno, hallan los hombres pensadores abundantes elementos de políticas reflexiones.

La guerra declarada á la Inglaterra y Portugal, obligó al nuevo Virey á ocuparse ante todo en la defensa del vireinato. Segun la práctica habitual ordenó, que los ganados se alejasen del litoral, no faltasen los vigias, y se aprestasen las milicias del mejor modo posible. Hiciéronse prevenciones especiales, y se enviaron socorros en dinero ó armas á los gobernadores del Paraguay, Tucuman, Buenos-Aires, Chiloe, Valdivia, Chile, Juan Fernandez, Guayaquil y Panamá. Amat creia, que el puerto de Guayaquil debia reincorporarse al vireinato del Perú, puesto que de aquí habia de recibir sus medios de defensa, era el natural astillero de la armada del Pacífico, y tenía con el Callao su principal comercio. *El Peruano* y *La Liebre*, únicos buques de guerra, que á la sazon habia en el último puerto, recibieron los aprestos y reparos necesarios para ponerse en pié de combate. Las playas vecinas á Lima, por donde pudiera intentarse un dessembarque, fueron bien reconocidas y estudiada la más eficaz defensa. En las nuevas fortalezas del

Callao, se ejecutaron grandes obras, y se organizó bien alguna fuerza. Las milicias de Lima recibieron una trasformacion brillante.

Publicado un bando para que en la capital se alistasen los hombres de cualquier condicion y estado, desde la edad de catorce años hasta la de sesenta, todos acudieron solícitos al llamamiento, y resueltos á sacrificarse por la religion, el Rey y la patria. Con repetidos ejercicios, que el Virey animaba con su presencia, se convirtió la ciudad en una plaza de armas. Los milicianos excitados por la emulacion de pericia militar maniobraban con perfeccion, hacian tiros certeros, y en los repetidos alardes parecian soldados aguerridos por sus fáciles evoluciones y admirable destreza en los fuegos. La riqueza y distintivo de los uniformes realzaban el marcial aspecto. El Virey vistió cuatro compañías de granaderos, dos de á 104 hombres lo fueron por la Audiencia y el Tribunal de Cuentas, 800 por el Cabildo, 1.000 por el Consulado, y otras muchas compañías fueron uniformadas por títulos, caballeros ó comerciantes particulares. La infantería se compuso de 5.251 plazas, y la caballería de 2.197. Amat servia de coronel en el regimiento de la nobleza, que contaba 384 hombres.

Aunque no tardó en celebrarse la paz, no se echaron en olvido los ejercicios militares, á fin de que la adquirida disciplina no se perdiese con el desuso. Para alentar á nuevos sacrificios hizo el

Rey merced de veinte y dos hábitos á la nobleza, y de algunas medallas de oro con su efigie á otros jefes beneméritos. Se dieron algunos ascensos, y siendo agraciado el Virey con la cruz de San Genaro, se hizo un lucidísimo paseo con general entusiasmo.

Los negocios de la guerra, tan abandonados y desconcertados ántes, necesitaban la atencion más sostenida, y el órden más sistemado. Con la venida de buques extranjeros al Pacífico, como comerciantes ó en escuadras enemigas, y con los sabios informes de comisionados ó viajeros, se habia descorrido ya el velo, que ocultaba la parte vulnerable del vireinato á propios y extraños; al mismo tiempo que, mejor conocidos sus inapreciables recursos, tentaba más la codicia de las potencias marítimas, ávidas de enriquecerse con buenas colonias en el Pacífico. El pobre establecimiento, que los ingleses acababan de fundar en las islas Malvinas, podia considerarse como la base de vastísimos proyectos, que se revelaban tambien en sus viajes de exploracion por las islas del gran Océano. En cuanto á la seguridad interior, ya no podia esperarse todo del poder de las creencias. El Paraguay y Cochabamba habian mostrado á las claras la fuerte decision de los colonos para resistir odiosas vejaciones. En Oruro, Lima y hasta entre los salvajes, el fantasma de los antiguos soberanos, habia excitado gravísimas alarmas ó muy peligrosos alzamientos. La

voz mágica de libertad podia despertar el más terible furor en millones de siervos. La riqueza, el poder y las consideraciones inherentes á la independencia, se vislumbraban ya por algunos espíritus avanzados, tentándolos á salir del pupilaje colonial. El Rey, á quien la nobleza, privada de empleos y de encomiendas, no podia prestar un apoyo eficaz, ni entusiasta, estaba perdiendo la milicia más activa, influyente y numerosa con la secularizacion de las doctrinas, y la expulsion de los jesuitas, fortísimas columnas éstos del poder absoluto, y muy adictos los frailes á la ciega obediencia.

Comprendiendo bien el Virey las nuevas necesidades militares, procuró con esmero reunir los indispensables elementos de guerra. La sala de armas, que contenia poco más de cinco mil fusiles inservibles, y no ofrecia, ni el personal, ni las condiciones materiales precisas para la conservacion del armamento en buen estado, fué bien surtida con las armas venidas de Europa; obtuvo jefes competentes; recibió mayor extension, y se arregló del modo conveniente para evitar deterioros y defraudaciones. Con igual solicitud se atendió á la abundante fabricacion de bien acondicionada pólvora, de la que con poca reflexion se estableció un depósito en uno de los baluartes de la muralla, próximo á la portada de Barbones. Mejoróse la fundicion de artillería, si bien algunos cañones no pudieron resistir las últimas pruebas, accidente de

que no están libres las mejores fundiciones. Se hizo igualmente gran provision de balas, cureñas y otros pertrechos. Mas no se solicitó con decidido empeño la construccion de buques de guerra; porque, si rotas las hostilidades no habia seguridad para la navegacion, ni para las costas, sin una poderosa armada; era imposible construirla aquí sin gastos ingentes, y sostenerla en tiempo de paz sin enorme dispendio. Segun cálculos aproximados, el gasto normal de un navío de 64 cañones con 479 plazas, montaba al mes 9.681 pesos 3 reales 2 maravedís; el de una fragata de 26 cañones con 267 plazas, 5.586 pesos 2 reales 32 $^{4}/_{8}$ maravedís, y el de otra con 22 cañones y 231 plazas, 4.847 pesos 4 reales 22 $^{3}/_{8}$ maravedís. Faltaba ademas en los puntos adonde podia alcanzar la vigilancia del Gobierno, el abrigo indispensable para que la escuadra no corriese la suerte de la recientemente pérdida en el departamento marítimo de la Habana.

Los buques enviados de Europa, despues de estacionarse en los puertos de América, solian olvidarse de la estricta disciplina, que caracteriza á la marina, y habian dado peligrosos ejemplos de insolencia en Cartagena, Concepcion y Callao, faltando aquí gravemente al respeto del anciano Marqués de Villagarcía. Amat les dió una leccion muy severa. Al emprender el regreso á la Península la escuadra, que habia venido con ocasion de la guerra, se amotinó la tripulacion de los navíos *Septen-*

trion y *Astuto*, con ocasion de no ajustárseles á su gusto los sueldos devengados. La insubordinacion, que habia resistido á las mas sérias intimaciones, parecia tanto más peligrosa, cuanto que en aquélla escuadra se expedian ocho millones de pesos. El Virey, á quien los capitanes habian pedido con instancia medidas de seguridad, voló al Callao; enarboló en uno de sus torreones la bandera de justicia, asegurándola con siete cañonazos; con parte de la guarnicion fué á los buques; hizo colgar inmediatamente de las entenas á dos cabecillas ya juzgados; diezmando á los demas culpables, sacó por sorteo diez y siete de los diezmados para arcabucearlos inmediatamente; otros treinta y cuatro, despues de pasados por el cañon, fueron á presidio y de allí á concluir su servicio marítimo.

El escarmiento fué tan eficaz, que en la larga navegacion no ocurrió la más leve perturbacion de la disciplina. Mas el Monarca, que no llevaba á bien tan gran severidad, decretó, que en adelante las causas de los marinos se resolviesen por sus propios comandantes. A su vez el Virey representó contra una órden real, en que se disponia la incorporacion de los desertores españoles á las fuerzas coloniales, temiendo con razon, que aquellos delincuentes fuesen al mismo tiempo causa de indisciplina y azote de los pueblos. Para que los jefes no perdiesen el espíritu militar con sus aspiraciones á enriquecerse, en destinos civiles, como habian conseguido algunos

corregidores, se decretó, que no pudieran pretenderlos, sin renunciar á la carrera de las armas. Como salvaguardia del honor de las familias, se acordó igualmente por el Rey, que, si habia fundadas reclamaciones por promesas de matrimonio, se siguiesen las causas por las autoridades superiores de las colonias, dando inmediatamente de baja á los que hubieran dado lugar á ellas. Los enfermos del ejército y de la marina debian tener inmediatos socorros en el nuevo hospital de Bellavista. La organizacion militar se aseguró con la venida de un inspector general.

Para alejar el recelo de peligrosas vecindades, se enviaron dos expediciones á la isla de Davis, y tres á la de Otahiti, cuyo principal objeto fué investigar, y en caso de haberlos, destruir los establecimientos ingleses, sin dejarles esperanzas de restablecimiento fácil. No concibiéndose temor alguno por la primera isla, se prestó una atencion especial á la odalisca del Pacífico, la que apareció ahora, como en tiempo de Quirós, afluente de delicias, con las mejores condiciones para recibir una cultura superior. En la primera expedicion agradaron mucho las ventajas del país, y sus habitantes tan hospitalarios, como despejados; en la segunda se quedaron algunos misioneros franciscanos destinados á su conversion, quienes no recibieron ningun mal tratamiento; pero espantados al presenciar los sacrificios humanos, hechos por la salud de uno de

los reyezuelos, y no estando abrasados de celo apostólico, aprovecharon la llegada de la tercera expedicion para volver al deseado asilo de sus conventos. Quedó, por lo tanto, frustrado el proyecto de un establecimiento español, bajo la égida de la religion, en el delicioso archipiélago.

No tuvieron mejor éxito dos expediciones dirigidas del alto Perú contra las brasileros, que se habian apoderado de Santa Rosa. El contraste de la primera entrada pudo atribuirse á la falta de aprestos y á la mala direccion de las operaciones. En la segunda se previno todo, abundantes recursos, suficiente tropa y arreglado plan de campaña. Sin embargo, fracasó igualmente; porque los serranos no podian resistir la enervante influencia de los bosques calurosos, ni reponerse á tiempo los pronto consumidos ó deteriorados víveres, ni habia comunicaciones expeditas, ni podia prolongarse mucho la desigual lucha con un enemigo, que recibia recursos y refuerzos de su inmediata frontera.

Sublevada la ciudad de Quito á causa de los estancos y de otros arreglos rentísticos, logró sobreponerse á las autoridades despues de algunos choques; y aunque pertenecia á otro vireinato, se reclamó el auxilio del Perú, que no tardó en enviar algunas fuerzas á Guayaquil. No fué necesario, que subiesen á la sierra; porque el órden se restableció sin dificultad por la moderacion de los vencedores, por el

prestigio del Gobierno y por la mediacion de algunos sujetos populares, que le eran adictos.

Aunque en Lima, el carácter apacible de los habitantes y el respeto al Virey, tuvieran asegurada la tranquilidad pública; no dejó de causar algun sobresalto la creciente osadía de los bandidos. Los que infestaban la campiña, fueron desalojados de las guaridas, donde solian ocultarse en los valles de Carabaillo y Bocanegra. Mas se necesitó toda la energía y actividad del Virey para acabar con una banda de malhechores, que tenía aterrado al vecindario con sus asaltos nocturnos. Ninguna casa estaba á salvo de los forados, que hacian con fuego, de sus llaves maestras, de sus escalas de alambre y de sus ataques, bien concertados con impenetrable secreto. La más viva inquietud se apoderó de la ciudad el 11 de Julio de 1772, al saberse, que en la noche anterior se habian robado á cierta señora unos sesenta mil pesos en alhajas y especies, haciéndole pasar largas horas de agonía y teniendo encerrada en los cuartos á su numerosa servidumbre. Por las eficaces providencias de la autoridad fueron tomados con su botin los principales ladrones, que casi todos eran soldados y estaban dirigidos por Rueda, alférez de la guardia, y por Pulido, teniente graduado. Amat avocó á sí la causa por ser de militares; su asesor D. Perfecto Salas, instalado en la cárcel, la substanció en tres dias; el 11 de Agosto fueron sentenciados los reos; dos dias despues eran

ajusticiados once de ellos y sus cabezas puestas en escarpias á las entradas de Lima y del Callao; un cómplice sacado del asilo pasó por debajo de la horca, junto con las mancebas de Rueda y Pulido, que, despues de recibir sendos azotes, salieron con la cabeza rapada. Desempeñados algunos trabajos humillantes, fueron confinadas al presidio de Valdivia, una de ellas á vivir en union de su marido.

En las provincias hubo repetidos tumultos, que pudieran calificarse de leves por su corta duracion y aislamiento, y cedieron por sí mismos ó con una mezcla de riguroso aparato y de indulgencia. Tales fueron los de Chuco en el Norte, y los más difundidos por el Sur, en las provincias de Sicasica y Pacages. Mas todos esos movimientos turbulentos reconocian por principal causa la abominable tiranía de los repartimientos, y podian considerarse como los terribles anuncios de la destructora explosion, con que amenazaba á los opresores el furioso resentimiento de sus víctimas. Los corregidores, verdaderos diptongos de comerciantes y jueces, segun la expresion del Virey, habian cambiado ó torcian la vara de la justicia con la del comercio. Apénas nombrados, se surtian, al fiado, de los drogones de almacen, comprando ya muy recargados los efectos averiados, los absolutamente inservibles ó sin uso alguno para los indios. Al llegar á la provincia, los distribuian á viva fuerza ó con engaño, en una ó dos semanas, por valor de 200.000 ó más

pesos. Con tal de que hubiera algo en que cobrar, no se eximian del repartimiento, ni las mujeres, ni áun los muertos. El Corregidor de Cotabambas, para repartir los suyos, aguardaba la partida de los mitayos, embriagándolos bien; vestia con lujo, adornaba con gallardetes y honraba con el toque de clarines y cajas á cuantos recibian y pagaban al contado su mercancía; miéntras los que á ello se resistian, eran cubiertos de vestidos despreciables y humillados con el estruendo de trompetas y cencerros. En otra provincia, un infeliz, que se lamentaba de tales excesos, fué sacado á la vergüenza con un hueso de difunto en la boca, como si hubiera sido un blasfemo. La iniquidad era tan enorme en la especie de efectos violentamente repartidos, como en la exageracion de los precios. Hubo quienes obligaran á comprar los rosarios como un remedio contra los cotos ó paperas, vendieran á cuatro pesos las varas de cinta ordinaria como un adorno forzoso de los milicianos, y á ciento sombreros, que apénas valian cinco; dieran por buenos los géneros medio consumidos por incendios, y distribuyeran á su antojo agujas, sederías, anteojos, medias y toda suerte de maulas entre gente, que no conocia tales superfluidades ó carecia de objetos más indispensables. Las existencias de un Corregidor, sorprendido por la muerte en su abominable tráfico, y apreciadas por él en 150.000 pesos, fueron rematadas en solos 400.

Los crímenes de la cobranza excedian á los enormes excesos del repartimiento. Al pago del primer plazo alcanzaba apénas el precio del efecto, revendido tal vez al mismo vendedor inicuo; para el segundo se embargaban las cosechas, y para el tercero y último, se remataban las tierras ó ganados, se deshacia la casa para rematar puertas, tejas y piedras, se confinaba al deudor en un obraje ó en una hacienda de caña; habiendo esperanza de cobrar con el socorro de los suyos, se le sepultaba en una cárcel más ó ménos incómoda y distante. Cierto Corregidor construyó una en sitio muy húmedo, y para aterrar á los presos, la llenó de sabandijas y culebras; habria sido inmolado por la indignada muchedumbre, si no se asilára en la iglesia y no dejára al prudente cura quemar su libro de créditos. Al cobrar en las cosechas se falseaba la medida y bajaba el precio de los granos para revenderlos en seguida al pagador, quien los necesitaba para su propio sustento y se adeudaba más, tomándolos muy caros. Para especular con los sebos se hacian pasar por machorras las terneras preñadas. Una infeliz madre, á la que el marido habia dejado una vaca para que se alimentasen con la leche y requesones ella y sus cuatro hijos, imploró en vano la piedad de los inhumanos cobradores, y viendo muerto el animal, que era la providencia de su familia y al que no podia devolver la vida con sus sollozos, espiró de dolor sobre él y quedaron en

la más triste orfandad aquellas criaturas inocentes.

Tan horribles atentados fueron denunciados por el Cabildo del Cuzco en una representacion al Monarca, que expidió órdenes enérgicas para la investigacion y represion de los delincuentes. Indignado el Virey por noticias anteriores, dirigió á los corregidores circulares vehementes y nombró comisionados para recoger los efectos mal distribuidos y dar soltura á los deudores presos en cárceles ú obrajes. La Audiencia de Charcas quiso tambien hacer justicia. Pero como el daño estaba en los mismos repartimientos; miéntras no fuesen abolidos, la iniquidad habia de llenar todas las medidas, atraer la cólera del cielo y hacer rebosar la de los hombres.

Si eran enormes los excesos de los que habian de asegurar el órden social con la administracion de justicia; no debian lamentarse ménos los de los curas, á quienes correspondia ser el espíritu vivificador de los pueblos con sus influencias religiosas. Siempre hubo entre ellos algunos dignos ministros del Evangelio, que favorecieron los progresos de la civilizacion y fueron verdaderos padres de los indios. Aun entre los poco ajustados en su conducta, se hallaron hombres, que hicieron mucho bien á las familias, y en lugares desamparados ó poco provistos eran la providencia de los viajeros. Mucho debe atenuarse la responsabilidad de los más culpables; porque no entraban á su difícil carrera por una fir-

me vocacion espiritual, sino arrastrados por el ejemplo ó los consejos de los que sólo veian en los curatos una pingüe renta; una vez en sus doctrinas, y señores absolutos de su grey, sólo con los esfuerzos heroicos, propios de los santos, podian resistir á la violencia de las tentaciones, á la facilidad de delinquir, á la impunidad asegurada y á la falta de apoyo para perseverar virtuosos; en fin, lo dilatado de las parroquias, lo penoso que era recorrer su terreno destemplado ó escabroso, y las privaciones ó molestias de todo género, que erizaban su sagrado ministerio, los predisponian á descuidar el cumplimiento de sus deberes y á resarcir sus penas con goces temporales. El funesto poder de estas causas y el desórden autorizado por inveteradas costumbres, precipitaban á los poco escrupulosos en excesos indecibles. La fragilidad humana, en plena posesion del abandono más criminal, puede darnos idea de escándalos, que no sería conveniente referir. Bástenos indicar sumariamente las extorsiones, que los pastores cristianos, convertidos en lobos de su grey, hacian sufrir á los indios, de concierto ó con la tolerancia de los corregidores.

Las fiestas se multiplicaban con perjuicio de las labores más precisas, y con ruina de las familias, para aumentar el pié de altar, habiendo apénas un mes en que no se celebrasen muchas. Se forzaba con violencias ó supercherías á aceptar los cargos de prioste y alféreces, encargados de hacer los

principales gastos, para los que solian adeudarse los indios por muchos años, cuando no por toda la vida, satisfechos con haberse elevado así al rango de *principales*. Más forzosos y perjudiciales llegaban á ser los exorbitantes derechos, exigidos por la administracion de sacramentos, sin sujecion á aranceles, ni respeto á la religion y á las costumbres. Varios niños no eran presentados á la pila bautismal á causa de la indigencia de sus padres; otros eran bautizados, en el nombre, por fiscales de las punas, que en su sencillez creian haberlos hecho cristianos, con sólo echarles el agua, recitando el credo. Con mayor escándalo solian hacerse los casamientos á la fuerza, juntando y uniendo más ó ménos caprichosamente, y áun con los arbitrios más inmorales, á los jóvenes de la doctrina, sin consultar su voluntad, ó dando la bendicion nupcial á forasteros amancebados, sin averiguar, si en otro pueblo tenian esposa legítima. Todo por cobrar crecidos derechos matrimoniales. El exceso llegaba hasta el último punto en los entierros. Con desprecio de vivos, muertos y moribundos, no pocas veces se exigió por funerales la fortuna, que debia alimentar á los herederos, y cuando otra cosa no habia, los tiernos hijos del difunto, que se regalaban ó vendian bajo el nombre de cholitos. Miéntras quedára algo que sacar; venian despues del entierro las honras de recien enterrado á los nueve dias; las de cadáver fresco á los seis meses; las de cadáver seco al fin de

año, y la general de finados perpétuamente, y todas con violentas exacciones. Para obligar á los más refractarios, se apelaba á impíos engaños. Un cura á quien no se querian pagar quinientos pesos por un difunto, lo sepultó verticalmente con la cabeza para abajo, asegurando, que no podria subir al cielo, en tanto que el pago de los derechos no le permitiera tenerla para arriba. A semejantes extorsiones, á que la religion servia de pretexto, solian añadirse las faenas impuestas sin retribucion alguna, los obsequios involuntarios y el comercio forzado, en que á veces entraban á la parte el corregidor y el cura, ya vendiéndose uno á otro las existencias, ya sustituyéndose en sus créditos. Sea por el precio recibido, sea por pérdidas en el juego, hubo doctrinero, que confiára al jefe temporal de la provincia, con el conveniente sigilo, pocas veces bien guardado, el desempeño y entradas de su curato. Administrado por tales manos, y con vicarios nada escrupulosos, claro está, que no seria bien atendida la grey cristiana, harto olvidada por lo comun en las circunstancias ordinarias. En lo que ménos se pensaba, era en doctrinar bien á los indios, fiando tan delicada atencion á ignorantes fiscales, no visitando las punas sino por una semana, para acumular fiestas, y recoger los ingresos del año, ó pasando el tiempo en lejanas y agradables capitales.

La impotencia reconocida del Gobierno y de las leyes para reprimir tamaños excesos, miéntras el

estado social facilitára las infracciones, no impidió, que el Monarca y el Virey tratasen de remediarlos de la manera posible. El primero reiteró sus órdenes para que las prescripciones civiles y religiosas fuesen mejor cumplidas por los curas; decretó que se hiciera la conveniente division de las doctrinas muy dilatadas, ó por lo ménos se pusiese tenientes curas en los anexos distantes de la cabecera más de cuatro leguas; recomendó, que se propagase el conocimiento de la lengua castellana, vínculo de igualdad entre todas las razas, y poderoso medio de educar cristianamente á los indígenas, y solicitó la celebracion de un concilio provincial, que promoviese los arreglos eclesiásticos. Amat desplegó tanta energía, como celo, para secundar las reales disposiciones, quitó los pretextos, y no admitió excusas para que los doctrineros dejasen de residir en sus curatos; adoptó providencias enérgicas contra los que faltaban escandalosamente á su ministerio, y tomó precauciones para que los nombramientos no recayesen en sujetos indignos. Los obispos, que llevaban á mal la eleccion de los propuestos en el segundo ó tercer lugar de la terna, procuraban á veces hacer forzosa la de sus favorecidos, bien colocándolos los primeros, y despues de ellos dos opositores notoriamente indignos, bien haciendo alternar en tres ternas sólo tres de su predilecion, de suerte que todos tres habian de quedar nombrados. El Virey aconsejaba contra estos ardides de-

volver las propuestas para que en las nuevas hubiese verdadera libertad de elegir.

El Gobierno ponia en todos los negocios estrechos límites al poder eclesiástico. La inmunidad de las iglesias, de que se habia hecho el mayor abuso, se coartó, decretando la extraccion de los criminales con caucion juratoria y prévio aviso del magistrado, por escrito ó de palabra, y reduciendo el número de asilos hasta el punto de que en Lima de trece quedaron solo dos. La Inquisicion, que siempre pretendia el fuero activo bajo pretexto de no habérsele comunicado, por el órgano regular, el contrario real decreto, tuvo que resignarse recibiendo la comunicacion por el Tribunal Supremo: no pudo en adelante proceder á la condenacion de los libros con la antigua arbitrariedad; y sus ministros fueron obligados, como los demas, á dar el pésame prévio al Virey, al celebrarse los funerales de la reina madre. La indulgencia con que los obispos habian procedido en la causa de los curas de Tarma, fué reprendida en términos severos. Reasumieron los jueces seculares la persecucion del delito de bigamia. En la fundacion de cofradías, visita de hospitales, inventario de las halajas de la catedral, la asistencia, informes é incidentes del concurso á las canongías de oficio, permuta de beneficios, y en cuanto tenía relacion con el patronato, se sostuvieron escrupulosamente los derechos de la jurisdiccion real.

Convocado el concilio provincial con arreglo á las régias instrucciones, celebró su primera sesion el 12 y 13 de Enero de 1772, la segunda en 8 de Noviembre del mismo año, y la tercera y última el 5 de Setiembre de 1773. Asistieron el Arzobispo D. Diego Parada, los Obispos de Santiago, Concepcion, Cuzco y Guamanga, los apoderados nombrados por los de Arequipa, Trujillo, Quito y Panamá, los representantes de los cabildos eclesiásticos, el asesor del Virey, el fiscal de lo civil, el procurador general de la ciudad, y dos teólogos elegidos por Amat para la defensa de las regalías. En una de las reuniones se destempló el padre Miramon, que era uno de ellos, arrebatado por el calor de controversias monásticas; por lo que se le separó de su comision, y en adelante reinó en las discusiones la paz, que convenia á la venerable asamblea. No se trató de seguir un órden nuevo, sino de confirmar los cánones del tercer concilio de Santo Toribio. Dióse por válida la costumbre de comer lacticinios por cuaresma, sin sacar la bula de Cruzada. Dejóse la division de las doctrinas al juicio de los diocesanos, y la reforma de los regulares á los visitadores, que venian de España. No se publicaron las actas; porque una reciente cédula real prohibia hacerlo, ántes que hubiesen recibido la aprobacion del Soberano y de la Santa Sede.

Ocupándose de reformar los conventos de monjas, se reconoció, que los recoletos servian de edificacion

á los fieles, y en los grandes ocurrian continuos escándalos, á causa del excesivo número de religiosas, servidas por multitud de criadas y en relacion con otras muchas seglares de toda condicion y raza. Los monasterios de este género eran ocho, con 472 personas entre profesas, novicias y donadas; los de recoletos seis, con 246 monjas. En el de Santa Rosa de Arequipa ocurrieron disensiones ruidosas y duraderas por haberse dividido los votos por mitad en la eleccion de abadesa, no restableciéndose la paz hasta que la decision del Arzobispo declaró por válida la de la madre Idiaquez.

La reforma de los frailes, que era más urgente y de mayor trascendencia, se aguardó de los visitadores, quienes traian el encargo de restablecer la vida comun junto con la fiel observancia de los votos monásticos, reduciendo el número de religiosos á los que pudieran sostenerse con las rentas de cada convento declarado subsistente. En Lima habia á la sazon 19, con 1.306 frailes.

Los jesuitas, que eran generalmente estimados por su vida arreglada, florecientes establecimientos de conversion y enseñanza, y grandes obras, sufrieron todas las consecuencias del espíritu innovador del siglo, contra el cual presentaban la más fuerte rémora. El Virey, sostenido por su carácter y por el empuje creciente de las nuevas ideas, no temió arrostrar las terribles cóleras de la influyente Compañía, prohibiéndole tener en Lima las procu-

radurías de Chile y Quito, que monopolizaban el comercio de efectos americanos, con gran perjuicio, de los intereses particulares y de los reales derechos de alcabala. No podia verse sin escándalo el abuso que hacian de sus franquicias, y á sus coadjutores, recorriendo las tiendas tablilla en mano. Acostumbrados á eludir las prohibiciones y á derribar los más encumbrados jefes, que osaron resistírseles, todo lo pusieron en juego, á fin de conservar el reprobado tráfico, aunque fuese con la caida del Virey. Mas éste no se dejó engañar por sus estudiadas demoras, ni por el cambio de procuradores, ni por otros ardides sutiles, y llevó á cabo su determinacion, sin intimidarse por las copias, que de ella mandaron sacar para perderle.

La Compañía no tardó en ser expulsada de América, despues de haber sido desterrada de España. Con fecha de 27 de Febrero de 1767 expidió el Monarca el decreto de expulsion, á fin de asegurar la tranquilidad de sus dominios, y por otras causas, que se reservaba en su real ánimo. El Virey, recibido el despacho el 20 de Agosto de dicho año, con instrucciones precisas del Conde de Aranda para llevarlo á cabo sin tropiezos, tomó á su secretario juramento de secreto bajo pena de la vida; trabajó dia y noche para extender las órdenes precisas; en la del 8 de Setiembre reunió en palacio las milicias, autoridades y personas más notables, llamándolas á un convite, nada sorprendente por la festividad de

aquel dia; y en la madrugada del 9 hizo ocupar todas las casas de los jesuitas. La ciudad supo entónces con sorpresa, que debian ser expatriados en breve plazo; mas nadie intentó oponerse á una operacion, que años atras se habria calificado de tan impía, como insensata; y por no desagradar al Gobierno, nadie hablaba en adelante de los expulsos, sino con la mayor reserva.

Los colegios y casas, que los jesuitas poseian en el Perú, eran: en Lima el colegio de San Pablo, noviciado, casa profesa de desamparadas, la del cercado, procuraciones de provincia, Quito y Chile; el colegio de Bellavista, idem de Trujillo, Pisco, Ica, Arequipa, Moquehua, Huancavelica y Guamanga; el del Cuzco, San Borja, San Bernardo y Obrador de Pichuchuru. Los religiosos, que existian en esta provincia, eran en número de 431, de los que 20 todavía novicios volvieron al siglo. Habia en los colegios y haciendas 5.224 esclavos. La moneda, que se encontró, ascendia á 173.048 pesos en plata y oro. La plata labrada pesó 52.268 marcos, 3 $^{3}/_{4}$ onzas; de oro se encontraron 6.793 castellanos, 5 tomines, 10 granos. Los créditos activos liquidados ascendian á 817.561 pesos, 2 $^{3}/_{8}$ rs.; los censos del mismo género á 48.436 pesos, 3 reales; los créditos pasivos á 539.466 pesos, 4 $^{1}/_{4}$ reales; los censos, que gravaban sobre las fincas, á 71.173 pesos, 2 $^{1}/_{2}$ rs.; el valor de las haciendas, que eran 203 entre grandes y pequeñas, se estimó en 641.448 pesos, 4 rs.; de ellas se remataron bajo

Amat, 90 en 782.157 pesos, 5 ½ rs., pagándose una parte al contado, y anualmente 3 por 100 por intereses, y como 1 por 100 para amortizar el capital, ó segun se decia entónces, redimir la finca. Las temporalidades fueron administradas por una bien sistemada direccion; otra junta se encargó de las aplicaciones, y una tercera de las ventas, haciéndose todo con la mayor publicidad, y dándose por la prensa razon de todo lo actuado.

En la subsistencia y transporte de los expatriados, á que se incorporaron 310 procedentes de Chile, se gastaron 479.079 pesos, 13 centavos de real, y al Rey se le remitieron 767.926 pesos, 3 ½ rs.

De las misiones, que habian florecido bajo la Compañia, algunas fueron entregadas á clérigos y la mayor parte á frailes franciscanos, con gravísimo riesgo de que decayeran, por haberles faltado, junto con la autoridad venerada, la hábil organizacion, que les habia dado vida. El Gobierno continuó sus auxilios á los misioneros franciscanos, sin que por de pronto se reconociera el fruto correspondiente á los sacrificios del Estado.

Los florecientes colegios de San Felipe y San Martin, puestos ántes bajo la direccion de los jesuitas, fueron reunidos en el Convictorio Carolino, al que se dió por rector un canónigo y nuevas constituciones. Tambien se reformaron las de la universidad, quedando unas y otras pendientes de la aprobacion régia. Para plantificar la utilísima

enseñanza de las matemáticas, dispuso el Virey que se diese á los cursantes el sueldo de cadetes; mas no obstante las sábias lecciones del profesor, que lo era D. Cosme Bueno, la clase fué poco frecuentada desde luégo. Cediendo á las preocupaciones todavía dominantes, se prohibió matricular y conferir grados á los mestizos, negros, zambos y mulatos.

Los establecimientos de beneficencia recibieron recursos duraderos por la aplicacion de valiosas temporalidades, y mereció especial proteccion el asilo fundado por D. Diego Ladron de Guevara, para recoger y ocupar útilmente á los mendigos.

El Virey buscó tambien recursos á la beneficencia pública en las peleas de gallos y corridas de toros, los dos entretenimientos en que el pueblo gastaba su dinero con más gusto. Para el primero se construyó por empresa particular una casa, cediendo de las entradas, en beneficio comun, 1.000 pesos al año por el término fijado al arrendamiento, y la obra entera, una vez terminado el contrato. D. Agustin Landaburu pactó y llevó á cabo la construccion de la plaza de toros, que ántes era de madera, dándole sólidas y grandes proporciones, bajo la condicion de que anualmente entregaria al hospicio de pobres 1.500 pesos, descontaria 1.000 por el capital invertido, y su fondo quedaria perdido luego que ese descuento hubiese cubierto sus anticipaciones. La multitud, que acorria con entusiasmo á las peligrosas corridas, tuvo el placer de

ver hermoseada la alameda del Acho; y los caballeros, que en el paseo lucian sus carruajes, pudieron extenderlo hasta la entrada del Valle de Luridgancho, por haberse allanado el paso de la piedra lisa. Amat procuró hermosear del mismo lado del puente los paseos públicos, levantando el de aguas á imitacion del de Roma; pero esta bella construccion quedó inconclusa, y los murmuradores dijeron, que habia sido emprendida por complacer á la agraciada bailarina Micaela Villégas, más conocida en la tradicion popular con el nombre de la Perricholi. Fuera de esos trabajos destinados al entretenimiento, se habian hecho en la ciudad otros muchos de salubridad y limpieza, alejando los muladares, encerrando las desbordadas acequias en sus cauces, desembarazando el tránsito, construyendo los indispensables puentes, fiando la policía á comisarios ó alcaldes de barrio, y publicando bandos de buen gobierno, que, á diferencia de otros tiempos, nunca se convertian en letra muerta.

Diéronse otras muchas medidas de un carácter general, de que podian aprovechar la capital y las provincias. El archivo del Gobierno, que estaba en el mayor desórden, y de donde habian desaparecido las relaciones de los Vireyes, quedó bien arreglado con los indispensables estantes y útiles de escribir, sin que en adelante pudiesen sacarse de allí los originales, sino meras copias. El asesor del Virey no pudo llevarse los expedientes á su casa, sino que

hubo de despacharlos en palacio. Las escribanías públicas fueron tambien puestas en órden. Se previno á los corregidores la solicitud con que debian mirar las siempre descuidadas obras públicas, especialmente las vias de comunicacion, que tantas dificultades ofrecen para su apertura y reparaciones. El Monarca habia expedido decretos de mayor trascendencia, ordenando, que los indios fuesen admitidos á los empleos y demas goces del Estado, con absoluta igualdad á los demas vasallos; que para no hacer ilusoria ó tardía la responsabilidad de los empleados, se nombrasen por el Virey los jueces de residencia; que se fundase un montepío en favor de las viudas é hijos de los empleados civiles ó militares; que se mejorase la division territorial, reuniendo ó dividiendo provincias, y áun erigiendo, si convenia, un nuevo vireinato; que se crease un servicio marítimo de correos, quedando incorporado á la Corona el servicio por tierra, enajenado desde Cárlos V; en fin, que se hicieran otras muchas reformas, dirigidas á extirpar abusos seculares, y al más provechoso movimiento de la máquina administrativa. La correspondencia oficial debia remitirse numerada, con minutas é índice, todo bajo una cubierta.

Aunque el comercio seguia luchando en el interior con toda suerte de obstáculos, y en el exterior con fuertes rémoras; y si bien Lima dejaba ya de ser el emporio para todo el vireinato; el valor

exportado por los registros seguia excediendo al que ántes recogian las armadas de todas partes y á largos intervalos. De 1761 á 1775 se embarcaron para la península 71.677.526 pesos, 5 $^1/_4$ rs. Se exportaron al mismo tiempo lanas de vicuña, alpaca y carnero, cascarilla, algodon comun y de ceibo, cacao, bálsamos, hierbas medicinales y otra variedad de productos de la naturaleza ó de la industria, ménos importantes por las cantidades expedidas, que por el porvenir anunciado á las inapreciables salidas indígenas. Todavía queria la Córte dificultar algunas de ellas, prohibiendo expedir para otros puntos de América los aceites, vinos y aguardientes, que, sin embargo, continuaron saliendo para sus mercados del Pacífico, junto con los demas efectos á los que se levantaron antiguas restricciones. La comunicacion extranjera seguia sufriendo la más rigurosa interdiccion, sin las bárbaras penas de otro siglo. Un buque frances, que de la India llegó en mal estado al mar de Chilca, recibió los socorros prescritos por la humanidad y por la cortesía internacional, obligándole despues á reembarcar su valioso cargamento. Recibido un real decreto, que disponia la expulsion de los extranjeros, se dió razon de unos 101, en favor de los cuales se alegaron diversos títulos.

Las minas, que todavía suministraban á la exportacion colonial la casi totalidad de los valores, hubieran podido resentirse de la decadencia de

Huancavelica, evidente ya y hasta cierto punto irreparable. Mas era de esperar, que la explotacion de plata fuera en aumento, trayéndose de España los azogues, que, por salir más baratos, permitian beneficiar con ganancia vetas de ley más baja. Potosí, no obstante el abatimiento de su cerro, era el asiento, que suministraba más marcos, ya por afluir allí la plata de otros minerales, ya porque los indios llamados *capchas* la sacaban ó sustraian de cualquier parte en grandes cantidades, aunque el rudo trabajo les saliese poco lucrativo. El banco de rescate, del que se habian esperado las mayores ventajas, habia degenerado en simple objeto de especulaciones fraudulentas y de pleitos ruinosos. El cerro de Pasco, algo decaido en los últimos años, lo esperaba todo de un gran socabon, que habia de facilitar las labores y los desagües. El mineral más próspero á la sazon era el de Hualgoyoc, recien descubierto en la provincia de Chota. La fundicion aproximada en las principales cajas podia estimarse en los marcos siguientes: Oruro, 114.000; Carangas, 200.000; Potosí, 325.000; La Paz, 2.000; Chucuito, 44.000; Huancavelica, 5.000; Arequipa, 10.000; Cailloma, 35.000; Jauja, 13.000; Pasco, 100.000; Lima, 72.000; Trujillo, 60.000. Formábase así un total de 800.000 marcos de plata piña, que, reducidos á la ley de la moneda, equivalian á un millon.

La acuñacion nunca podia elevarse á más de

700.000 marcos; porque, sea en virtud de cédulas recientes dirigidas á favorecer las casas de moneda y platerías de España, sea porque aquí se destinase la plata á varios usos, dejaban de amonedarse en el Perú sobre 300.000 marcos. En la casa de Potosí, que se puso bajo un pié brillante á todo costo, se amonedaron, de 1761 á 1774, 27.916 barras, que produjeron 5.126.375 marcos, 3 $^1/_2$ onzas y 3 tomines, y en pesos, 43.574.195, más 1 real. La amonedacion de Lima, en el mismo período, fué de 5.259.561 marcos, 7 $^3/_4$ onzas de plata, que en pesos de á ocho hicieron 44.706.275 pesos, 7 reales, 11 maravedises; y en oro, 91.083 marcos, 4 $^1/_2$ onzas, 2 tomines, 9 granos, que importaron 12.387.367 pesos, 4 reales, 26 maravedises. En el total de 57.093.043 pesos, 4 reales, 9 maravedises estaban incluidos 3.705.000 pesos de plata macuquina, que el Gobierno habia mandado recoger. En el cumplimiento de esta órden se procedió con la lentitud, que lleva consigo, agravada por las condiciones especiales del vireinato; y á fin de que no quedára sin moneda usual, se prohibió exportar la menuda, la que se cambiaba en las oficinas reales por la gruesa sin dificultad alguna. Las hubo mayores para labrar el oro sin liga de plata y para ensayarlo en toda regla.

El estanco de tabacos, çuya completa organizacion parecia irrealizable, la tuvo muy buena, merced á la ilustrada solicitud del Dr. D. Miguel Fei-

jóo, quien prestó á la administracion otros servicios de gran importancia. Las utilidades de este ramo, desde su plantificacion en 1754 hasta 1774, ambos años inclusive, fueron en la direccion de Lima, 1.290.255 pesos, 7 reales.

Mayores ventajas debian esperarse, y no tardaron en conseguirse, de la mejor sistemada cobranza de alcabalas y almojarifazgos, sobre todo despues que se organizaron la aduana del Callao y sus dependencias, sujetando el comercio y los gremios á una fiscalizacion más regular. Ambos derechos, en el bienio de 1762 á 1763, sólo produjeron 386.741 pesos, 5 reales; en el inmediato dieron 1.071.959 pesos, 5 ½ reales, y siguiendo la marcha progresiva se elevaron, en el cuarto de 1768 á 1769, á 1.156.934 pesos, 7 reales, y en el año de 1774, á 9:006.224 pesos, 6 ½ reales.

Muy considerables eran tambien los adelantos, que conseguia el fisco en el ramo de tributos con sólo haber disminuido la ocultacion de los indios. En las 75 provincias, que bajo el Conde de Superunda sólo presentaban 612.780 personas, se contaron 761.696, descubriendo 148.916 de más, y el tributo se elevó á 1.154.790 pesos, 6 ½ reales, de que debian descontarse para sínodos 453.381 pesos, 6 reales.

Algo ganó tambien la Hacienda en el arreglo de los ramos secundarios de lanzas y medias anatas, bulas, diezmos y sisa. Este último, que se habia

desordenado desviándose de sus aplicaciones municipales, sufria gran desfalco por el abuso, que las comunidades religiosas hacian del privilegio de no pagar derechos por el ganado de su consumo. La defraudacion habia llegado al punto de que ellas aparecieran consumiendo más carne, que el resto de la poblacion.

Por más empeño, que el Virey pusiera en evitar las dilapidaciones, no abrigaba la esperanza de extirparlas, no habiendo encontrado persona, que no burlára su confianza. Quejábase sobre todo de los oficiales reales, quienes especulaban de todos modos y malversaban constantemente los caudales del Estado. El Gobierno se proponia aumentarles el sueldo para ponerlos al abrigo de la tentacion; remedio harto débil, cuando los malos manejos, profundamente arraigados, les ofrecian mucho mayores entradas. Sin embargo, ménos infielmente administrada, podia ya la Hacienda satisfacer al año más de 3.000.000 de pesos por gastos corrientes, é hizo tambien frente en este periodo á costosísimas expediciones, sostenimiento de una escuadra, que llegó á contar con siete buques, y cuantiosas remesas al Monarca, quien tambien recibió un donativo de más de 233.000 pesos.

Amat no dejó de retirarse millonario, sin necesidad de haber caido en la falta, que con los términos más vehementes reprendia en los empleados inferiores y de que no le consideraban exento sus

émulos. Sus grandes sueldos, durante tantos años en Chile y el Perú, le permitieron juntar honradamente una fortuna opulenta. Por lo ménos contestó de un modo satisfactorio, por medio de su apoderado, á las reclamaciones, que se le hicieron en la residencia. Retirado á Barcelona, casó con una sobrina suya, siendo ya octogenario.

CAPÍTULO III.

DON MANUEL GUIRIOR.

1776—1780.

El nuevo Virey, que acababa de gobernar con honor el próximo reino de Santa Fe, habiendo llegado á Lima por tierra, no quiso entrar por el rodeo del Callao, á fin de evitar embarazosas ceremonias y los gravámenes, que la ostentosa recepcion imponia, así al público, como al erario. De carácter suave, experimentado en los negocios administrativos, y queriendo siempre conciliar las exigencias del servicio con el miramiento á las personas, procuraba los arreglos pacíficos y lograba fácilmente, de la conocida docilidad de los habitantes, lo que su antecesor no pudo conseguir siempre con toda su entereza. Sin embargo, llegada la ocasion de hacer respetar su autoridad, no rehusaba demostrar toda la extension de su poder, con lo que imponia

á los díscolos, sin necesidad de apelar casi nunca al violento empleo de la fuerza.

El carácter conciliador de Guirior, la mayor sumision del clero y las virtudes de los prelados, que en su período estuvieron á la cabeza de las diócesis, excusaron las ruidosas disensiones, que en otro tiempo entorpecian la marcha de la administracion, desprestigiando á las autoridades civiles y eclesiásticas. Los casos de inmunidad, la division y reunion de curatos, el nombramiento, permutas y remocion de los curas, todo se realizó sin escándalos y con el más perfecto acuerdo. La residencia se aseguraba mucho, reteniendo los sínodos por las ausencias no justificadas; la usurpacion de la jurisdiccion real se reprimia con medidas más severas; otras acusaciones contra los doctrineros eran acogidas con cierta desconfianza por la facilidad con que eran capitulados por sus feligreses, y ofreciendo alguna gravedad, se remitian á sus jueces naturales. Tenía el Virey en grande estimacion á los buenos curas, cuyo mérito era, en verdad, digno del mayor encomio. Constancia sobrehumana les era necesaria para vivir desterrados de la gente culta, sufrir de contínuo contrariedades y privaciones, andar errantes y solitarios por entre precipicios, nevados y atolladeros, enfermar sin asistencia esmerada y morir sin el alivio de la medicina. Una existencia tan atormentada habia de pasarse derramando inapreciables beneficios. El buen cura llevaba

la luz del Evangelio y las reglas de la vida á inteligencias rudas y extraviadas; enseñaba las prácticas más útiles del estado civil; inspiraba prevision á los que estaban acostumbrados á vivir sólo para el dia; abria seguras rutas al borde del abismo; fabricaba puentes junto al peligroso vado; daba asilo y recursos al forastero sin amparo; contenia los desmanes de los corregidores y más de una vez les salvó del furor del pueblo; socorria á la familia del mitayo, y cuando no podia con sus auxilios, templaba la miseria de su oprimida grey con los consuelos religiosos, cuya fuerza hacia resaltar con su ejemplo venerable.

La secularizacion de las doctrinas, alejando del claustro muchas vocaciones bastardas, habia disminuido el número de frailes y hecho muy raros los escandalosos desórdenes. En el sosiego de los conventos vivian graves varones de ciencia y virtud, siendo admirados, ya en las consultas, ya en la cátedra del Evangelio, y edificando á la ciudad con su ejemplo. Mas todo el celo de los visitadores, aunque tenian ya concluidos ó muy adelantados sus proyectos de reforma, no podia conseguir, que la mayoría de los religiosos se redujese á la vida comun, desterrada por abusos seculares. Tambien iban siendo ménos numerosas las monjas y más raros los escandalosos altercados, áun entre las encerradas en conventos grandes. Sin embargo, algunas recoletas necesitaron, que el Arzobispo les

nombrára una sagaz presidenta para que reinára la paz en el sagrado retiro.

El vacío, que la expulsion de los jesuitas habia dejado en el culto, en la enseñanza y en las misiones, iba llenándose con celo sostenido. Dentro y fuera de Lima fueron aplicándose sus iglesias á piadosos destinos. La de Desamparados, cerrada por algun tiempo, recobró su devota concurrencia, siendo confiada á dos capellanes con la dotacion competente del ramo de temporalidades. Otro eclesiástico tuvo en aquella casa profesa aula de latinidad con gran satisfaccion de las familias. A las haciendas de la comarca salian misioneros para doctrinar y confesar á los negros, segun habia practicado la extinguida Compañía. Las misiones de Chiloe eran bien atendidas, habiendo dejado de serlo por Lima las pertenecientes á la Audiencia de Charcas, desde que en 1777 fué erigido el nuevo vireinato de Buenos-Aires.

El mayor empeño se ponia en el Perú por el restablecimiento de las conversiones del Chanchamayo, arruinadas desde el alzamiento de Juan Santos. Despues de haber deliberado maduramente acerca de la ruta preferible para entrar en aquellas montañas, se optó por la que, partiendo de Tarma, sigue el curso del rio, que ciertamente es la más accesible y más en contacto con la poblacion civilizada. Abriéronse catorce leguas de camino, al principio con pocos obstáculos, y luégo superando

los grandes accidentes del terreno y la enmarañada selva. Con alguna alarma se estableció un fuerte en la confluencia del Chanchamayo y Osabamba, sitio donde debia fijarse una colonia agrícola, protegida por un destacamento de soldados. Llegaron á concebirse esperanzas de vivir en paz con los salvajes; pero, disipadas en breve, el deseado establecimiento pereció en su cuna en el siguiente gobierno. Los habitantes no podian resistir al no acostumbrado clima y á las privaciones, inevitables, miéntras el cultivo no enriqueciese aquel suelo, tan abandonado, como fértil. Aterrábanlos, ya la gritería de los chunchos, semejante al estruendo de la tempestad en lo alto de la cordillera, ya la granizada de flechas, que solian venir por la cima de la espesa arboleda, disparadas con extraño acierto por manos invisibles. En su pavor creian los colonos, que todos los salvajes se habian concertado en la inmensidad de los bosques para asegurar su exterminio, y abandonando su maltratado hogar, huyeron á la sierra.

Sin necesidad de llevar las luces de la religion á la oscura selva, los amigos de la ilustracion tenian mucho en que ejercitarse, instruyendo á los indios medio civilizados. Las escuelas de primeras letras, acordadas por la ley para todas las doctrinas, en ninguna tuvieron existencia asegurada, faltándoles locales, competente dotacion, útiles, maestros y alumnos. El Virey propuso su plantificacion gene-

ral, formando un proyecto, que no llegó á ponerse en ejecucion, y difícilmente habria podido serlo bajo aquel régimen. Tambien pensó en mejorar la enseñanza universitaria, amoldándola á la reforma presentada para Alcalá y Salamanca, introduciendo los estudios de las ciencias naturales y exactas, acomodando el de Jurisprudencia á las necesidades de la legislacion colonial, erigiendo un anfiteatro anatómico y realizando otros adelantos, que, aplazados por entónces, no tardaron en conseguirse por grados.

Las inspiraciones de la beneficencia hallaban ámplio campo en los diez hospitales de Lima, que eran bien atendidos. La casa de expósitos, que atravesaba una situacion azarosa, aseguró su subsistencia con algunas aplicaciones de temporalidades, y por de pronto con una cotizacion mensual de personas acaudaladas, inscribiéndose el Virey por la cantidad de cien pesos. Las cofradías aspiraban á unir las prácticas de devocion con benéficas distribuciones; pero muchas de ellas degeneraban en especulaciones de mala ley. Ofreciendo pagar cincuenta pesos á los herederos de los cofrades, exigian á éstos un real por semana; y llegada la ocasion de cumplir su compromiso, se excusaban con la frecuente quiebra de los cobradores ó con otros motivos especiosos, y para eludir toda responsabilidad, querian convertir en negocio eclesiástico un tráfico tan mundano. La cosa no podia mirarse con poco interés, porque el capital recogido al año lle-

gaba á unos doscientos mil pesos; por lo que, segun convenio, se dejaron los repetidos pleitos á los alcaldes ordinarios; y para que no hubiese lugar á enojosas reclamaciones, se dispuso, que en la nueva cofradía de San Benito Palermo, fundada por los negros en la iglesia de San Francisco, no interviniesen jueces, ni notarios eclesiásticos.

La policía de la capital fué objeto de repetidos bandos y medidas. La limpieza de las calles, el aseo de los paseos, el buen estado y seguridad de los caminos se atendian, al mismo tiempo que se introducia el alumbrado público, se reglamentaba el encuentro de los coches y se prohibia el desordenado juego de agua en carnavales. En beneficio de las provincias se proyectaban otras mejoras locales, que no podian realizarse, ya por la falta de propios, ya por la indolencia de los vecinos. La córte adoptaba á la sazon resoluciones de suma trascendencia, unas relativas á la marcha interior de las colonias, otras referentes á su movimiento exterior; algunas de ellas debian traer grandes resultados inmediatos; las más eran de consecuencias lejanas; cuáles se realizaron de una manera apacible, cuáles suscitaron violentísimas alteraciones.

A la demarcacion del Perú contribuyeron el tratado de límites, concluido en 1777 entre el Portugal y España, y la ereccion del vireinato de Buenos-Aires en el mismo año. Los portugueses amenazaban del lado del Plata y del Amazonas, hasta el punto de

que, para rechazarlos, se aprestó una expedicion para el reino de Quito, y se enviaron á Buenos-Aires sobre cuatro millones y medio de pesos; pero, habiéndose avenido las córtes de Madrid y Lisboa, se trató de fijar definitivamente los confines de sus posesiones en América, y se conservaron entre el Perú y el Brasil los que habian sido pactados en 1751. El vireinato de Buenos-Aires fué erigido con las provincias dependientes de la Audiencia de Charcas, no ofreciendo sérias dificultades su demarcacion con el Perú, porque la de las respectivas audiencias estaba determinada en las leyes de Indias. Sólo se suscitó la duda de si el litoral de Atacama debia incluirse en el nuevo vireinato, conforme á la jurisdiccion en práctica, ó si se agregaria al Perú, segun indicaban los términos relativos al distrito de la Audiencia de Lima y parecian aconsejar las más expeditas relaciones. Algunas pretensiones hubo de parte del Virey de Buenos-Aires, respecto á Tarapaca, cuyos mineros solian quintar en las cajas reales de Carangas; pero esta causa no pudo hacer olvidar, que esa provincia, recien desmembrada de Arica, pertenecia evidentemente al Perú por sus conveniencias, situacion y disposiciones legales. Para consultar la seguridad de los derechos fiscales, se estableció una oficina de fundicion en Tacna, que, por su buena posicion, era ya la residencia de los oficiales reales y revelaba un brillante porvenir.

El comercio colonial recibió un gran impulso con

el reglamento de 1778, llamado del *libre comercio*, el cual, si distaba mucho de serlo, por subsistir aún la interdiccion respecto al extranjero, por lo ménos podia ya hacerse en todo tiempo, sin tantas formalidades, de diferentes puertos de la metrópoli, y en los del Perú por el Callao y Arica. El Virey pensó, que la venida directa de buques al último debia aplazarse hasta que, bien organizada allí la administracion fiscal, hubiese garantías contra el contrabando. Por su parte, protegió decididamente el comercio de cabotaje, alzando las restricciones á los granos de Chile, y libertando otras contrataciones de gabelas y de trabas, entre otras, de la necesidad, que tenian todas las embarcaciones, de tocar en el Callao, cualquiera que fuese su destino. En favor del tráfico interior queria arreglar las vias de comunicacion y mejoró la organizacion de correos, arreglando los itinerarios, sistemando los portes con consideracion de las distancias, estableciendo de nuevo la correspondencia con las provincias de Yauyos, Huailas, Guamalies, Guanuco, Conchucos, Cajatambo, Tarma y Canta, multiplicando las establecidas en la direccion de los valles y del Cuzco, fijando las salidas y tarifas, en suma, facilitando las comunicaciones postales en el interes del Gobierno, de las familias y del comercio. Sin embargo, éste continuaba muy embarazado por las dificultades naturales del territorio, por la escasa y diseminada poblacion, por la poca cultura, y espe-

cialmente por el monopolio de los corregidores, perjudicial al fisco, á los compradores y vendedores, con las mal pagadas alcabalas, repartimiento forzoso y ventas contrariadas.

De esta falta de tráfico tenía que resentirse la agricultura, limitando su produccion por las escasas salidas á las cercanías de las tierras cultivadas. Dificultábanse igualmente sus adelantos por las pocas necesidades de la poblacion indígena, y por la inseguridad de gozar el fruto de sus sudores. En la costa, donde el influjo de estas causas se dejaba sentir ménos, se lamentaba la esterilidad de las tierras despues del gran terremoto de 1687; y faltaban los brazos, costando un negro 500 pesos, y siendo áun así difícil conseguir los indispensables esclavos. ¡Castigo providencial de la inhumana especulacion, que queriendo ganar con el martirio de sus hermanos, encarece y dificulta el trabajo, en su insensato afan de obtener sus goces sin fatigas personales! Algo iba á ganar la produccion agrícola con la exportacion del cacao y otros valiosos artículos, la que se facilitaba con el tráfico por el Cabo de Hornos. La agricultura del porvenir debia prometerse mucho de la comision botánica, enviada por el Monarca para estudiar la flora chilena y peruana, habiéndose descubierto en las montañas de Guanuco la preciosa corteza de la quina, que principió á dar valor á posesiones, poco ántes abandonadas.

Todavía se basaban las mayores esperanzas de

á la redencion de censos, el monto anual de éstos, que era de 48.377 pesos, descendió á 29.026. Sobre los aguardientes se impuso un derecho de 12 ½ por 100; y aunque su produccion se limitaba á los valles de Lima, Ica, Moguegua y sus adyacentes, pasando de 150.000 quintales al año, el nuevo impuesto no dejaba de proporcionar entradas considerables, las cuales se obtenian sin grandes dificultades, por recaer en un consumo de lujo. Tambien habia gravado el Virey la exportacion de la plata en 1 ½ por 100, y la del oro en ½, á beneficio del Consulado, que necesitaba ese ingreso para cubrir los intereses del millon y medio tomado á réditos y prestado al Rey sin ningun premio. El Monarca, que desde 1769 habia prohibido esos gravámenes sobre los metales exportados, hubo de consentir, que el nuevo subsistiese, pero limitado á ciertos puertos.

La Córte, que á todo extendia sus reformas, puso especial empeño en extinguir las inveteradas, cuanto enormes defraudaciones de la Hacienda. A fin de desarraigar el contrabando, se enviaron circulares á las autoridades civiles y eclesiásticas, encargadas éstas de encarecer á los fieles la criminalidad de las contravenciones fiscales, y solicitadas las otras á perseguir los delincuentes con el mayor celo. Habiéndolo desplegado muy grande el Virey desde su gobierno de Santa Fe, obligaba en el Perú á transportar los metales preciosos con guia; nom-

braba jueces especiales de comiso, y publicaba fuertes bandos á la salida de los buques para España. Toda su diligencia no fué bastante á satisfacer el espiritu fiscal del ministerio, que, para cortar de raíz las dilapidaciones, envió con el cargo de visitador general y superintendente de Hacienda al tristemente célebre D. José Areche con plenas facultades para remediar cualquier desórden de las rentas.

Areche unia al rigor del inquisidor la dureza del publicano. Con tal que á nombre de la ley pudiese acrecentar los ingresos del erario, en nada temia la oposicion suscitada, la severidad de las providencias indispensables y los peligrosos movimientos, que los nuevos gravámenes y castigos pudieran producir en todo el vireinato. Por su celo inflexible elevó á cerca de un millon de pesos anuales la contribucion de indígenas, con la revisita general y el reemplazo de la antigua contaduría de retasas con la de tributos. Los novenos del Rey tuvieron creces, habiéndose establecido la junta unida de diezmos. Más notable fué el incremento en el ramo de estancos y alcabalas, con la más severa organizacion de sus oficinas y cobradores. La percepcion de los derechos reales correspondientes al oro y la plata adelantaba, realizándose en los metales, que ántes solian embarcarse por alto en forma de pasta ó de vajilla. El visitador y el Monarca pretendian, que no estuviesen exentas del

pago ni áun las alhajas de uso particular, fabricadas en años anteriores. Mas el Virey, en atencion á la práctica autorizada, al dictámen de los tribunales y al grave disgusto, que era de recelarse, suspendió el cumplimiento de tan odiosa providencia. Áun sin contar con esas entradas poco realizables, el estado de la Hacienda habia mejorado hasta el punto de poderse calcular su entrada media por año, en unos cuatro millones de pesos. En el de 1779 fué de 5.828.852 pesos, 2 rs. y 3 octavos, y habiendo sido la salida de 4.134.643 pesos, 5 octavos, quedaron á favor de las rentas 1.614.208 pesos, 3 $^{3}/_{4}$ rs., sin contar otros grandes ingresos más ó ménos problemáticos. Con esa prosperidad fiscal pudieron cubrirse holgadamente los sueldos y pensiones corrientes, el pago de deudas antiguas, los situados de Chiloe, Valdivia, Concepcion, Juan Fernandez, Panamá y Tarma, muy crecidas erogaciones, que hizo necesarias la guerra declarada á los ingleses, y otros gastos eventuales. Sólo quedó pendiente, con otras de poca consideracion, la deuda contraida para socorrer á Buenos Aires, la que parecia de justicia, fuese satisfecha por el nuevo vireinato, ya que sobre él no pesasen los situados de Chile, y sobre el vireinato de Méjico el situado de Panamá, segun solicitaban las autoridades peruanas.

La responsabilidad exigida á empleados influyentes; los efectos apresados al comercio clandesti-

no; la alcabala cobrada duramente aún de los indios, que no debian pagarla; la plantificacion de nuevos estancos, la más severa recaudacion de tributos, junto con la iniquidad creciente de los repartimientos, todo contribuyó á causar una extraordinaria inquietud, que, por ser comunes los sufrimientos y alarmas, se dejaba sentir en todas las clases de uno á otro extremo del vireinato. Los indios de Chunvivilcas mataron á su corregidor en el pueblo de Velille, desesperados por la enormidad de las exacciones. Por igual causa fueron asesinados en Llata, pueblo de Huamalies, el corregidor saliente y un cuñado suyo, siendo bárbaramente destrozados sus cadáveres. El Corregidor de Urubamba sólo habia escapado al furor de la muchedumbre por la poderosa mediacion del Obispo del Cuzco, quien murió de fatiga, prestando tan caritativos auxilios. Los mulatos de Lambayeque protestaron enérgicamente contra el proyecto de declararlos tributarios. En Conchucos se preparaban demostraciones más sérias. Aunque el Corregidor de Huailas se lisonjeaba de conservar tranquila su provincia, recibiendo 8.000 pesos en cambio del repartimiento, con la aquiesciencia de los que debian pagarlos; hubo de anunciar, que unalcabalero habia escapado difícilmente con vida, del pueblo de Iungay, y que en Huaras habia acaecido un gran tumulto. Los vecinos de Guanuco reclamaban con fuerza, que se les conservasen sus privilegios de pe-

blacion fronteriza. En Pasco habia mucha agitacion. Los indios de Mito maltrataron á su gobernador, que aspiraba á sosegarlos. Los de Huancavelica se alborotaron, porque un soldado habia dicho, que iba á degollarlos, y se conservaron firmes, alegando la necesidad, que tenian de un protector particular y de que no se les arrebatáran los medios de subsistencia. Guamanga estaba agitada, porque entendia, que en la prohibicion de tejidos extranjeros de algodon se incluian sus manufacturas. La alarmante inquietud se habia manifestado en Moguegua y Cailloma, por pasquines y otras demostraciones hostiles al Gobierno, recibiendo el contagio de Arequipa y el Cuzco, las dos ciudades, que venian ejerciendo en las provincias del Sur una influencia preponderante.

Arequipa, renombrada por su fidelidad, su distinguida nobleza y la índole apacible de sus habitantes, no ménos, que por las bellezas de su suelo, estaba muy exaltada contra los nuevos impuestos. La irritacion popular era tan grande, que los niños dieron muerte á uno de sus compañeros, que en sus juegos habia hecho el papel de aduanero. De contínuo salian pasquines subversivos; y por las noches varios enmascarados, que llevaban señas para reconocerse entre sí, cometian toda suerte de desmanes. En uno de esos ataques nocturnos, para el que vino mucha gente de fuera, se dió asalto á la casa del Corregidor, fué destruida la aduana, sa-

queada una rica tienda, y lo habrian sido las cajas reales, que encerraban un valioso depósito, si la próxima venida del dia no moviera á los sediciosos á ocupar el resto de la noche en dar libertad á los presos, asaltando la cárcel. A la mañana siguiente, puestos en seguridad los caudales públicos y particulares, se alistaron las milicias para rechazar el ataque nocturno inminente, y, en efecto, derrotaron en el llano de Santa Marta unos 2.000 alzados, tomando 3 muertos y 4 heridos, unos y otros destinados á aparecer en la horca, como suplicio póstumo de los primeros y castigo de los segundos en vida. Aunque los vecinos salian garantes de la conservacion del órden, les envió el Virey un destacamento de cien soldados á las órdenes de D. Ramon Arias, los que, olvidadas las susceptibilidades del pundonor, fueron bien acogidos.

En el Cuzco se meditaba un alzamiento general, estando á la cabeza de la conjuracion D. Lorenzo Farfan, empleado del Gobierno é hijo legítimo de un caballero. Secundábanle en sus vastos proyectos algunos mestizos acaudalados, de grandes relaciones, y D. Bernardo Tambo Huaso, que disponia de muchos indios. Descubierto el complot, fueron condenados á muerte los cabecillas; y aunque apelaron de la sentencia, sufrieron el último suplicio en la misma ciudad, estando prevenidas las milicias, autoridades y personas influyentes para reprimir cualquier tentativa dirigida á libertarlos. Igual suerte habrian

corrido los directores secretos de los motines ocurridos en Arequipa, si las circunstancias no hubieran aconsejado al prudente Virey aplazar los castigos y áun las investigaciones judiciales. Siendo las turbulencias tan extensas, ignorándose hasta dónde podia llegar la exaltacion del descontento público, y no teniendo suficientes fuerzas disponibles, que pudieran inspirar confianza, forzoso era contemporizar con los agitadores, no gastar el prestigio de la autoridad en amenazas sin efecto, y conservar la paz interior á fuerza de expedientes.

La guerra declarada á la Inglaterra en 1779 impedia distraer las tropas y armamento, de la defensa de las costas. De antemano, y en la prevision de hostilidades próximas, se habian mejorado la organizacion y aprestos militares. La fuerza de las milicias, que ascendia nominalmente á más de 66.000 plazas y consumia en asambleas una suma aproximada de pesos, fué reducida á mucho menor número de hombres útiles, dirigidos á ménos costo por oficiales, sargentos y cabos veteranos, subiendo en Lima á 3.195 los infantes, y á 2.700 los de á caballo. Mas, si la ciudad llegaba á ser atacada, todos los que podian llevar las armas, tenian señalado su puesto. Los propietarios habian dado razon de sus esclavos y caballerías. En el Callao y demas puertos se habia matriculado la gente de mar. Los avisos habian sido dados á todas partes, señalándose las vigías, puéstose en estado de guerra los buques y repués-

tose los pertrechos; se agrandó la sala de armas; se fundieron en Bellavista más cañones, que resistieron á las pruebas más fuertes; mejoróse la organizacion de la artillería; se reforzó la fortificacion del Callao con nuevas obras, y alejando de la plaza una desordenada ranchería, llamada *pitipiti*, que era un obstáculo así para los fuegos como para las operaciones de embarque; se enviaron socorros de todo género hasta las plazas de Chile, Guayaquil y Panamá, y todo se puso en disposicion de escarmentar al enemigo. Los ingleses no ejercieron hostilidades en el Pacífico; pero el Perú no dejó de sentir el peso de aquella guerra, con los gastos, que hubo de soportar en la prevision de un ataque, y con la pérdida de dos cargamentos, apresados por los corsarios del Atlántico. La metrópoli debia lamentar más tarde la emancipacion de sus colonias, favorecida por la Gran Bretaña directamente, y por los Estados-Unidos con su envidiable engrandecimiento; resultados á que entónces contribuyó el Gabinete de Madrid, ayudando, por ódio á los ingleses, á la independencia de las colonias anglo-americanas, que se apresuró á reconocer, de acuerdo con el de Versalles.

El Virey, sin adelantarse á la prevision del Ministerio, comprendió, que no debia comprometer la dominacion colonial, exasperando al pueblo con exacciones siempre peligrosas, y que habian ya quebrantado el poderoso imperio inglés en el nuevo continente; por eso veia con recelo la violenta agrava-

cion de los impuestos, y en cuanto de sí pendia, suspendió los gravámenes más odiosos. El inflexible Areche, que estaba disgustado con él por no haberle permitido plantificar de propia autoridad las ordenanzas del colegio de abogados, ajenas de su incumbencia, le acusó al Rey de ser un obstáculo para la mejora de la hacienda, y sin oirle fué reemplazado por D. Agustin Jáuregui, ya acreditado en el gobierno de Chile. Encausado en la córte, murió ántes de tener la satisfaccion de verse absuelto, y de que una terrible revolucion hubiese justificado su moderacion política. La Condesa viuda de Guirior recibió las consideraciones merecidas por su digno esposo, por quien abogaba la agradecida América.

CAPÍTULO IV.

REVOLUCION DE TUPAC AMARU.

1780—1783.

La opresion de los indios excedia ya los límites de su incomparable paciencia. La ley los declaraba libres y el Rey queria, que fuesen iguales á sus demas vasallos; pero desde la infancia, hasta la muerte, sufrian las más acerbas penas de la servidumbre y eran peor tratados, que los esclavos, por cuya conservacion solia desvelarse el amo más inhumano, para no perder el capital, que representaban. El

indiecito podia ser robado, vendido ó regalado á las personas más extrañas á su familia, y más distantes del hogar paterno; con rarísimas excepciones, cuando no venía á ser el animal de sufrimiento, ocupaba en el corazon de sus amos un lugar entre el loro y el gato, se educaba mal, y si una muerte prematura, que era lo más frecuente, no le sorprendia en sus tiernos años, se perdia al rayar la juventud y corria una suerte borrascosa. El que habia crecido entre los suyos siendo yanacona de nacimiento, se consideraba como siervo del terreno, rescatable á merced y misericordia por el dueño de la hacienda, y siendo indio de comunidad, quedaba por esclavo de todo el mundo. Los jóvenes se casaban sin amor, en virtud de los caprichosos conciertos, que entre las parejas de ambos sexos hacian los curas ú otros interesados en la multiplicacion de enlaces conyugales. Los casados no podian tener seguridad de que no les fuesen arrebatados los objetos de su cariño, y en realidad nada poseian, que con confianza pudieran llamar suyo. El engaño ó la violencia los despojaban de las tierras, que habian cultivado sus abuelos; la casa heredada ó levantada con su trabajo y con la cooperacion de sus amigos para la instalacion de los nuevos esposos, podia ser deshecha para que los materiales quedáran en pago del tributo ó de otras injustas exacciones. El que nada tenía, pagaba con su persona, condenada á intolerables faenas, cuyo fin nunca llegaba, porque

el mezquino jornal devengado era, sin cesar, absorbido con malas cuentas y anticipaciones usurarias. Mitayo, ó voluntariamente comprometido en las minas, en el obraje, en el cañaveral ó en la estancia, pocas veces conseguia el consuelo de morir en el seno de los suyos. Los que salian á la terrible mita de Potosí ó de Huancavelica, daban el último adios á los parientes y amigos, temiendo con razon perecer entre derrumbes, respirar aires deletéreos, no resistir al rigor de las labores ó caer en manos poderosas, que nunca les dieran soltura. En los obrajes veíase á ciertos operarios espirar con su tarea en las manos, de enfermedad, hambre ú exceso de fatiga, miéntras no léjos gemian otros, ménos resignados, en cruelísimas prisiones. El confinado á la tierra caliente en que se cultivaban la coca ó la caña, cuando no era víctima de malos tratamientos, solia adolecer de fiebres mortíferas; si el pastor de la puna respiraba aires más puros, en cambio sufria las más duras privaciones, la más rigida inclemencia y el desconsuelo de que su penosísimo oficio sólo le proporcionaba deudas en vez de ganancias, por el inicuo descuento, que se hacia en su jornal, á causa del ganado muerto ó extraviado. Esas injusticias seculares, que habian estado siempre acompañadas de continuas extorsiones á nombre de la religion, de la ley, ó simplemente de la fuerza bruta, llegaron á una indecible enormidad desde que fué autorizado el repartimiento forzoso

de los corregidores. Las sentidas quejas, que se habian elevado por la antigua opresion, se hallaron débiles para expresar la nueva tiranía. No era posible comprender la desesperante situacion de los desventurados indios, reducidos á pagar con sus bienes, con su trabajo, con la libertad y subsistencia de su persona y de sus familias, polvos azules, barajas, medias de seda, retazos de terciopelo, efectos averiados y otras mercancías inútiles, repartidas violentamente, año tras año, á precios inverosímiles. La tarifa señalada á los corregidores sólo servia para exigirles la alcabala, de ninguna manera para moderar sus repartimientos, que empezaban á repetir en su período, burlándose de las cédulas reales y de la prohibicion de los vireyes. La voz de los oprimidos era harto débil para hacerse oir en las altas regiones, donde los tiranos solian encontrar, cuando no cómplices, poderosos favorecedores. La Audiencia de Lima negaba su apoyo á los agraviados, la de Charcas castigaba sus reclamaciones; Amat y Guirior, si hicieron en sus relaciones una vehemente censura del espantoso desórden, no se creyeron bastante fuertes para cortarlo radicalmente; la Córte, á la que elevaron enérgicas representaciones el Obispo de Arequipa, el Cabildo secular del Cuzco, el Gobernador de Potosí y otros hombres ó corporaciones respetables, pidió informes; mas, segun era de lenta la tramitacion de los expedientes, sobre todo cuando grandes in-

fluencias se interesaban en el retardo, era de temer, que la ruina universal se hubiera consumado ántes de haberse puesto dique á la iniquidad, que se desbordaba.

Un generoso descendiente de los Incas, que conocia de cerca la enormidad de las vejaciones y la esterilidad de las quejas, resolvió, con madura deliberacion, hacer triunfar la justicia por medio de la fuerza. Llamábase D. José Gabriel Condorcanqui, y era cacique de Tungasuca, en la provincia de Tinta; pero aspiraba á entrar en posesion de los derechos, y (segun los papeles aprobados en Lima, aunque no consiguió el deseado fallo) descendia del infortunado Tupac Amaru, decapitado en el Cuzco, de órden del virey Toledo. Su tio, D. Blas, habia muerto en la córte, cuando esperaba aliviar la suerte de los indios; otros parientes habian sido arruinados por causa de la mita; él mismo se hallaba muy apurado por las exigencias del Corregidor de Tinta, D. Antonio Arriaga. En una bajada á Lima y en los viajes, que como arriero hacia á Potosí, habia podido ensanchar sus miras y afirmar sus resoluciones, viendo el estado general de los espíritus, la desesperacion creciente de su raza, la memoria venerada de sus mayores y los recursos, que para un levantamiento formidable podia sacar así de los lugares naturalmente fortificados, como de la debilidad del Gobierno. Moderado, afable con todos y de una liberalidad quizá superior á sus me-

dios, adquirió mucho partido; durante cinco años estuvo preparando su movimiento, que supo ocultar con impenetrable secreto, y á fines de 1780 aterró á los dominadores con una revolucion súbita y prepotente.

No habia tiempo que perder, y la ocasion no podia presentarse más propicia. Descubierta y ahogada en sangre la conjuracion de Farfan, era de recelar, que otros conspiradores no corrieran mejor suerte. En la provincia de Chayanta ya habia tres meses, que sus amigos, los Cataris, estaban sobre las armas. Tomas Catarí, indio principal del pueblo de Macha, que reclamaba el cacicazgo y se quejaba de algunas violencias, no habiendo encontrado apoyo en las autoridades del alto Perú, caminó á pié, descalzo y pidiendo limosna para obtener más justicia en Buenos-Aires; el buen virey Bertis, persuadido de que para emprender tan penoso viaje debia estar sobrado de razon, expidió algunas providencias en su favor, aunque no se le presentó ninguna prueba del presunto derecho; la Audiencia no dió oidos á los despachos obtenidos por Catarí, y el Corregidor le envió preso á Chuquisaca. Sus hermanos, Dámaso y Nicolas, lograron, que se le pusiese en libertad, apresando y amenazando de muerte al Corregidor, si no les era entregado Tomas sano y salvo. Los indios de su comarca y de las provincias vecinas estaban prontos á matar corregidores y en disposicion de no con-

sentir excesos, ni en los tributos, ni en otras exacciones. Los del Perú habian dado ya numerosas muestras de lo que osarian llegada la ocasion. Podia contarse con los mestizos, que á la altivez española unian por lo comun el despecho de la miseria, y se creian amenazados de pagar tributo, aunque no eran favorecidos con la distribucion de tierras. Las demas razas abatidas, si no prestaban al descendiente de Tupac Amaru una cooperacion entusiasta, por lo ménos no se esforzarian en la defensa del gobierno colonial, que con tanta desigualdad los trataba. Áun los hijos de españoles podian tomar parte en una revolucion que, libertándoles del yugo extranjero, abria un glorioso porvenir á su amada patria. La guerra con los ingleses favoreceria la independencia, cuando no con auxilios directos, con los embarazos creados al Rey de España. Una circunstancia accidental facilitaba mucho los proyectos del cacique de Tungasuca. El Corregidor de Tinta habia sido excomulgado por el Provisor del Cuzco, á causa de ataques á la jurisdiccion eclesiástica, y como al mismo tiempo habia excedido en sus ventas forzosas todos los límites permitidos, podia procederse enérgicamente contra él á nombre de las leyes divinas y humanas, invocando desde luégo la autoridad venerada del altar y del trono.

El 4 de Noviembre de 1780, dia en que habian comido juntos en casa del cura de Yanaoca para ce-

lebrar los dias del Monarca, atacó Tupac Amaru al Corregidor en el camino de Tinta, derribándole de la mula con un lazo echado al cuello; á la media noche le llevó secretamente á su casa propia; desde aquella prision le hizo librar órdenes á toda la provincia, para que indios y españoles acudieran á Tungasuca, bajo pena de la vida; intimándole la sentencia de muerte á nombre de las autoridades superiores, le obligó á confesarse con el cura á quien habia llamado para auxiliar á un moribundo; y el dia 10 le ahorcó en la plaza publica, delante de un inmenso concurso, que presenció con asombro aquella extraordinaria ejecucion. Arriaga murió resignado, aunque, por haberse roto los cordeles, hubo de prolongarse la agonía hasta que se le echó un lazo al cuello; ántes habia pedido perdon al cacique de haberle llamado indio alzado. Éste dijo de palabra y propagó porcartas y edictos, que estaba autorizado para castigar igualmente á los demas corregidores; que iba á exterminar á los europeos y á extirpar repartimientos, mitas y toda suerte de abusos; que no intentaba ofender al Rey, y que se proponia favorecer la religion, protegiendo á la Iglesia.

Las lisonjeras ofertas de Tupac Amaru hallaban fácil acogida en la afligida muchedumbre. Un rico botin, repartido con mano liberal, le dió partidarios entusiastas. De casa de Arriaga y de sus cajeros se habian tomado veinte y seis mil pesos en dine-

ro, setecientos marcos de plata labrada, algunas libras de oro, doscientas mulas, muchos víveres y muebles de lujo. En los detestados obrajes de Panapuquio y Pomacanchi, que fueron arruinados con gran júbilo, se recogieron abundantes provisiones y más de veinte piaras de ropa. En otras casas y haciendas á que se extendió el saqueo, se acreció la codiciada presa, de la que cupo mucha parte á los asaltantes. Una victoria vino á entusiasmar á los ménos resueltos.

Al saberse el alzamiento se habia improvisado en el Cuzco una junta de guerra, que creyó fácil sofocarlo en su origen. Unos seiscientos voluntarios, comandados por el Corregidor de Quispicanchi, que habia logrado escapar con vida en el asalto de su casa, se dirigieron á Tungasuca con más presuncion, que disciplina. Habiendo hecho alto en el pueblo de Sangarara á fin de caer sobre el enemigo el 18 de Noviembre, se refugiaron inconsideradamente en la iglesia para pasar mejor la noche; en la madrugada, una avenida de indios, que estremecia los montes, como la peñoleria que en los terremotos se precipita de las cumbres, les hizo tomar las armas; una lluvia de pedradas les impidió salir del templo; y miéntras deliberaban con poco acuerdo sobre los medios de salvarse, el fuego prendido al edificio por órden de Tupac Amaru, despues de haber mandado al cura, que consumiera ó retirára el Santísimo Sacramento, quitó á los euro-

peos toda esperanza; confesados los más, y sin comulgar ninguno, por no haber hallado la llave para sacar las formas consagradas, unos perecieron entre las llamas, otros, queriendo escapar del incendio, fueron muertos con palos, mazas y clavos. Unos veinte y ocho criollos recibieron del vencedor buena acogida, y solícita asistencia los que de entre ellos estaban heridos.

La victoria de Sangarara daba á Tupac Amaru el prestigio de la fuerza, indispensable para reanimar á los espíritus abatidos, y aumentaba mucho su escasa provision de armas. Con tan importante triunfo no vaciló en ir al encuentro de los corregidores de Lampa, Chucuito, Asangaro, Puno y Carabaya, que, para combatirle, reunian su tropa en Ayaviri, y sin combate logró ahuyentarlos el 3 de Diciembre, huyendo algunos de ellos hasta Arequipa, y preparándose sólo á resistir heroicamente el jóven Corregidor de Puno, D. Joaquin Antonio de Orellana. Mas, entre tanto la insurreccion, no hallando obstáculos en ninguna provincia intermedia, se propagó, como la chispa eléctrica, hasta el Tucuman, en la extension de trescientas leguas.

Fué aquél el desencadenamiento de los odios, que la injusticia de tres siglos habia acumulado y tenía violentamente comprimidos. Las víctimas de la larga é insoportable tiranía, llegado el dia de la venganza, no supieron moderar las iras, que la mansedumbre evangélica rara vez habia aplacado en fa-

vor suyo; no respetaron las haciendas, porque el derecho de propiedad no podia aparecer sagrado á los que oficial y privadamente eran sin cesar despojados hasta del precio de sus jornales; y no acataron las leyes del pudor, por la escandalosa corrupcion, que veian reinar en torno suyo, áun en los encargados de inspirarles sentimientos virtuosos con la fiel observancia de sus votos. Ninguna raza estuvo enteramente á cubierto de su furor implacable; porque de los más allegados en la sangre ó en el infortunio solian recibir las injurias más graves. En el alto Perú el desborde de los crímenes se habia acrecentado con la indigna conducta de los oidores. Para lograr el restablecimiento del órden alterado con la muerte de algunos corregidores, habian tomado por sorpresa á Tomas Catarí, quien, en cumplimiento de las instrucciones recibidas, fué muerto por sus conductores al acercarse los que venian á libertarle; acaudillados éstos por Dámaso y Nicolas, no tardaron en inmolar á los matadores, y en imponente tropel se acercaron á Chuquisaca, que amenazaban entrar á sangre y fuego. Los ministros de la Audiencia, ante el peligro inminente, estuvieron tan turbados, que uno de ellos pregonó en persona el bando de la pena de muerte ó diez años de presidio, segun las circunstancias, contra los que no se alistáran para la defensa; el mismo Regente se ofreció á suplir la falta de pregonero para la publicacion de otro bando,

haciendo presente, que tenía buena voz. Por fortuna de la ciudad, una vigorosa salida dispersó á los indisciplinados y mal armados sitiadores, y los Catarí, junto con otros cabecillas, fueron entregados por la inconstante tropa, para ser juzgados sin misericordia, cuando el peligro desapareciera.

Los revolucionarios seguian deshonrando y debilitando su causa con toda suerte de horrores. Los vecinos de San Pedro de Bellavista, que les habian resistido con denuedo, extenuados de hambre, sed y fatiga, se refugiaron en la iglesia, y allí fueron degollados en número de mil, sin que alcanzáran perdon, ni los sacerdotes, ni las mujeres, ni los niños. En Caracoto, la sangre de los españoles, entre los que se incluian cuantos tuvieran algo de blancos, llegó á cubrir los tobillos de los asesinos. Los hombres de Tapacari fueron tambien muertos con bárbara crueldad, y ya se habia abierto un hoyo para enterrar vivas á las mujeres de raza española. Si no llegaron á sufrir tan espantoso suplicio; no se vió libre una de ellas de ver degollados, á su esposo azotado ántes cruelmente porque no quiso ser el verdugo de sus hijos, á estos tiernos pedazos de su corazon y al fruto escapado de sus desgarradas entrañas, que apénas respiraba. Al exterminar la poblacion de Palca, una india habia recorrido las calles, con la hostia consagrada en las manos, gritando: « Mirad el engaño, que padecemos por estos pícaros; esta torta la hizo el sacristan de

la harina, que yo traje del valle, y despues nos fingen, que en ella está Dios sacramentado.» A la vista del Santo Cristo de Búrgos, que se sacó en Oruro para aplacar á los sublevados, decian, que no valia más, que un pedazo de leña, ó de cualquier otra materia.

Semejantes blasfemias exaltaban contra la revolucion á las castas, que hubieran podido serle más adictas; porque, si las costumbres no eran puras, la fe permanecia intacta sin contagiarse, ni áun conocer la impiedad creciente en otras naciones. Tambien eran mirados con profunda indignacion los atentados contra los ministros del culto, aunque la conducta de éstos no fuera edificante; é indignaban mucho más, cuando por sus virtudes y beneficios eran los sacerdotes ofendidos objeto de la veneracion universal. El cura de Colcha, que pertenecia á este escogido número, habiendo recibido un garrotazo por haber dicho, que seguiria dando cincuenta azotes á cuantos no quisieran aprender la doctrina cristiana, entró por las calles de Cochabamba con la cabeza ensangrentada, gritando: «¿Dónde están la lealtad y religion de los cochabambinos, que no evitan tantos daños y sacrilegios? Mirad cómo se trata á los ministros del santuario; no creais en las vanas ofertas del traidor Tupac Amaru; todos seréis víctimas de su tirana ambicion, porque su intento es derramar toda la sangre española. Buenos testigos son las crueldades

ejecutadas en Arques, Tupacari, Palca y otros pueblos.» Los mestizos de Cochabamba, que vacilaban en su adhesion al Gobierno, formaron para defenderlo una brillante columna, la que se distinguió tanto por sus hechos de armas, como por su amor al pillaje, sin que se entibiára nunca su celo religioso, una vez sobreexcitado por el venerado cura de Colcha.

Los vecinos de Oruro, que habian simpatizado con el alzamiento hasta el punto de perseguir de muerte á los chapetones, quitar de los edificios públicos las armas reales, cambiar los caballeros su lucido vestido por la camiseta de los indios, y las señoras su elegante faldellin por el tosco acso de las naturales; mudaron de sentimientos, cuando vieron saquear indistintamente las casas de los ricos, y amenazada la vida de cuantos tuvieran sangre española. Llamando de los secretos asilos á los europeos ántes detestados, é invocando el auxilio de algunos caciques moderados, destrozaron en cruda lucha á los que habian acogido como amigos.

Muy diferentes eran las aspiraciones de Tupac Amaru. Léjos de perseguir, brindaba proteccion á sus amados criollos, y se declaraba libertador de todas las razas oprimidas; sólo hacia guerra mortal á los corregidores é inicuos alcabaleros, acogiendo bien áun á los europeos, que pudieran serle útiles; segun sus cartas y edictos, pretendia únicamente abolir todas las imposiciones injustas, desagraviar

los ofendidos, enaltecer la religion y los sacerdotes, poner á la cabeza de las provincias, justicias mayores, hijos del país y de una integridad incuestionable, crear para el Cuzco un vireinato con su Audiencia y retirarse á la vida privada. Disipado el relámpago del entusiasmo, pocos hombres de otra raza creian, que el jefe indio, restablecido el imperio de los Incas, les cumpliera lo prometido. Áun descansando en su fe dudosa, la más lamentable experiencia ponia de manifiesto, que sería impotente para moderar el ódio implacable de los suyos. Algunos de sus capitanes decian, que para no caer otra vez bajo el yugo, era necesario exterminar á todos los que no fueran de raza india; otros extendian la proscripcion á cuantos usáran camisa. Así lo ejecutaron en Calca para vengar su derrota de Guayabamba y Yucay, los que no habian podido dominar el amenísimo valle, que forma el jardin de los cuzqueños desde la época imperial. Allí fueron sacrificados en las casas y en el templo con igual saña, españoles, mestizos y sus allegados; allí el torpe deleite profanó los cadáveres; allí hubo niños ahogados, despedazados ó estrellados contra las piedras. Algunos huérfanos, que no habian corrido la suerte de sus padres, cuando los verdugos siguieron de cerca á las víctimas, pereciendo á manos de la tropa acaudillada por eclesiásticos, preguntaban á éstos llorando: «¿Con quién nos quedarémos?»

El clero del Cuzco se habia levantado á la voz de su obispo Moscoso, quien fué, sin disputa, el más poderoso enemigo de los sublevados. Tupac Amaru, que habia estado en buenas relaciones con el Provisor, repetia sus cartas para conseguir, cuando no la cooperacion, la tolerancia del prelado. Mas, léjos de eso, se vió excomulgado, junto con sus cómplices, por el incendio de Sangarara y por otros ataques á la Iglesia, y el anatema convirtió en sus formidables rivales al valeroso D. Mateo Pumacahua, cacique de Chincheros, al de Anta y otros, que capitanearon en su daño muchos indios. Los curas peleaban contra él á la cabeza de sus feligreses, excitando especialmente el celo religioso de los mestizos. Varios corregidores y otros caballeros se refugiaron en el Cuzco, y aunque despues del desastre de Sangarara se pensó abandonarlo, y algunos huyeron léjos, prevaleció la opinion de defenderlo, alentada por el Obispo de todos modos. S. I. colectó de su clero para los primeros gastos 24.000 pesos, formó batallones sagrados, que hacian el ejercicio de las armas, y excitó el fervor de los vecinos con misiones, ayunos generales, y una procesion de penitencia, que prometian el favor del cielo. Los brillantes hechos de Pumacahua, que con buenos y malos ardides, trepando á los más encumbrados cerros, y engañando á los revolucionarios con la bandera blanca, les causaba grandes pérdidas, sea con galgas, sea matándoles en los desfiladeros; algunas

otras salidas en que se trajeron á la ciudad puestas en la punta de las picas las cabezas de los vencidos; la organizacion de las milicias avanzada de dia en dia por el celo del coronel D. Manuel Villalta; los refuerzos continuos de las provincias vecinas, y la esperanza de que no tardarian en llegar tropas de Lima, sostenian la firme resolucion de los cuzqueños contra el inminente ataque de Tupac Amaru.

El heredero de los Incas era fuertemente solicitado á posesionarse de la ciudad imperial por su esposa Micaela Bastidas, la que tal vez le excedia en ardimiento y alcances. Aquella mujer demacrada poseia un espíritu varonil, capaz de los mayores designios. Para asegurar el suplicio de Arriaga, que promovia diligente, llevaba en su propia mantilla las balas necesarias á la guardia; en ausencia del cacique montaba armada á caballo, á fin de reclutar gente y expedia circulares, que ella misma firmaba: estaba dispuesta á marchar hácia el Cuzco, cuando regresó Tupac Amaru de Ayaviri con los brios de vencedor. Ambos esposos apuraron los aprestos bélicos, y se dió á los indios y mestizos órden de presentarse en Tinta para el 19 de Diciembre, dia en que debia emprenderse la marcha.

Lós defensores del Cuzco recibieron el 23 de dicho mes la alarmante noticia, hicieron rogativas á Dios y á sus santos, y en la Noche Buena no se abrieron las iglesias por el recelo de que la bulliciosa alegría, que acompañaba á la misa del gallo, degenerára en

incontenible alboroto. El temor no parecia muy fundado, porque la plebe, aunque adicta en el fondo de su corazon al generoso libertador, estaba intimidada con el reciente escarmiento de los sublevados en el inmediato pueblo de Chita y de los que habian bajado á Urubamba; las censuras del Obispo habian impresionado tanto á la devota muchedumbre, que, no obstante su avidez de presas, no osaba tomar los despojos de los excomulgados. Era ademas muy activa la vigilancia, y estaban muy bien tomadas las precauciones para que en el recinto de la ciudad pudiera intentarse algun tumulto con buen éxito. Más de tres mil milicianos, ya en regular estado de disciplina, imponian á la desarmada plebe, y el 1.° de Enero de 1781 llegó de Lima el coronel D. Gabriel Aviles con doscientos mulatos, cuatrocientos nueve fusiles, quinientas espadas, doce mil cartuchos y la alentadora promesa de que el Virey estaba apurando los preparativos de una expedicion en toda regla.

Entre tanto, Tupac Amaru se iba acercando con la lentitud indispensable para hacer marchar con cierto órden su poco disciplinada y mal armada hueste, que pasaba de cuarenta mil hombres. Una sorpresa, que sufrió su vanguardia en Sailla, donde dejó sobre cuatrocientos muertos, aunque no fué vivamente perseguida, le obligó á llevar su gente por las alturas. A la vista de la ciudad envió parlamentarios al Prelado y á ambos cabildos, repi-

tiendo sus protestas de que sólo se proponia la reparacion de los agravios, el bien general de las provincias, el engrandecimiento del Cuzco y la gloria de la Iglesia; añadia, sin embargo, que si se le resistia, lo llevaria todo á sangre y fuego. Asentado su campamento á un cuarto de legua en el abra que dejan los cerros de Picho y Puquin, desplegó sus fuerzas y ganados, é hizo disparos de artilleria para animar á sus partidarios. Como no regresaran los mensajeros, pasado con triple exceso el plazo de doce horas fijado en su intimacion, envió otro con amenazas de un próximo y desolador asalto. La respuesta á este mensaje fué una salida en que todas las clases, sexos y razas tomaron parte. Salieron las cuatro compañías de clérigos con el Dean á su cabeza, miéntras los frailes hacian la guardia en los monasterios; el Obispo recorrió las calles, dando bendiciones y víctores á que las señoras contestaban, batiendo los pañuelos y los caballeros agitando los sombreros; su presencia en el campo envalentonaba á los más tímidos; los indios sacaron sus garrotes y hondas; sus mujeres los animaban, repartiendo chicha, trayéndoles piedras y preparando ceniza para cegar á los invasores. A poco tiempo se vieron llegar cinco mil hombres de Paruro, que encabezaba el cura D. Feliciano Paz. Tan imprevista resistencia, cuando se esperaba un poco disputado triunfo, desalentó al ejército rebelde. Sólo hubo dos encuentros algo serios, uno en que fueron deshechos unos

veinticinco mulatos, que trepaban imprudentemente por el cerro de Puquin, y otro el dia 8, en que, no obstante la gran sobreexcitacion, se peleó desde las opuestas alturas, quebrada por enmedio. El estrago fué poco considerable; los tiros de la artillería de los invasores pasaban por alto, segun se jactó el gallego que los dirigia, con intencion de malograrlos; las escopetas tampoco hacian mucho daño, estando tambien inutilizadas intencionalmente las más de las llaves. Llegada la noche, que fué muy lluviosa, vió el desesperanzado Tupac Amaru desvandarse su gente, y hubo de levantar el campo con tanta precipitacion, que se dejó su pabellon de seda y su catre dorado, que habia tomado á Arriaga.

Los defensores del Cuzco, que aguardaban nuevos combates el dia 9, quedaron sorprendidos, hallando el campo libre de enemigos. Los auxiliares de Paruro querian perseguirlos en su retirada; pero no se les consintió por lo sospechoso que era aquel súbito é inexplicable movimiento, y porque las órdenes del Virey prohibian abrir la campaña ántes que llegáran las fuerzas de Lima. Tupac Amaru, léjos de darse por vencido, se hizo recibir bajo palio en el pueblo de Acomayo, oró devotamente de rodillas ante el Santísimo Sacramento, y comiendo en casa del cura aseguró, que volveria al Cuzco con mayores fuerzas. Atribuia su retirada al deseo de no sacrificar los indios, que le habian echado de car-

naza y al mal manejo de sus mestizos, de los cuales castigó algunos severamente,

Las hostilidades continuaban en las provincias con alternados reveses y continuos horrores. El esforzado Tomas Parvina obtuvo señaladas ventajas en Chunvivilcas; pero no pudo contrarestar en Cotabambas á la devota indiada, sostenida y capitaneada por algunos curas. En Paruro, donde se proponian escarmentar á los auxiliares del Cuzco, fueron tambien rechazados los rebeldes de la capital de la provincia; asolaron al pueblo de Pilpinto, que habian defendido heroicamente las mujeres, y extendieron sus estragos á otros muchos vecindarios y haciendas, sin que las poblaciones adictas á su causa fueran mejor tratadas por las fuerzas leales. En la provincia de Calca parte de éstas dió en una emboscada, y los que las habian derrotado, llevaron su furor hasta repartirse el corazon y beber la sangre de un caballero, diciendo: «que habia sido de muy buen sabor la de los españoles.» Al dia siguiente cayó sobre aquellas fieras el terrible Pumacahua, y como de costumbre, los trató sin misericordia. Paucartambo era el teatro de la más sangrienta lucha. Invadido por Diego Cristóbal, hermano de José Gabriel, resistió dieziocho ataques vigorosos; pero sus vecinos sufrieron gravísimas pérdidas. No obstante su feliz defensa, el Cuzco padecia mucho, ya porque las mayores haciendas devastadas pertenecian á su vecindario,

ya por la escasez de víveres, inevitable miéntras duråra la guerra.

Concibiéronse grandes esperanzas de pacificacion inmediata á fines de Febrero, en que llegaron de Lima el Inspector general Valle con 400 soldados, 1.525 fusiles, 75 pares de pistolas, 400 lanzas, otras tantas espadas, 100.800 cartuchos y 6 cañones de campaña, y el visitador Areche con todas las facultades del Virey, y por auditor de guerra el oidor Mata Linares. El visitador fué recibido, como correspondia á su alta representacion, saliendo á cumplimentarle á dos leguas de la ciudad los mensajeros de ambos cabildos y el del Obispo, que le dirigió una arenga, tan henchida de erudicion, como de artificios retóricos. Dos dias despues de la solemne entrada, celebró el Prelado misa pontifical, y concluida la funcion de Iglesia, dió un banquete, en el que la mesa se cubrió cuarenta y ocho veces y se hicieron admirar los postres, tanto por lo exquisito de los dulces, como por los primores con que representaban todo el aparato de la guerra y las escenas campestres.

Las fiestas no hacian olvidar los preparativos militares. Las fuerzas venidas de Lima, aumentadas con algunas milicias de Guamanga, las del Cuzco y los indios fieles elevaron pronto el ejército á 17.116 plazas; dividido en seis columnas que habian de cerrar á Tupac Amaru todas las salidas, marchó la principal comandada por el Inspector ge-

neral hácia Tinta, donde el jefe rebelde se estaba fortificando y tenía una fundicion de artillería. En aquella campaña no hubo combates memorables; sólo un destacamento experimentó algun descalabro; la columna, que operaba por Cotabambas, poderosamente auxiliada por los curas, destrozó en rudo choque las fuerzas comandadas por Parvina y Bermudez, dos valerosos cabecillas, que quedaron entre los muertos. Los pueblos rebelados oponian escasa resistencia. El mismo caudillo parecia inclinarse á la sumision, escribiendo al Prelado y al Visitador en términos muy ajenos á los aires de soberanía, que habia tomado en algunos edictos, y explicando con cierta habilidad sus anteriores excesos: si perseguia á los corregidores, era porque estaban alzados; si tenía presos á algunos sacerdotes, lo hacia por libertarlos de los insolentados indios. El Obispo no le respondió, el Visitador le dió una contestacion acerba, y el Inspector continuó persiguiéndole por las alturas vecinas á Tinta. Estando en las de Pucacasa, recibió de él tambien un mensaje, pidiendo capitulacion bajo condiciones ventajosas; y á no ser por un tránsfuga, que le dió oportuno aviso, el 18 de Marzo hubiera podido perecer con su columna en una sorpresa, que no era de recelar por la espesa nevada, que aquella noche estaba cayendo. Tupac Amaru venia sobre él con unos 10.000 hombres para atacarle de improviso, y hubo de retroceder escarmentado, porque le encontró prevenido.

Las molestias de la altura, donde no se estaba á cubierto de peligrosos ataques, eran insoportables á la tropa de Lima, que apénas podia manejar las armas, durante el frio nocturno de las punas; su penosa situacion se explica bien por el siguiente dicho, que se pone en boca de los mulatos al ser atacados de madrugada por los indios: «Dejad que salga el sol y entónces pelearémos.» Para mejorar el estado de su gente bajó Valle de Pucacusa, y continuando sin novedad su marcha por regiones más templadas, llegó á las cercanías de Combapata. Tupac Amaru, que ocupaba algunas eminencias, fué desalojado de ellas por la ágil hueste de Pumacahua, y hubo de presentar batalla en la llanura; mas la primera descarga de la artillería enemiga desbandó por entero su tropa, y él mismo huyó despavorido á Tinta, habiendo estado cerca de ahogarse en el rio por no haber dado con el vado.

El insensato afan de salvar parte de sus caudales hizo perder á Tupac Amaru un tiempo irreparable, cargando sus mulas en Tinta y huyendo al paso lento de las pesadas, cuanto preciosas cargas. En el pueblo de Langui le detuvo con pérfidas promesas su coronel Landaeta, miéntras alistaba gente para prenderle. Conociendo tarde la perfidia, quiso salir á la calle; pero el traidor le dijo con descaro: «¿Cómo quieres salvar tu cuerpo despues de haber perdido á tantos?» Dos mujeres, indignadas por haber quedado en la guerra, la una sin marido y

la otra sin dos hijos, le asieron fuertemente por la espalda; quedando sin accion, hubo de darse preso con su mujer y dos hijos, Hipólito y Fernando; algunos hombres, traidos por el teniente cura, le aseguraron más; una escolta de dragones le condujo al campo del Inspector; con buena guardia y en compañía de otros prisioneros le llevó al Cuzco el Visitador, que habia salido á tomarle á distancia de ocho leguas; al entrar en su pretendida córte le detuvo junto á la horca, y al dejarle en la cárcel le dijo, que diera el último adios á los suyos, pues sólo volveria á verlos en la eternidad, ó cuando más, al pié del patíbulo.

La causa fué seguida con extraordinaria diligencia por el auditor de guerra, con el fin de averiguar los cómplices y las causas secretas del alzamiento. Sometido á la tortura de la garrucha, sufrió Tupac Amaru la dislocacion de un brazo; y, sin embargo, el Visitador queria darse las apariencias de muy humano, haciéndole servir el chocolate y los manjares de su mesa. Al mismo tiempo diciendo, que el castigo debia corresponder á lo raro, sacrílego y horroroso de los crímenes, arrancó Areche al auditor una sentencia bárbara. Seis reos, entre los que se hallaban un hijo y un cuñado del cacique, fueron condenados á la horca; su esposa y la cacica de Acos, que habia dado su gente para el combate de Sangarara, á garrote, y él, despues de presenciar el suplicio de personas tan caras, debia

tener la lengua cortada, como algunos de sus compañeros, y ser descuartizado por cuatro caballos. Su hijo Fernando, que apénas contaba doce años, habia de ver tan cruel espectáculo, desde el pié del patíbulo, y estar despues en presidio por toda su vida.

Puestos en capilla los condenados, les fué alzada la excomunion; el Obispo arrancó abundantes lágrimas á Tupac Amaru con sus cristianas exhortaciones, y todos recibieron con humildad los últimos consuelos de la religion. El 18 de Mayo, que fué el dia de la ejecucion, confesó, comulgó y oyó de rodillas el Visitador muchas misas, que habia mandado celebrar por las almas de los reos. Éstos fueron al suplicio sobre serones atados á las colas de caballos, que lentamente los arrastraban. Micaela Bastidas, no desmintiendo en aquel trance su entereza, se resistió á sacar la lengua, que hubo de cortarle el verdugo despues de muerta; y como, por estar muy flaca, no podia ser ahogada por el garrote, para hacerla morir hubieron de tirar de ella fuertemente y darle patadas en el vientre. Su desventurado esposo, que todo lo habia visto, presentó, á su vez, al ejecutor su lengua, y despues de cortada fué atado de piés y manos á las cinchas de cuatro caballos, que, corriendo en diversos sentidos, le estiraron hasta alargarle como una araña. Por no ser los animales bastante fuertes, no acababan de hacerle cuartos, y para despenarle mandó el

Visitador, que le cortasen la cabeza. Ningun espectador turbó la ejecucion con gritos ó lamentos, y no se vió indio alguno entre los concurrentes. Mas el cielo, que conforme al aspecto regular de la estacion se habia presentado sereno y despejado en dias anteriores, se cargó de nubes aquel dia y estuvo agitado por un viento fuerte y una lluvia copiosa en los momentos de ser martirizado Tupac Amaru. Por esto dijeron los indios, que los elementos habian sentido la muerte del Inca, sacrificado impíamente por los españoles.

La revolucion estaba perdida, muerto el caudillo, que la autorizaba con un nombre venerado entre los indios; el único, que procuraba nacionalizarla ofreciendo proteccion á todas las razas, y queria afirmarla sobre las sólidas bases del bien comun de la religion y de la justicia. Todavía estaban sobre las armas su hijo Mariano, su hermano Diego Cristóbal y otros allegados, ardiendo en deseos de implacable venganza. Llamaron á la guerra á todos los hombres desde la edad de siete años hasta la de sesenta, amenazando á los inobedientes con sangre, fuego, horca y cuchillo: mutilaban horriblemente á cuantos cogian con alguna carta para sus enemigos, y bajaban sembrando la desolacion y el espanto desde las cumbres de Vilcanota, donde se habian establecido, para en caso de grandes reveses, poder refugiarse en la montaña. En el alto Perú combatian furiosamente, entre otros cabecillas improvi-

sados, Pedro Vilcapasa, Alejandro Calisaya y Julian Apasa, que habia tomado el nombre de Cárlos Ninacatasi. Antes de ser el más terrible de los rebeldes, habia sido sacristan y peon en un ingenio de minas; de pasiones violentas y de una audacia extraordinaria, llevaba consigo un serrallo, se hacia rendir homenajes casi divinos, y exterminaba con la ferocidad del tigre, que devora tranquilamente su presa. Mas estas fieras desencadenadas, que sólo se proponian la matanza y la destruccion de las poblaciones civilizadas, sublevaban contra sí todos los intereses y todas las conciencias. El alzamiento, que habia encontrado partidarios entre los bárbaros del Choco y en las remotas selvas del Carare, allá en el reino de Santa Fe, se vió pronto reducido, por sus excesos, al Collao y á las provincias inmediatas de los obispados del Cuzco y La Paz, donde no debia tardar en ser vencido por los esfuerzos combinados de los vireyes del Perú y Buenos-Aires.

El virey Bertis habia colocado á la cabeza de la Audiencia de Charcas á D. Ignacio Flores, poco parecido, en el carácter, al asustadizo Regente, que se rebajaba á ser pregonero; lo que era más importante, de Buenos-Aires subia al alto Perú una brillante columna de 600 hombres, á las órdenes del distinguido teniente coronel Reseguin. Este jefe, tan esforzado como activo, sorprendió á los revolucionarios de Tupiza, que acaudillaba el mestizo Luis

Laso de la Vega, dotado de talentos militares; con el escarmiento, que hizo en aquel pueblo, y el apoyo de las fieles milicias de Cotagaita, aseguró el restablecimiento del órden en la agitada provincia de Chichas, y marchó intrépido é infatigable adelante, aunque él se hallaba agobiado por las tercianas y el tránsito inundado de rebeldes. Su buena reputacion se lo allanaba todo, saliendo á recibirle los gobernadores y caciques con sus músicas y danzas, preparándole buenos alojamientos y proveyéndole abundantemente de víveres. Así pudo seguir su marcha triunfal hasta Chuquisaca, que le recibió como á su libertador.

El Virey del Perú, ántes de que el Visitador é Inspector marchasen al Cuzco, habia decretado, de acuerdo con todas las autoridades, la abolicion de los repartimientos, y nombrado una junta de desagravios para reprimir cualquier exceso ó violencia, que se observára en los efectos ya repartidos. Despues de haber salido la expedicion, ordenó á los corregidores, que acuartelasen una ó dos compañías de milicias para asegurar la conservacion del órden. Prestando una especial atencion á la importante plaza de Arequipa, suspendió las pesquisas del anterior alboroto, aprobó las activas providencias de su corregidor Semanat, á quien auxiliaba el vecindario con un donativo de 12.000 pesos, y le encargó, que prestára apoyo á las provincias vecinas en tanto que lo permitiera la seguridad de la

propia. No se hicieron mayores aprestos por entónces, porque el pié en que se hallaba el ejército del Cuzco, prometia triunfos, tan fáciles como rápidos, contra la revolucion desorganizada.

Valle, que se lisonjeaba llevar sus armas vencedoras hasta los confines del vireinato de Buenos-Aires, hizo una campaña, tan estéril de laureles, como fecunda en sufrimientos. Faltaban las provisiones, porque los pueblos estaban desiertos y las haciendas sin cosechas y sin ganados. No se presentaban grandes fuerzas que combatir; pero los fugitivos hacian una obstinada resistencia en las escabrosidades y desfiladeros, luchando con un arrojo y constancia de que ántes no se les creia capaces. En vano, para dominarlos por el terror, se les perseguia cruelmente y se quintó para la muerte el pueblo de Santa Rosa, que era de los más entusiastas en el levantamiento. El desesperado valor de los perseguidos se exaltaba con semejantes rigores. Desde la fortísima posicion de Condorcuyo causaron gran estrago á sus perseguidores, y despreciando el perdon ofrecido, no emprendieron la fuga hasta que dejaron aquel cerro sembrado de cadáveres. Uno de ellos, que tenia el pecho atravesado de una lanza, la arrancó con sus propias manos y siguió con ella á su enemigo, miéntras le duró el aliento. En otro lugar escarpado desafiaron unos pocos á todo el ejército; cuando les fué imposible resistir, no quisieron salvar su vida por la clemencia del vence-

dor, y parte se precipitaron desde la altura de doscientas varas, parte se dejaron despedazar entre una peñolería impenetrable; áun hubo alguno, que quiso arrastrar en su caida al soldado, que le habia puesto el fusil al pecho, tirando fuertemente de esta arma. La tropa de Valle estaba casi en cuadro, áun más que por tan desesperada resistencia, por una desercion, que, principiando por individuos, llegó á verificarse por compañías y divisiones. Los voluntarios se retiraban creyendo, que todo habia concluido con la muerte de Tupac Amaru, y no estando detenidos en la penosa campaña por la esperanza del botin ó de recompensas oficiales. Los corregidores se llevaban los indios de sus provincias, ya para tenerlas más sosegadas, ya para asegurar la cobranza de sus propias deudas. Los poderosos atractivos del hogar alejaban á otros de una lucha peligrosa con hermanos, que sufrian por la causa comun. Mas, sobreponiéndose á todas las dificultades y riesgos, logró el Inspector general acercarse á Puno, en los dias en que la heróica poblacion iba á caer en las implacables manos de sus sitiadores.

Orellana se habia sostenido con milagros de actividad y de valor en el centro de la insurreccion. Por algun tiempo pudo tener léjos á los enemigos, yendo en su alcance y obteniendo señaladas ventajas sobre sus jefes Sanca é Ingaricona; pero hubo de encerrarse en Puno luégo que fueron exterminados sus auxiliares de los pueblos vecinos y que el

de Chucuito fué entrado á sangre y fuego, no perdonando el vencedor ni á los eclesiásticos, ni á mujeres más ó ménos blancas, ni áun á las indias, que usaban el traje de las españolas. Al amparo de los fortines y trincheras, que habia hecho levantar, rechazó muchas veces á fuerzas muy superiores, y en alguna ocasion hizo retroceder á los que ya eran dueños de las calles. Su situacion era ya muy apurada; le faltaban los recursos, su gente estaba muy fatigada, auxilios no podia recibirlos ni de la Paz, que atravesaba iguales riesgos, ni de Arequipa, cuyo corregidor no los suministraba por haber prohibido el Visitador pagar las milicias acuarteladas en lugares tranquilos. Mas al aproximarse Valle, se retiraron primero los que le asediaban por la parte del Norte, y á poco los que completaban el cerco por el lado del Sur. Apénas libres de sus peligros extremos, tuvieron los puneños el disgusto de que en junta de guerra se decidiera el abandono de la heróica poblacion. El Inspector, cuya hueste se hallaba reducida á poco más de mil hombres, sólo les ofrecia cien fusiles, algunos cañones y dos artilleros; auxilios que no podian suplir al cansancio de sus defensores y á la falta de víveres. Por lo tanto, el ejército emprendió su penosa retirada al Cuzco, llevando consigo unos cinco mil vecinos, que marchaban á pié, mal alimentados, con el desconsuelo de haber desamparado sus bienes y el riesgo de ser sacrificados, como sucedió á algunos infelices, que

se habian separado de los soldados cerca de Ayaviri.

Areche reprobó al Inspector el abandono de Puno, contra el que no habia dejado de protestar Orellana, y echándole en rostro la lentitud de las operaciones, le instaba vivamente á abrir una nueva campaña. Valle, que no admitia su competencia y podia hacerle cargos más severos, contestaba: «Que no son hijos de un parto el mando de las armas y el de la pluma, y que él no podia pacificar en cuatro dias lo que señores y señorías habian alborotado en cuatro años.» El primero bajó á Lima para influir con el Virey, que deseaba mucho el inmediato restablecimiento de Puno; el segundo hizo presente por escrito, que, si no se habia de consumar la ruina de las provincias y el exterminio de tanto infelices extraviados por la pasion ó por las seducciones, era necesario ofrecer un ámplio indulto, con excepcion de Diego Cristóbal, Mariano Tupac Amaru y Nina Catarí. Consultado el Visitador, no quiso mostrarse ménos clemente, y opinó, que el perdon debia ser general, sin excepcion de personas, pues los alzados querian más la vida de sus libertadores, que las suyas propias. El Virey fué del mismo parecer, y acordó al mismo tiempo el perdon del tributo á cuantos sostenian al Gobierno, habian sido arruinados en la guerra ó desampararán las filas rebeldes. Estas medidas conciliadoras eran aconsejadas por la necesidad de poner pronto término á aquella lucha de exterminio, por la situacion an-

gustiosa del Tesoro con el aumento de gastos y disminucion de las entradas, por la dificultad de reclutar huestes numerosas, y por el incremento, que podria adquirir la revolucion con la noticia publicada en los periódicos europeos de que los ingleses venian á apoyarla, haciendo una entrada por Buenos-Aires. Junto con las concesiones hechas á los rebeldes, se preparaba una nueva expedicion, la que despues de varios proyectos se redujo á unos 2.000 hombres, que salieron de Arequipa á las órdenes de Arias, y á 1.721 comandados por Valle, en cuya compañía salió del Cuzco el Obispo Moscoso.

La pacificacion no se hizo esperar mucho. La revolucion se habia debilitado en extremo por la enormidad de sus excesos. El pueblo de Sorata, que pasaba de 10.000 almas, habia resistido todos los asaltos tras sus murallas de tierra; pero derribadas éstas con la impetuosa salida de las aguas represadas al intento por los sitiadores, perecieron todos los habitantes, sin distincion de edad, ni de sexo, en la inundacion y el degüello. La Paz, que habia sido defendida con heróica constancia por D. Sebastian Segurola y por sus denodados vecinos, no podia esperar mejor tratamiento del feroz Nina Catari. Ya estaban consumidas las provisiones, y escaseando los perros, gatos y ratones, hacia grandes estragos el hambre. La llegada del valiente Reseguin y de las tropas peruanas la salvó de la inminente catástrofe. Nina Catari, que se habia retirado á la fuerte

posicion de las Peñas, fué asaltado en ella y muerto en la fuga por un granadero de Parinacochas. Villapasa habia sido entregado por un sobrino suyo, que puso tambien en poder de las autoridades muchas petacas llenas de plata labrada. Calisaya, que quiso prolongar la resistencia, murió, al internarse en la montaña, á mano de los indios Lecas. Diego Cristóbal habia vacilado en acogerse al indulto, ya por su propia desconfianza, ya por los consejos de sus recelosos amigos; pero viendo comprometida la fe del Virey, que despues se corroboró con la palabra del Monarca, bajó á Sicuani, donde le aguardaban el Visitador y el Prelado; allí estuvo á los piés de Valle, miéntras se batia la bandera real sobre su cabeza, y juró obediencia, recibiendo una pension del Gobierno. Su ejemplo fué seguido por los demas caudillos y la sumision de los pueblos quedó asegurada con algunas guarniciones. Todavía hubo de marchar el Visitador á sosegar un alboroto de la provincia de Calca y Láres; pero habiendo enfermado en el camino, murió á fines de 1782, y recayó el mando militar en el coronel D. Gabriel Avilés.

La pacificacion era completa y definitiva. Sin embargo, no habian cesado los resentimientos y temores sobreexcitados por los vengadores de Tupac Amaru. Antes de morir habia aconsejado Valle, que se alejase del Cuzco á Diego Cristóbal. Ligerezas juveniles de sus sobrinos Mariano Tupac Amaru y Andres Noguera, habian movido á las autoridades

locales á aconsejar respecto de éstos igual medida. El Virey dió órden para que todos tres bajasen á Lima; obedecieron los jóvenes; pero el tio se obstinó en permanecer en lugares donde, haciéndose sospechoso al Gobierno, se hallaba al borde del abismo; no se le perdonaba, que los indios le respetáran é hicieran obsequios tratándole de Inca, gobernador y padre; acusábanle de haber ocultado armas y caudales, y el querer conservar el nombre de Tupac Amaru, que era el de sus mayores, constituia un crímen irremisible. El Virey de Buenos-Aires comunicó algunas noticias alarmantes del alto Perú; Avilés, Moscoso y varios curas las corroboraron con otras del Cuzco; el corregidor de Quispicanchi sorprendió una junta sospechosa en los altos de Marcapata, y cerca de Lima hubo una insensata intentona, que parecia indicar planes mejor concertados en otra parte. Jáuregui, que no deseaba proceder de ligero por no desacreditar el indulto, se creyó con suficientes datos para prender á los que aparecian complicados en aquellas tramas. Mariano y Andres, que estaban educándose en el colegio del Príncipe, entraron en las cárceles de Lima y su causa se encargó á uno de los oidores más respetables; su infeliz tio fué preso en Sicuani con otros miembros de su familia, al mismo tiempo que se aprehendia á los amotinados de Marcapata y á otras personas peligrosas, sin que en ninguna parte tratáran de oponerse á la justicia. Avilés y

Mata Linares activaron este proceso, y salieron cuatro condenados al último suplicio y más de sesenta personas, casi todas parientes ó allegadas de Tupac Amaru, al destierro ó á trabajos forzados. Diego Cristóbal fué conducido á la horca sobre un seron, como habia salido su hermano, y ántes de matarle le despedazaron las carnes con tenazas candentes. A Marcela Castro se le cortó la lengua ántes de ser ajusticiada, porque habia presenciado la conversacion relativa al alzamiento verificado en Marcapata, sin haberse opuesto ni dado cuenta, manteniendo en desafecto, desconfiando á los indios y poniendo en sus cartas los dictados de hijos. Simon y Lorenzo Condori, cabecillas del motin, fueron simplemente ahorcados.

Aunque el Gobierno hizo publicar una parte de los documentos que comprobaban la culpabilidad de los indultados, pocos hombres reflexivos dejaron de considerar en ellos las víctimas de la venganza y del miedo; cuando más creyeron, que su presunto delito autorizaba á alejarlos del Cuzco, adonde su vecindad pudiera ofrecer riesgos á la conservacion del órden público. Este, segun indicamos arriba, se vió por entónces amenazado pasajeramente en la provincia de Huarochiri, casi á las puertas de Lima, con el descabellado alzamiento del cacique D. Felipe Velasco, primo de José Gabriel, quien, llamándose hermano de Tupac Amaru y suponiendo á su pariente todavía vivo y emperador del gran

Paititi, tomó el nombre de Tupac Inca. El movimiento, iniciado el 1.° de Junio de 1783, no se extendió más allá de los pueblos de la Asuncion y Carampoma, en los que el cabecilla principió á distribuir empleos; preso al segundo dia por los mismos indios, fué entregado al corregidor de la provincia, que arrostrando la oposicion de algunos sublevados, le condujo á Lima con el refuerzo de algunos mineros. Substanciada en breve la causa, Tupac Inca y su secretario Ciriaco Flores murieron en el patíbulo, y varios de sus secuaces marcharon al destierro.

La reaccion no perdonaba á ninguno de los que, con intencion ó sin ella, hubieran podido contribuir al formidable alzamiento de Tupac Amaru. El mismo Obispo del Cuzco, que habia sido la principal columna del Gobierno, fué acusado de tupac-amarista por su proteccion á los míseros indios, y por el influjo que la excomunion de su provisor pudiera haber ejercido en la ruina del infortunado Arriaga, por cuyo buen nombre é intereses pleiteaban sus sobrinos. El Prelado hubo de bajar á Lima durante ese proceso; y obligado á ir á la córte para dar razon de su conducta, fué elevado por el Monarca al arzobispado de Granada, en consideracion á sus eminentes servicios. Por el contrario, el duro Areche, aunque habia desplegado extraordinario celo por los intereses de la corona, fué separado de la visita, privado de rentas y honores, y castigado

con otros desaires, reconociéndose, que habia provocado y exasperado la insurrecion con sus exacciones y rigores. Aprobáronse las sentencias de muerte, pero fué desaprobado el refinamiento de crueldad, que habia agravado los suplicios. Las recompensas de los que habian peleado por el restablecimiento del órden parecieron insuficientes, y entre otros premios á los beneméritos, se nombró coroneles á los caciques de Chincheros y de Anta, se dió el grado y sueldo de teniente al granadero, que habia muerto á Tupac Catari, se ofrecieron medallas con la efigie del Soberano á otros leales servidores, Avilés llegó á conseguir sucesivamente cuanto pudiera desear en América, el pueblo fiel del Cuzco obtuvo su, de antiguo, pretendida Audiencia, y se tuvieron en cuenta los méritos contraidos por corregidores, curas y caciques.

La córte, alarmada siempre con el fantasma del imperio, se mostró inexorable con la familia Tupac Amaru, queriendo alejar del Perú hasta los vástagos desaparecidos ya ó confundidos entre los indomables salvajes de Vilcabamba. Para cortar de raíz los peligrosos trastornos, ordenó el Rey, que se investigasen cuidadosamente sus más secretos orígenes. El oidor Mata Linares formó una voluminosa coleccion de documentos, que arrojan abundante luz, tanto sobre los hechos de la revolucion, como sobre la marcha general de la administracion en el Perú y Buenos-Aires. El virey Jáuregui manifestó

en breves términos, que las turbulencias no nacian de un sólo principio, sino de muchos, como el exceso de los repartimientos, las mitas, los obrages, las demasías de los diezmeros, las vejaciones de los cobradores fiscales, la infraccion de los privilegios concedidos á los indios, su dificultad suma de alcanzar justicia, la veneranda memoria de los Incas, y las esperanzas, que en la crédula muchedumbre habia despertado Tupac Amaru. En cuanto á la fiereza de los alzados, tan opuesta á la dulzura de carácter, que distingue á casi todos sus linajes, procedia del ódio concentrado á sus opresores, de la falta de cultura evangélica y de su antisocial aislamiento. Los que vivian en apartadas estancias ó en quebradas ignoradas, huian del trato casi siempre hostil de las otras razas, como huye la tímida vicuña del cazador sin misericordia; en el seno mismo de las poblaciones se aislaban los indios por el uso de un idioma diferente, por sus costumbres de otro tiempo y por las violencias y menosprecio de que eran objeto. Convertidos por la servidumbre en simples instrumentos de la fuerza bruta, no podian ménos de cumplir con ciega sumision los bárbaros designios de los que les ofrecian desagraviarles para convertirse en tiranos de la peor especie. La responsabilidad de sus mayores excesos recaia, en gran parte, sobre los que les habian reducido á condicion tan abyecta.

Sin embargo, todavía los que sólo juzgan por las

apariencias, los partidarios del rigor y los interesados en una explotacion inicua, condenaban á los indios á una perpétua servidumbre, considerándolos como una raza perezosa, incapaz de cultura, ingrata y llevada sólo por el mal tratamiento. Es la perpétua calumnia de todas las castas opresoras contra las razas oprimidas; las embrutecen con su tiránico yugo, y luégo las declaran indignas de la libertad por los vicios, que nunca dejará de inocular la irracional sujecion, que hace depender unos hombres de otros, como del espíritu depende la materia. ¡Perezosos los indios, á quienes se debia toda la cultura física del país; perezosos los que, ménos oprimidos en las ciudades, eran modelos del industrioso artesano; los que redoblaban sus tareas de dia y de noche, cuando les halagaba la esperanza de gozar el fruto de sus sudores! ¡Estúpidos los que, léjos del mundo civilizado, habian levantado la esplendente cultura de los Incas, y en el seno de la opresion se honraban con hermanos eminentes en la cátedra, en el púlpito y en el ejercicio de las profesiones que exigen más genio! No sobresalian, en verdad, por el reconocimiento de los beneficios, porque no podia estar muy dispuesto á sentir tan dulces vínculos su corazon, lacerado por las injurias ó escarnecido con engañosas promesas; pero fuera de la gratitud, que demostraban en la comunidad y en la familia, bastantes testimonios públicos se tenian de ella en las lágrimas y tierna

despedida con que honraban á los pocos corregidores que no les maltrataban, así como en el cariño filial á cuantos les favorecian con oficios paternales. Los inhumanos partidarios de malos tratamientos, no debian contar en adelante con una cobarde resignacion, que, segun es de temer, cuando las ofensas pasan todo límite, habia cedido su lugar á la más fiera venganza. Una de las más útiles lecciones de la historia es la que enseña á las castas dominantes á no abusar de su predominio y ser justos con los inferiores, cuando no por sentimientos de humanidad, por propia conveniencia. El Gobierno, si pensó ante todo en fortalecer su autoridad, no olvidó la represion de los abusos, extendiendo su accion protectora á todas partes con una organizacion administrativa mejor sistemada.

CAPÍTULO V.

DON AGUSTIN JÁUREGUI.

1780—1784.

Poco tiempo tuvo el virey Jáuregui para pensar en las reformas, habiendo estado ocupado constantemente en el restablecimiento y consolidacion del sosiego público y teniendo que entender al principio de su gobierno en la defensa del vireinato contra la invasion de los ingleses. Sin perder dias hubo de examinar el estado de las fuerzas, trató de com-

pletar las fortificaciones levantadas en el Callao por Superunda, Amat y Guirior; envió socorros á otros puertos, inclusos los de Chile, Guatemala y Méjico; reformó las milicias, que con ménos plazas representaron mayor fuerza efectiva; aprestó una escuadra de diez buques, seis pertenecientes á la marina real, y cuatro fletados al comercio, cuyo sostenimiento costó 2.317.391 pesos; convirtió la mal parada escuela de cadetes, en un cuerpo muy lucido, aunque de solos veinte y siete jóvenes; reforzó el regimiento del Callao junto con el cuerpo de artillería, y á la vez que armas y municiones, trató de arreglar cuarteles, los que se hicieron más necesarios por haberse enviado de la Península los regimientos de Soria y Extremadura, con 2.762 hombres. Para trasportar de Panamá esta fuerza con la mayor economía y ventaja, se propusieron varios proyectos y al fin se convino en hacerlo por contrata particular, al costo de 200 pesos por cada individuo. El Monarca pedia muchos datos militares y proponia medidas, que no tuvieron cumplida ejecucion en circunstancias tan apremiantes.

La accion del Gobierno se hallaba entorpecida, en parte, por la visita general, que complicaba la marcha administrativa con nuevos expedientes y aun con tribunales especiales; el carácter imperioso é intolerante de Areche acrecia los obstáculos, y aunque su sucesor D. Jorge Escobedo era de espíritu más conciliador, sus vastas atribuciones y la

deferencia que convenia guardarle, no dejaban de ser un embarazo para el Virey, de suyo poco dispuesto á ejercer la plenitud de su autoridad. Por más que deseára activar la administracion de justicia, se detenia á menudo ante los respetos que se merecia la Audiencia y ante la dificultad de encontrar en las provincias magistrados intachables; pues, de ordinario, los corregidores estaban impedidos por ser partes interesadas en los litigios. Aun sin este obstáculo, casi constante, la accion del poder público llegaba tan debilitada áun á lugares no muy lejanos, que en Huamalies apénas pudieron asegurarse á uno de los más influyentes propietarios sus derechos, desconocidos por poderosos mineros, que á falta de razones apelaban á tumultos. La policía se ejercia con más desembarazo en Lima y en sus cercanías, persiguiendo á los negros alzados y á otros salteadores, reprimiendo los desórdenes ordinarios en las peleas de gallos y adoptando algunas providencias contra el pernicioso juego, á que se entregaban todas las clases con menoscabo de fortunas y honras.

Las relaciones con el clero fueron, en general, fáciles. Los obispos allanaron los arreglos eclesiásticos, visitando, casi todos, sus vastas diócesis; los curas, intimidados por la revolucion, incurrieron en ménos excesos y fueron más considerados por la autoridad civil, á la que habian sostenido en las circunstancias más difíciles; pero las monjas, á las

que el Arzobispo queria hacer entrar en la vida comun nombrándoles ecónomos para la mejor administracion de las rentas, se mostraban muy reacias. Las de la Encarnacion, que estaban muy exaltadas contra el Prelado, exhalando su indignacion en recursos al Virey y á la Audiencia, pudieron tranquilizarse con buenos oficios. Las monjas de Santa Catalina del Cuzco, cuya alteracion era de mayor trascendencia fuera del claustro, no se serenaron hasta que una nueva eleccion de prelada quitó la causa principal de sus disgustos. Los frailes, si bien disminuidos en número é influencia, no se doblegaron al plan de sus reformadores, y áun á los agustinos fué muy difícil sujetarlos en el capítulo provincial á una eleccion en regla. Los doctores de la universidad de San Márcos perdian su tiempo y su crédito, disputando con calor por la continuacion y eleccion de sus rectores, miéntras el Virey se proponia mejorar la enseñanza, sustituyendo á la no desempeñada cátedra de quechuca la de filosofía moral, que abrazaria la ética, política y económica de Aristóteles, y á otras ménos útiles en artes, teología y jurisprudencia, las de física experimental, lugares teológicos y derecho natural ó público.

El Monarca encargaba siempre con mucho interes el restablecimiento y fomento de las misiones. En la que se referia á Otahiti, no se pudo pensar por falta de buques y de recursos pecuniarios. En

cuanto á las de la montaña, se reconoció, con dolor, que habian sido infructuosos los sacrificios hechos en Chanchamayo; no ofrecian, por entónces, despues de prolijos reconocimientos, esperanzas más lisonjeras las entradas proyectadas por el Mairo, y apénas se tenian ideas claras de lo que podria emprenderse con buen éxito por el lado de Huanta.

Sin aventurarse en la conversion de los salvajes, el celo apostólico hallaba ancho campo en la cultura evangélica de los indios reducidos. El digno Obispo de Trujillo se desvelaba por tan importante objeto, procurando reunir en poblaciones regulares y de fácil acceso los infelices dispersos en las breñas, adonde nunca llegaban la voz del doctrinero, ni el trato de las personas bien educadas. Jáuregui apoyaba con toda decision estas reducciones cristianas, doliéndose de no poder emprenderlas en la vasta escala que lo habia ejecutado el virey Toledo. En cuanto de sí pendia, favoreció á la maltratada raza, consumando la abolicion definitiva de los repartimientos y la extincion de los servicios personales todavía subsistentes en las islas de Chiloe, solicitando el buen tratamiento de los mitayos y la libertad de los que servian forzadamente con pretexto de deudas, facilitando á todos el desagravio de sus ofensas y rehabilitando su calumniado carácter.

La buena marcha de los correos, á que tan ligadas están la cultura de los pueblos y el movimien-

to administrativo, fué atendida con especial solicitud. El Rey pudo complacerse con que de esta acrecentada renta se le enviáran, en tiempos tan apurados, 350.000 pesos. Las temporalidades ofrecieron tambien á la Hacienda extraordinarios recursos, habiéndose elevado las entradas de este ramo á 831.441 pesos. Sin perjuicio de hacer á la córte una cuantiosa remesa, pudieron rescatarse con dichas entradas algunos censos, que gravaban las fincas, y se impusieron los sobrantes á réditos sobre las cajas reales y el estanco de tabacos.

Sin embargo, el enorme desfalco en los ingresos y los ingentes gastos, que trajo consigo la guerra, tuvieron al erario en continuos apuros y la deuda pública subió á más de diez millones de pesos. Cuando las rentas empezaban á desahogarse con el restablecimiento de la paz, y cuando pudiera entregarse el Virey á la realizacion de sus miras benéficas, fué reemplazado por D. Teodoro Croix, á quien el cielo reservaba inaugurar una era de apacibles reformas. Un repentino insulto arrebató en solos dos dias los de D. Agustin Jáuregui, y la relacion de su gobierno fué concluida por D. Tomas Jáuregui, que fué su heredero y ejecutor testamentario.

CAPÍTULO VI.

DON TEODORO DE CROIX.

1784—1788.

Las instrucciones de Cárlos III al caballero de Croix están léjos de recordar la reciente revolucion de Tupac Amaru; sólo mencionan, en términos generales, la proteccion debida á los indios, junto con otras providencias normales de la administracion colonial. Como todos los gobiernos, que unen las buenas intenciones á la conciencia de su poder, queria el Monarca ejercer y robustecer su autoridad con una política benéfica, de preferencia á las tiránicas arbitrariedades, tan gratas á los gobiernos débiles, los cuales se enflaquecen más cuando despliegan mayor rigor.

A los dos meses y medio de haber llegado el nuevo Virey, se plantificó por el Visitador general una modificacion de suma trascendencia en la organizacion administrativa, que estaba acordada por el Ministerio de Indias desde fines de 1782. Las provincias del vireinato, tan mal tratadas ántes por los corregidores, fueron reunidas en Intendencias, y éstas en Partidos, en el órden siguiente:

INTENDENCIAS.	PARTIDOS.
LIMA.	Cercado, Cañete, Ica, Yauyos, Huarochiri, Canta, Chancay, Santa.
TRUJILLO.	Cercado, Lambayeque, Piura, Cajamarca, Guamachuco, Pataz, Chachapoyas.
AREQUIPA.	Cercado, Camaná, Condesuyos, Collaguas, Moguegua, Arica, Tarapaca.
TARMA.	Tarma, Jauja, Huamalies, Cajatambo, Huailas, Conchucos, Huanuco, Panataguas.
HUANCAVELICA.	Huancavelica, Angaraes, Tayacaja, Castrovireina.
HUAMANGA.	Cercado, Anco, Huanta, Cangallo, Andaguailas, Lucanas, Parinacochas.
CUZCO.	Cercado, Abancay, Aimaraes, Chunvivilcas, Cotabambas, Calcaylares, Pazuro, Paucartambo, Tinta, Quispicanchis, Urubamba.
TOTALES. . . . 7	 52

A este cuadro oficial debe añadirse la subdelegacion de Chota ó Hualgayoc, cuya ereccion regular fué más tardía.

Cada uno de los partidos estaba gobernado por un subdelegado, bajo la dependencia del respectivo Intendente, quien regía el distrito con cierta independencia, y con la alta representacion de vicepatrono. Los intendentes debian sujetarse á un código especial y á instrucciones en que se atendia escrupulosamente á los intereses de la Corona, aumento de propios, mejoras locales, observancia de la justicia, conservacion de la paz, esplendor de la

religion y progreso general. Todavía se pretendió obligar á los indios á las compras forzadas, sea repartiendo efectos por cuenta del Erario, sea encargando el repartimiento al Consulado, á fin de remediar, al mismo tiempo, á la supuesta pereza invencible de los naturales y precaver las injustas exacciones; pero por fortuna de la humanidad y del sosiego público, no se llevó á cabo tan nociva pretension. Las grandes atribuciones de los nuevos magistrados suscitaron cierta rivalidad en las antiguas autoridades, de las que algunas desacreditaban el nuevo régimen y aconsejaban su abolicion. Sobre todo, los obispos, que estaban acostumbrados á dominar las provincias, exigiendo el homenaje de los corregidores y mezclándose en el nombramiento de todos los empleados, llevaron á mal las deferencias reclamadas y las cortapisas puestas á su predominio por los autorizados jefes temporales de toda ó gran parte de su diócesis. El de Guamanga, fogoso por temperamento, y sobreexcitado por los chismes de la localidad, no omitió nada que pudiera molestar al Intendente, marqués de Lara, que se hacia recomendar por su cuna, servicios y moderacion; quiso obligarle á anticipársele en las cortesías en los dias de besamanos; le negaba el ceremonial prescrito para el templo; trataba de nombrar alcaldes, ejercer jurisdiccion en las oficinas reales y cerrar todo acceso al poder civil en cuanto directa ó indirectamente tocára al clero; insultó á

los regidores, y dió de bofetadas y puñetazos á un escribano. Aunque por evitar tan enojosas contiendas pidió el Marqués su relevo, y no obteniéndolo, se retiró á Huanta; por acabar con él, le levantó el prelado el testimonio y pretendió procesarle, á causa de haber departido mulas por terceras personas. La calumnia se probó con vergüenza de sus mal aconsejados autores, y el Intendente, que hizo conocer su justificacion en el Consejo de Indias, obtuvo una plaza en el Tribunal mayor de Cuentas. Con más razon se quejaban del Intendente de Tarma el Arzobispo de Lima, y del de Arequipa su digno prelado. En virtud de sus representaciones, que otros hechos vinieron á corroborar, se pusieron ciertos límites al ceremonial y atribuciones de los vice-patronos, reservando al Virey las relaciones con la Iglesia en las materias delicadas y de gran importancia. Por lo demas, las intendencias fueron una mejora en el régimen colonial, haciendo sentir más y con mayor ventaja, en las provincias, la accion de autoridades superiores, y convirtiendo las respectivas capitales en otros tantos centros de cultura física y moral.

Para sus mejoras locales tuvo Lima un teniente de policía, que, nombrado por el Visitador, fué conservado por el Virey á causa de sus importantes servicios. El agraciado, que era D. José Egaña, se habia distinguido como alcalde de barrio, estableciendo de una manera económica la nomenclatura

de las calles y la numeracion de las casas, y en su nuevo cargo no dejó de vigilar por la limpieza, seguridad, extirpacion de vicios y ornato de la capital.

La ciudad estaba dividida en barrios y cuarteles; de la autoridad superior recibió ordenanzas para el teatro y gremio de panaderos, y esperó grandes aumentos para los propios, por habérsele adjudicado, despues de largos debates, el real, que los dueños de bodegas, en el Callao, pagaban á los navieros por fanega de trigo y zurron de sebo. Para precaver de incendios sus casas, en la mayor parte de madera y cañas, se prohibieron los fuegos artificiales, excepto en los dias de fiestas reales, por cumpleaños del Virey ó de los Infantes. Las pompas de los funerales se moderaron á fin de impedir la ruina de las familias. El interes comun de la poblacion y el particular de ciertos gremios hicieron desechar, despues de un ruidoso, cuanto largo proceso, el privilegio solicitado para una tenería de curtir y teñir pieles, lanas y cordobanes. La mejora del ramo de suertes prometió mayores entradas á la beneficencia y al Gobierno. La construccion de almacenes para la pólvora, léjos de la ciudad, precavió los riesgos de una explosion; la de un almacen de tabacos aumentó esta valiosa renta, y la de un cuartel en el colegio real de San Felipe, dió comodidades á la tropa. La fijacion de una recompensa de 35 pesos por los cimarrones aprehendidos en

el campo, y de 10 por los que lo fueran en la ciudad, sostuvo el celo de los agentes de policía, sin gravar demasiado á los propietarios. Despues de dictámenes y recursos contradictorios, se adoptó para el Callao la formacion de un muelle, que no estuviera, como los anteriores, en inmediato riesgo de inutilizarse por el material, que de contínuo acarrea la resaca.

Tanto en las mejoras locales, como en las medidas trascendentales á todo el vireinato, pudo Croix proceder en los últimos años con mayor desembarazo y decision, desde que, dándose por terminada la visita, regresó Escobedo á su plaza en el Consejo de Indias. Como Superintendente de Hacienda podia interponer su veto en cualquier proyecto, por cuanto todos afectaban á las rentas; y en calidad de Visitador general, todo podia entorpecerlo con sus observaciones y censuras, á las que la córte encargaba prestar la mayor consideracion. El buen Jáuregui sufrió mucho, y tal vez murió en consecuencia de las vehementes instancias con que Escobedo le forzó á perseguir á los indultados, atacando de engañosa la pacificacion, y por los disgustos, que él y Areche le suscitaron, con motivo de haber acordado el perdon de tributos. Escarmentado Croix, nada resolvió de grave por sí, ni se opuso nunca de frente á las miras de su influyente copartícipe en la administracion general: sólo obró de lleno, cuando no vió dividida, ni contrariada

su autoridad por el Visitador general, Superintendente de Hacienda.

La ereccion de una Audiencia en el Cuzco, hecha al terminar el reinado de Cárlos III, no creó obstáculos, sino que favoreció singularmente la marcha general de la administracion. Aquel tribunal era indispensable para administrar recta y pronta justicia á los partidos de una intendencia, que encierran la parte más numerosa de la poblacion indígena, y por lo tanto, la más necesitada de proteccion; devolvia algun esplendor á la antigua córte de los Incas; consultaba su seguridad; promovia la ilustracion del vecindario, y podia influir en el bienestar de sus habitantes. Agradeciendo tales beneficios, celebró la ciudad la inauguracion de la Audiencia en 3 de Noviembre de 1788 con funciones de iglesia, toros y otras mil muestras de júbilo, de que el entendido D. Ignacio Castro nos ha dejado impresa una brillante relacion.

Otras capitales de Intendencia obtuvieron ó solicitaron algun adelanto en sus honores é intereses. Tarma, declarada villa, logró el establecimiento de un cabildo; Guamanga, Arequipa y Huancavelica, útiles aplicaciones de las temporalidades; Trujillo, que se consideraba decaida por los terremotos, falta de negros é introduccion de azúcar, si no recibió grande apoyo del poder civil, debió mucho á su ilustrado y filantrópico obispo; el tráfico por el litoral de su intendencia fué favorecido con la cons-

truccion de un puente de madera en el rio de Jequetepeque, que por sus dimensiones y por las circunstancias de su fábrica probaba lo mucho que el país podia esperar de la iniciativa local. Dicho puente, que en la estacion de las lluvias libertaba de grandes riesgos á pasajeros y cargas, tuvo 76 varas de largo, 6 de ancho y 11 de alto en el medio, disminuyendo de elevacion hácia los extremos, fué de 13 ojos, y sólo costó 1.200 pesos, suplidos por la caja de comunidad y reintegrados por los hacendados. Este prodigio de economia sólo pudo realizarse por los esfuerzos combinados y generosos del subdelegado de la provincia, del cura de Pueblo Nuevo y de los habitantes de la cercanía. Una obra de otro género, pero no ménos recomendable, fué la casa fundada por el vecindario de Ica, para ejercicios espirituales, educacion de niñas expósitas y curacion de mujeres pobres.

En beneficio de muchas provincias interiores, se proyectó la ereccion de los obispados de Puno y Huanuco, que no ha sido realizada sino á pocos años há. El de Puno no podia ménos de ser aplazado, porque esa intendencia estaba por entónces incorporada al vireinato de Buenos Aires, y en lo espiritual dependia en parte del obispado del Cuzco y en parte del de La Paz. El de Huanuco se difirió por no menoscabar la influencia y las rentas del Arzobispo de Lima, que, segun se dijo, atendia bien á las provincias más distantes, por sus vicarios y

visitadores. El Sr. La Reguera, que á la sazon ocupaba esta sede, visitó por sí mismo, no obstante sus achaques y años, la diócesis; se esforzó por la observancia de la disciplina eclesiástica, é hizo separar por concordia á tres curas incorregibles, que escandalizaban á sus feligreses con toda suerte de desórdenes. Las grandes glorias del obispado peruano eran en aquel tiempo D. Jaime Baltasar Martinez Compañon, prelado de Trujillo, y el de Arequipa, D. Pedro José Cháves de la Rosa. El primero no sólo puso en pié brillante el seminario conciliar, sino que trató de establecer un colegio en Huamachuco y dos escuelas en Cajamarca; redujo á poblaciones cómodas las gentes dispersas en sitios poco accesibles; propuso la mejor division de doctrinas; abrió caminos y enseñó buenas prácticas agrícolas; elevado por sus méritos al arzobispado de Santa Fe, dejó en Trujillo un vacío irreparable. El segundo no es recordado con ménos veneracion y gratitud en Arequipa, á la que, entre otras mejoras importantes, dotó de una casa de huérfanos, de donde han salido hombres ilustres, y de un bien organizado seminario, que por su avanzada enseñanza principió á hacer brillar el privilegiado talento de los arequipeños.

En Lima estaba dando la instruccion pasos gigantescos. El colegio de San Cárlos, sacado de la tutela de los canónigos, que necesitaban descuidar las cátedras para asistir al coro, tuvo un rector

inapreciable en el chachapoyano D. Toribio Rodriguez de Mendoza, quien procuró levantar los estudios á la altura del siglo, no desmereciendo los de Lima de los mejor sistemados en la Península bajo un gobierno reformador. Los peruanos estaban luciendo allí y en América la claridad y extension de sus talentos. El Cuzco se ilustraba con las lecciones y direccion del tacneño D. Ignacio Castro, que á una vastísima instruccion unia un estilo correcto y elegante. Don Hipólito Unanue, doctísimo médico y gran literato, iba á ser el oráculo de los vireyes, miéntras llegaba el dia de servir con inteligencia en la administracion independiente. La escuela de medicina de Mompeller admiró la instruccion de Dávalos, quien, á causa de su color, no habia conseguido ser graduado en la universidad de Lima. La córte habia admirado las brillantes dotes de don Pablo Olavide, quien, despues de haberse distinguido en la sociedad, las letras, el gobierno de Sevilla y la colonizacion de Sierra-Morena, expió sus opiniones religiosas con las penosas mortificaciones, impuestas por el Santo Oficio, y de una manera gloriosa, publicando su elocuente *Evangelio en triunfo* y su traduccion de los salmos. Aunque el Ministerio trabajára con celo por la propagacion de las luces, veia con inquietud la difusion de ideas hostiles á la religion y al poder absoluto, recelando, sobre todo la peligrosa excitacion, que pudieran provocar en sus adormecidas colonias. Con ese re-

celo ordenó recoger la *Enciclopedia*, el *Belisario* de Marmontel, las obras de Montesquieu, Rainal, Maquiavelo y demas libros prohibidos, reprender con prudencia á los que los hubieran leido, y no permitir publicacion alguna sin superior licencia. Así lo hizo el Virey, previniendo á la Universidad, que áun sus panegíricos, certámenes y discursos latinos de apertura quedaban sujetos á la aprobacion prévia, y nombrando una comision para que examinase las obras llegadas á la aduana. ¡Trabas tan pueriles, para contener el movimiento de las ideas, como las piedrezuelas con que se intentára detener el curso de las aguas al precipitarse espumosas de las cumbres andinas!

La instruccion, secularizada ya en mucha parte, no podia sujetarse al estrecho sendero por donde la habian encarrilado los expulsados jesuitas y los todavía subsistentes frailes. Éstos, sin embargo de contar en sus claustros hombres de mérito, como el elocuente Calatayud entre los dominicos, el erudito franciscano Tena, el agustino Risco, el agonizante Celis y otros, no ejercian poderoso ascendiente sobre la ilustracion del siglo, ya porque su instituto estaba poco acorde con el espíritu filosófico dominante, ya porque frecuentes desórdenes de conducta hicieran perder mucho prestigio á sus mejores doctrinas. La reforma de los visitadores habia terminado, no sólo sin dejar huellas duraderas de una vida más arreglada á las constituciones mo-

náuticas, sino con escándalos más ó ménos pasajeros y discordias de cierta magnitud. Las mismas monjas, dependientes de algunas órdenes, como las clarisas de Trujillo, quisieron sacudir su yugo, presentándolo como desmoralizador y ruinoso. Hasta los misioneros de Ocopa dieron mucho que hablar por una violenta eleccion de guardian, que con el apoyo del Intendente de Tarma se logró hacer al fin en el distinguido padre Sobreviela. Animado éste del más puro é ilustrado celo por la conversion de los infieles, propuso asegurar su reduccion con una marcha prudente y gradual, avanzándose al interior de las selvas con colonias agrícolas, sin desdeñar el apoyo de los curas y gobernadores de la frontera. No tuvo lugar la solicitada traslacion del colegio de misioneros á la ciudad de Guanuco, ni tampoco se construyó el proyectado fuerte en la confluencia del Pozuzo y del Mairo, que debia servir de base para bajar sin riesgo por el Pachitea, y luego abrir comunicacion con Europa por el Ucayali y Amazonas. Sin embargo, no tardaron en reducirse algunos salvajes por aquellas montañas.

La religion esperaba mucho, y la agricultura no ganó poco con la repoblacion del valle de Victor á fines de 1788. Apoyado en la inmediata serranía, está aquel pintoresco valle ménos expuesto á la invasion de los chunchos; su clima, purificado por los aires de la cordillera oriental, no es tan enfermizo como el de los lugares sepultados en la espesa

y baja montaña; sus vistas, que pueden extenderse á ilimitados horizontes de verdura, ensanchan el alma, que allí sueña con placer florecientes estados, y su fertilidad no es inferior á la exuberancia vital de los más lujosos bosques intertropicales. La naturaleza le ha prodigado todos sus encantos con los juegos de aguas, accidentes del terreno, maravillas de la vegetacion y armonías ó formas primorosas de las aves. Los vecinos de Tarma y Acobamba, que por la tradicion, cuando no por aventuradas entradas, conocian tales ventajas, solicitaron del Virey la nueva colonizacion á sus expensas propias, y á los pocos meses obtuvieron pingües cosechas, un fuerte para la guarnicion, la iglesia de los misioneros y el pueblo de Colla, con las indispensables rancherías y campos en cultivo. Sesenta y seis años despues hemos tenido el placer de ver lozanas las cañas de azúcar, que por aquel tiempo se plantaron, y transitables los caminos, que algo más tarde se entablaron con las maderas de la selva vírgen.

Los valiosos productos de la montaña se iban conociendo más y más, no sólo por el cultivo de su ceja y por las relaciones de los misioneros, sino por haber terminado sus exploraciones los hábiles botánicos Pabon y Ruiz. Sufrieron, en verdad, en el término de su excursion científica, el más doloroso contraste. El imprudente roce de un campo en la hacienda de Macora, hizo arder la casa en que te-

nian sus útiles, sus dibujos, su herbario y sus apuntaciones. Segun su expresiva confesion, ante aquel estrago de las llamas, quedaron como el desgraciado que, herido del rayo, vive y está sin el sentimiento de su vida. Desde luégo procuraron salvar su responsabilidad ante el Soberano, acreditando el accidente de que habian sido víctimas, y habiendo rehecho despues sus recuerdos y labores, nos han legado en la *Flora peruana* preciosas descripciones de bellísimas, cuanto variadas ó utilísimas plantas.

El Ministerio queria tambien dar á conocer las riquezas minerales, para lo que pidió muestras de todos los del vireinato; se le negaron, alegando el costo que su coleccion y trasporte acarrearian al erario; pero la causa más poderosa de esta negativa era el escaso conocimiento de la materia. Donde tan rico y variado se ostenta el reino mineral, apénas se fijaba la atencion, sino en el oro, plata y azogue. Por entónces se dirigió pasajeramente al cobalto y se ocupó de contínuo en el descubrimiento, muchas veces anunciado y otras tantas frustrado, de minas, que pudieran reemplazar á la de Huancavelica. En ésta ocurrió un gran hundimiento, sobre cuya causa y magnitud se tuvo engañado al Gobierno durante muchos meses. Se decia, y áun se comprobaba con numerosos testigos, que el derrumbe, simple efecto de un terremoto, sólo habia destruido algunas vetas, tan ruinosas como inútiles, y que léjos de lamentarse, debia ser mirado

como un favor del cielo, que por ese medio habia facilitado labores más ricas. Despues se puso fuera de duda, que la ruina era de tanta extension como perjuicios, y habia sido causada por haber buscado el metal en los puentes, estribos y otras partes vedadas. Averiguóse tambien, que en los últimos años se habia defraudado á la Hacienda de todos modos, ascendiendo los quebrantos fiscales á más de 600.000 pesos. Los encausados por tan graves faltas las expiaron con una larga prision, miéntras todo el mundo lamentaba la suma decadencia de Huancavelica, cuando el Gobierno queria dar á la minería del Perú el impulso, que hacia florecer la de Méjico. Se proyectaba al mismo tiempo un colegio metalúrgico, un banco de rescate y un tribunal, que fuese para los mineros lo que era el Consulado para los comerciantes. El tribunal de minería se estableció con las convenientes subdelegaciones. Para su sostenimiento y creacion del banco cedió el Rey un real de señoreaje en cada marco de plata.

El comercio seguia prosperando por consecuencia de la paz y de la disminucion de trabas. La importacion de España al Perú ascendió, en el quinquenio de 1784 á 1789, á 42.099.313 pesos, 6 $^{5}/_{8}$ reales, y la exportacion del vireinato á la península, á 35.979.339 pesos, 6 $^{7}/_{8}$ rs. Para dar mayor seguridad al tráfico del Pacífico, donde por impericia acaecian algunos naufragios, se dispuso que los buques navegasen con pilotos examinados y matriculados.

Dos incidentes, por entónces, de escasa importancia, pero que anunciaban una revolucion en el órden político y económico, excitaron alarmas, ya en los pueblos litorales, ya en la autoridad superior. Viéronse algunos buques ingleses empleados en la pesca de la ballena, que parecieron sospechosos, no estando bien firme la paz entre España é Inglaterra; pero procuraron alejar todo temor, revelando su destino, que estaba permitido por un tratado reciente. El Gobernador de la isla de Juan Fernandez dió buena acogida á una fragata bostonesa, que llegó averiada de sus exploraciones en la América Septentrional. Esa conducta humanitaria fué vivamente censurada como una infraccion de las leyes, que prohibian la comunicacion con extranjeros. Mayor habria sido el disgusto de la autoridad colonial si hubiera podido prever, que el nombre de *Colombia* dado á aquella fragata, y el de *Washington*, aplicado á un paquebot, que la acompañaba, eran el anuncio cierto de la América española emancipada por otros libertadores.

La próspera marcha del comercio, el estado regular de las minas, las reformas hechas por los visitadores, y las economías, que á favor de la paz se iban realizando, mejoraron mucho el estado de la Hacienda. En el año de 1788 subieron las rentas á 4.664.895 pesos, 7 rs., siendo las principales partidas:

	Pesos.	Reales.
Cobos y diezmos en barras de plata. . .	358.596	1/2
Tributos.	869.982	4 1/2
Cruzada.	110.297	5
Azogue de Huancavelica.	135.512	3
Casa de moneda..	345.100	2 1/2
Almojarifazgos.	776.163	3
Alcabalas..	148.076	3 1/2
Impuesto sobre el aguardiente.	148.076	3 1/2
Azogue de Almaden.	109.694	1/2
Renta de tabacos.	790.489	7 1/2
Depósitos..	167.350	6

Los gastos montaron 4.638.937 pesos, 6 1/2 reales, en esta forma:

Guerra..	1.897.731	1
Ramos particulares.	699.065	1/2
Ramos ajenos.	350.750	1 1/2
Las demas atenciones..	1.691.391	3 1/2

La deuda, que habia subido á más de 11 millones, descendió en dicho año á poco más de diez y medio. Algunas rebajas más se prometia el Gobierno por haber prohibido la reunion de dos sueldos en un mismo individuo, y haber sistemado mejor la contabilidad con la introduccion de la partida doble, la que no dejó de encontrar ruda oposicion en antiguos empleados.

La continuacion de la paz anunciaba mayores economías. En el presupuesto militar se hicieron de alguna importancia, reduciendo la guardia del Virey de 202 plazas á solas 70, suprimiendo asambleas y confiando á la fuerza veterana las guarni-

ciones del Cuzco y Tarma. Disueltos los batallones de Soria y Extremadura, de los que algunos oficiales regresaron á la península, y en mayor número se casaron en el Perú, lo mismo que muchos sargentos y cabos, se organizó el regimiento Real de Lima con tres batallones.

Tocante á la guerra apénas ocurrió otra cosa más, que merezca referirse, fuera de la prohibicion de introducir armas para el expendio, y la reclamacion de los nobles del Cuzco para sacar el estandarte acostumbrado en la fiesta de Santiago; pretension, que fué desatendida, á fin de no suscitar peligrosos recuerdos de la dinastía de los Incas.

Cuanto pudiera afectar al respeto del Rey, era castigado, como si se injuriára al Soberano de los cielos. Un pobre gallego, que habia venido en clase de soldado, y ejercido despues los poco lucrativos oficios de mercachifle y corredor de muebles, cargado de familia, necesidades y años, se acordó, que era hijo natural de un hermano del Cardenal Patriarca, Presidente del Consejo de Castilla, y para explotar la beneficencia de los ricos fingió recibir cartas del Rey y otros encumbrados personajes, que hacia contestar por un religioso de la Merced. La superchería no podia ser más grosera, por el estilo chabacano de su correspondencia; sin embargo, engañó ó movió á ciertas personas notables, que le dieron pequeñas limosnas. Descubierta la impostura, que el reo pensó no confesar, fingiéndose mudo

por un súbito ataque, y hubo de declarar luégo que fué amenazado con el tormento, se consideró como un crímen de Estado, y sólo por circunstancias atenuantes, salió condenado el pobre hombre á diez años de presidio, y su cómplice á ser embarcado para España, en partida de registro, á las órdenes de S. M.

Cárlos III murió dos años despues, á fines de 1788, llevándose á la tumba las glorias de su dinastía, la honra de palacio, el prestigio de la monarquía y la grandeza del Estado.

José Manuel de Frias de Arica y Peru
Soi Propio Dueño de Este Libro

LIBRO IV.

REINADO DE CÁRLOS IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

DON TEODORO DE CROIX.

1788 — 1790.

La rápida decadencia de España, bajo el indigno sucesor de Cárlos III, puso de manifiesto lo mucho que arriesgan y pierden los pueblos abdicando su personalidad y dejándose conducir ciegamente por reyes absolutos. A un buen monarca sucede otro malo ó incapaz, y no tarda en venir al suelo, con espantosa facilidad, la brillante obra de una administracion benéfica, por no tener bases sólidas en las ideas, sentimientos y energía de la nacion. El reinado de Cárlos IV, tras las efímeras esperanzas, que inspiraron, ya los dignos consejeros de su padre, ya el ministerio de Jovellanos, y salvo algunos adelantos extraños á la política, ofrece de contínuo los desengaños más amargos: un soberano nulo, una reina sin pudor y un favorito sin prevision, ni conciencia; la corrupcion en el poder y el abatimiento en los vasallos; guerras sin conveniencia y paces sin honor con Francia é Inglaterra; quebrantos por doquier, y el pueblo de Cárlos V

puesto á los piés de Napoleon. Á producir tan gran ruina contribuian al mismo tiempo el desquiciamiento general del Gobierno y las violentas sacudidas que la revolucion francesa de 1789 estaba dando á las sociedades y á los tronos.

El progreso del Perú no se detuvo por la decadencia de la monarquía. El profundo antagonismo, que una administracion mal sistemada y la naturaleza misma de las cosas establecian entre el vireinato y la metrópoli, hacia muchas veces, que los males de ésta redundasen en beneficio de los colonos: la guerra europea, que la afligia con todas sus calamidades, relajó los perniciosos lazos del monopolio colonial; la debilidad de su gobierno dejó germinar, á pesar suyo, en posesiones regidas con poca justicia, ó sin acierto, las ideas del derecho á constituirse, segun la propia conciencia; y la súbita caida del Monarca ofreció á toda la América española la ocasion más propicia para levantarse simultáneamente en los lugares más apartados, como movida por un impulso providencial, proclamando su independencia. El movimiento vivificador iniciado por Fernando VI y gloriosamente continuado por Cárlos III, habia de seguir, no obstante el retroceso de España, en colonias, que sólo necesitaban salir del letargo para progresar por sí mismas, y cuyos adelantos eran poderosamente favorecidos por la extraordinaria rapidez con que avanzaba la civilizacion del mundo.

En poco más de un año, que bajo el nuevo soberano continuó de virey el caballero de Croix, nada vino á turbar, ni á modificar profundamente la sosegada marcha del Perú; hubo el mismo órden en la Hacienda, el mismo desarrollo en el comercio; la minería con igual fomento y con no realizadas esperanzas de beneficios mucho más económicos; la agricultura estacionaria; la instruccion mejor dirigida por un clero bien intencionado; la conversion de los salvajes sobreexcitando la confianza de los misioneros; apacibles relaciones entre el poder temporal y eclesiástico; paz no alterada ni entre los súbditos, ni con los extranjeros.

CAPÍTULO II.

DON FREY FRANCISCO GIL DE TABOADA Y LÉMOS.

1790—1796.

El gobierno colonial tuvo su edad dorada bajo el ilustrado virey Gil, en tanto que los de Europa vivian entre catástrofes y sobresaltos, desencadenadas ya las pasiones revolucionarias, cubierta la Francia de sangre y de horrores, contristadas las conciencias del mundo católico y amenazadas las naciones de una conflagracion universal. En tan deshecha tormenta no pensaban los reyes de España en oprimir á la América, tan débilmente adherida á su corona, sino en alhagarla con lisonjeras

concesiones, proyectando entre otras el establecimiento de un colegio de nobles en Granada, adonde enviáran sus hijos las primeras familias del Nuevo-Mundo, permitiendo, en beneficio de la agricultura, la libre introduccion de negros y promoviendo el cultivo del lino y del cáñamo. El Virey del Perú, secundando los deseos del Soberano, que estaban de acuerdo con sus propias inspiraciones, se esforzó de contínuo por hacer suave el yugo colonial; y siguiendo la máxima más evidente de la política, para gobernar con acierto se aplicó desde luégo á conocer el reino, que, poco estudiado por la mayoría de sus antecesores en el mando, hubo de sufrir á menudo los tristes resultados de mal aconsejadas providencias.

Estando á los datos recogidos por el Virey, despues de las desmembraciones sufridas por la ereccion de los vireinatos de Santa Fe y de Buenos-Aires, el del Perú comprendia, en sus siete intendencias, 33.628 $^1/_2$ leguas geográficas cuadradas. En esta evaluacion, que por las bases vagas tomadas para el cálculo, sólo podia considerarse como aproximada, no estaban incluidas vastísimas regiones de la montaña, y mucho ménos los territorios agregados al Perú por cédulas posteriores. Es, por lo tanto, sorprendente, que escritores nacionales y extranjeros la hayan aplicado á la república, cuya extension superficial es tres veces mayor.

Segun el estado formado en aquel tiempo, la po-

blacion estaba reducida á 1.070.122 almas, entre ellas 608.894 indios, 244.436 mestizos, 135.755 españoles, 41.256 castas libres y 40.336 esclavos. El Virey creia, que los habitantes pasaban de 1.300.000; las nuevas matriculas revelaban mayor número del fijado á los indios; y seguramente era necesario, si no doblar, aumentar los datos oficiales en unos dos tercios; porque todo propendia á ocultar mucha parte de los habitantes; el interes, el recelo de gravámenes, la instintiva oposicion al censo y la dificultad de formarlo. Se contaban 10 ciudades, 12 villas, 481 doctrinas, 963 pueblos.

El censo de Lima, que si harto más fácil de formarse, estaba léjos de ser exacto, sólo daba á la capital del vireinato 52.627 personas dentro de sus muros, siendo las 17.215 españoles, 8.960 negros, 3.219 indios, y el resto mestizos, mulatos y otras castas; en las dependencias de la ciudad hasta la distancia de cinco leguas se contaban 10.283 almas, abundando más los indios y negros, que las otras razas. Considerando los medios de subsistencia, sólo los tenian asegurados unos 19.000 individuos, que vivian de sus fincas, sueldos ó profesiones. La gran masa de la poblacion, falta de rentas y de industria, se sostenia á expensas de la caridad ó de malas artes; situacion sumamente peligrosa, si la beneficencia no se hubiera ejercido de una manera espléndida y no fuera tan apacible el carácter de los indigentes. Como la miseria nunca llegaba á

ser extrema y las pasiones pocas veces arrastraban al crímen; pasaban la vida sin inquietud pobres y ricos; pero la ciudad de los Reyes no podia engrandecerse conforme á sus favorables circunstancias; porque ni la inmigracion anual de unas 1.500 personas, ni la formacion de familias estables llenaban las bajas producidas por la muerte, que, especialmente en los recien nacidos y expósitos, alcanzaba cifras espantosas. El cáncer de la ociosidad corroia al mismo tiempo la poblacion y las costumbres. Muchas mujeres, venidas de Ica y Piura, ó criadas en buenas familias lograban en el matrimonio la suerte merecida por su virtud y su belleza; pero eran no pocas las arrastradas á la perdicion por la falta de honrada subsistencia y por las corruptoras exigencias del lujo. No abundaban las personas, que pudieran sostener los dispendios impuestos por la moda; y sin embargo, se presentaban en los paseos más de 1.400 coches ó calesas, y las galas más costosas eran arrastradas por jóvenes, que no tenian conocidas rentas. De aquí en ciertas clases las faltas representadas con excesiva viveza y exageracion por el satírico Terralla; de aquí la gran dificultad de contraer ó sostener sin escándalo los lazos conyugales, y de aquí muchas vocaciones bastardas por la Iglesia ó por el claustro.

El Virey procuraba evitar los excesos por los medios á su alcance; el teniente de policía, los alcaldes de barrio y las rondas precavian los delitos

ó perseguian á los delincuentes; los cementerios de las iglesias tuvieron puertas, que se cerraban de noche para no ser teatro de impíos desórdenes; el alumbrado nocturno prevenia otros crímenes; órdenes severas extirparon los bailes obscenos introducidos en las chicherias y en otras casas; el juego de pelota fué extinguido á causa de sus abusos, y hasta en los títeres y escuelas de danza se introdujo una provechosa vigilancia. Mas para no ejercer á nombre de la moral una tiranía insoportable, se prohibió formar procesos por causas livianas, y el teniente de policía fué obligado á visitar las cárceles, todos los sábados, en proteccion de los presos detenidos por demasiado tiempo ó sin justa causa. Las ordenanzas de la hermandad de cárceles regularizaban los socorros, que la caridad podia suministrarles.

Todos los ramos de policía eran servidos, si no siempre con buen éxito, al ménos con sanas intenciones. La limpieza se facilitaba con la introduccion de carretas y el trabajo de los presos: mejoraba y adelantaba el empedrado; se precavian los riesgos alejando los depósitos de pólvora y comprando bombas de incendio; se consultaba con poco acuerdo la ventaja de los vecinos, persiguiendo á los regatones y fijando precio á ciertas mercancías; se derribaban paredes ruinosas y se hacian reparos importantes en la aduana, dependencias de palacio y torres de la catedral. El espinoso ar-

reglo de las cofradías se consiguió sin grandes murmuraciones, aplicando anualmente á entierros de los cofrades y lutos de sus familias unos 150.000 pesos, malversados ántes por los cobradores, y empleando en el culto otras rentas. Gracias á su justa distribucion, pudo concluirse una custodia, que valia 70.000 pesos, y se erigieron bellos altares al Santo Cristo de Búrgos y á otras muy veneradas imágenes. Los hospitales recibieron tambien apreciables mejoras, extinguiéndose el de Bellavista, cuyos gastos superaban en mucho á las ventajas. El Cabildo, que estaba dignamente representado por la primera nobleza, se mostró plenamente satisfecho de un virey á quien siempre se habia dirigido con confianza, al representarle lo más oportuno y conveniente al beneficio público. Las rentas de la ciudad ascendian anualmente á cerca de 37.000 pesos, sus gastos fijos á poco más de 21.000, no alcanzando el resto á las atenciones extraordinarias del servicio público, y yendo, por lo tanto, en aumento la deuda del municipio.

D. Francisco Gil se hizo acreedor á un agradecimiento más extenso y duradero por la generosa proteccion dispensada á la instruccion científica y á las publicaciones literarias. En favor de la medicina se estableció, en el hospital de San Andres, el anfiteatro anatómico, que, proyectado bajo el Conde de Superunda y construido por Croix, carecia de asignacion segura para el Disector y el Cate-

drático de Anatomía. La marina nacional tuvo su enseñanza científica en la escuela náutica, de la que salieron aventajados discípulos. El colegio de San Cárlos presentó, ya en sus lecciones, ya en sus tésis, doctrinas tan prácticas como avanzadas, contando, entre sus alumnos, á hombres, que en el Perú independiente debian ocupar con brillo las posiciones más encumbradas. El sabio Unanue publicó, en 1793, la *Guía eclesiástica, política y militar*, precioso manual de utilísimos datos, costeándose la edicion con 1.000 pesos, que pagaba el erario por 250 ejemplares, y cediendo las ganancias en beneficio de los huérfanos. La prensa periódica, casi muda hasta entónces, tuvo algunos órganos que, junto con noticias interesantes, propagaban ideas de suma importancia; la *Gaceta de Lima* satisfacia la curiosidad pública, vivamente sobreexcitada por los grandes sucesos de Europa; y el *Mercurio peruano*, redactado por una sociedad de amigos del país, con la especial colaboracion de Unanue, Castro y otros talentos de primer órden, presentaba en hermoso lenguaje hechos y apreciaciones inestimables sobre la estadística, geografía é historia nacional, á más de otras curiosidades de actualidad; por lo que mereció la aprobacion del Soberano y los elogios de los sabios extranjeros. Desgraciadamente su reducida venta no permitió concluir la publicacion del duodécimo volúmen. La ilustracion y crédito del Perú ganaban mucho

con la publicacion de su flora, á la que contribuyó erogando voluntariamente más de 17.000 pesos.

Miéntras los periódicos hacian penetrar, en los pueblos de provincia, ménos en contacto con el mundo civilizado, el conocimiento de hechos muy importantes, se esforzaban los Intendentes por extirpar abusos seculares y desterrar funestas rutinas. Todavía tuvieron que reprimir algun repartimiento forzado, que la inicua ó inconsiderada explotacion defendia, alegando la pereza de los indios y el reducido sueldo de los delegados. En verdad, los naturales criados en la miseria parecian insensibles á los goces de la vida civilizada, contentos con una subsistencia escasísima, vestidos groseros y chozas tan sucias como incómodas; pero no era arrancándoles violentamente el fruto de sus sudores con ventas forzadas, como podria inspirarles la aficion á una existencia más culta, sino dejándoles sentir y aspirar libremente á sus comodidades. Así es como adelantó siempre la cultura de los pueblos, y así adelantaban y prosperaban al nivel de otros vecinos, los indígenas establecidos en Lima. En cuanto á la condicion de los subdelegados, quiso mejorarla el Soberano asignándoles el sueldo competente, y ordenando, que fuesen elegidos por el Virey á propuesta en terna del respectivo Intendente, sin que pasado el quinquenio pudieran seguir en su puesto sin real consentimiento, ni ser separados ántes sin causa justificada. Las

capitales de intendencia adelantaban con la accion sostenida de sus jefes, y las demas poblaciones del distrito con su visita anual; algunos procuraron mejorar las vias de comunicacion, habiéndose construido con tal objeto el puente de Santa; otros señalaban la necesidad de escuelas primarias; Álvarez, intendente de Arequipa, nos ha dejado una relacion muy importante; el intendente de Tarma protegia la apertura de un camino á la montaña por el lado de Huamalies; empresa, que, no obstante la oposicion de los misioneros, ejecutaba con tanta abnegacion, como constancia D. Juan Bezares en beneficio de la religion y del Estado.

La conversion de los salvajes excitaba el más alto interes y las mayores esperanzas. El P. Sobreviela movia todos los resortes desde el colegio de Ocopa; el P. Girval remontando el Ucayali, y visitando las Pampas del Sacramento, sobrepujaba en sus correrías apostólicas á los antiguos misioneros; don Francisco Requena, gobernador de Mainas, suministraba datos y auxilios; el *Mercurio peruano* dirigia la atencion pública á la vastísima region, que, rebosando vida y llena de misterios, deja muy atras á las más admirables ficciones de la fantasía. La fe buscaba allí almas para el cielo; la ciencia, preciosos descubrimientos; la poesía, inspiraciones; la codicia, riquezas sin cuento. Siempre eran objetos de asombro el Amazonas, que parece un mar en movimiento; la maravillosa red de caudalosos rios

que le tributan sus aguas; las lluvias torrenciales, que en pocos instantes inundan los llanos y las colinas; las tempestades, que rugen en la espesura y la destrozan con sus rayos; los dias anublados de súbito como la noche más tenebrosa; la claridad, que por la noche derraman en el bosque las lucientes cucuyas; las espesas nubes de importunos mosquitos y de brillantes mariposas; aves de dulcísimo canto, delicados matices ó extraordinarias formas; las culebras, que tienen cuatro varas de grueso sobre cuarenta de largo; otros mónstruos del rio ó del bosque; los colosos de la vegetacion; el espléndido ramaje formando las más vistosas decoraciones sobre un suelo desprovisto de piedras; y, sobre todo, la azarosa existencia de los salvajes. En el seno de la abundancia estaban expuestos á las más duras privaciones, cuando se enturbiaban los rios bien provistos de pesca y se inundaba la selva, que ofrece grato sustento en sus plantas y en la caza; el exceso de vida, que los rodea, les exponia á respirar un aire mortífero; postrábalos la intemperancia; exterminábalos la guerra, y pocos arribaban sanos y salvos á la edad de cincuenta años. Estaban llenos de supersticiones, careciendo de ideas religiosas; poco dulces en sus afectos, llevaban con el mayor placer al banquete comun sus comidas y provisiones; perezosos é inconstantes, desplegaban tanta actividad, como decision para las correrías belicosas ó apacibles; en el seno de la rudeza mostra-

ban mucha habilidad para las artes indispensables á su género de vida; tribus muy vecinas contrastaban entre sí por sus odios, lenguaje y costumbres, y se descubrian grandes afinidades entre las que apénas podian conocerse. El indio omagua era muy dado á la navegacion, y recorria largas distancias en grandes embarcaciones, miéntras su mujer se complacia en jugar con lindos monitos; el feroz casibo, aficionado á la carne humana, traia en las flechas el pelo de sus víctimas; el capanagua devoraba á sus parientes difuntos, creyendo honrarlos, y vivia en largas casas comunes á muchas familias; el carapacho, que por la blancura de su tez y poblada barba anunciaba un orígen caucasiano, imitaba en su guturacion el ladrido de los perros y hablaba estrepitosamente, dándose manotadas en los muslos; el yagua desconocia el pudor y no respetaba los impedimentos de la sangre; el sipivo, buen conocedor del estado atmosférico, se preciaba de agorero; el amahuaca, en perpétua guerra con las demas tribus del Ucayali, no permitia cerca de sí á ningun extranjero; el enaguare, verdadero galgo de la especie humana, colgaba á su cuello, por gala, los corazones de sus víctimas, despues de haberse regalado con la carne; las supuestas amazonas del Napo guardaban sus rancherías en ausencia de sus maridos; los iquitos sobresalian en la composicion de una chicha, que producia delirios agradables; los camu-

chiros eran conocidos por su destreza en el uso de la flecha y de la cerbatana, y los junis del Putumayo, por la confeccion de fortísimos venenos.

Cuando no por el interes de la curiosidad, pocos colonos dejaban de desear el feliz éxito de las expediciones dirigidas á la montaña, que prometia inapreciables ventajas de todo género. El P. Girval, que ya tenía adelantada la obra de la conversion entre los panos, sipivos, campas y piros, se propuso extenderla y darle seguridad con una entrada al Mairo, á que coadyuvaron las autoridades y poblaciones fronterizas. Pero de 500 hombres, que llevaba consigo, los cristianos viejos le dejaron, viendo perecer uno de los expedicionarios en la primera emboscada de los salvajes, y los neófitos se desbandaron ante un alevoso ataque de los casivos. El progreso de las misiones quedó aplazado por tan sencillos contrastes, y así habia de suceder, miéntras los obreros del Evangelio no pudiesen ser apoyados por colonias avanzadas. Sin embargo, no fué estéril el celo de los misioneros ni áun en el órden temporal. Con los datos del P. Girval pudo el P. Soler levantar el mapa de la montaña, y la constancia en doctrinar remotas reducciones, conservó al Perú territorios inapreciables, que el abandono habria hecho pasar á codiciosos vecinos.

Como en los demas tiempos del vireinato, lo que obtenia esfuerzos más sostenidos era la minería, que, no obstante la propagacion de mejores ideas económi-

cas, se consideraba como la fuente casi exclusiva de riquezas. Hácia 1790 se contaban 784 minerales de plata, 69 de oro, sin contar los lavaderos; 4 de azogue, otras 4 de cobre, 12 de plomo; 728 mineros en ejercicio, 399 haciendas de beneficiar metales argentíferos, 121 guimbaletes para el beneficio del oro, y la produccion aproximada de 412.117 marcos. Se habia reanimado la explotacion de Huancavelica, reparando, en parte, la mina de Santa Bárbara, trabajando la mina de Sillacasa, y permitiendo el pallaqueo ó trabajo irregular de los buscones. La industria minera habia fundado grandes esperanzas en el Baron de Nordenflicht, sabio minero sajon, enviado á todo costo por el Rey de España; pero, despues de haber construido un laboratorio químico-metalúrgico, en el que se gastaron 41.846 pesos, 6 rs.; y hechos varios ensayos comparativos por el nuevo método de toneles y el de buitron, que se usaba en el país, no se reconoció ventaja en los procederes del Baron. El tribunal de minería pudiera y principiaba á darle un impulso más útil, auxiliando las mejores labores con el fondo de 272.581 pesos, 7 reales en el último quinquenio. Mas el movimiento vivificador, que todavía aguarda tan importante industria, y que algun dia le dará una prosperidad sorprendente, ha de venir del concurso inteligente de la ciencia, brazos y capitales.

El comercio colonial seguia basado principalmente en el cambio de efectos europeos por metales

preciosos. En el quinquenio de 1790 á 1794 ascendió la importacion á 29.091.220 pesos, 5 $^{1}/_{8}$ reales, y la exportacion á 31.889.500 pesos, 6 $^{5}/_{8}$ reales, en los que sólo entraba por unos 500.000 pesos el valor de la cascarilla, algodon, lana de vicuña ó alpaca, y otros productos extraños á la minería.

En el giro con el vireinato de Buenos Aires, que consistia principalmente en el cambio de licores por plata y mulas, se obtenia la introduccion anual de un millon de pesos por exceso de los valores exportados. En las negociaciones con Chile y Guayaquil, solian equilibrarse los valores de las respectivas mercancías. El comercio con el vireinato de Méjico era insignificante. El contrabando, tenazmente perseguido, habia disminuido mucho. Las ideas de monopolio estaban tan arraigadas, que el Consulado no se avergonzó de pedir la supresion del puerto de Arica, á fin de que las intendencias del Sur tuvieran que surtirse de Lima; pretendia tambien destruir la concurrencia, que pudieran hacer á los comerciantes de la capital, las compañías de Cinco Gremios y de Filipinas. Los derechos del tribunal pasaban de 301.000 pesos en el quinquenio; pero sus gastos absorbian igual cantidad, y necesitaba nuevos recursos para hacer servicios extraordinarios á la Corona.

La Hacienda recibia notable incremento de una administracion más fiel y más económica. El ramo de aduanas se sistemó bien por los esfuerzos inte-

ligentes del administrador interino Lequanda, quien procuró conciliar las mayores entradas del Tesoro con el más expedito despacho de los comerciantes; aunque los derechos reunidos de alcabala y almojarifazgo eran moderados, no pasando de 13 por 100 en los efectos más recargados, y habiendo muchos de éstos libres, ó con un gravámen casi insignificante, daban las aduanas el tercio de las rentas. Seguíanles en la importancia rentística los tributos, que hasta mediado el siglo estuvieron casi enajenados de la corona. Venian despues los diezmos y cobos cobrados de la plata en barras. Los productos de la casa de moneda y del estanco de tabacos, eran tambien de gran cuantía, pero no de tanto provecho, porque la compra de las materias primeras y los gastos de administracion absorbian casi la mitad de los ingresos. Todavía era más ilusoria la renta de azogues, en cuya negociacion solía perder el fisco de una manera ó de otra. Las demas rentas, si se exceptúa el impuesto sobre aguardientes, eran accidentales ó de un valor secundario. El total cobrado al año por el fisco pasaba ya de cuatro millones y medio.

Aunque el Virey se diera oficialmente por satisfecho del estado de la Hacienda, en comunicaciones de confianza se quejó de que los mayores ingresos no disminuian los apuros de la administracion. La recaudacion de ciertos ramos absorbia más de dos quintos de su producto bruto; el Rey queria

cuantiosas remesas, y en efecto, se le hicieron por más de cuatro millones de pesos; los gastos se acrecentaban de una manera inconsiderada, y especialmente, cuando se temian invasiones de enemigos, se hacian dispendiosos preparativos de defensa, se levantaban poco disciplinadas tropas, se disipaban los caudales en fortificaciones poco seguras, y se reunian á todo costo aprestos, que unos pocos años de paz disipaban ó inutilizaban por completo. Gastando siempre más de lo que importaban las rentas, contrayendo nuevas deudas sin satisfacer las antiguas, y no obteniendo nunca el producto líquido, que debian dar bien administrados los ingresos, el Estado marchaba fatalmente á la bancarota, en la que por falta de economía se precipitaban tambien la mayor parte de las familias.

La fortuna pública y la privada corrian tanto mayores riesgos, cuanto que de dia en dia eran más inminentes los incalculables estragos de la guerra. Nada habia que temer de los salvajes dispersos en la inmensidad de las selvas, sin buenas armas é incapaces de concertar ataques regulares. Los indios civilizados estaban harto escarmentados en la reciente contienda, para que venciendo su natural timidez, osáran levantarse en nombre de una restauracion imposible. Mas las otras razas pudieran arrastrarlos á incontenibles alzamientos, inoculándoles nuevos sentimientos. La propaganda revolucionaria todavía estaba léjos; pero su accion habia

de ser tan continuada, como incontrastable. El Virey, que veia á gran distancia, procuró conjurar el peligro, prohibiendo la circulacion de los *Derechos del hombre*, folleto escrito por Mariño en Santa Fe de Bogotá, castigando á ciertos franceses algo libres, espiando las opiniones de los recien llegados de Europa, así como el secreto de las conversaciones políticas, y tratando de que los horrores de la revolucion francesa, referidos en la *Gaceta*, fortificasen los arraigados sentimientos de temor á Dios y obediencia á su augusto representante en la tierra. El efecto de estas sagaces medidas pudiera creerse duradero, viendo la dócil sumision de los colonos y la generosidad con que ofrecieron un donativo de 244.433 pesos 1 ½ reales para hacer la guerra á los republicanos de Francia. Pero un gobierno, cuyos títulos y poder no podian resistir al exámen hecho libremente y al sentimiento de la fuerza nacional, estaba perdido desde que los colonos pensasen; y no podian ménos de pensar conociendo por la prensa los gigantescos esfuerzos de un gran pueblo, agitándose por entrar en posesion de sus derechos. Para los que no supieran interpretar sucesos tan significativos, estaban los viajes, el roce con los que del teatro revolucionario llegaban vivamente impresionados, y sobre todo, estaban los papeles y los libros, que introducidos clandestinamente y leidos á hurtadillas, habian de producir mayor efecto, por el natural atractivo de cuanto se

goza entre prohibiciones y riesgos. El padre Cisneros, monje del Escorial, que habia sido desterrado á Lima por celos de Godoy, daba á conocer á sus íntimos las obras de más trascendencia revolucionaria.

En la prevision de una poco verosímil entrada de las fuerzas francesas al Pacífico, reorganizó el Virey las del Perú, que se elevaron á 1.521 veteranos y 43.916 milicianos; la escuadra, que, unidos los buques del Gobierno y los particulares armados en guerra, pudiera ofrecer una resistencia imponente, debia aguardar á los invasores hácia el Sur de Chile; Avilés, que ya era Marqués é Inspector general del ejército, redactó un juicioso plan de defensa en el que todo estaba previsto: la division de la costa en tres comandancias generales, del Centro, Sur y Norte, con comandantes y partidas dependientes de ellos; las prevenciones á los subdelegados, oficiales reales, alcaldes y curas; los deberes de los hacendados, las prevenciones concernientes al Callao, y el puesto, que cada uno debia ocupar en caso de ser atacada Lima. Era anticiparse demasiado á las eventualidades del porvenir. El tratado de San Ildefonso, ajustado en 1796, alejó todo temor de invasion francesa, y el virey Gil no tuvo que ocuparse de nuevos y más graves riesgos, por haber dejado el gobierno en 6 de Junio del mismo año.

CAPÍTULO III.

DON AMBROSIO O'HIGGINS, MARQUÉS DE OSORNO.

1796–1801.

El nuevo Virey traia del gobierno de Chile los más honrosos antecedentes políticos y militares: el título de marqués de Osorno le habia sido dado por haber reconquistado la ciudad de Osorno, desde el siglo xvi en poder de los araucanos. La situacion del vireinato exigia en su jefe las dotes de un buen militar y de un entendido estadista. Si la guerra con la república francesa habia cesado con un tratado de alianza; esta mancomunidad de España con sus poderosos vecinos, ponia en gran peligro las instituciones monárquicas, y exponia los dominios españoles á formidables ataques de parte de Inglaterra, enemiga irreconciliable de la Francia, y ya soberana de los mares. Un monarca, que se reconocia amigo de una república democrática, hacia perder mucho al supersticioso prestigio de la majestad real, rindiendo homenaje á la soberanía del pueblo. Las ántes proscritas ideas de libertad é igualdad se iban abriendo camino entre sus vasallos por el trato frecuente é íntimo con ciudadanos, que habian ganado su pais á la causa de la razon y de la justicia. Si todavía se dictaron órdenes para

que la Inquisicion, con procederes ménos rigurosos, impidiese la propagacion de las doctrinas revolucionarias, sin chocar con la ilustracion del siglo, los mismos ministros del Santo Oficio hacian circular los libros prohibidos á sabiendas, ó sirviendo de ciego instrumento á manos más hábiles. Áun entre los que todavía veian en los reyes los vicedioses de la tierra, la fidelidad se hallaba singularmente contrastada por los escándalos de la córte, que hacian subir los colores á la cara de todo español honrado. Miéntras el Estado se debilitaba y estaba amenazado de disolucion, como en tiempo de Cárlos II; se elevaba en la frontera el poder gigantesco y absorbente de Napoleon; y los ingleses, tan ávidos de presas como henchidos de rencor, se proponian nada ménos que usurpar, devastar ó insurreccionar las posesiones españolas.

Faltando la navegacion expedita y la correspondencia regular entre la metrópoli y sus colonias, á causa de los cruceros ingleses, el Gobierno del Perú, que era el más embarazado en sus relaciones, tenía forzosamente que separarse de las reglas establecidas: ya se veia obligado el Virey, apremiado por necesidades extremas, á hacer concesiones, que atacaban gravemente el sagrado de la interdiccion colonial; ya habia de apelar á expedientes poco eficaces para el alivio del momento, y que hacian incurables las dolencias del coloniaje. Por conservar algun comercio hubo que tolerar, cuan-

do no autorizar. el tráfico con los neutrales; á la proscripcion de los extranjeros reemplazaba insensiblemente la admision afectuosa de algunos norteamericanos, franceses ó italianos, cuyos buenos servicios dejaban sentir vivamente la conveniencia del trato franco con todo el mundo civilizado; las relaciones permitidas y el comercio clandestino despertaban juntamente el adormecido instinto de independencia y el desden por la envilecida cuanto poco solícita córte. No obstante la larga distancia y las interrumpidas comunicaciones directas, sabíase, que el Rey pasaba sus dias oyendo misa, trabajando en la armería, cuidando sus caballos y saliendo á caza; que la Reina no consentia, que nada se despachára sin su beneplácito, sin embargo de gastar su tiempo dando ó escuchando escándalos; y que el favorito lo sacrificaba todo á su engrandecimiento y á sus placeres. Si para algo se acordaban del Perú, era para suspirar por sus tesoros. Sabiendo, que en las cajas reales habia reunidos más de siete millones de pesos, entre propios y ajenos, enviaron órdenes para que les fuesen remitidos, no cuidándose mucho de que esos ingresos debian cubrir atenciones sagradas. Lo peor era, que con la remesa no iba á salir de sus apuros el real erario, ni á salvarse el crédito nacional, ni á promoverse ninguna reforma en beneficio de la metrópoli, y mucho ménos del vireinato; los fondos, que llegaran de Lima, como los arrancados al pueblo espa-

ñol, iban á caer inútilmente en el tonel sin fondo de despreciables cortesanos.

El Perú, cuyos gastos se acrecentaban con la guerra, al par que disminuian las entradas, no habria podido acumular ningun fondo, si el celo del Virey no se hubiera encontrado favorecido por la incorporacion de Puno al Perú, ordenada en 1796. Dicha intendencia, que incluia antiguos y opulentos asientos, aumentaba de una cuarta parte la explotacion de metales preciosos, y con ella las pingües entradas por derechos de aduana, tributos, diezmos, cobos y amonedacion de pastas. En el ramo de tabacos no habia incrementos proporcionales á su creciente consumo; lo uno, porque, autorizada por el virey Gil la venta de cigarros en tiendas particulares, con tal que se surtieran del estanco para el tabaco en rama, y consentida tambien por O'Higgins, no obstante las representaciones del ex-director Otermin, se hacia un contrabando más extenso de dia en dia; lo otro, porque, reservándose al Rey todo el beneficio de esta renta, pocos empleados atendian con escrúpulo á su administracion fiel y económica.

Aunque obstruidas, en parte, las fuentes de la Hacienda y de la riqueza privada, el privilegiado suelo del Perú las hacia correr en bastante abundancia para satisfacer las necesidades apremiantes del servicio y realizar algunas mejoras. Las costas continuaron en el anterior estado de defensa, ha-

biéndose añadido, entre otras obras, un fortin en el puerto de Pisco, y proyectos considerables sobre la recobrada ciudad de Osorno, que presentaba un especial interes, por facilitar las comunicaciones militares entre Chiloe y Valdivia. En la reorganizacion de las tropas creó el Marqués un nuevo cuerpo de dragones, cuya formacion fué desaprobada por la córte.

El Virey prestaba una señalada atencion á la policía de la capital: dió apreciables bandos sobre los principales ramos, y mostró una singular solicitud por su fiel observancia. Habiendo salido á rondar de noche, y siendo aprehendido por los vigilantes, fué llevado al cuartel como un vagabundo ordinario, y se dió por satisfecho de tan severa vigilancia.

Los mal entretenidos eran la peste de la ciudad de los Reyes. De entre más de treinta mil personas, pertenecientes á las clases abatidas, apénas habia trece mil, que tuvieran una profesion útil; el resto sólo podia subsistir de ocupaciones precarias, limosnas ó industrias perniciosas. Aunque en mucho menor número, eran harto más peligrosos los vagos, que de la península venian embarcados, sin licencia, ni destino, con el nombre de *polizones*. La esperanza de improvisar una gran fortuna, la importancia, que aquí se arrogaban por sólo tener la cara blanca, el deseo de escapar á quintas, levas ó otras pensiones, y el temor de caer en las manos

de la justicia, movian á varios individuos, cuyos antecedentes eran malos ó muy sospechosos, á embarcarse secretamente, para continuar en lugares ménos vigilados, sus hábitos de crímen ó vagancia: más diestros ó más atrevidos, ménos pacientes y ménos limitados en sus aspiraciones, exigian una policía más hábil y vigorosa. Desde el tiempo de Amat habia partidas bien organizadas para impedir los atentados dentro y fuera de murallas, llamándose *encapados*, los que, en traje ordinario, vigilaban por la seguridad de la ciudad, y *partida de campo* los que cuidaban de ella en las afueras. Mas, como todos los esfuerzos de la autoridad habian de estrellarse, miéntras no se generalizáran los hábitos de trabajo, se esmeró el Marqués por introducir las manufacturas de lino, algodon y cáñamo. La suma dificultad de proveerse de estos efectos europeos, miéntras durase la guerra, ofrecia una ocasion propicia para enriquecer á Lima con nuevas industrias; y la necesidad de aclimatarlas parecia evidente, desde que con ellas pudiera darse á muchos mal entretenidos ocupacion provechosa, y libertar á no pocas jóvenes decentes de la triste alternativa de sufrir la indigencia ó subsistir por el vicio.

La caridad ilimitada de los limeños, si hacia mucho honor á su corazon generoso, no siempre estaba aliada con la juiciosa distribucion de sus socorros á las personas indigentes. Aquí, más que en

otra parte, mendigaban várias, que podian subsistir de trabajos honrosos, ó sólo empleaban el producto de sus limosnas en sostener sus vicios. El hospicio de pobres, fundado por Ladron de Guevara para asegurar la suerte é impedir el extravío de los mendigos, habia decaido y degenerado con el fallecimiento de aquel varon filantrópico. Para reformar tan útil institucion y extender sus efectos, creó el Virey una *Sociedad de beneficencia pública*, cuyos miembros fueron los hombres más distinguidos de la capital. La córte, que no veia sin recelos el espíritu de asociacion, decretó, despues de muerto el Marqués, que la beneficencia estuviese á cargo de un solo director.

Otra obra memorable de O'Higgins fué la construccion del camino del Callao á Lima. La distancia de dos leguas en un terreno llano no es, por cierto, de las que para abrir una ruta regular exigen trabajos gigantescos y un hombre de genio. Pero, como el gobierno colonial nunca prestó una atencion sostenida á las vias de comunicacion, tan esenciales al progreso del vireinato, no pudo verse sin gran interes concluida una en buenas condiciones, sin excesivo dispendio, y con una bella portada á la entrada de la ciudad y otras obras de lujo.

El naturalista D. Tadeo Haenke, que habia viajado mucho por el alto Perú, pensó que las comunicaciones interiores se favorecerían siguiendo el curso de los rios, que de la cordillera oriental van

á engrosar el Madera, las aguas de éste, y luégo las del Amazonas hasta su desembocadura en el Atlántico. El Consejo de Indias desechó este proyecto, de conformidad con las observaciones de Escobedo y Requena, que censuraron la nueva via, como inferior á la del Cabo de Hornos y más expuesta al contrabando.

El desventurado Laperouse, ántes de lanzarse en sus más peligrosas exploraciones, habia hallado en Lima la hospitalidad merecida; otros exploradores habian examinado las costas de Patagonia y las de la América Septentrional. Era abrir nuevos horizontes al comercio en el gran Océano; pero no podian tener aplicaciones inmediatas, cuando el funesto vértigo de la guerra habia atacado á las naciones más poderosas, España adolecia de parálisis, y los pueblos más interesados carecian de vida propia. Ademas, los gabinetes más ilustrados no estaban libres del mezquino espíritu colonial, que excluia de sus mercados á los extraños y ponia trabas á los propios. Ántes de que pudiera vislumbrar dias más bonancibles y una política más generosa, murió, en el ejercicio de su cargo, el buen Marqués de Osorno.

CAPÍTULO IV.

LA AUDIENCIA.

1801.

En cerca de ocho meses, que gobernó la Audiencia en el intervalo del Marqués de Osorno al de Avilés, poco podia cambiar la situacion del vireinato, ya por estar confiado á una autoridad transitoria, ya, principalmente, porque entre Francia é Inglaterra se estaban haciendo arreglos pacíficos, que no debian ser sino una tregua en su larga y destructora contienda. El favorito, que al celebrar una desigual alianza con la república francesa habia ganado el inmerecido título de *Príncipe de la Paz*, quiso ahora mediar adelantándose en las buenas relaciones con la nacion inglesa; pero contúvole de la manera más despótica Napoleon, áun cuando todavía llevaba sólo el nombre de primer cónsul, manifestándole, que, si la córte española queria gestionar por su cuenta, habria llegado ya la última hora para la dinastía de los Borbones. En realidad, para la paz, como para la guerra, el buen Cárlos IV no era sino un juguete entre las manos del capitan del siglo, que el gabinete frances podia manejar ó destruir segun su capricho. La monarquía, reducida á tan innoble posicion, tenía igualmente, que temerlo todo de la preponderante In-

glaterra, ya con un pié en la América Meridional, por la conquista de la Trinidad, que le fué reconocida en el tratado de Amiens.

Sin embargo de hallarse tan mal parada la España, pensó el Ministerio reanimar el comercio colonial y mejorar las rentas, haciendo algunas concesiones y reformas, que la corta duracion de la paz no permitió llevar á cabo. Las autoridades del vireinato iban conociendo, que los males de su gobierno no eran susceptibles de curacion radical y sólo admitian ligeros paliativos. Con todo, áun no habian concebido serios recelos por la prolongacion de su imperio. El inexperto navegante puede abandonarse á una peligrosa seguridad, cuando reina una de esas calmas precursoras de grandes tormentas en los mares intertropicales. Así podian soñarse dias apacibles en la víspera del más formidable alzamiento, que la política imprevisora estaba léjos de recelar, viendo adormecidas las masas con la indolencia propia de la servidumbre secular. El indio se resignaba á cumplir ó pagar cara su mita, satisfacer el riguroso tributo y llevar las onerosas cargas que le imponian el cura, el subdelegado y cualquier poderoso sin escrúpulos; todo lo olvidaba, exacciones y malos tratamientos, como pudiera divertirse en los toros, perder la razon con la chicha ó saborear el quita-pesares de la coca. El negro era más olvidadizo de sus pesadas cadenas entre los placeres turbulentos, las

animadas reuniones de cofradía y las grotescas exhibiciones con que creia solemnizar las más augustas pompas del culto; para su raza las mayores grandezas humanas eran una simple comedia; pues entre los negros se reconocia el título de rey, no siendo raro, que su oscura majestad tuviese que salir al campo á cortar hierba al rayar la aurora, ó por órden de un mayordomo recibiese rudos azotes de la mano de algun súbdito. Las demas clases, cuya condicion alternaba de contínuo entre la opresion y la licencia, se consolaban fácilmente de su triste suerte por no haber conocido otra mejor y por la ligereza, consiguiente á una vida poco laboriosa, de escasos azares y fáciles goces. El soporífero general se hallaba en las creencias, que no toleraban las agitaciones del libre pensamiento, convertian el culto en una serie de agradables fiestas ó conciliaban la devocion con una existencia disipada.

El clero, intolerante con los libres pensadores y demasiado indulgente con el libertinaje, favorecia la apatía política con tanta mayor eficacia, cuanto que su influencia seguia siendo preponderante en la generalidad de los pueblos, por su cultura superior, la extension de sus atribuciones y sus grandes rentas. Las del Estado, si bien podian subir á más de cuatro millones y medio, sufrian el desfalco de un tercio por lo ménos en tiempo de guerra, y en los tiempos más tranquilos se rebajaban mu-

cho por los gastos de recaudacion é indispensables avances para las empresas, que corrian por cuenta del Gobierno. Las rentas eclesiásticas se habian calculado, hácia 1793, en 2.294.944 pesos, siendo sus principales ramos:

	Pesos.	Reales.
Por curatos.	1.068.504	7
Por conventos de frailes.	317.245	5 ½
Por monasterios.	238.954	7 ½
Por capellanías.	242.777	1
Por cabildos.	158.258	2
Por mitras..	112.267	3 ½

De esa entrada líquida habia que rebajar la media anata y mesada eclesiásticas, el subsidio y el impuesto para la órden de Cárlos III; cantidades, que no producian un gran desfalco; y en cambio debian aumentarse las enormes exacciones de los curas y las entradas autorizadas por fiestas extraordinarias; lo que, si no doblaba, daba ingente incremento á la renta calculada. Por lo tanto, sin temor de equivocarse, pueden considerarse las entradas del clero superiores á las de la Hacienda. Por otra parte, sus relaciones con la riqueza privada eran tales, que apénas habia finca valiosa exenta de sus gravámenes ó cuya propiedad no le perteneciera enteramente. En Lima mismo, donde se contaban 3.941 casas, 2.806 eran de particulares, y 1.135, entre las que figuraban los mayores edificios, pertenecian á comunidades religiosas, eclesiásticos seculares y obras pias.

CAPÍTULO V.

DON GABRIEL AVILÉS, MARQUÉS DE AVILÉS.

1801—1806.

La influencia del clero tenía poco que temer de un virey, de quien se decia: para la devocion hábil es, para el gobierno inhábil es. El Marqués, cuyo espíritu religioso se hallaba sobreexcitado por la vejez, conocia ademas el ascendiente de la Iglesia y los servicios prestados á la Corona, para tratar de rebajarlo en tiempos tan peligrosos para la abatida monarquía. En la revolucion de Tupac Amaru habia visto de cerca, que el pronto restablecimiento del órden no se habria conseguido sin la eficaz cooperacion del Obispo y de los curas del Cuzco; de otra parte conoció, que la costosa y agitada visita de los reformadores, sostenidos por las autoridades civiles, no habia producido el fin deseado, por la tenaz resistencia de los frailes á sujetarse á las estrechas reglas de la vida comun y á la clausura religiosa. Un simple beaterio cansaba á los jefes del gobierno civil, empeñados en reducirlo á su primitivo objeto. Las amparadas de la Concepcion, asilo fundado por el venerable Castillo para las arrepentidas, habian degenerado en una confusa y numerosa mezcla de beatas, reclusas, educandas y mujeres pobres, que entraban y salian de dia y de

noche, sin sujecion á regla alguna, ni el menor órden en las menoscabadas rentas. El Virey logró al fin la intentada reforma, con el apoyo del Arzobispo La Reguera, quien sobrevivió pocos meses. Este digno prelado, los demas obispos del Perú y los cabildos en sede vacante, desplegando en los asuntos escabrosos tanta moderacion, como prudencia, precavieron los ruidosos altercados, que en otro tiempo desprestigiaban á ambos poderes, tan apurados al presente para conservar la veneracion de los pueblos. Los curas daban ménos en que entender, porque ya no podian ser separados por concordia, ni ser coadjutorados sin algunos requisitos, ni cambiar sus doctrinas por otros beneficios. La Inquisicion dió por última vez el triste espectáculo de un auto, condenando, no á la hoguera, sino á diversas penas, á varios reos, acusados de hechicerías y de otros delitos reservados al Santo Oficio. Los terrores supersticiosos se despertaron pasajeramente en la ignorante muchedumbre, á causa de haberse oido, con el cielo siempre sereno de Lima, siete ú ocho truenos. La enseñanza de las ciencias naturales daba ya otras ideas á la juventud estudiosa; aunque la Universidad tenía todavía desiertas sus cátedras, ofrecia mayores señales de vida con los frecuentes exámenes y tésis, que en ella presentaban los alumnos del convictorio; su claustro llevó á mal, que el Marqués no se hubiese hecho recibir como la mayor parte de sus antecesores, si

bien no intentó el Virey inferir un desaire á los doctores, sino eximir á la adeudada corporacion de inutiles empeños, y no someterse á sí mismo á las manifiestas adulaciones, que prescribia la costumbre.

La conversion de los infieles no era abandonada por el Gobierno en aquellas circunstancias aflictivas. Para facilitarla se erigió, por cédula Real de 15 de Julio de 1802, el obispado de Mainas, con la renta de cuatro mil pesos para el prelado y mil para dos capellanes y la residencia en Jeveros, cuya situacion estaba en el intermedio del Guallaga y Ucayali al Sur, y el Napo y Putumayo al Norte. Las misiones debian ser entregadas á los padres de Ocopa, junto con el convento de Guanuco y los curatos de Lamas y Moyobamba. Entraron en efecto en posesion de aquel claustro; la de los curatos se aplazó para cuando los párrocos canónicamente instituidos fuesen trasladados ó muriesen; á los religiosos, que marchaban á las reducciones, se dió el correspondiente viático, y se fijó el sínodo en la intendencia de Trujillo. El celo de los misioneros no correspondia á la decidida proteccion del Gobierno, aunque vino de España una mision numerosa, se componia en la mayor parte de jóvenes sin vocacion apostolica, que sólo aspiraban á enriquecerse y pasar una vida sosegada en las doctrinas de Chiloe ó en las conversiones inmediatas á la sierra. Los antiguos misioneros querian hacer va-

ler una cédula de Pío VI, que acordaba las prerogativas de predicadores generales á cuantos hubiesen desempeñado loablemente su ministerio durante diez años; las de exdefinidores á los que contáran quince, y las de padres de provincia á los que llegáran á veinte, ó solos quince, habiendo sido ya maestros, guardianes ó exdefinidores. El provincial de San Francisco protestaba contra la pesada carga, que se echaba sobre el convento de Lima, reducido á vivir de limosnas.

Un eclesiástico, que habia pasado algunos años en el desierto de Atacama, arrancó á la córte la ereccion del obispado del Paposo, hecha en su favor, junto con la fundacion y fortificacion de un pueblo, en el desembarcadero de ese nombre, con sujecion á las autoridades de Lima; y aunque se hizo presente, que en region tan estéril apénas podrian reunirse cien pobladores, insistió el Ministerio en aquella ridícula é inofensiva creacion, que de suyo estaba anulada sin necesidad de violentas oposiciones.

Suscitólas muy fuertes el Real decreto de 28 de Noviembre de 1804, que ordenaba la desamortizacion eclesiástica. S. M. mandaba formar una junta, compuesta del Virey, Arzobispo, Regente, Intendente, Fiscal y un Secretario en la capital del vireinato, y reunir otras juntas subalternas en las sedes episcopales. El objeto de tales comisiones era tomar razon puntual de los bienes raíces y de los

censos pertenecientes á obras pías, capellanías y comunidades religiosas; los datos debian exhibirse por los respectivos mayordomos en el término de un mes; procediéndose luégo á la tasacion y remate público, se aplicaria el valor á la caja de amortizacion, y el Erario quedaria obligado á satisfacer los intereses, correspondientes al principal, para el cumplimiento de los fines piadosos á que se hallaba destinado.

La ejecucion de semejante decreto llevaba consigo una revolucion inmensa en el triple órden económico, político y religioso. Ni el público, ni los interesados podian calcular sus trascendentales consecuencias, y todavía estaban muy arraigados los hábitos de obediencia para que el disgusto diese lugar á la tumultuosa resistencia, suscitada en años posteriores por más leves causas. Bastaba para contrarestar á la voluntad régia la fuerza de inercia con la que la oposicion ganaba un tiempo precioso. Ademas los beletmitas alegaban, que la enajenacion no debia alcanzar á sus bienes, excluidos por el carácter hospitalario de su instituto; las monjas exponian, que no era posible dar cuenta de los suyos, por el desórden y ruina, que en los archivos habian causado los terremotos; lo mismo decian los religiosos de San Agustin y los Dominicos, y si bien los últimos dieron razon de sus fondos, manifestaban, que los productos no alcanzaban á mantener su numerosa comunidad; el cabildo secu-

lar aducia, para exceptuar sus bienes raíces de la providencia general, motivos, que hacian gran fuerza. La junta no quiso acordar la suspension interina, que se solicitaba, dejando á los interesados lugar para dirigir al Rey sus representaciones. Entre tanto los obstáculos opuestos por la opinion, el influjo de los propietarios privilegiados y el curso de los acontecimientos creaban á la general desamortizacion una resistencia insuperable.

El Virey vió con extrañeza la oposicion del cabildo secular, que acababa de recibir de S. M. señaladas pruebas de estimacion y benevolencia. El Ayuntamiento fué distinguido con el tratamiento de *Excelencia*, y con el de *Señoría* los regidores en el acto de ejercer sus cargos. Por la concesion de la sisa y del bodegaje se elevaron los propios á la entrada anual de 69.356 pesos, de los que debian deducirse los censos correspondientes al capital de 309.240. La tenencia de policía quedó entre las atribuciones municipales, lo mismo que el nombramiento de Juez de aguas.

La limpieza de la ciudad fué mejor, aunque siempre imperfectamente atendida, con el auxilio de 6 carros, 12 peones y 450 pesos de gasto mensual. La falta de fondos impidió tomar, respecto á las acequias, las medidas radicales proyectadas desde el tiempo de Amat, y que sólo han podido tener cumplido efecto bajo un alcalde tan emprendedor, como inteligente. Las erogaciones voluntarias del

vecindario permitieron el establecimiento de serenos. La vigilancia sobre criminales y vagos estaba confiada á los alcaldes de barrio, algo desprestigiados ya á causa de su extraccion y conducta, y la captura se conseguia á menudo por la activa y enérgica comision de seguridad rústica y urbana. Cuidaba ésta de tener la filiacion de los condenados á presidio, á fin de que, cumplido el término de su condena, no se introdujesen en la ciudad furtivamente. Una cédula Real prescribia, que la Sala del Crímen no pudiera pronunciar sentencia de muerte, azotes ó presidio por diez años, sin estar reunidos cinco vocales: como este número, con dificultad, podia juntarse en la de Lima, á fin de que los grandes delincuentes no quedáran impunes, se resolvió llenar con oidores las faltas, que ocurriesen.

La salubridad pública obtuvo una atencion preferente. Hallándose afligidas por la fiebre amarilla las costas meridionales de la península, se sujetó á cuarentena á los buques procedentes de aquellos puertos; para los del vireinato se establecieron juntas de sanidad. El Dr. Villalobos pidió doce enfermos atacados de lepra, asegurando, que poseia un secreto contra tan horrible dolencia; y en efecto, al cabo de algunos meses dieron por curados á los leprosos los encargados de informar sobre el resultado del plan curativo. Su autor fué nombrado médico del hospital de San Lázaro, y de Santa Fe se pidieron instrucciones para combatir un mal,

que afligia mucho á algunas provincias de aquel vireinato. De ventajas mucho más trascendentales fué la introduccion de la vacuna; beneficio, que inmortalizará en América el nombre de Cárlos IV. Los felices resultados obtenidos en Lima con el fluido vacuno, remitido por la via de Buenos Aires, movieron á celebrar una misa solemne de gracias al Todopoderoso, y de súplica por la salud del Monarca; conforme á las instrucciones del Gobierno, se fijó el modo de conservar tan precioso específico, estableciendo la vacunacion en la casa de huérfanos, bajo la direccion de un facultativo experto, y se libraron las correspondientes órdenes á las demas intendencias. El Dr. D. José Salvani, jefe de la expedicion venida de España, fué admitido con honor entre los miembros de la universidad, y el sabio Unanue pronunció un discurso, cuya elocuencia se hallaba á la altura del inapreciable objeto.

El gran Humboldt, que estuvo en Lima al principio de este gobierno, llevó una idea favorable de la ilustrada capital, y en sus vistas de las cordilleras trazó del interior del Perú algunos cuadros bellísimos. Por desgracia, su incomparable genio no pudo presentar, ni áun á grandes rasgos, el privilegiado conjunto del país, habiendo atravesado sólo una pequeña parte; áun autorizó con su nombre la supuesta existencia de los límites estrechos á que en el siglo anterior habia quedado reducido el vireinato, no teniendo en cuenta los vas-

tisimos territorios, que posteriormente le fueron incorporados.

Por la Real cédula de 15 de Julio de 1802, en que fué erigido el obispado de Mainas, se agregó aquel gobierno al vireinato del Perú. La jurisdiccion de éste se extendió á todo el territorio bañado, dentro de los límites de la América española, por los afluentes del Amazonas hasta el punto en que dejan de ser navegables. El Virey de Santa Fe, léjos de oponerse á la desmembracion de su territorio, manifestó en su relacion, que la habia considerado muy conveniente. Tampoco hubo, ni podia haber, oposicion en la autoridad subordinada del presidente de Quito. Las autoridades locales reconocieron en Mainas la ordenada sumision á los superiores del Perú. Por Real cédula de 5 de Julio de 1803 se incorporó tambien á este vireinato el gobierno de Guayaquil, que siempre se habia considerado como su astillero natural, habia recibido socorros en tiempo de guerra, tenía un diputado del consulado de Lima á causa de sus preponderantes relaciones mercantiles, y no tardó en ser objeto de cuidados especiales por parte de la Capitanía general.

Para descargar al Virey de atenciones secundarias, se nombró en 1804 un intendente para el distrito de Lima, que, á diferencia de las otras intendencias, no habia tenido hasta entónces más jefe, que el del vireinato. Los intendentes seguian pro-

moviendo activamente las mejoras públicas, y con especial celo el aumento de la Hacienda.

Las minas, que, no obstante el progreso de los estudios económicos, se consideraban todavía como la principal fuente de riqueza, producian ostensiblemente al año 600.000 marcos de plata y 3.000 marcos de oro, ó segun los cálculos admitidos, unos 5.000.000 de pesos fuertes. Al ménos, ése era el resultado, que arrojaba la acuñacion anual en la Casa de Moneda. Claro es, que la produccion efectiva debia ser mucho mayor, siendo de bastante consideracion la plata empleada en usos particulares, y grandes las cantidades, que se llevaba el comercio clandestino de ingleses y anglo-americanos, uno y otras no sujetos á amonedacion, ni inspeccion oficial. Como la abundancia y riqueza de las minas prometia una produccion harto más considerable, procuraba el Gobierno obtenerla por los medios á su alcance, que desgraciadamente no correspondieron á las comunes esperanzas. El tribunal de minería, que habia reunido más de 1.300.000 pesos, cobrando un real en cada marco, se esforzó, en vano, por favorecer al gremio con los bancos de rescate; cuantos se establecieron, salieron mal, ya por no estar bien administrados, ya por la ruda guerra, que les hacian mezquinos intereses, secundados por ruinosas rutinas. Tampoco se aprovecharon los conocimientos metalúrgicos, que debia propagar en su costosa expedicion el Baron de Nordenflicht, sea

habia de sufrir un ingente desfalco en casi todos los ingresos. Ántes de experimentar grandes quebrantos se vieron casi exhaustas las cajas de Lima por haber tenido que satisfacer las apremiantes instancias de la córte para que se le remitieran caudales ó se cubrieran sus libramientos. Avilés tuvo que enviarle, en los años de 1802 y 1803, de entre ramos propios, particulares y ajenos, 7.248.391 pesos: en 1804 remitia 1.241.570, y por giros hechos á favor del Banco, del Marqués de Santa Cruz y de otros acreedores peninsulares, tuvo que satisfacer 1.280.300. A los comerciantes de los Estados-Unidos, á quienes se les habian secuestrado 1.234.139 pesos en la guerra precedente, les fueron devueltos 638.133, quedando reconocido y para ser pagado despues el resto de su crédito.

El comercio desplegaba extraordinaria actividad, prometiéndose grandes salidas con la exportacion de los frutos indígenas, á la que la metrópoli se mostraba favorable. En los primeros meses de 1804 salieron del Callao, con los caudales del Rey, otros mayores pertenecientes á particulares, y variedad de efectos, los buques de guerra y comercio llamados *Asuncion*, *Mercedes*, *Santa Clara*, *Antigarraga*, *Asia*, *Fuente hermosa*, *Joaquina*, *Lucía* y *Santa Gertrudis*. Entre Napoleon y la Inglaterra habia una guerra implacable, cuyos estragos se extendian á gran parte de Europa: pero, estando reconocida la neutralidad de España por las poten-

cias beligerantes, su comercio marítimo podia lisonjearse con crecidas ganancias, sin temer graves riesgos. Mas, sin ninguna declaracion prévia, desafiando la opinion de las naciones cultas, se apoderaron los cruceros ingleses de los citados buques, como si fueran una legítima presa de guerra. Sólo muchos años despues procuraron reparar tan escandalosa infraccion del derecho de gentes, y todavía están agitándose en España algunas reclamaciones de los perjudicados con la imprevista captura, habiendo sido ya satisfechos el mayor número de acreedores.

Con semejantes ataques no habia que pensar en las apacibles expediciones del comercio, sino en aprestos de guerra, la que á fines de 1804 no pudo ménos de declararse entre España é Inglaterra. En las aguas de la península tuvo lugar la célebre batalla de Trafalgar, en que el genio de Nelson, secundado por la pericia naval de sus compatriotas, destrozó las escuadras francesa y española, dotadas de esforzados marinos, pero no muy bien armados y peor dirigidos. En el puerto de Arica la fragata *Astrea* salió muy quebrantada del combate con dos corsarios ingleses. El Virey tuvo que alistar, del mejor modo posible, la pequeña escuadra del Pacífico, compuesta de tres buques y algunas lanchas cañoneras; procuró resguardar las costas é hizo en la capital los más precisos arreglos de tropa y armas. Conforme al plan, que habia presentado, siendo

inspector general del ejército, estableció tres comandancias generales: la del Norte, con las comandancias subordinadas de Tumbez, Lambayeque y Trujillo; la del centro, con las de Santa, Huaura, Chancay, Cañete, Pisco, Ica y Nasca, y la del Sur, con las de Camana y Arica; todas contaban con algunos pocos veteranos y las indispensables partidas. Fuera del territorio comprendido en estas comandancias, en que sólo existian los castillos del Callao y los fortines de Paita y Pisco, habia que atender desde Lima á la defensa de Guayaquil, enviándole una pequeña guarnicion y los pertrechos necesarios, y á la de Chiloe y Valdivia. La tropa de línea estaba reducida al regimiento Real, compuesto de 1.468 plazas, que era difícil llenar, por el poco lisonjero porvenir ofrecido á soldados y oficiales. Conforme á los deseos de la córte, se trató de organizar un cuerpo de artillería con 300 veteranos y 85 hombres de á caballo, cuya formacion fué encargada al entendido cuanto honrado coronel don Joaquin de la Pezuela. Este brillante jefe, á quien el vireinato reservaba los más altos honores y un fin tristísimo, levantó tambien el fuerte de artillería, realizando una obra de defensa más efectiva que la de las murallas, conforme á los consejos dados sesenta y cuatro años ántes por el sabio Peralta. El desarrollo, que ahora se daba á la importante arma de artillería, si no tenía aplicacion en la guerra contra los ingleses, túvola muy grande para

comprimir por algun tiempo la aspiracion ya pronunciada por la independencia.

A mediados de 1805 abortó en el Cuzco una conjuracion, delatada por un falso cómplice. El huanuqueño D. Gabriel de Aguilar, mineralogista, que habia viajado por el interior del Perú y por Europa, concibió en la antigua capital de los Incas el pensamiento de establecer un imperio independiente. La opinion estaba allí preparada desde largo tiempo; pues veinticinco años ántes habian circulado con mucha aceptacion pasquines en que se decia: Levántate, Ugarte; que queremos coronarte. La terrible revolucion de Tupac Amaru sólo habia contribuido á diferir ideas, que hallaban eco en todas las clases. Al proponerlas Aguilar, encontró bien dispuestos para secundar sus planes, al abogado D. Márcos Dongo, protector de los naturales, al lector de la recoleta franciscana Fr. Diego Barrancos, al capellan del hospital de San Andres don Bernardino Gutierrez, á Casiguaman, comisario de los indios nobles, y, entre otras personas ménos notables, al teniente asesor de aquella intendencia D. Manuel Ubalde. Era éste un abogado de costumbres muy arregladas, dado á las prácticas de devocion y muy inclinado á tomar sus sueños por visiones celestiales. De acuerdo con el autor de la conjuracion, habló al regidor D. Manuel Valverde y Ampuero, asegurándole, que segun sus revelaciones, le destinaba el cielo para restablecer el trono de sus

mayores; el regidor, despues de oponer alguna resistencia, porque la revolucion le exponia á quebrantar el quinto mandamiento de la ley de Dios, convino en dejarse coronar, y á poco abandonó sin disgusto tan ambiciosas ofertas, al anunciarle sus protectores, que Dios disponia otra cosa. Los conjurados procuraban madurar sus planes y aumentar el número de sus partidarios en las provincias y dentro del Cuzco. Don Mariano Lechuga, que les habia ofrecido serlo, y estaba dispuesto á perderlos, viéndolos vacilar, les dió una cita en su casa, fingiéndose enfermo, y les hizo declarar la conjuracion de modo, que pudieran entenderla bien un oidor y un secretario, ocultos en una pieza inmediata. Descubiertos con tal perfidia, fueron encausados junto con sus cómplices verdaderos ó supuestos; no obstante las instancias del Virey para activarlo, el juicio, no se concluyó hasta el mes de Diciembre. El dia 5 salieron al patíbulo Aguilar y Ugalde; Barrancos, Gutierrez y Valverde fueron condenados á embarcarse para España á disposicion de S. M.; Dongo á presidio por diez años, con pérdida de bienes y honores, y Casiguaman á residir dos años en Lima con inhabilidad para cargos públicos. La facilidad con que se sofocó la apénas tramada conjuracion, y el escaso eco, que halló fuera del Cuzco, hubieran podido inspirar á las autoridades coloniales una gran confianza en la conservacion de su imperio, si pronto no la hubieran visto comprometida con los suce-

sos, que se precipitaban en América y en la metrópoli.

CAPÍTULO VI.

DON JOSÉ ABASCAL.

1806—1808.

Alcanzada la victoria de Trafalgar, creyeron los ingleses, que sin grandes dificultades podrian arrebatar á la España sus más envidiadas posesiones. Como una de las más fáciles y más codiciables presas, pensaron apoderarse de Buenos-Aires, que á pocos años de haber sido elevada á capital de vireinato, gozaba de una prosperidad sorprendente, y por su ventajosa posicion, buen clima y fertilísimo territorio ofrecia el porvenir más brillante. Abundando en las ideas de sus compatriotas, se dirigió el general Beresford al rio de La Plata con solos 1.564 hombres, y entró sin combate en una ciudad de más de 50.000 almas, que el virey Sobremonte no habia sabido poner en estado de defensa; mas la satisfaccion del no disputado triunfo le duró poco; porque el 12 de Agosto de 1806, trascurrido apénas mes y medio desde el dia de su entrada, tuvo que rendirse á discrecion, habiendo sido atacado con fuerzas inferiores por el esforzado capitan de navío D. Santiago Liniers, á quien apoyaba enérgicamente la valerosa poblacion.

El deseo de vengar su humillado pabellon, y el interes por recobrar una plaza, cuya importancia habian conocido mejor durante su efímera ocupacion, decidieron á los ingleses á enviar al rio de La Plata una expedicion formidable. A mediados de 1807 fué acometida la grande empresa por el teniente general Whitelocke con 71 buques y 11.500 hombres de desembarco. Liniers, que desempeñaba ya el cargo de virey, y habia puesto las milicias en un pié superior al de fuerzas veteranas, le recibió el 5 de Julio en Buenos-Aires con una resistencia, que desconcertó á los invasores. Las calles y azoteas estaban ocupadas por la tropa y el vecindario, resueltos á morir ántes que rendirse; las mujeres rivalizaban en valor con el sexo fuerte; la resistencia fué tan heroica, que los ingleses hubieron de capitular, despues de tener en pocas horas más de 2.000 muertos y 1.000 prisioneros.

La victoria, que inmortalizaba el nombre de Buenos-Aires, fué celebrada con singular júbilo por los españoles de ambos mundos; la poesia le consagró sus más bellas flores, y la religion las más solemnes acciones de gracias al Todopoderoso; la América se reconoció, desde entónces con legítimo orgullo, esforzada, generosa, heroica y con fuerza suficiente para escarmentar á poderosos agresores; los mismos partidarios del coloniaje, en la efusion comun del entusiasmo, no se apercibieron, por de pronto, de que la conviccion de su propia fuerza ha-

bia de decidir luégo á los americanos á emplearla contra un gobierno desprestigiado é impotente; los más celosos absolutistas notaron apénas, que para llevar á cabo la gloriosa defensa se habia depuesto al inhábil representante del Rey, se habia deliberado en tumulto, el pueblo comenzaba á tomar parte en los negocios públicos, y áun sonaban por bajo voces sediciosas, tanto más alarmantes, cuanto que las ideas de patria, libertad é independencia habian penetrado ya en algunas cabezas prominentes.

El político D. José Abascal, que desde 1806 era virey del Perú, habia seguido con interes la invasion, defensa y movimiento interior de Buenos-Aires, á cuyos valerosos habitantes conocia bien, por haber hecho por tierra el viaje desde el rio de La Plata. No pudiendo abandonar á Lima, en aquellas circunstancias, sin graves inconvenientes, quiso, que fuera á asegurar la conservacion de la dominacion española su antecesor el Marqués de Avilés, que habia sido virey de Buenos-Aires ántes de serlo del Perú, y que se hallaba á la sazon en Arequipa, descansando, en su avanzada edad, de las fatigas de la larga administracion; pero desistió de esta idea, viendo puesto el delicado cargo en las dignas manos de Liniers, y se limitó á remitir más de 700.000 pesos para facilitar la defensa. En su propio territorio la tenía muy atendida, contra los peligros exteriores por sus aprestos bélicos, y contra las conmociones interiores por los beneficios de una hábil ad-

ministracion. Pocos jefes tuvo el Perú, que supieran hacer olvidar, como él, los vicios del absurdo sistema colonial con el celo ilustrado en promover los intereses públicos y con su admirable sagacidad para conciliarse la benevolencia general.

Las autoridades españolas necesitaban estar muy sobre sí para no caer vergonzosamente en el terrible sacudimiento, que amagaba en América y en la península. Miéntras en las Pampas argentinas se agitaba impaciente el indomable gaucho brioso de alma y cuerpo, cerca del remoto Orinoco desplegaba igual pujanza é instintos de independencia el intrépido llanero de Venezuela: ambos iban á ser fortisimas columnas de la jóven América, llamado el primero á independizarla por los entendidos hijos de Buenos-Aires, y excitado el segundo por su compatriota Miranda, que habia sido favorito de Catalina II y general de la república francesa. El caudillo venezolano fracasó en la tentativa revolucionaria, que acometió en 1806 con el auxilio de los ingleses; pero dejó sembrados los gérmenes del levantamiento en aquella tierra candente, que debia dar á la independencia los caudillos más osados, más constantes y de talentos iguales á su arrojo.

Entre tanto la monarquía se estaba hundiendo en el abismo de la debilidad y corrupcion. La marina, que, con un vastísimo imperio colonial, debia presentar la mayor fuerza y que bajo Cárlos III llegó á contar 76 navíos y 51 fragatas, apénas ofrecia seis

buques prontos para hacerse á la vela, con víveres para tres meses, con tripulaciones incompletas y con su carena en muy mal estado; los magníficos arsenales de Cartagena, El Ferrol y Cádiz se iban desmoronando. El imbécil gobierno, que conocia tan lamentable situacion, se complacia en ella, llevando el Príncipe de la Paz la indignidad hasta burlarse de los que habian sucumbido heroicamente en Trafalgar. El inepto favorito, que se habia hecho dar el grado de generalísimo, se envanecia con estar al frente de un ejército de más de 120.000 hombres, pero que apénas podia suministrar la mitad de combatientes; ademas, aquellas tropas, mal alimentadas y vestidas, sin espíritu militar, ni noble emulacion, eran un cuerpo muerto, que en vez de enaltecer á su patria, como los afamados tercios de Castilla, que tres siglos ántes habian hecho temblar á la Europa entera, se movian ciegamente para secundar los proyectos ambiciosos de Napoleon: por sus órdenes se habian enviado al norte de la Alemania 14.000 hombres, y de 15 á 16.000 se dirigian á Portugal, cuya invasion habia acordado con el Príncipe de la Paz. La Hacienda se hallaba en el último apuro. Sin fuerzas y sin recursos, la subsistencia del trono pendia de un capricho del Emperador frances, que, impaciente por derribarlo, espiaba una ocasion de encubrir sus pérfidos designios. Obligada la casa de Braganza á refugiarse en el Brasil, esperaba el gabinete de París, que ese

ejemplo fuese seguido por la de Borbon, y que la emigracion de ésta para América le ofreciese un pretexto plausible de recoger el abandonado cetro. Con tal objeto, quiso decidirla por la intimidacion, ocupando en plena paz las plazas fuertes de España y esparciendo alarmantes rumores. En efecto, la córte de Aranjuez pensó en refugiarse de este lado del Atlántico; difirió sus proyectos por la oposicion del Rey, y volvió á ellos por instancias del Príncipe de la Paz. Semejante determinacion, conocida del pueblo, cuya paciencia habian agotado los escándalos de la administracion y del palacio, hizo estallar, el 19 de Marzo de 1808, un motin terrible; y Cárlos IV, por salvar los dias del favorito, hubo de abdicar en su hijo Fernando, quien, con la aureola de la persecucion, era el ídolo de la España, y una vez en el poder habia de ser el azote de la nacion.

LIBRO V.

REINADO DE FERNANDO VII.

CAPÍTULO PRIMERO.

DON JOSÉ ABASCAL.

1808—1816.

Con el advenimiento de Fernando VII vió Napoleon desconcertados sus planes secretos; y aguijoneada por los obstáculos su ambicion, que no reconocia escrúpulos, ni imposibles, no temió arrostrar la reprobacion del mundo civilizado y exaltar las iras de una nacion magnánima, disponiendo de ella con cínica violencia. Con pérfidas promesas atrajo á Bayona al nuevo Monarca y á su padre; su cuñado Murat, que ocupaba militarmente á Madrid, ametralló al pueblo, que se habia sublevado para impedir la partida de los últimos miembros de la familia real; y despues de sosegado el tumulto, pensó ahogar en sangre toda idea de resistencia ulterior, haciendo fusilar el 2 de Mayo á cuantos paisanos se encontraron armados, siquiera fuera con un cuchillo de cocina, un cortaplumas ó unas simples tijeras. Despues de esta inhumana violen-

cia, Fernando VII y Cárlos IV fueron obligados á renunciar sus derechos á la corona de España, y por el mero beneplácito de Napoleon le fué dada á su hermano José, que reinaba ya en Nápoles.

Tan extrañas perfidias y tan irritantes ultrajes no eran para ser soportados por los arrogantes y leales descendientes del Cid. La España entera, como si estuviese animada por un solo espíritu, no tuvo otro pensamiento, que el de acabar con sus invasores, sin detenerse ante la desigualdad de fuerzas, falta de recursos y cautiverio de su amado rey. En todas las capitales se organizaron juntas de gobierno, y en los despoblados, como en las ciudades, se prepararon á combatir sin tregua, ni misericordia, los ancianos lo mismo que los hombres robustos, las mujeres y los eclesiásticos. La victoria de Bailén, alcanzada por los españoles contra generales de gran nombradia el 19 de Julio, abrió para las invencibles armas del imperio una era de reveses, precursores de la mayor catástrofe; y la defensa heroica de Zaragoza, que renovaba los gloriosos recuerdos de Sagunto y de Numancia, probó, que para el triunfo definitivo serian estériles los laureles cosechados en la península por el audaz usurpador. Sorprendido éste por tan terrible alzamiento, voló á sofocarle con el irresistible ascendiente de su genio y de su pujanza. En efecto, con la presencia del gran Napoleon la victoria siguió por doquier á las huestes francesas, y la Junta Cen-

tral, que dirigia la defensa de la España, hubo de refugiarse en un rincon de Andalucía. Mas no por eso se desalentaron los patriotas: á cada gran reves se envalentonaban más y difundian la confianza exclamando: *No importa*, con tanta fe como decision; los guerrilleros, que pululaban por todas partes, hacian sufrir graves pérdidas á los vencedores, hasta en sus mismos campamentos, y probaban una vez más, que la España se conservaria independiente despues de haber sido el sepulcro de los dominadores de Europa.

La lamentable situacion á que se habian visto reducidos los dominios españoles por tres siglos de gobierno absoluto, junto con los progresos del espíritu liberal, hizo creer á los patriotas, que, al sacrificarse por la defensa de su Rey, no debian olvidar el restablecimiento de las antiguas libertades; al mismo tiempo que combatian contra el extranjero, principiaron á extirpar abusos seculares, y trataron de reunir la representacion nacional para que asegurára los derechos comunes con una buena Constitucion. La Regencia, que se creó para gobernar en ausencia del Monarca, no desconoció los de la América española, y con la franqueza más honrosa á sus intenciones dijo: «Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que ántes, encorvados bajo un yugo mucho más duro, miéntras más distantes estabais del poder, mirados

con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.»

Los acontecimientos de la metrópoli resonaron profundamente en todas sus colonias. A imitacion de la península, las principales ciudades quisieron nombrar juntas de gobierno, que, jurando fidelidad á Fernando VII, defendieran al país de agresiones extrañas y colocáran á los americanos al mismo nivel, que los demas vasallos. En Montevideo fué el ultra-realista Elío, quien estableció una junta provincial, desconfiando del virey Liniers, por su orígen frances. En las demas ciudades, donde se proyectó igual establecimiento, hubo necesidad de arrollar la oposicion de las autoridades coloniales ó de sufrir su dura represion. Por mucha sumision, que ostentáran aquellas corporaciones populares, era evidente, que el curso fatal de los sucesos las llevaria por grados á la proclamacion de la independencia, de la que sus miembros más influyentes eran decididos partidarios. Por otra parte, ni los peninsulares, habituados á injustas preferencias, podian soportar la igual representacion politica de los americanos, ni desde que éstos se veian dueños de la situacion, olvidaban la revindicacion más ó ménos violenta de sus derechos. Por lo tanto, aunque al principio hubiera cierta uniformidad de lenguaje y la mayor analogía de aspiraciones; eran inevitables el antagonismo de sentimientos y la lucha abierta.

El movimiento americano de 1809, como desde luégo no podia penetrar abiertamente en las masas, en parte aletargadas, en parte sometidas á preocupaciones monárquicas, ofreció poca consistencia y cierta aparente nulidad; las juntas se disolvieron por sí mismas, ó desaparecieron sin gran dificultad al acercarse las fuerzas armadas, que las combatian á nombre del órden establecido. Mas en 1810 la revolucion se presentó tan general como irresistible. En Buenos Aires, Santiago, el Alto Perú, Quito, Bogotá, Caracas y Méjico se oyó casi simultáneamente el grito de emancipacion, que, lanzado por hombres prominentes, era repetido con entusiasmo por la inmensa muchedumbre. Las ideas habian hecho en algunos meses, por la activa propaganda de las conversaciones y de los libros, un largo camino, que al parecer no habria podido recorrerse sino despues de muchos años. Los hechos hablaban bastante claro por sí mismos. Ocupada casi toda la España por los franceses, no presentaba ni áun las meras apariencias de la fuerza para gobernar á su pesar un vastísimo continente. Algunos hijos del Nuevo Mundo, que educados en Europa, ó viajando por ella, habian visto las cosas de cerca, concibieron, junto con la conviccion profunda de que la dinastía de los Borbones era impotente para el bien, la más ardiente aspiracion por mejorar la condicion estacionaria de su país natal, llamado á los más brillantes destinos. Mu-

chos de ellos se reunieron en sociedades secretas para concertar los medios seguros de emancipacion; otros se consagraron á un peligroso apostolado político, que podia terminar en el martirio, pero que no dejaba incierto el triunfo de su causa. Era la causa de la libertad, de la justicia y del progreso. Ante el ilimitado porvenir, que abria á millares de generaciones vegetando ántes en una degradante tutela, y ante las inapreciables ventajas, que podria reportar la civilizacion universal, no habia vacilacion posible para los espíritus bien templados, cualesquiera que fuesen los riesgos de la lucha. En verdad, parecia obra de gigantes destruir la dominacion de tres siglos, apoyada por la ignorancia, el aislamiento, la division social, los intereses dominantes y la fuerza, que siempre puede organizar un gobierno largo tiempo obedecido. Los primeros ataques eran sobremanera peligrosos; mas, como las instituciones no presentaban en sí mismas ningun principio de estabilidad, ni las apoyaba una gran fuerza física duradera, y era de pura fascinacion su acatada fuerza moral; la revolucion habia de robustecerse con cada una de sus derrotas, y su triunfo no podia diferirse, una vez ilustrada la opinion pública.

La prosperidad de los Estados-Unidos, el trono de Portugal trasladado al Brasil, la Europa cambiada por la revolucion francesa, la España luchando por su independencia y libertad, las doctrinas y

los ejemplos, que se recibian de todas partes, el interés, cada dia más patente, de ponerse en libre comunicacion con el mundo civilizado, la aspiracion natural á disponer de sus propios destinos, todo excitaba y colocaba á las colonias españolas en posicion de proclamar su independencia.

A las causas comunes unia el Perú otras particulares muy poderosas para querer emanciparse. Habiendo sido un imperio floreciente bajo los hijos del sol, se sentia humillado bajo el doble yugo del coloniaje y de la conquista; los elementos de grandeza con que le ha favorecido la divina Providencia, le llamaban á ser una gran potencia predominante en el Pacífico, y miéntras estuviese reducido á la condicion de simple vireinato, no podia recibir el conveniente impulso de un estado en decadencia, del que se hallaba separado por el Atlántico y por el ancho continente. Mas estas circunstancias, que hacian inevitable la emancipacion del Perú, le oponian por de pronto fortísimos obstáculos: la sujecion desde tiempo inmemorial á gobiernos despóticos habia arraigado profundamente los hábitos de obediencia en la numerosa poblacion indígena, de suyo dócil y sumisa; la distancia mantenia en las masas la fascinacion del poder real, cuyos vicios y abatimiento no podian percibirse claramente; tambien llegaba debilitado el eco de las ideas y de los hechos, que estaban causando en el mundo civilizado la revolucion más asombrosa; en fin, los abun-

dantes recursos del país, hábilmente organizados por una serie de entendidos vireyes, los ponian en estado de sofocar los primeros alzamientos.

Abascal dificultaba sobremanera, con su hábil administracion, las tentativas revolucionarias en la capital del vireinato, donde el gobierno colonial contaba con fortísimos elementos de defensa. Como el más poderoso de todos, se habia ganado el Virey la estimacion pública con su conducta respetable y benévola; se atrajo el favor del influyente cuerpo de abogados, organizando con buenas constituciones su deseado colegio; los médicos tuvieron en el de San Fernando una escuela, que principió á dar á su utilísima profesion el debido prestigio y que tambien fué la obra de Abascal, eficazmente secundado por el sabio Unanue; las personas ilustradas vieron con placer la creacion de la biblioteca pública con 8.000 volúmenes, bajo la direccion del entendido Cisneros; la poblacion entera celebró con entusiasmo la apertura del cementerio general, al que contribuyó mucho el arzobispo Las Heras, y adonde fué trasladado el cadáver de su antecesor Larreguera, para que en adelante nadie tuviese la pretension de ser enterrado en las iglesias.

Satisfecha de sus autoridades superiores, y en el seno de la prosperidad y la abundancia, supo Lima, sin conmoverse, los graves acontecimientos acaecidos en la Península en 1808. El Virey pudo sin gran dificultad cruzar los proyectos de los emisa-

rios bonapartistas y de la princesa Carlota, establecida en Rio-Janeiro, que aspiraban á dominar el Perú, los unos á nombre de José I, y la otra como la más próxima parienta del monarca cautivo. Cuando, meses despues cundian por todas partes las ideas revolucionarias, las comprimió Abascal en Lima con una política á la vez suave y enérgica. Sabiendo, que Unanue, á quien estimaba mucho, conversaba con otros acerca de la independencia, le impuso silencio con prudentes consejos. El peninsular Pardo, el Dr. Anchoris, el italiano Boqui y otros sujetos, que concertaban, ya la formacion de una junta popular, ya planes más avanzados, fueron perseguidos eficazmente, sin emplear contra ellos castigos muy severos, que habrian ganado á su causa la opinion pública. Manifestaciones más decisivas en favor de la emancipacion eran comprimidas en la capital con la vigilancia de la autoridad, su imponente aparato militar y la reunion de los hombres más influyentes en el batallon de la *Concordia*, cuyos jefes habian sido tomados indistintamente de entre las notabilidades peninsulares y limeñas.

Las precauciones para conservar el órden establecido en el vireinato habrian tenido resultados efímeros, si no se lográra contener el progreso de la revolucion, que se enseñoreaba de Quito, Chile, Buenos-Aires y Alto-Perú. Al tenerse noticia de tan extensos movimientos, se reunió una junta, en

que tomaron parte la Audiencia, el Arzobispo, los jefes militares de mayor graduacion, representantes del Tribunal de Cuentas y otros sujetos de gran influencia. Al deliberarse sobre el partido más conveniente para comprimir el general alzamiento, opinó la mayoría, que los levantados debian ser combatidos con la fuerza de las armas. El regente Arredondo habia sido de opinion: que la guerra sería fatal á la dominacion española; que, si era fácil derrotar á gente inexperta en batalla campal, no tardarian en reparar sus desastres, se aleccionarian con ellos, y al fin obtendrian el triunfo; pero que, si en vez de las armas se apelaba á los artificios de la política, pudiera introducirse la division entre personas incautas, deshacerse de los más peligrosos, y reducir á los demas insensiblemente á la acostumbrada obediencia.

Asegúrase, que al dispersarse los miembros de la junta, donde fué resuelta la guerra, y cuando se retiraba Arredondo, fué llamado por Abascal, que con toda franqueza le dijo: « ¿Cree usted, que desconozco la exactitud de su voto, y que no tendria buenos resultados, si se adoptase? Cuanto usted tiene expuesto, es lo más conveniente y lo que puede salvar estas posesiones; pero ¡pobre de mí, si lo siguiese! Sería entónces calumniado en la córte; me creerian cómplice con Godoy, mi favorecedor, y que trataba de preparar estos ricos dominios para el usurpador Bonaparte. Cada uno de los circuns-

tantes escribiria en este sentido, y yo sería la víctima de la prudencia, y ántes que mi honor sea mancillado, prefiero hacer la guerra; la guerra es el único modo, que tengo de salvarme.» El historiador, que no puede adoptar gravísimas acusaciones sin pesar la fuerza de los testimonios, no admitirá como cosa cierta una declaracion, que, si bien se ve autorizada por la voz pública, reposa únicamente en la divulgacion de una confidencia, cuyos términos se alteran y tergiversan con suma facilidad, cuando está sobrexcitada la expectacion de los pueblos. Mas, si Abascal habló como se dice, dió una prueba de ligereza y egoismo, poco en armonía con su conducta habitual. Por lo comun prefirió las medidas de verdadera prudencia, y no debia considerar como tales los ardides maquiavélicos aconsejados por Arredondo, que, sobre ser inicuos, no ofrecian resultados serios. ¿Qué hubiera podido conseguir con las peores artes un virey del Perú para contener el movimiento providencial, que, por la marcha irresistible de los espíritus en todo el mundo civilizado, determinaba la emancipacion de la América? En verdad no faltaron, ni podian faltar excisiones lamentables entre los americanos, lanzados sin preparacion en la carrera de las revoluciones en un siglo en que la anarquía de las ideas excede en mucho á cuantas causas dividieron en otros tiempos á las naciones y á los partidos; pero la lucha interior de los patriotas no hizo por un

momento dudoso el triunfo de la independencia.

Conforme á la resolucion de la junta, se envió para sujetar á Quito una expedicion de 500 hombres á las órdenes del sobrino del Regente. La autoridad colonial se hallaba restablecida cuando llegaron á aquel reino; pero al año siguiente hubieron de ahogar en sangre un segundo alzamiento de Quito, que, como era de esperar, se reprodujo despues más violento y con éxito más duradero.

Con los levantados en Chile hubo de contemporizar el Virey, ya porque conservaban una aparente sumision á Fernando VII, ya porque hubiera sido peligroso suspender el acostumbrado tráfico. Mas desplegó suma actividad para contener á las fuerzas de Buenos-Aires, que despues de arrollar á los realistas, tocaban ya los límites del vireinato del Perú. El arequipeño D. Juan Manuel de Goyeneche, que habia sido enviado por la junta de Sevilla para asegurar la adhesion de los americanos, secundó con la mayor eficacia los proyectos de Abascal. Nombrado por éste presidente del Cuzco, organizó con extraordinaria rapidez un ejército de 8.000 hombres, explotando con sagacidad los sentimientos de aquellas poblaciones sencillas, y la disposicion de los indios á formar excelentes tropas bajo la direccion conveniente. Castelli, que comandaba las argentinas, demasiado confiado por sus primeros triunfos y por el entusiasmo de los pueblos, habia perdido un tiempo precioso en el

ocio y en disipaciones, que daban una idea desfavorable de la religion de los patriotas. Aunque su contrario estaba ya cerca y con fuerzas respetables, descuidó las precauciones militares por haberse pactado un armisticio de cuarenta dias. El 20 de Junio de 1811, ántes que hubiese espirado la tregua, su ejército fué atacado por sorpresa y sufrió una gran derrota cerca de Guaqui, la que, seguida de otros desastres, puso la mayor parte del Alto Perú en poder de los realistas.

La América podia dirigir los más severos cargos al vencedor de sus compatriotas; pero, como era natural, la metrópoli recompensó sus servicios con los mayores honores y con el título de Conde de Guaqui; los partidarios del coloniaje celebraron con las mayores fiestas un triunfo, que les libertaba de la inmediata ruina. A no haber sido detenido con aquel desastre el torrente revolucionario, habria invadido sin tardanza la porcion más poblada del vireinato. La influyente Arequipa estaba ya dispuesta á declararse por la patria, y el mismo dia en que por ésta se peleaba en Guaqui, se habia pronunciado Tacna, teniendo á su cabeza al limeño D. Francisco Antonio Zela, dotado de carácter enérgico y de sentimientos elevados. La derrota de los patriotas determinó en aquella poblacion una reaccion inmediata, que, sostenida por un destacamento realista llegado de Arica, puso á Zela en manos de las autoridades coloniales; éstas, des-

pues de condenarle á muerte, conmutaron la última pena en el destierro al castillo de Chagres, donde falleció á influjo del clima y de la pena. En Arequipa se cambiaron los aprestos patrióticos en las pompas, que de ordinario acompañan al vencedor en las civiles contiendas.

Lima dirigia por entónces su atencion á las reformas trascendentales, que estaban decretando las Córtes españolas. Acogíanlas unos como infalibles anuncios de emancipacion, la que seria tanto más segura y provechosa, cuanto mejor preparado encontrase el espíritu de los pueblos; pensaban otros, que las discusiones, leyes y Constitucion liberal de 1812 producirian en el gobierno colonial cambios radicales, preferibles á las azarosas conquistas de la revolucion. Mas, tanto los espíritus impacientes por el triunfo inmediato de la independencia, como los que lo aplazaban para otra oportunidad, se felicitaban del lugar distinguido, que los diputados del Perú se fueron haciendo entre los prohombres de la metrópoli. Sucesivamente brillaron en ella el trujillano Ostolaza, que rescataba sus ideas retrógradas con su bien templado carácter; el limeño Duarte Morales, que murió despues de haber sido Presidente de las Córtes; Feliu, decidido por las letras castellanas; Unanue, ya ventajosamente conocido, entre otros doctos escritos, por sus observaciones sobre el clima de Lima; el huamanguino Mugica, elocuente pintor de las miserias del

indio, y entre otros de la segunda época constitucional, el jóven Pando, que años despues fué Ministro de Relaciones Exteriores, en la época más difícil de la revolucion española. En la capital del Perú se vió tambien con general entusiasmo la eleccion del entendido D. José Salazar y Baquijano para consejero de la Regencia. Esperaban muchos, que, miéntras se festejaba con exaltacion tan honroso nombramiento, pudiera determinarse algo de decisivo en favor de la independencia; por eso se vió la salida del ántes popular compatriota con suma frialdad, por habérsele creido opuesto, ó por lo ménos indiferente á la emancipacion inmodiata. Otras alternativas de ilusion y desaliento se fueron ofreciendo por la agitacion estéril, que producian las elecciones populares de los ayuntamientos, la indecisa libertad de imprenta y la abolicion del Santo Oficio, en cuyas cárceles penetró la multitud en tumultuoso desórden.

En la oscilacion de temores y esperanzas no podia ménos de hacer progresos continuos y cada dia más rápidos el espíritu de independencia, desde que habia cierta libertad de hablar, escribir y leer. Las lecciones del convictorio de San Cárlos; el *Satélite del peruano*, periódico en que escribian Calatayud, Villalta, Cisneros, Baquijano, Aldana y otros liberales; los discursos y correspondencia de los diputados; el trato con los ingleses, aliados de España; los libros, y la marcha misma de los hechos,

todo hacia descender la luz de la verdad, que liberta, desde las clases instruidas hasta la ruda muchedumbre. En vano se pretendia encadenar ó extraviar la inteligencia con variedad de terrores y sofismas. Procurábase inspirar el apego á la sistemada servidumbre, exaltando el temor, que naturalmente excita lo desconocido, y acrecentando los recelos, que de suyo despertaban las graves discordias de los patriotas en las colonias ya sublevadas. Poníase mucho empeño en confundir la causa de Dios con la del coloniaje, como si para ser independiente fuera necesario abjurar los sentimientos religiosos. Se invocaban aún el pretendido derecho de conquista, la sujecion perpétua á la metrópoli bajo el título de madre patria, y los lazos accesorios, que pudieran resultar del juramento prestado, del honor militar y de la situacion excepcional de la península. Mas el simple buen sentido bastaba para desvanecer tan artificiosas fascinaciones; y una vez que se ponian en la balanza los derechos del Rey y de la patria, la decision no podia hacerse aguardar por mucho tiempo. Lo que ántes era un simple instinto patriótico, ciego é indeciso, se convertia en una conviccion fija y luminosa; al vago deber reemplazaba la firme resolucion, y los espíritus ardientes pasaban á traducirla en hechos.

En 1812, cuando se trataba de adormecer el vireinato celebrando solemnemente la promulgacion de la Constitucion política, los patriotas de Huanu-

co, aislados y faltos de toda cooperacion, osaron proclamar la independencia. Por desgracia llamaron en su apoyo á los indios de Panataguas, que, poco habituados á respetar el órden social, trataron la ciudad como una plaza conquistada. Sus excesos les atrajeron la animadversion de las provincias vecinas, y el Intendente de Tarma pudo atacarlos con éxito completo, destrozándolos de una manera espantosa en las inmediaciones de Ambo y haciendo sufrir el último suplicio á sus jefes Araos, Castilla y Rodriguez.

En los confines meridionales del vireinato se sostenia incontrastable el espíritu de independencia, aunque Goyeneche y sus subalternos procuraban aterrar á los patriotas con atroces ejecuciones. Cuando se lisonjeaban de llevar la devastacion y el terror de las armas reales á las cercanias de Buenos-Aires, sufrieron grandes derrotas en Tucuman y Salta, ya por el esfuerzo de las huestes argentinas, ya por los irregulares, pero decisivos ataques de los gauchos. Enfermo el vencedor de Guaqui por ver malogrado su triunfo, y resuelto á dejar el mando, los jefes americanos, que le secundaban, estaban mal dispuestos ó irresolutos para seguir en las mismas banderas, y el ejército realista habria sucumbido probablemente en la nueva campaña; si el Virey no hubiera puesto á su cabeza al subinspector de artilleria D. Joaquin de la Pezuela, quien, con la hábil organizacion de esta arma, habia con-

tribuido en gran parte al sostenimiento del vacilante coloniaje, y con sus talentos militares iba á restablecer el prestigio de su causa. En efecto, con tanta actividad, como inteligencia, puso en breve sobre un pié brillante las fuerzas de su mando, y con las victorias de Vilcapugio y Ayohuma, contuvo el poderoso impulso de la revolucion en sus anteriores límites.

Participando del error comun á la mayor parte de los que defienden á los gobiernos establecidos, creyeron los realistas, que sus nuevos triunfos en el campo de batalla anonadarian á sus enemigos, como si detras de éstos no estuviera la opinion, que cada dia iba desplegando mayores bríos. El cuartel realista se veia amenazado de cerca por impertérritos guerrilleros, que á cada derrota aparecian en mayor número y con mayor entusiasmo; en la remota Tacna habia encabezado el jóven Pallardeli un segundo levantamiento, que fué sofocado por su derrota en Camiara, pero que dejaba en las intendencias del Sur una excitacion permanente; en el Cuzco habia ocurrido, en el mismo año de 1813, una conspiracion, cuyos jefes fueron presos, pero cuya causa se seguia con lentitud, por no hallar demasiados cómplices.

Siempre ciegos ante los progresos del sentimiento patriótico, abrigaban los defensores gran confianza del triunfo completo en 1814, porque veian á Fernando VII, pronto á ser restablecido en el

trono de sus mayores, profundamente divididos á los independientes de Buenos-Aires, y á los de Chile sufriendo con iguales excisiones los amagos de una reaccion terrible. Abascal envió al último reino una expedicion, con fundadas esperanzas de someterlo de nuevo al yugo colonial. Sucesos tan alarmantes, como imprevistos, le hicieron temblar por la causa del Rey hasta en la capital del vireinato. Montevideo, que le habia sostenido tenazmente y contaba todavía con poderosos elementos de defensa, cayó en poder de los patriotas. Sobreexcitado el valor de los argentinos, volvieron pujantes contra las huestes de Pezuela. Reanimados los guerrilleros del Alto Perú, le asediaron de más cerca. El 3 de Agosto de dicho año estalló en el Cuzco un movimiento lentamente preparado, que tomó en breve grandiosas proporciones.

El cacique D. Mateo Pumacahua, que tantos servicios habia prestado al gobierno colonial en la revolucion de Tupac Amaru, y que por los prestados recientemente habia sido elevado á brigadier; los hermanos José y Vicente Angulo, de los que el primero estaba preso por conspirador; los curas Béjar y Muñecas, el Dr. Astete, el coronel Moscoso, Mendoza, Pinelo y otros hombres entusiastas se apoderaron, por un bien concertado plan, de las autoridades, guarnicion y recursos, sin la menor efusion de sangre, y con tan feliz éxito, que al decir del Obispo: «Si Dios pone una mano en las co-

sas del mundo, en aquella revolucion habia puesto las dos.» Formada una Junta gobernadora, compuesta del ilustrado José Angulo, Pumacahua, Astete y Moscoso, dispuso la salida de tres divisiones para propagar el alzamiento á todas las provincias. Mendoza y Béjar marcharon sobre Huamanga, donde el pronunciamiento fué secundado por las milicias acuarteladas, teniendo que lamentarse algunos excesos. Pinelo y Muñecas se dirigieron á Puno, que ya estaba pronunciado, y de allí á la Paz, la que, no obstante la esforzada defensa del Marqués de Valdehoyos, cayó en su poder. El incendio casual de las municiones, que tenian en el cuartel, y de cuya explosion fueron víctimas algunos presos y sus guardas, enfureció á la irritable plebe, la que inmoló bárbaramente 57 presuntos culpables, ejerciendo sobre los cadáveres salvajes venganzas. En direccion de Arequipa salieron Pumacahua y Angulo, y el 10 de Noviembre derrotaron completamente en la Pacheta, cerca de Arequipa, la reducida fuerza con que el intendente Moscoso y el brigadier Picoaga quisieron resistirles. Los vencedores entraron en la ciudad, que, si bien estaba todavía inclinada al bando del Rey, no pudo ménos de admirar la moderacion de aquella hueste, sin disciplina, mal vestida y desprovista de recursos. Esta victoria determinó el pronunciamiento de Moquegua y Chuquibamba, causó cierta agitacion así en Ica, como en Jauja, y

Lima estuvo muy inquieta. Abascal, que se veia casi desprovisto de fuerzas, entretuvo hábilmente la expectacion pública, ya apoyándose en el restablecimiento de Fernando VII, ya obteniendo del venerado Arzobispo una pastoral en favor de la autoridad régia, ocupando á la gente frívola con las diversiones habituales, é inspirando á los demas serios recelos de que los alzados, trayendo consigo de 7.000 á 8.000 esclavos de la costa, repitieran en la benigna capital los horrores de la Paz. En el campamento mismo de Pezuela pudo ocurrir una sublevacion formidable; porque la mayor parte de los jefes y soldados tenian sus parientes y amigos entre los cuzqueños, y el valiente coronel de dragones, D. Saturnino Castro, queria poner todo aquel ejército á disposicion del argentino.

Un plan tan vasto y coronado con sucesos tan rápidos, hubo de fracasar por toda especie de contrastes. Descubierto Castro la víspera de su pronunciamiento, y teniendo que precipitarlo por haberse librado contra él la órden de arresto, fué preso por los mismos oficiales á quienes intentaba atraer, y sufrió la sentencia de muerte, ejecutada por la tropa con que contaba. Ésta manifestó vivos deseos de marchar contra sus paisanos, comprometidos en la revolucion, y puesta á las órdenes del valeroso, cuanto severo Ramirez, precipitó su marcha á la Paz, que ya habia caido en poder de los contrarios, pero que él ocupó á fines de Octubre, despues de haberlos derrotado

en los altos. El vencedor, haciendo sentir duramente su mano vengadora, y habiendo extraido cien mil pesos para satisfacer á sus soldados, se avanzó hasta Arequipa, sin encontrar oposicion séria. En aquella ciudad se detuvo hasta el 13 de Febrero de 1815, reparando sus fatigas, mejorando el armamento y recibiendo importantes refuerzos del vecindario, al que habia exasperado el suplicio infringido por los alzados al intendente Moscoso y al coronel Picoaga, prisioneros en la Pacheta. La revolucion estaba desconcertada, falta de buena direccion y de los auxilios esperados. Muchos comprometidos del Cuzco se retraian, retirándose á sus casas y haciendas; en Tinta se habia intentado una contra-revolucion, que fué necesario sofocar con violencia; Pumacahua y Angulo, en vez de intentar excursiones de provecho, perdian el tiempo en correrías hácia Lampa y Cailloma. El comandante Gonzalez, enviado por el Virey con unos 120 hombres de Talavera, habia derrotado á Mendoza en Huanta y Matará. El pronunciamiento, estallado en Huancavelica, creyendo favorable el encuentro de Huanta, se sofocó en breve al saberse el desastre.

Ramirez fué, sin vacilar, al encuentro de las fuerzas enemigas, que se habian concentrado entre los pueblos de Ayaviri y Pucará, despreciando la intimacion de sus caudillos para que rindieran las armas, y el 11 de Marzo los alcanzó á las orillas del rio Cupi, en el camino de Humachiri. Tenian una

regular posicion, 40 piezas de artillería y unos 20.000 hombres; pero sólo habia unos 800 con fusil, y algunos montados con pistola y sable; sobrábales el arrojo, pero junto con las armas, les faltaban la disciplina y pericia, sin las cuales el heroismo de la numerosa muchedumbre se convierte en su propia ruina. Por esa causa no pudieron resistir á un ataque en regla, aunque despues de desordenados en el campo quisieron probar la suerte de las armas en la escabrosa altura.

El vencedor, no contento con la espantosa carnicería, que acompañó á su triunfo, lo deshonró con ejecuciones crueles, hechas á sangre fria. Víctimas de su implacable venganza fueron el coronel Dianderas, un sobrino de Pumacahua, San Roman, padre del esclarecido guerrero, que debia ocupar los más altos destinos en la república, el simpático auditor de guerra joven Melgar, que era la esperanza del Parnaso peruano, y otros hombres honrados sin más delito, que haber peleado lealmente por la causa de su patria. Pumacahua, aprisionado en su fuga por los vecinos de Sicuani, que le odiaban de muerte por sus rigores en 1781 y en el reciente alzamiento, fué ejecutado en el mismo pueblo. Los Angulos y otros caudillos no pudieron sofocar la reaccion estallada en el Cuzco, de la que fueron víctimas. El cabecilla Pacatoro asesinó á Mendoza para pasarse á los realistas. Los que en Puno defendian todavía la causa de la patria, sucumbieron tambien

en la persecucion de Ramirez, sin misericordia con todos los jefes del alzamiento. Sólo el indomable cura Muñecas pudo sostenerse por algun tiempo en la provincia de Larecaja, que hoy lleva su nombre.

La fortuna seguia sonriendo á los realistas. Osorio habia logrado someter á Chile despues de la victoria de Rancagua. Reforzado Pezuela con los que de aquel reino regresaron, y con la tropa de Ramirez, pudo salir de la posicion en que se habia encastillado, y obtuvo sobre los argentinos la importante victoria de Viluma, que les hizo desistir de nuevas tentativas sobre el Alto-Perú. El corsario Brown, que habia sido enviado al Pacífico por los independientes de Montevideo, cayó prisionero en Guayaquil y sólo debió su salvacion á la clemencia del Virey. Fernando VII, que por la abolicion de las leyes liberales habia entrado en la plenitud del poder absoluto, hacia grandes aprestos para sujetar las colonias. El ejército, mandado por Morillo y recien llegado de la Península, se enseñoreaba de Cartagena y otros pueblos patriotas, imponiendo al vireinato de Santa Fe y á Venezuela. El gobierno del Perú era conferido al vencedor de Viluma, nombrándose por su sucesor en el mando de aquel ejército al acreditado D. José Laserna, al que debian secundar otros jefes y soldados, engreidos con sus laureles en la guerra contra el capitan del siglo.

Poco ántes de ser relevado de su encumbrado cargo dió el anciano Abascal una señalada prueba

de audacia y sangre fria. El primer batallon de Extremadura, un escuadron de húsares de Fernando VII y otro de dragones de la Union se habian sublevado en Lima, pidiendo sus alcances de España y desobedeciendo la voz de sus jefes. El anciano Virey corrió á caballo con tal premura, que se maltrató una pierna al doblar una esquina, y presentándose impertérrito y venerable ante aquella tropa insubordinada, logró calmarla y dominó el motin con el apoyo del cuerpo de artillería, que habia permanecido fiel á la disciplina. Tan distinguida prueba de energía vino á corroborar la alta estimacion de que habia gozado Abascal por las dotes desplegadas en la administracion, en una época, que ponia sus talentos y carácter á las pruebas más difíciles. De continuo hubo de comprimir las aspiraciones nacionales del Perú, sin herir demasiado la suceptibilidad de los pueblos; envió planes, armamento, refuerzos y recursos á los que defendian la causa real en Quito, Chile y fronteras de Buenos-Aires; supo obtener, por donativos, empréstitos y bien manejadas rentas, suficientes fondos para cubrir tan costosas atenciones, y sin perjuicio de ellas, se ocupó hasta de favorecer el progreso de las misiones, especialmente por el lado del Pangoa y del Chanchamayo acerca del que habia presentado en 1808 el intendente Urrutia un luminoso informe. Lo que más honra la memoria de Abascal, es que en aquellas circunstancias dejó pocos enemigos,

muchos admiradores, y personas respetables lamentando su separacion del gobierno. La córte le recompensó con el honroso título de Marqués de la Concordia.

CAPÍTULO II.

DON JOAQUIN DE LA PEZUELA.

1816—1821.

El nuevo Virey era activo, valeroso, fiel á sus deberes y de la dignidad personal correspondiente á su elevado cargo; pero no estaba en armonía con las ideas del siglo y se hallaba dotado de mayor aptitud para hacer la guerra al frente del ejército, que para dirigir los negocios del gobierno. Sus panegiristas le elogiaron desmedidamente en prosa y en verso, en la universidad y en el púlpito; mas, segun se dice, dió justos motivos para quejarse de su porte poco caballeroso, á su digno antecesor, á cuyo mérito y beneficios debia consideraciones y reconocimiento. La reaccion absolutista no perdonaba ni áun á los más leales servidores del Rey, el que hubiesen manifestado cierta tolerancia con las nuevas doctrinas. Fernando VII condenaba á prision, presidio ó último suplicio á los que habian peleado para restablecerle en el trono, si llegaban á estar más ó ménos convictos de liberalismo. La monar-

quía volvia á los abusos seculares, desórden de las rentas, miras retrógradas y nacional abatimiento. Los partidarios del absolutismo contaban ciegamente con el pronto regreso de la América á las viejas tradiciones del coloniaje. Fundábase su loca confianza en el estado próspero de sus cosas, en las grandes fuerzas, que se prometian enviar de la Península, y en el poderoso apoyo de la santa alianza, enemiga declarada de cuantos invocasen la soberanía del pueblo. Apoyábanse otros en la fuerza de las creencias arraigadas, á las que podia robustecer mucho el breve, dirigido por Pío VII, en 30 de Enero de 1816, á los Arzobispos, Obispos y clero de América, obligándolos á promover con el mayor ahinco la fidelidad y obediencia debida al Rey Católico. Seguros de la pacificacion, algunos jefes feroces se proponian conseguirla, exterminando á cuantos pensasen libremente, áun cuando fuera necesario reducir las colonias á un inmenso desierto. Otros, que la daban de humanos y políticos, creian, que se aseguraria la dominacion española, sea halagando á los americanos con distinciones honoríficas, sea trasladando las tropas levantadas en una colonia á otra bien distante.

La constancia de los patriotas estaba á prueba de mayores seducciones y riesgos. Desde que, restablecido el absolutismo, no habia esperanzas de libertad, ni de apacibles progresos, no era posible la menor ilusion acerca del gobierno colonial. No pu-

diendo confiarse en que un monarca retrógrado y mal intencionado administrára la América conforme á sus aspiraciones y al espíritu del siglo, era necesario combatir sin tregua por la causa santa de la patria y de la libertad. Los mayores contrastes no podian hacer dudoso el triunfo definitivo, cuando de un lado aparecia la monarquía con toda su impotencia y desaciertos, y de otro la causa del Nuevo Mundo radiante de porvenir y favorecida por los climas, por la inmensidad, accidentes y recursos del territorio y por la decision de sus habitantes. El entusiasmo de los americanos se estaba vigorizando con la llegada de muchos ingleses, franceses, alemanes y áun algunos españoles, que viendo encadenada la libertad en Europa y sumidos los pueblos en la paz sepulcral del absolutismo, venian á pelear por las doctrinas liberales en un teatro más propicio á su plantificacion y fecundo desarrollo.

Para dar á todos los esfuerzos en favor de la emancipacion el concierto y unidad, que son el sello de todo lo grande, se alzaron, entre la falanje de los patriotas, Bolivar y San Martin, como se elevan entre los demas montes las más altas cumbres de los Andes. Don Simon Bolivar, nacido en Caracas, de una familia noble y rica, habia pasado mucho tiempo en la córte de España, cuyo lamentable abatimiento pudo conocer de cerca por sus distinguidas relaciones; se inflamó en Francia con los altos

hechos del Capitan del siglo, y juró en Roma consagrarse á la independencia del Nuevo Mundo. Capaz de los más vastos designios y de la ejecucion más rápida, ardiente, impetuoso, ejerciendo un ascendiente irresistible por la fuerza de su voluntad y por la vehemencia de sus discursos, superior á todos los reveses y no retrocediendo ante ningun obstáculo, fué la más valiente personificacion del genio de la independencia; verdadero rayo de la guerra, aterraba con súbitos y destructores ataques á los realistas, embriagados con recientes victorias, y que le miraban apénas con el recelo causado por lejanas tempestades; su talla no pasaba de la ordinaria, pero su espíritu excedia enormemente á la mayoría de los héroes en atrevimiento, penetracion y constancia.

Sin alcanzar las proporciones del coloso de Costafirme, se sostuvo D. José San Martin á grande altura. Habia nacido en Yapepu, cabeza de las misiones del Paraguay, de padres españoles esclarecidos; se educó en el seminario de nobles; sirvió con distincion en el ejército Real contra la república francesa y contra el imperio, habiendo tomado parte en acciones muy notables, y mereció, por su buen comportamiento, el grado de comandante de escuadron en el regimiento de Sagunto. Declarada Buenos-Aires por la independencia, vino á ofrecerle el apoyo de su espada y sus conocimientos estratégicos. Para asegurar el éxito de los esfuerzos

patrióticos, fundó, con Alvear, Puyredon y otros jóvenes revolucionarios, la influyente Logia de Lautaro, cuyas formas exteriores eran las masónicas, y el objeto análogo al de las ventas carbonarias, consagradas en Europa á la causa del liberalismo. Aquella sociedad le prestó una eficaz cooperacion para sus grandiosos proyectos, y opuso insuperables obstáculos á sus miras ulteriores. Más constante apoyo recibió del batallon granaderos de los Andes, que supo organizar de la manera más brillante. De inteligencia clara, moderando siempre sus aspiraciones por el buen sentido, no anticipándose nunca á los acontecimientos, y alejándose del teatro de sus glorias, cuando veia cumplido su destino, se inmortalizó asegurando la emancipacion de Chile y fundando la independencia del Perú, cuyo triunfo estaba reservado á Bolivar. Ambos caudillos, simples instrumentos de la Providencia, como lo son todos los grandes hombres, debian eclipsarse luégo que llenáran su mision libertadora.

El reino de Chile, afligido por una tiranía insensata, ofreció á San Martin, que á la sazon era gobernador de Mendoza, la primera ocasion de eternizar su nombre. Unos dos mil emigrados, puestos bajo sus órdenes, junto con la tropa, que ya habia organizado, le permitieron levantar sobre sólidas bases la independencia de aquel estado en una rápida campaña, que fué coronada con la victoria alcanzada en Chacabuco el 12 de Febrero de 1817.

En vano el Virey, fiado en la feliz expedicion llevada á cabo en años anteriores por su yerno Osorio, le envió á reconquistar á Chile con fuerzas respetables; en vano se llenó de las más halagüeñas ilusiones, sabiendo, que los expedicionarios habian obtenido señaladas ventajas el 19 de Marzo de 1818, sorprendiendo el campo enemigo en Cancharayada. El genio de San Martin, secundado por los entusiastas patriotas de Santiago, consolidó para siempre la naciente república con la espléndida victoria conseguida en Maypu, á corta distancia de aquella capital, el 5 de Abril siguiente á la derrota, que los realistas creian definitiva.

Con la enérgica actividad, que caracteriza á aquel pueblo, sobreexcitada por el entusiasmo de la libertad, se propusieron y obtuvieron los chilenos la rápida formacion de una escuadra capaz de dar la ley en el Pacífico. Comprados y alistados algunos buques en Inglaterra, recibieron un importantísimo refuerzo, de donde pudieran recelar grandes contrastes. A fines de Mayo de 1818 habia salido de la Península para las costas de Chile una expedicion de 2.000 hombres, escoltada por la fragata de guerra *María Isabel*: la *Trinidad*, que era uno de los trasportes, se separó del convoy el 30 de Junio siguiente, y veintidos dias despues, asesinados los jefes por dos sargentos, se dirigió á Buenos-Aires, y se puso á las órdenes de los independientes. Aprovechando la traicion sin tener en mucho á los trai-

dores, dió aquel Gobierno oportunas noticias, y el almirante chileno, D. Manuel Blanco Encalada, logró apoderarse de la fragata *María Isabel*, y sus paisanos de los trasportes, que sucesivamente fueron llegando, con excepcion de uno, que pudo arribar al Callao con 200 hombres.

Una adquisicion más importante hicieron los independientes en la persona de Lord Cochrane, uno de los marinos más afamados, que habia estado cerca de destruir la armada francesa en la época más floreciente del imperio, y que podia prestar inapreciables servicios por su pericia naval, su maravillosa audacia y su decision por la libertad de América. El valiente, cuanto modesto almirante Blanco, le obedeció de buena voluntad como á su superior, dando así un noble ejemplo para que se resignáran á servir bajo sus órdenes Guise, Spry y otros marinos extranjeros ó chilenos, mal dispuestos á reconocer la autoridad de un lord.

La escuadra se componia de la fragata *María Isabel*, que tomó el nombre de *O'Higgins*, de 50 cañones; el *San Martin*, de 56; la *Lautaro*, de 44; la *Chacabuco*, de 20; el *Galvarino*, de 18; el *Araucano*, de 20, y el *Puyredon*, de 16.

Miéntras se aprestaban las fuerzas marítimas, se estaba disponiendo un ejército para dar la libertad al Perú. Su venida era activamente solicitada por los patriotas del vireinato, que veian con dolor aplazada la emancipacion por la fuerte organiza-

cion militar de los realistas, y hacian presente con incontestables razonamientos el interés, que para su propia seguridad, tenian en auxiliar á los peruanos los independientes de Chile y Buenos-Aires. En las mismas ideas abundaban los gobiernos de entrambas repúblicas; igualmente que San Martin, quien desde el 13 de Diciembre de 1818 habia dirigido á los limeños y habitantes de todo el Perú su primera proclama, diciéndoles, entre otras expresiones de gran peso: «Los anales del mundo no recuerdan revolucion más santa en su fin, más necesaria á los hombres, ni más augusta por la reunion de tantas voluntades y brazos.» O'Higgins, director de Chile, les decia en otra proclama del mismo dia: «Sólo aspiramos á veros libres y felices. Vosotros formaréis vuestro gobierno, eligiendo la forma que más se acomode á vuestras costumbres, á vuestra situacion é inclinaciones: seréis vuestros propios legisladores.»

El 5 de Febrero de 1819, los ministros plenipotenciarios, D. Gregorio Tagle por parte de las provincias unidas del rio de La Plata, y D. Antonio José de Irrisarri por la de Chile, celebraron un tratado en la ciudad de Buenos-Aires, comprometiéndose á enviar al Perú una expedicion libertadora, conforme habian solicitado los vecinos de Lima. Este ejército habia de retirarse, luégo que se hubiera establecido un gobierno nacional, con el que se arreglarian amigablemente la liquidacion, tiempo, modo y forma de pagar los gastos de la empresa.

Los dos estados, que la costeaban, garantizaban la independencia del que se formára en el Perú, cuando la capital estuviese libre.

Para allanar el camino á las huestes libertadoras, destruir en todo ó en parte la escuadra realista, y hacer presas de importancia, se habia dirigido Lord Cochrane á las costas del Perú, el 16 de Enero de 1819, con la *O'Higgins*, el *San Martin*, la *Lautaro* y el *Chacabuco*. Esperaba sacar las fragatas *Esmeralda* y *Venganza*, ambas de cuarenta cañones y ancladas en las aguas del Callao, valiéndose de la disipacion propia del carnaval, y engañando á los realistas con tomar el pabellon norte-americano en la *O'Higgins* y la *Lautaro*, para que le dejáran acercarse, creyendo ser dos buques de los Estados-Unidos, que debian llegar de un momento á otro. Una densa niebla, que tuvo separada durante cuatro dias á la Lautaro del resto de la escuadra, le impidió entrar en el puerto hasta el 28 de Febrero; y durando aún la niebla, oyó gran fuego de artillería, que le hizo creer estaba empeñado el combate. Era el saludo al Virey, quien habia bajado de Lima á hacer una revista de las baterías de la fortaleza y buques, noticioso de que el enemigo podria atacarlos, pero no recelando de ninguna manera tenerle ya á la vista. Léjos de eso, al aclarar un poco la niebla quiso dirigirse á la *O'Higgins*, tomándola por un buque de España, y hubiera caido prisionero al acercarse, si no le disua-

diera de ello el comandante del *Maypu*, diciendo: « Excmo. Señor: me está prohibido reconocer ningun buque teniendo á V. E. á bordo, que es la primera autoridad del reino; fuera de esto, si perdiéramos la línea de barlovento, en que nos hallamos, ni á las cinco de la tarde tal vez llegaríamos á ganar el fondeadero. » Una lancha cañonera, montada por un teniente y veinte hombres, fué apresada por los invasores, y Cochrane dió la órden de ataque, que se sostuvo por una hora con un vivísimo fuego de entrambas partes. Veintidos dias despues lo renovó á las diez de la noche, armando un brulote, que encalló á tiro de cañon, y se fué á pique por haberse agujereado su fondo. La preparacion de dicho brulote habia ocasionado el incendio de parte de los mistos, que maltrató al mayor Miller y á diez hombres más, ocupados de confeccionarlos en la isla de San Lorenzo. Las fuerzas sutiles españolas, aprovechando de la niebla y de la calma, atacaron, el 25 de Marzo, á los patriotas en su fondeadero, y fueron rechazadas enérgicamente.

Dejando bien puesto su crédito, y sin esperar otras ventajas, se alejó Cochrane de las aguas del Callao para dirigirse al Norte. Tocando en Huacho, recibió una acogida entusiasta de sus vecinos, de los que diez fueron condenados á muerte, y ejecutados cinco de ellos por los realistas, á causa de su ardiente adhesion á la independencia. En Supe tomaron los expedicionarios unos 70.000 pesos, per-

tenecientes á los españoles, y algunas provisiones militares, y en Huarmey otros 60.000 pesos, con cuyas presas se socorrió la escuadra. Llegando despues al puerto de Paita, desembarcaron 120 hombres, al mando del capitan Forster, quienes saquearon la poblacion, aunque no habian encontrado la menor resistencia; ese acto de piratería dejó impresiones desfavorables, que no pudo borrar el Almirante con haber castigado á los principales culpables y devuelto una parte del saqueo. Despues de otros movimientos sin importancia, hechos por él y por su segundo Blanco, que habia venido en su busca con el *Galvarino* y el *Puyredon*, emprendieron el regreso á Valparaíso, llevando consigo á D. Andres Reyes, D. Remigio Silva, D. José María Pagador, el jóven Francisco Vidal y otros patriotas, escarmentados con el trágico fin de sus amigos de Huacho. Los chilenos recibieron á los expedicionarios con los honores del triunfo; y si bien no habian alcanzado ninguno señalado, dejaban establecida la superioridad de los patriotas por mar, y puesta fuera de duda la decision de los peruanos á sacudir el yugo de la metrópoli.

Cochrane esperaba más brillantes resultados de su segunda expedicion, emprendida el 12 de Setiembre de 1819, con la *O'Higgins*, el *San Martin*, la *Lautaro*, la *Independencia*, el *Galvarino*, el *Araucano*, 481 hombres de desembarco y los buques *Victoria* y *Jerezana*, preparados para ser em-

pleados como brulotes. De éstos y de los cohetes á la congrève se aguardaban los efectos más terribles. El 30 de dicho mes entró la escuadra al Callao, y el Almirante envió un cartel de desafío para batirse buque á buque y cañon á cañon, teniendo el disgusto de que su propuesta fuese recibida por el Virey con desaire. Varios ataques, intentados en las noches del 2 y 5 de Octubre, pusieron en ridículo los celebrados cohetes y brulotes; los primeros reventaban ántes de tiempo ó tomaban una mala direccion; uno de los segundos, acribillado de balazos por los españoles, hubo de ser abandonado, é hizo su explosion á gran distancia de los buques contra los que se dirigia. Vista la inutilidad de esos ataques, hizo vela Cochrane hácia Guayaquil, en cuyo rio se avanzó, arrostrando los peligrosos bancos de arena y apresando al *Águila* y la *Begoña*, buques de mediana importancia. La fragata *Prueba*, recien llegada de la península, se puso fuera de su alcance, bajo la proteccion de las baterías de tierra, rio muy arriba.

Una tentativa hecha el 7 de Noviembre contra el puerto de Pisco, que tenía una guarnicion de 600 infantes, 150 caballos y 4 piezas de artillería de campaña, dió á los expedicionarios más honra sino mayor provecho. Aunque desembarcaron con fuerzas muy inferiores y fueron recibidos con un fuego vivísimo, ahuyentaron á los realistas, avanzándose sin hacer un tiro, silenciosos, rápidos y

en buen órden. El teniente coronel Charles, que los comandaba, fué herido mortalmente, y su segundo, el intrépido Miller, recibió heridas graves; pero, á pesar de este contraste, obtuvieron una completa victoria y abundantes provisiones. Como semejantes resultados distaban mucho de los que se habia prometido Cochrane, no quiso regresar á Valparaíso sin dejar más airosa su expedicion con algun hecho memorable. Con tal objeto emprendió y realizó con singular arrojo el asalto de la fortísima plaza de Valdivia, en el que se distinguió mucho el peruano Vidal, á quien la independencia reservaba altos destinos. «Donde entra mi gorra, entro yo», dijo con juvenil arrogancia, arrojándola dentro del fuerte, y se apresuró á ocuparlo, siguiendo la accion á las palabras.

Desde la victoria de Chacabuco estaban los patriotas de Lima en relacion con los independientes de Chile, que principió á considerarse como la ciudadela de la emancipacion. Perdido el temor á la metrópoli, se iba generalizando en el Perú la resolucion, para sacudir su yugo, en todas las clases; los indios estaban impacientes por salir de la servidumbre de la conquista, los negros por ver rotos los hierros de la esclavitud, los mestizos por ponerse al nivel de las razas, que les miraban con desden, y los blancos por sobreponerse á los advenedizos, que á menudo los suplantaban, no obstante la inferioridad de cultura y de condicion,

en la posicion social y en la estimacion del Gobierno. Aunque los obispos eran en general opuestos á la causa nacional, contaba ésta numerosos y decididos partidarios en el resto del clero. Las mujeres, que representan siempre en sus aspiraciones instintivas el partido del porvenir, acogian el de la independencia con gran entusiasmo. Hábiles emisarios, venidos unos de Buenos-Aires, y enviados otros de Chile por San Martin, difundian las nuevas ideas y alentaban todas las esperanzas. El Virey, que ántes habia creido el país favorable al Rey absoluto, se convenció, hácia 1818, de que, si en los pueblos sólo se habia de conservar á los realistas, sería necesario dejarlos con muy pocos habitantes. Conociendo la opinion predominante en Lima, redoblaba su vigilancia para evitar, que las nacientes conspiraciones tomáran una irresistible fuerza. En 1819 siguió con cuidado la que se tramaba para poner los castillos en poder de Lord Cochrane; los conjurados, denunciados por cómplices alevosos, fueron sorprendidos, cuando iban á apoderarse de las fortalezas, y murieron en el patíbulo Gomez, Alcázar y Espejo, que estaban á su cabeza. El noble limeño D. José Riva-Agüero, que habiendo regresado de la península en 1809, se habia consagrado á promover el movimiento patriótico sin excusar sacrificios de ningun género, fué perseguido, con otros jóvenes, que participaban de sus sentimientos. El Convictorio de San Cárlos se cer-

raba por temor á la exaltacion de los alumnos y á la influencia de algunos maestros. Los indios de Huaras, que se habian levantado, rehusando el pago de tributos, y ofrecian una base para pronunciamientos más decisivos, fueron sosegados, ya con el aparato militar, ya con los artificios de una política más suave. Los de otras provincias vieron con placer minorados sus sufrimientos por la abolicion de la mita.

Pezuela comprendia, que para contener la accion inminente de las fuerzas libertadoras, necesitaba, ante todo, levantar un grande ejército. Faltábanle los recursos, porque la deuda, que al principio de su gobierno, subia á unos 11.000.000 de pesos, se habia aumentado con la costosa expedicion de Chile; los capitalistas rehusaban hacer nuevos adelantos, temiendo la caida del Gobierno: pero, repartiendo un empréstito forzoso de 1.000.000, con otras entradas extraordinarias, se logró reunir en solo Lima mas de millon y medio. Con estos fondos se pudieron poner sobre las armas unos 23.000 hombres, de los que 7.815 estaban entre Lima y el Callao, 6.000 en el Alto Perú, y el resto en los demas puntos de la costa é interior del vireinato. Era muy difícil sostener esta fuerza permanente, ya por no poderse cubrir con regularidad el presupuesto militar, ya porque la desercion producia de continuo grandes bajas. El Virey fundaba sus mayores esperanzas en los refuerzos, que debian venir de la península. En

efecto, á principios de 1820 se hallaban acampados en las inmediaciones de Cádiz 20.000 soldados con destino á la América, y sólo se detenia la salida de tan respetable expedicion por la extrema penuria del Tesoro. Aquella detencion permitió poner en juego la actividad de las sociedades secretas, que difundian las doctrinas revolucionarias. El Conde de Abisbal, que era el caudillo militar, prometia favorecerlas, reconociendo la independencia de América y proclamando en España la Constitucion del año 12; probablemente sólo afectaba estas opiniones para comprimir oportunamente el alzamiento, aprehendiendo á los conjurados el dia en que debia estallar. Con su perfidia no logró sino aplazarla, y que caudillos subalternos, como Riego y Quiroga, se pusieran á la cabeza. El motin militar, que éstos dirigian, poco feliz en los principios, pero secundado despues en otros puntos de la península, determinó la revolucion de 1820; y desde entónces nada tuvieron que temer los americanos de las fuerzas peninsulares, sea porque algunos amigos de la Constitucion, consecuentes con sus principios, trabajáran para hacerlos prevalecer en todas partes, sea por los embarazos interiores con que los demas luchaban, á causa de la difícil reorganizacion de la España, y de la amenazadora reaccion absolutista.

Entre tales aprestos y revueltas, los patriotas del Perú atravesaban con ansiedad una situacion

muy crítica. Su fe se alentaba de dia en dia, unas veces con las victorias completas de los independientes, tales como la de Boyacá, con la que Bolivar destruia el poder real en Santa Fe, y preparaba la libertad de Venezuela; otras veces con la revolucion de la España, que alejaba el riesgo de expediciones enemigas, y de contínuo con los anuncios de que se apresuraba en Chile la organizacion de las huestes libertadoras. Mas, como de dia en dia iba aplazándose su venida, como los realistas estaban fortificándose en el Perú, y como su vigilancia era más activa, los espíritus impacientes se desalentaban ó tenian los más tristes presentimientos. Muchos conspiradores, gente asustadiza de suyo, de vista corta y pronta á exagerar los peligros, que les cercaban, lo suponian todo perdido, si no llegaban pronto los prometidos auxilios. Los hombres resueltos y de sólidos principios aguardaban tranquilamente, que todo estuviese bien prepado, y sin arredrarse por riesgos personales, procuraban allanar el camino á los libertadores, ya fomentando el espíritu público, ya ganando para la patria las fuerzas levantadas para oprimirla.

San Martin tenia siempre la idea fija en la expedicion al Perú, con la que se proponia asegurar la independencia de tres naciones; pero veia aplazados ó dificultados sobremanera sus aprestos bélicos por toda clase de obstáculos. Ya la demora en facilitarle medio millon de pesos, indispensables para

los primeros gastos, le obligaba á renunciar su cargo de general en jefe, con el objeto de que el gobierno de Buenos Aires y la logia de Lautaro se lo facilitasen sin economizar sacrificios. Ya se veia solicitado á abandonar su gloriosa empresa para tomar parte en la lucha fratricida, que desolaba las provincias del Rio de la Plata. Su decision incontrastable y sus principios le preservaban de caer en semejante tentacion. Pero sus enemigos políticos, entre los mismos defensores de la independencia, quisieron atentar contra su vida, y le forzaron á tomar medidas terribles, que le quitaban el tiempo y el crédito. Una grave enfermedad, que le atacó en Mendoza, le obligó á pasar la cordillera en angarillas. Llegado á Chile, y despues de él unos 2.118 hombres de auxiliares argentinos, que preservó así de perderse en la civil contienda, faltaban los recursos, que al fin pudieron obtenerse, comprometiéndose los comerciantes Solar, Sarralea y Peña á hacer los gastos á razon de 160 pesos por plaza, cobrables largo tiempo despues de corridos todos los riesgos de la guerra. Cuando todo estaba listo, surgió la intempestiva pretension de Cochrane, que queria ser el caudillo de las huestes libertadoras, como si su superioridad marítima pudiera suplir por los conocimientos, relaciones, prestigio y legítimas influencias del héroe americano, iniciador y jefe natural de tan alta empresa. Al fin cedió el noble lord, no sin suscitar todavía algunos embara-

zos por las rivalidades, que tenia con Guise y Spry, distinguidos capitanes de la armada.

Vencidas todas las dificultades con heroica constancia, estaba aprestada á mediados de Agosto la expedicion libertadora, constando la escuadra de 8 buques de guerra y 18 trasportes, y el ejército de 4.718 hombres, pertenecientes 413 á la artillería, 3.053 á la infantería, y el resto á la caballería; 4.118 de ellos se embarcaron en Valparaíso, y 600 en Coquimbo. El general en jefe San Martin traia por secretarios á D. Bernardo Monteagudo, don Juan García del Rio y D. Dionisio Vizcarra; los generales de division eran D. Juan Antonio Alvarez de Arenales y D. Toribio Luzurriaga; el jefe de estado mayor, D. Juan Gregorio de las Heras, y el auditor del ejército D. Antonio Alvarez Fonte.

El Senado de Chile dió el 20 de Junio instrucciones, en las que se prevenia: no emplear la fuerza sino despues de agotados los medios de conciliacion; respetar las personas é intereses de los peruanos, así como los dogmas y ministros de la religion; no secuestrar los bienes de los habitantes, sino cuando se unieran á los españoles; no proceder á los destierros indispensables sin moderacion y sin cordura; no admitir ningun empleo político para O'Higgins, ni para San Martin; dejar á los pueblos la eleccion de sus mandatarios en el momento de haberlos libertado; dejar asimismo, que la Junta ó Director, nombrado por el Estado, for-

mára libremente su Constitucion; evitar innovaciones hostiles á la nobleza, y no hacer novedad en la libertad de los esclavos, sin perjuicio de recibir en el ejército á los que se presentáran voluntariamente, y si lo hacian en mayor número del necesario, remitir dos batallones de ellos á Chile, quedando salvo el derecho de sus amos para cobrar su valor. El caudillo libertador negó años despues, por la prensa, haber recibido instrucciones, como aseguraba el Ministro plenipotenciario de Chile cerca del gobierno del Perú. Lo cierto es, que no se sujetó á ellas, ni en el caso probable de haberle sido trasmitidas por O'Higgins, insistiria éste en su fiel observancia, sobreviniendo circunstancias extraordinarias.

Dos meses y medio ántes de dejar aquellas costas los entusiastas expedicionarios, dirigió el Director de Chile una sentida proclama á los peruanos, que concluia diciendo: «La patria espera de vosotros un vivo entusiasmo y una decision sin interés: ella os dice, que la libertad es el centro moral que ha de unir á sus hijos con vínculo comun, y que para conquistarla deben desaparecer la indiferencia y el frio cálculo ante la simpatía de las opiniones y derechos, ante el cúmulo de bienes, que han de resultar. La humanidad tambien os llama á que abraceis nuestra causa, y puesto que la insurreccion tiene que triunfar al fin, porque la protege el genio de la civilizacion, corred á alistaros bajo sus

gloriosos estandartes para que cesen los estragos de la guerra, y no corra inútilmente la sangre del americano. Volad, pues, al campo sagrado del ejército libertador; volad, y se desplomó el edificio de la tiranía: volad y la agricultura, la industria y el comercio, las artes y las ciencias empuñarán el cetro del Nuevo Mundo. Ya es tiempo de que se mezan el mirto y el olivo con los laureles de los hijos de la libertad.»

El 21 de Agosto, al ponerse el sol, salia de Valparaíso la escuadra libertadora, y despues de haber tocado en Coquimbo para sacar los dragones de Chile, se presentó en la entrada de Pisco el 7 de Setiembre, á las tres y cuarto de la tarde. A las seis y media fondeó á dos leguas del puerto, junto á la playa de Paracas, en un punto indicado de antemano por los patriotas del Perú, que lleva hoy el glorioso nombre de Bahía de la Independencia. Al amanecer del siguiente dia plantó San Martin el árbol de la libertad en la vecina tierra, solemnizando aquel acto con las salvas, que hacian los buques. En el mismo 8 de Setiembre, que llamó primer dia de la libertad del Perú, dirigió de Pisco, á los soldados, un elocuente bando, amenazando con las más graves penas á cuantos se hiciesen culpable de robos, violencias personales, insultos á los habitantes del país, fuesen europeos ó americanos, ó de atentados contra las buenas costumbres. Tambien proclamó á los peruanos, insistiendo en que no

debian dejarse seducir por la Constitucion española de 1812, y procurando tranquilizar á la nobleza sobre la conservacion de sus legítimos privilegios. Ni en el desembarco, ni en la ocupacion de Pisco, se experimentó ninguna oposicion de parte del coronel español Quimper, que pudiera haber hostilizado con ventaja, y que sin combate se retiró á Ica. El caudillo libertador, no obstante la inferioridad de sus fuerzas, veia sonreirle el porvenir, ya porque la opinion pública le ofrecia el más poderoso apoyo, ya porque en el campo enemigo faltaban la decision y el concierto.

Sabedores el 11 de Setiembre los patriotas de Lima de que tenian tan cerca á sus deseados libertadores, se llenaron de júbilo y entusiasmo; enviaron á San Martin, entre otros avisos de importancia, la lisonjera noticia de que el batallon Numancia estaba dispuesto á pasarse á sus filas, y se prepararon á ejecutar sus órdenes. Algunos querian, que intentase, sin pérdida de tiempo, un temerario ataque, muy ajeno de su prudencia y de sus planes, fundados principalmente en la cooperacion de los pueblos y en el abatimiento gradual de los contrarios.

Lo que entre los patriotas producia júbilo y entusiasmo, se convertia entre los españoles en causa de furor y abatimiento. Estaban celebrando con música y copas la próxima jura de la Constitucion política, cuando las noticias enviadas por Quimper

fueron para ellos, como la inscripcion fatídica interpretada por Daniel en el festin de Baltasar. Su desconsuelo se acrecentó al contestar Pezuela á los que iban á festejarle, que hallándose el enemigo al frente, seria mejor pensar en derrotarle, y despues alegrarse bien. La alegría y confianza no pudieron renacer entre ellos, aunque el dia 15 se promulgó el Código político con la mayor solemnidad, levantando en las plazas tablados entapizados, tocando música en las calles y cafés, tendiéndose las tropas por la carrera, saliendo las corporaciones con lujoso aparato, haciendo la promulgacion en presencia de las autoridades superiores, y colocando la lápida constitucional en la puerta del Consulado, con buenas decoraciones y abundancia de luces. Lo que parecia gozo en los semblantes, ocultaba el luto en los corazones; no se oian los animados vivas, que alientan la esperanza, y entre los partidarios del Rey y su representante reinaba la mayor desconfianza. Pezuela se hallaba en una falsa posicion, como absolutista y rodeado de enemigos ó tibios defensores. La mayoría de los realistas dudaba de su capacidad, y los más influyentes hacian comparaciones desfavorables con el general Laserna, del partido liberal y de superiores talentos militares, que, habiendo renunciado el cargo de general en jefe por serios desacuerdos con el Virey, y aceptada en España su renuncia, se hallaba detenido en Lima por influencia de sus amigos.

No sabiendo qué hacerse el Virey, y temiéndolo todo de la guerra, se dirigió á San Martin para negociar un arreglo pacífico, que llenára los deseos del caudillo independiente, con respecto á la prosperidad de Chile y á satisfacciones personales. San Martin accedió á abrir las negociaciones, siempre que no contradijeran los principios, que los gobiernos libres de América se habian propuesto por regla invariable. Por su parte, comisionó para tratar, á su ayudante D. Tomas Guido, y á su secretario D. Juan García del Rio. El Virey nombró, por la suya, al conde Villar de Fuente, á D. Dionisio Capaz y á D. Hipólito Unanue. Reunidos los negociadores, el 24 de Setiembre, en Miraflores, á dos leguas de Lima, disintieron desde luégo, porque los de San Martin querian tratar directamente con el Virey, y titularse diputados del ejército libertador; pretensiones inadmisibles desde que habia comisionados especiales de Pezuela, y éstos no podian reconocer tácitamente al Perú en estado de esclavitud. Allanadas estas dificultades con titular á los primeros, diputados del general San Martin, se acordó un armisticio de ocho dias, y se abrieron las conferencias por la paz. El público no tomó ningun interes en ellas, porque era evidente la imposibilidad de un avenimiento. Los comisionados del Virey proponian la jura de la Constitucion, así por los jefes del ejército, como por las autoridades de Chile, el que podria enviar sus diputados á las Cór-

tes. Rehusando los comisionados patriotas entrar en negociacion, que de cualquier modo contradijera los principios establecidos por los gobiernos libres de América, propusieron los primeros el reembarco de la expedicion libertadora, la suspension de hostilidades, la devolucion de presas, el restablecimiento del comercio con Chile, y la conservacion de este estado en su actual situacion politica, bajo la condicion expresa de remitir á España diputados con amplios poderes para pedir lo que tuviera por conveniente. Entónces propusieron los comisionados de San Martin la traslacion del ejército libertador al otro lado del Desaguadero; la desocupacion del Alto-Perú y de Chile por las tropas del Rey; la suspension de hostilidades por el término de once dias, dentro del que se ejecutarian estas operaciones; el restablecimiento de las buenas relaciones con el gobierno chileno, miéntras éste enviaba á Madrid agentes para arreglar definitivamente la situacion política de América; y que no podrian enviarse auxilios á los ejércitos beligerantes en Colombia. Este pacto sería garantido por los comandantes más antiguos de las fuerzas navales inglesas y norte-americanas en el Pacífico, quienes regularian la indemnizacion debida á Chile por los gastos de la expedicion libertadora. Las hostilidades terrestres, en caso de no arreglo, no principiarian ántes de tres meses de la respectiva notificacion, y las de mar, ántes de un año. Entre tanto las opiniones emitidas por la prensa no ocasiona-

rian un rompimiento. Los comisionados realistas sólo se oponian decididamente á este artículo, proponiendo la rotura de las hostilidades desde que se permitieran en Chile publicaciones contrarias á los Borbones ó á sus derechos, é insistian en que el ejército se reembarcára para aquel reino.

Para los que no lo hubieran conocido desde el principio, el curso de la negociacion manifestaba á las claras, que no podria conducir á su legítimo objeto. Se dió, por lo tanto, por terminada el dia 30, y al declararse rotas de nuevo las hostilidades, mediaron hidalgas comunicaciones entre el jefe libertador y el del vireinato para hacer la guerra con las ménos desgracias posibles. Sin embargo, en la *Gaceta* del 7 de Octubre apareció un artículo violento, en que se decia, que los templos, las fortunas de los particulares, su vida, el honor de sus mujeres y la virginidad de sus hijas se hallaban expuestas por la rapacidad de los recien venidos y por su lujuria y liviandad. Aunque esta indigna produccion se presentaba firmada por los comisionados del Virey, protestaron de ella Unanue y el Marqués de Villar de Fuentes. Los documentos publicados, así en el periódico del Gobierno, como por San Martin, no podian ménos de favorecer el movimiento patriótico, que se habia elevado á la altura de una negociacion, y se pensaba consumar con hostilidades hechas en toda regla.

En el mes de Setiembre y principios de Octubre

habia podido el caudillo libertador dar bases más sólidas y extensas á sus planes, conociendo mejor la activa cooperacion, que debia recibir de los patriotas peruanos. El 5 del último mes ordenó al general Arenales, que se dirigiese á Ica al mando de dos batallones de infantería, 50 granaderos á caballo, 30 cazadores de la escolta y 2 cañones de montaña. Este movimiento importante pudo ejecutarse sin más dificultad, que la de arrostrar las penalidades del arenal intermedio; porque la vanguardia realista, que hubiera podido oponer grandes obstáculos, por elevarse á cerca de 2.000 hombres, nada hizo, á causa de no obrar de concierto sus jefes O'Reilly, el Marqués de Vallehumbroso y el coronel Quimper. El último huyó precipitadamente de Ica, al acercarse los patriotas, á los que se pasaron dos compañías enteras, y perdió casi todo el resto de su division en una sorpresa, que le hicieron cerca de Nasca el teniente coronel Rojas y los capitanes Lavalle y Brandsen. Estas primeras ventajas eran del más feliz augurio para la aventurada expedicion, que Arenales debia hacer á la sierra, con el objeto de encender el espíritu patrio en el interior, dominar las provincias más importantes para las operaciones militares y desconcertar los esfuerzos del enemigo. Iniciada esa audaz empresa, y habiéndose determinado el 21 de Octubre los colores de la bandera peruana, con la combinacion del blanco, que distinguia á la argentina, y del rojo,

símbolo del pabellon chileno, se reembarcó el resto del ejército libertador el dia 24, dirigiéndose el 26 al noroeste, y el 30 se estacionó la mayor parte en el puerto de Ancon, para estar cerca de la escuadra, que habia fondeado tres dias ántes, frente á la bahía del Callao, y cuyo jefe proyectaba una de las hazañas más extraordinarias.

Lord Cochrane pensaba sacar la fragata española Esmeralda y otros buques, que se hallaban anclados bajo la proteccion de los castillos, en número de once, rodeados de 24 lanchas cañoneras, acoderados y dentro de una cadena, que impedia la entrada á la dársena. Semejante ataque hubiera parecido una temeridad más propia de un soñador, que de un hombre serio, si el audaz, hábil y sereno Almirante no fuera capaz de mayores prodigios, y si los soldados, que debian secundarle, no se hubieran disputado el punto del peligro extremo. Con la confianza, que le inspiraban tan heroica decision y su propio genio, hizo un simulacro de ataque en la noche del 4 de Noviembre; al dia siguiente fingió preocuparse con la vista de desconocidas embarcaciones, haciendo levar anclas á la Lautaro, la Independencia y el Araucano; y á las diez de la noche, hora en que los realistas estaban sin el menor recelo, se dirigió hácia el fondeadero de ellos, llevando en dos divisiones de barcas 240 combatientes, que sin ser sentidos cruzaron la estacada á la media noche. Cerca ya de la Esmeralda, impuso Cochrane silencio, con

amenazas de muerte, á un centinela de una lancha cañonera, que hacia la guardia á la fragata y habia dado el ¡quién vive! En pocos momentos reunidos los botes de los asaltantes cerca de ella, y llevando los jefes listones blancos en los brazos para reconocerse, la abordaron por babor y estribor. La tripulacion, que se hallaba sobre cubierta, fué sorprendida por Cochrane y Guise, los primeros en subir al abordaje, quienes se saludaron junto al palo mayor afectuosamente, olvidados de sus perpétuas rencillas en aquel momento de sublime audacia El capitan Coig y la demas fuerza española hicieron una obstinada resistencia, habiendo quedado más de ciento fuera de combate. El noble Lord, aunque habia recibido un balazo en un muslo, se limitó á ligar la herida fuertemente con un pañuelo, á sentarse sobre un cañon y á extender su pierna en una hamaca, desde la que mandó impávidamente la maniobra. En cumplimiento de órdenes anticipadas se picaban los cables de la fragata, se soltaban las velas y quedaba expedita su salida, sin pérdida de tiempo. Para que los fuegos de la plaza no la tomasen por blanco, se izaron en ella los faroles, que era la señal convenida con las autoridades del puerto para no dirigirlos, en caso de ataque, contra las fragatas extranjeras, Macedonia é Hiperion.

Apresada la Esmeralda y dos lanchas cañoneras, se intentó abordar á los bergantines Pezuela y Maypu, que se defendieron con un fuego vivísimo, y

el segundo, atacado por todas partes, se salvó por el heroismo de su capitan. La alarma general, y la próxima venida del dia impidieron realizar otros ataques, que no eran necesarios para colocar aquel hecho entre los dignos de eterna fama.

Al saber los realistas, á la mañana siguiente, un acontecimiento, que tanto enaltecia á sus enemigos, entraron en un acceso de exasperacion. Varios individuos de la Macedonia, que habian desembarcado, fueron asesinados bárbaramente por la chusma del Callao, que los creia partícipes del hecho, y era arrastrada al crímen por el español Dionisio Bautista, carpintero del arsenal, y por un mulato llamado Espejo. En Lima fué asesinado un inglés, dos quedaron muy maltratados, y para defender caras sus vidas hubieron de encerrarse en una casa otros extranjeros. La autoridad prohibió, que se les insultára; pero no castigó, como debia, á los que habian deshonrado su causa con feroces atentados. Por el contrario, se persiguió vivamente á los que en Pisco y otros puntos habian dado muestras de patriotismo. Cegados por el miedo los comerciantes españoles, no se contentaron con haber ofrecido, en primeros de Octubre, 200.000 pesos á su ejército por una gran victoria, 30.000 por la toma de una batería, 20.000 por romper ó desarmar la línea enemiga, y 50.000 por la captura de la Isabel, el San Martin ó el Lautaro, sino que pusieron precio á la cabeza de los jefes libertadores, fijando por la de

San Martin 500.000 pesos. Se asegura, que se comprometió á asesinarlo un tal Dominguez, torero español, quien, preso por el noble caudillo en Huacho, recibió un pasaporte para alejarse de aquel campamento.

Sabido el dia 6 el buen éxito alcanzado por Cochrane, se dispuso en Ancon la salida del ejército libertador para Huacho, y se declaró cuartel general el pueblo inmediato de Huaura. La campiña ofrecia abundantes recursos; el rio y algunos cerritos inmediatos permitian resistir por algun tiempo el ataque de fuerzas superiores; estaban cerca los puertos para el caso de una inevitable retirada; y, lo que era más importante, habia una excelente base de operaciones, sea para influir inmediatamente sobre Lima, sea para proteger la expedicion de Arenales, y, sobre todo, para favorecer los pronunciamientos del Norte, que eran de esperar, realizado ya el de Guayaquil el 9 de Octubre.

Para contener la bárbara exaltacion de los realistas, dirigió San Martin una comunicacion al Virey, manifestándole la necesidad, que en el interes propio tenian aquéllos de hacer la guerra con humanidad, y acompañándola de una declaracion á los españoles europeos, en que les amenazaba con ponerlos fuera de la ley y pasarlos por las armas una vez aprehendidos, desde el momento, que se derramára una sola gota de sangre por las arbitrariedades ó la venganza. Por fortuna de los belige-

rantes, y para honra del Perú, que inspira los más dulces sentimientos en los tiempos de mayor encono, fueron mucho más raros de lo que suelen ser en países muy cultos, los bárbaros excesos de la guerra. Sólo hubo que lamentar, de un lado algunas matanzas, ejecutadas por contados realistas en desiguales combates con los indios, y la devastacion de algunos pueblos entusiastas; y de otra parte las atroces represalias, tomadas á veces por los indígenas, sea en el fragor de los combates, sea por un frio fatalismo, que les movia á aceptar sin misericordia y sin miedo la alternativa de dar la muerte ó recibirla, creyendo estar en una lucha de exterminio. Segun cuentan, un indio, amigo de un español, le dijo con gran calma: «Compadre, pues que le han de matar á V., mejor será, que yo le mate, que no otro.» Verdadera ó supuesta tal ocurrencia, pinta bien los sentimientos pasajeros de la mísera raza, reducida á la extrema desesperacion. Pero de ordinario desplegó con todos su dulzura característica, y en cuanto á los beligerantes de mayor cultura, más de una vez se hicieron admirar, de una y otra parte, por el buen tratamiento de los prisioneros y por las recíprocas pruebas de cortesía caballeresca.

El valor no estaba reñido con el porte más humano. Al retirarse San Martin á Huacho habia dejado en Chancay una pequeña division á las órdenes de D. Andres Reyes, contra la que marchó de

Lima una fuerza superior, comandada por el distinguido D. Jerónimo Valdés, recien llegado de Arequipa. La avanzada patriota habria sucumbido enteramente en la intentada sorpresa, á ser ménos precavido su jefe, y no verse detenidos los contrarios en una angostura por el heroico capitan Brandsen, quien mató de un pistoletazo y casi en combate singular á Vermejo, valiente jefe de la caballería española, y ahuyentó á los que le seguian de cerca. Con su audacia y serenidad continuó protegiendo la retirada de Reyes, y Valdés se vió en la necesidad de contener la fuga de su propia caballería, haciéndole fuego con las compañías de Numancia.

En vez de la cumplida victoria con que habian contado, tuvieron los realistas el pesar de que el 3 de Diciembre pasára á reforzar las filas enemigas el batallon Numancia, que tenia 650 plazas y estaba en el pié más brillante. Aunque de orígen español, á causa de las enfermedades y de la guerra, no contaba en sus filas, hácia el mes de Junio, 200 peninsulares; la mayor parte estaba formada por colombianos y por reclutas forzados. Sin embargo, al llegar á Lima, era bastante adicto al Rey, ó como entónces se decia, muy godo, y sólo pudo ser ganado á favor de la patria por una seduccion sistemada y continua, en la que tomaron gran parte las mujeres: las vivanderas influian sobre la tropa; doña Cármen Guzman, habilitando en una

chingana de su propiedad cierta especie de fonda, trataba bien á los oficiales y facilitaba el que entre ellos se sembráran ideas revolucionarias; el capitan Lucena fué comprometido por una señorita con quien queria casarse, y que sólo le ofreció su mano bajo la condicion de convertirse en ardiente patriota; el capitan Heres cedió á los atrevidos y sagaces consejos de D. Joaquin Paredes, cura de Quito, emigrado por haber tomado parte en la revolucion del año 10; algunos se entusiasmaban por los altos hechos de Bolivar y San Martin, y otros cambiaban de opinion por motivos ménos nobles. Decidido ya el cuerpo por la independencia, sólo se demoraba su entrada en el ejército libertador, porque San Martin queria que atacára el palacio ó los castillos, empresa sobremanera aventurada; Riva-Agüero estaba por que marchase á la sierra, lo que no carecia de grandes riesgos, y otros aconsejaban una dispersion de escasa honra y dudoso provecho. La dilacion, siempre peligrosa en tales conspiraciones, pudo hacer fracasar la del batallon, por cuanto, habiendo sido presos algunos oficiales por sospechosos, se resistian los demas á dar un paso, que pondria á sus camaradas en extremo peligro. Mas los presos se escaparon del castillo, junto con sus guardas, favorecidos por el arrojo de algunos patriotas; y desde entónces sólo se pensó en aprovechar la primera ocasion favorable, cual la ofreció la expedicion de Valdés á Chancay. Hallán-

dose Numancia á retaguardia, se entusiasmó con una arenga de Heres, y fué á incorporarse con los libertadores, llevándose á la fuerza al coronel y cuatro oficiales, que eran de opinion contraria. San Martin lo declaró leal á la patria, y considerándole como el batallon más antiguo, le dió en depósito la bandera del ejército libertador. Todos los jefes fueron ascendidos, y muchos de ellos llegaron á los primeros grados en el Perú independiente.

Miéntras los patriotas de Lima celebraban la adquisicion de Numancia, poniendo el pabellon nacional en el cerro de San Cristóbal; los realistas presentian su próxima ruina, de lá que eran tambien no dudosos presagios la defeccion contínua de oficiales y la desercion de soldados. Arrancados éstos á sus hogares por un violento reclutamiento, sólo estaban retenidos bajo una bandera, que no era la de sus afecciones, por el rigor de la disciplina y por su propia timidez. Hombres resueltos se deslizaban entre ellos, inspirándoles ánimo y facilitándoles la fuga. Entre otros, merece recordarse el indígena Pablo Salazar, que habiendo pedido sólo treinta pesos para habilitarse, se les acercaba como para venderles agujas, hilo, peines y otros utensilios necesarios al soldado, y ejercia la más eficaz seduccion, exponiéndose sin cesar á las terribles iras de las autoridades. Con estos y otros trabajos, que sólo podia inspirar la más sublime abnegacion

patriótica, se lograba una desercion diaria de treinta á sesenta hombres, la que no podia ser contenida por las más activas indagaciones, ni por las amenazas más terribles. Oficiales patriotas la promovian con tanto celo, como eficacia, señalándose entre ellos La Rosa y Taramona, cuya decision debia inmortalizarse con una muerte trágica. Entre los jefes, que cambiaron de bandera por entónces, se distinguen el cuzqueño D. Agustin Gamarra, que era ayudante del Virey, despues de haber sido separado, por desconfianza, del mando del batallon Union peruana, y los tenientes coroneles Velasco y Elespuru. En el mismo dia, 24 de Enero de 1821, se pasaban á las filas de la patria más de 100 individuos de todas clases.

La desercion hubiera tomado mayores proporciones, si desde la llegada de San Martin á Ancon no hubieran formado los realistas su principal campamento en Aznapuquio, donde podian ejercer una eficaz vigilancia. Ese campo, por su proximidad al Callao y Lima, les ofrecia tambien la ventaja de poner á cubierto de un golpe de mano los dos puntos militares más importantes. En cambio, por su insalubridad, se vió pronto convertido en un hospital, que no habria tardado en ser la tumba del ejército, si no se halláran tan cerca los de Lima.

Mayores quebrantos recibieron los realistas de la brillante expedicion, realizada en la sierra por Arenales. Aunque nacido éste en la península, se ha-

bia criado en Buenos-Aires; tenia estrecha amistad con sus más distinguidos patriotas, tomó parte en los primeros movimientos del Alto Perú y se señaló entre los guerrilleros de Cochabamba. De una honradez á toda prueba, grave y rígido observador de la disciplina, no consentia, que se diesen á su hijo ascensos no merecidos, ni se permitia á sí mismo permanecer en un cómodo alojamiento más de los tres dias fijados por la Ordenanza, ni estaba dispuesto á tolerar el menor desman en sus subordinados. Habiendo salido de Ica el 21 de Octubre, pudo llegar á Huamanga el 31, sobreponiéndose á las penalidades, que ofrece el largo despoblado de más de setenta leguas, con su desamparo, sus escabrosos senderos, sus rígidas punas y la molesta marcha desde las altiplanicies á las hondas quebradas, y desde éstas á las cordilleras. La acogida en aquella ciudad presentó la agradable mezcla del entusiasmo con el más apacible órden. Emprendiendo de allí la marcha al Norte, llegó á Huanta el 6 de Noviembre; una de sus avanzadas sorprendió, el dia 11, á la partida enemiga de trece hombres, que guardaba el puente de Mayoc, matando al centinela y haciendo siete prisioneros. Dueño de tan importante paso, siguió sin obstáculo por Tayacaja al ameno valle de Jauja. El Virey, que habia despreciado desde luégo la expedicion patriótica, se propuso destruirla, poniendo en buen estado las milicias de Tarma, en-

viando al cerro de Pasco al brigadier O'Reilly, y ordenando á Ricafort, que se avanzase por la parte del Sur, á fin de cerrar á los expedicionarios las principales salidas. Los patriotas de Lima temian, que fuesen arrollados, sucumbiesen á la falta de recursos, ó quedasen destruidos en algun desfiladero. Mas de todo triunfó la constancia de Arenales, secundado por el buen espíritu de los serranos. Las milicias, que intentaron resistirle en Jauja en union de unos pocos veteranos, á las órdenes del intendente de Huancavelica y del comandante Cárdenas, fueron arrolladas fácilmente, y no opusieron al mayor Lavalle, futuro Presidente de Buenos-Aires, que los perseguia en su fuga, la resistencia, que hubieran podido hacerle en las empinadas cuestas del camino de Tarma. En esta villa se apoderaron los vencedores de más de 200 caballos, 6 piezas de artillería y 50.000 cartuchos con bala.

Los abundantes recursos reunidos ya por Arenales, la cooperacion que le prestaba el guerrillero D. Francisco de Paula Otero, con grandes relaciones en la provincia, y la decision de muchos habitantes, le animaron á ir al encuentro de O'Reilly, quien habia tomado posicion á la entrada del Cerro con más de 1.000 hombres. La accion tuvo lugar el 6 de Diciembre, y sólo duró algunos minutos; atacados los realistas vigorosamente por dos columnas de infantería y por la caballería; aunque

ésta apénas podia maniobrar en el pequeño llano, que allí dejan un barranco profundo, el terreno pantanoso y dos lagunillas; se pusieron en vergonzosa fuga, perdiendo en su derrota 58 muertos, 19 heridos, 343 prisioneros, 2 piezas de artillería, 360 fusiles y todas sus existencias. Entre los prisioneros se hallaron el teniente coronel Santa Cruz, futuro jefe de la confederacion peru-boliviana, y el brigadier O'Reilly, que cayó en el más profundo abatimiento. Tratado por San Martin con toda la finura y consideracion compatibles con su seguridad, obtuvo permiso para regresar á España, y en la travesía se arrojó al mar, no pudiendo sobreponerse á su humillante derrota.

El triunfo del Cerro sostuvo el entusiasmo en la vasta region de la sierra recorrida por Arenales, y propagó en los partidos vecinos el pronunciamiento, que se habia apresurado á hacer la patriótica Huanuco. Todas las provincias del Norte debian pasar en breve á la existencia independiente por otros pronunciamientos de igual importancia. En el de Guayaquil habian obrado de comun acuerdo algunos jefes del ejército, capitaneados por el arequipeño D. Gregorio Escobedo, y varios paisanos, haciéndose el cambio casi sin efusion de sangre y con gran órden. Para que no fuesen arrollados por los realistas, vencedores en Huachi, se les envió á los coroneles Guido y Luzuriaga, y organizando éste la tropa de una manera imponente, detuvo al

enemigo hasta la estacion de las lluvias, excelente salvaguardia de aquella provincia.

Los guayaquileños remitieron en calidad de preso á su exgobernador, el español Vivero, el que preguntado por San Martin, quién era, respondió con feliz franqueza: « José Pascual de Vivero, oficial de la marina española, presidente de Charcas interino, comandante general de marina interino, gobernador de Guayaquil, tambien interino, y prisionero en propiedad. » Prendado de su respuesta, le contestó el General: « no es V, prisionero; puede dirigirse donde quiera »; y Vivero se marchó á Lima para hacer pública justicia al buen tratamiento recibido.

El 27 de Diciembre se reunian los esforzados vecinos de Lambayeque en casa del alcalde segundo, D. Melchor Sevilla, para jurar la independencia absoluta del gobierno español; el teniente de milicias, D. Pascual Saco, acompañado de otros hombres intrépidos, asaltaba la compañía, que estaba de guarnicion, y libres de enemigos, enviaban al ejército libertador denodados voluntarios, 600 hombres, recursos cuantiosos en especie y 200.000 pesos.

A fin de pronunciar á Trujillo, reunió el intendente Marqués de Torretagle á los vecinos de mayor influencia para deliberar acerca de las comunicaciones dirigidas por San Martin. Sólo el obispo Marfil, á pesar de hallarse en una edad avanzada,

opinó, que debia hacerse una tenaz resistencia; y desterrado el 27 de Diciembre, se juró la independencia, dos dias despues, con la mayor solemnidad.

Para hacerlo en Piura fué necesario neutralizar los esfuerzos de un batallon, que, con 600 plazas y 4 piezas de artilleria, estaba de guarnicion en aquella ciudad. Don Jerónimo Seminario logró atraer al Cabildo, el 4 de Enero de 1821, al comandante Casariego y á su segundo German, y se les exigió, que dieran órden por escrito para que la tropa se sometiera á la independencia. German cedió á las primeras insinuaciones, y Casariego despues de haberle puesto un puñal al pecho; el batallon se resistia á obedecer órdenes arrancadas por la violencia; pero consintió al fin en dispersarse sin hacer oposicion á los patriotas.

En Cajamarca se consumó el levantamiento por la decision de D. Antonio Rodriguez, comandante de las milicias. El resto de las provincias se pronunció sin dificultad, aunque Rangel, obispo de Maynas, queria impedirlo con fanáticas pastorales. De todas partes suministró aquella intendencia, que mereció llamarse departamento de la Libertad, hombres y recursos. De la remota Chachapoyas llegaba al campamento de Huaura el hijo único de una viuda, al que enviaba su anciana madre para pelear por su patria.

Los realistas habian perdido definitivamente todo el norte del Perú, veian al centro declarado contra

ellos, en Arequipa, Sicasica y Oruro hubieron de sofocar formidables conspiraciones, y á las puertas mismas de Lima se hallaban hostigados por intrépidos guerrilleros. Aunque en señal de desprecio les dieran el nombre de montoneros, y en realidad fueran éstos poco capaces de ataques regulares, les embarazaban mucho para sus grandes operaciones, les impedian proveerse ó les quitaban las provisiones recogidas, les causaban contínuas bajas, y sostenian el aliento de los pueblos. El montonero, no siempre de honrosos antecedentes, ni dispuesto á respetar las vidas, honras y haciendas, como acontece en todas partes con las fuerzas indisciplinadas, desplegaba á menudo tanta abnegacion, como audacia. Al dia siguiente de la derrota aparecia más osado, y su banda tomando mayores proporciones, á la manera de los medanos disipados por el viento, que una nueva corriente de aire eleva á más altura. Con frecuencia perecia oscuramente y sin testigos, sea en el desierto, sea en la puna; alcanzado en la derrota, era sacrificado sin compasion, y sin embargo, ejecutaba grandes proezas, como si esperára altos puestos, ó imperecedera gloria. Entre sus jefes de más nombradía, bástenos señalar á Quirós, Vidal, Jimenez, Huavique, Ninavilca, Ayulo y Elguera, que bajaban á las goteras de Lima desde las provincias de Canta y Huarochiri.

Las guerrillas secundaban poderosamente á los patriotas, que para enviar refuerzos y noticias á

San Martin trabajaban en Lima con tanta decision, como riesgo, divididos en tres fracciones principales. La llamada de forasteros era capitaneada por el bogotano Aldana y por el chileno Campino, quienes derivaban su importancia de las relaciones más íntimas y confianza otorgada por San Martin para hacer los gastos necesarios; pero no podian realizar grandes cosas por su injustificable desden á los limeños, y por su escasa influencia entre los demas peruanos. La fraccion encabezada por Riva Agüero, á la que pertenecian Tudela y algunos pocos municipales, podia trabajar con más éxito á causa de la posicion, esfuerzos sostenidos y habilidad de su jefe para las intrigas políticas. El tercer grupo, llamado de los carolinos, era dirigido por los padres del Oratorio, Mendez y García, ambos limeños, el padre Carrion, del Ecuador, y el padre Tagle, argentino: contaba entre sus miembros más activos al indígena Dr. D. Julian Morales, cura de Huaras, y al entusiasta jóven abogado, D. Francisco Javier Mariátegui; y desplegaba en toda clase de servicios la fe incontrastable de los colegiales, el entusiasmo de la juventud y la pura abnegacion del amor patrio. Sin necesidad de fuertes excitaciones volaban a engrosar las filas libertadoras muchos jóvenes de patriotismo ardiente, entre los que merece mencion especial el imberbe Salaverry, que debia ser el Aquiles de la república.

Los patriotas de Lima consiguieron, por su habi-

lidad y relaciones, que sesenta personas respetables, entre las que figuraban capitalistas españoles, prelados y muchos curas, dirigieran al Virey una representacion para negociar con San Martin, á falta de otra cosa mejor, una capitulacion ventajosa; y el Ayuntamiento, compuesto de personas liberales, ó patriotas encubiertos, apoyó la solicitud, como fundada en que la pérdida de una batalla á las puertas de la capital causaria desoladores incendios, robos y ultrajes. Mas, por instancias de los jefes realistas, algunos españoles inscritos en el batallon de la Concordia elevaron una contrarepresentacion, calificando la primera de opuesta al decoro de las armas nacionales, y las firmas de sus individuos de detestables y degradantes. La negociacion no tuvo efecto; pero los promovedores habian conseguido su fin principal, que era el de sembrar la discordia y desaliento entre sus contrarios.

Una reaccion, que los realistas proyectaban en el Norte, fué descubierta á tiempo por una casualidad, explotada hábilmente por la sagacidad de los limeños; y se trasmitieron á San Martin las instrucciones, que el Virey comunicaba á los conjurados, con lo que el motin pudo sofocarse en su origen. Habiéndose ganado al encargado de llevar los despachos más secretos al campamento de Aznapuquio, y traer las respuestas, se sacaban copias ántes de remitir el original, con sobre y sello hábilmente imitados, y de este modo se sabian en el cuartel de

San Martin con anticipacion las disposiciones hostiles, que se podian cruzar, con gran sorpresa de sus autores. Por el cuidado incesante en desconcertar sus planes se les impidió por algunos dias tomar las convenientes medidas contra la expedicion de Arenales, disuadiendo al propio, enviado por los realistas de Ica, de dar el aviso oportuno. Cuando Lima supo la salida de los expedicionarios, no era tiempo de atacar inmediatamente sino al destacamento, que habia quedado en aquella poblacion á las órdenes del argentino Aldao y de su segundo Bermudez.

Ántes de distinguirse en la carrera militar, don José Félix Aldao habia sido sacerdote bajo el hábito de Santo Domingo; hallándose de capellan de los granaderos de á caballo, se presentó, al fin de un encuentro, á Las Heras, con sable en mano, cubierto de sangre y llevando dos prisioneros, como trofeos de su primer hecho de armas; nombrado teniente de dicho regimiento, ascendió á capitan por sus proezas, en Chacabuco y Maypu, y desde la llegada á Pisco fué empleado por San Martin en comisiones, que exigian un valor temerario. Era uno de esos hombres de pasiones violentas y de voluntad fuerte, que en tiempos de revolucion adquieren una celebridad equívoca, uniendo las glorias del guerrero á una vida de escándalos. Retirándose de Ica al aproximarse los realistas con fuerzas superiores, perdió en un choque, que tuvo lugar á cinco leguas de distancia, 31 hombres y parte de sus per-

trechos; en Córdoba fué recibido con hondas y piedras, y en Tivillo tuvo tambien algunas bajas, siendo perseguido por los vecinos, á quienes capitaneaba el cura. Despues de tantos riesgos y fatigas, descansó y se fortificó en el Valle de Jauja, sabiendo la victoria de Arenales. Su reposo no fué de larga duracion, porque Ricafort se acercaba despues de haber hecho una horrible carniceria en los indios, que en gran número, pero sin armas, ni disciplina, osaron resistirle en Huamanga y en Chupasconga, cerca de Cangallo, pueblo que trató con bárbara dureza. Los del Valle de Jauja, capitaneados por Bermudez y Aldao, y armados, en número de más de 5.000, con palos, hondas, rejones y unos pocos fusiles, opusieron una heróica y estéril resistencia á los vencedores, á la entrada de Huancayo. No pudiendo resistir el ataque simultáneo de la caballería, infanteria y artilleria realistas, dejaron el 29 de Diciembre el campo cubierto de despojos bélicos y de cadáveres. El indomable Aldao, del que se separó Bermudez para pasarse á los realistas dos años despues, se retiró á Tarma, y sabiendo allí, que Ricafort habia bajado á la quebrada de San Mateo, volvió á Huancayo para organizar más de 500 indios, con los que hostilizó al realista Carratalá, que se avanzaba por Izcuchaca. Los irritados indígenas se vengaban cruelmente del estrago sufrido, matando sin piedad á los enemigos que caian en sus manos; un dia presentaron á Al-

dao las cabezas de dos vecinos, á los que calificaron de furiosos godos. Lisonjeado con algunas pequeñas ventajas y con su creciente tropa, pidió el jefe patriota á San Martin armas y autorizacion para formar batallones regulares, que esperaba instruir perfectamente en cuatro dias. Sus osados proyectos se aplazaron al saber, que Arenales estaba del otro lado de la cordillera, habiendo acudido al llamamiento de una division libertadora, que reclamaba su pronto socorro.

El caudillo libertador queria emprender operaciones más decisivas. Por mucho tiempo abrigó la esperanza de apoderarse de las fortalezas del Callao, que pretendidos conspiradores ofrecian poner en sus manos. El coronel Santalla, español de nacimiento, cuyas fuerzas hercúleas le permitian arrojar un hombre con una mano, como si fuera una pelota, codicioso y jugador desenfrenado, habiendo hecho cierta noche una gran pérdida en el juego, recibió del Dr. Urquiaga la promesa de 200.000 pesos y de una renta vitalicia, si entregaba los castillos á los patriotas. Despues de haber reflexionado sobre la facilidad, que tendria de sacarles mucho dinero embaucándolos, como buen zurcidor de mentiras, los engañó con artificiosos planes, y tomó por su cómplice al teniente coronel Cortines, natural de Caracas, que tal vez no procedia de tan mala fe, pero que tampoco hizo gran cosa. Ya pedian fondos para comprar clavos con que in-

utilizar los cañones y dejar indefensa la parte por donde deberia atacar la escuadra; ya exigian el dinero en mayor cantidad para seducir la guarnicion; unas veces daban ésta por ganada; otras se proponian adquirir llaves falsas, con las que, aprovechando un momento oportuno, podrian entrar y hacerse fuertes los defensores de la patria. Despues de haber mentido mucho y hecho esperar más, todo quedó en nada, sea por el cambio de guarnicion, sea por la separacion de Cortines, y porque al fin los embaucados dejáran de complacer al codicioso Santalla.

Para la toma de los castillos se contaba con la cooperacion de la escuadra, la que no siempre fué fácil conseguir; porque Cochrane andaba á caza de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, las cuales, al dejar en Chilca la tropa trasportada del Sur, sólo por la demora de una media hora, no habian caido en su poder. El capitan del *Araucano* tomó por entónces, despues de una esforzada resistencia, al bergantin *Aranzazu*, y en Ancon fué apresada una lancha cañonera.

Aspirando á mayores cosas, ordenó San Martin á Arenales, que de su posicion en la provincia de Canta descendiera á la de Huarochiri para atacar á los realistas por su flanco. Este entendido jefe hizo presente lo arriesgado de un movimiento, en el que el enemigo tenía las mayores facilidades para combatir en la hora y lugares favorables á sus manio-

rables yerros políticos y militares, era indispensable conferir el mando á Laserna en el término de cuatro horas, y que el ex-Virey se embarcára en el de veinticuatro.

La exposicion fué leida con la natural sorpresa por Pezuela, quien, no por falta de valor, sino por no dar un paso inútil, se abstuvo de presentarse al ejército; y viendo, que tampoco queria hacerlo Laserna, reunió la junta directiva de Guerra. Muchos vocales se sorprendieron tambien al saber aquel movimiento sedicioso; pero, miéntras se acordaba lo más conveniente, un segundo comisionado de los jefes, reunidos en Aznapuquio, exigió una contestacion inmediata, por estar ya al expirar el plazo prefijado. El Virey rechazó entónces con dignidad, en una respuesta de su puño y letra, los cargos, que se le hacian, y por la salvacion de la patria y de sus compañeros de armas, renunció el gobierno en Laserna. Aunque éste aparentaba negarse á la aceptacion concertada con los conjurados, cedió fácilmente á las observaciones de su rival, y todo estaba arreglado, cuando los diez y nueve firmantes de la exposicion enviaron un tercer oficio más apremiante.

El ejército no se apercibió del cambio efectuado hasta que se le dió á reconocer al nuevo Virey, á la caida de la tarde del 29. Desde las dos y media empezó á circular en la ciudad la extraordinaria noticia, que á las seis quedó puesta fuera de duda con

la salida de Pezuela para el inmediato pueblo de la Magdalena. De allí partió despues para Rio-Janeiro, y llegó pobre á la península, habiendo ejercido en el Perú los cargos más lucrativos por largos años. En un fundado *Manifiesto* dió á conocer, si no sus aciertos, la honradez de sus intenciones; en la administracion apénas habia tenido holgura para expedir un reglamento de policía, y prestar una mediana atencion á la mejora, que se proyectaba en el mineral del Cerro, haciendo el desagüe por bombas. Restablecido el Rey al poder absoluto, le consideró mucho y le dió el título de Marqués de Viluma.

CAPÍTULO III.

DON JOSÉ DE LASERNA.

1821.

La facilidad con que habian logrado la ilegal deposicion del Virey, no podia ocultar á los jefes realistas los peligros de su posicion, que siempre se ven más claros desde las alturas del poder. Con haberse sublevado contra el representante del Rey, quitaban á su sucesor impuesto por la violencia, el prestigio indispensable, para que los independientes pudiesen ser combatidos ventajosamente á nombre de la ley y del órden; tenian que temer la

desaprobacion de la córte, y la mala voluntad del ejército del Alto Perú, con el que no habian contado; la opinion de los paisanos adictos á la causa real, podia serles desfavorable. Procuraron sobreponerse á tales obstáculos, enviando al Monarca comisionados que explicáran satisfactoriamente su osado proceder, y trataron de influir sobre la tropa y los paisanos, ya calumniando á Pezuela, ya adoptando una conducta más favorable al sostenimiento de la dominacion colonial. El gobierno español, hijo de un motin militar, y sin medios para combatir el del Perú, se dió fácilmente por satisfecho; el ejército, que en el Sur estaba á las órdenes de Ramirez, no presentó por entónces la menor muestra de oposicion, si bien uno de sus jefes habia de invocar más tarde la ilegal elevacion de Laserna para sustraerse á sus órdenes con gran discordia y daño irreparable de los realistas; el voto de éstos se conquistó sin gran dificultad, reduciendo el nuevo Virey su sueldo de 60.000 á 12.000 pesos, arreglando su secretaría de manera que no pudiera temerse la revelacion de sus planes, nombrando general en jefe á Canterac, y jefe de E. M. á Valdés, ambos de gran nombradía, no dejando en las fortalezas del Callao personas sospechosas, y procurando llenar las bajas del ejército y surtirse de víveres, que escaseaban mucho. Monet partió á Yauyos por ganado; primero Ricafort, y en seguida de él Valdés, recibieron órden de marchar á Jauja, no

sólo para hacer un gran reclutamiento, sino principalmente para arrebatar á los patriotas aquella importante posicion militar, que Carratalá les estaba disputando.

Conforme á los deseos manifestados por Aldao, habia dado San Martin lugar en el ejército á sus guerrilleros, distinguiendo á la caballería, puesta á las órdenes de aquel intrépido jefe con el nombre de GRANADEROS Á CABALLO, y la infantería con el de LEALES DEL PERÚ. Para que la nueva division adquiriera la aptitud militar, se envió como jefe instructor y organizador á D. Agustin Gamarra, que gozaba de gran crédito bajo ambos conceptos, y como cuzqueño podia fomentar el levantamiento en la sierra. La eleccion no podia ser más desacertada: las buenas cualidades de Gamarra eran opuestas al espíritu de los guerrilleros, acostumbrados á vivir sin disciplina, pelear sin órden y retirarse á sus casas, lo mismo despues de una victoria gloriosa, que en consecuencia de la más fatal derrota; en cambio, carecia del genio aventurero, del valor incontrastable y de la fuerza de voluntad, que son requisitos indispensables para arrostrar las privaciones y fatigas, inherentes á las guerrillas. Así fué, que, sólo con saber la aproximacion de alguna tropa realista, se retiró de Jauja ántes que pudiera hostilizar, ni ser hostilizado, y habiendo hecho un ligero alto en Pasco, buscó la seguridad en Oyon, pasando la cordillera, y perdiendo en su penosa

marcha, junto con el crédito, casi toda la division, que debia servir de base para un ejército de reserva.

Sin encontrar fuerzas regulares, que pudieran resistirle, sorprendió Ricafort, el 3 de Marzo, cerca del pueblo de Concepcion, á cinco leguas de Jauja, una partida de Aldao, á la que mató cuatro hombres é hizo algunos prisioneros, y sin más oposicion continuó hasta Izcuchaca. Reunido despues con Valdés en la banda occidental del rio, intimidó á los indios, que de la orilla opuesta querian contenerle, vadeándolo con su caballería á todo riesgo, y les dió alcance cerca de Ataura. Los infelices, aunque pasaban de 4.000, pelearon en el mayor desórden, casi sin otras armas, que hondas y palos, de modo, que fueron arrollados completamente y muertos á centenares. Sus desapiadados vencedores ostentaron su fácil triunfo hasta Pasco; toda aquella importante region quedó bajo el duro mando de Carratalá, y la dominacion colonial no encontró desde el Cerro hasta Oruro, combatientes que osáran arrostrarla, sino los intrépidos morochucos, quienes, acostumbrados á una vida independiente en las punas y valles próximos á la region media del Pampas, no podian plegarse al yugo, ni con la más espantosa carnicería, ni con la devastacion de sus pueblos. Dos revoluciones se habian intentado en la sierra: una en el Cuzco, por el coronel Lavin, enviado allí á causa

de su anterior conspiracion en Arequipa, y otra entre los soldados de Sicasica; ésta abortó y fué severamente reprimida diezmando á sus autores; y la primera se sofocó con la muerte del coronel y de algunos de sus cómplices, que al tomar las armas hallaron prevenidos á sus contrarios.

Ricafort y Valdés, que del Cerro bajaban muy ufanos á Lima, sufrieron cerca de Canta un gran reves por el sostenido y bien concertado ataque de los montoneros, que eran acaudillados por Quirós y otros jefes acreditados. Dejando caer sobre ellos enormes galgas, que arrastraban otras muchas piedras en su descenso, destrozaban sus columnas, y aguardándolos despues en los desfiladeros, les disparaban tiros con gran estrago. Ricafort quedó herido, mucha de su gente fuera de combate, y la mayor parte habria perecido, si no faltáran las municiones á los montoneros. Habiendo recibido Quirós algunas más de Lima, y recogiendo várias armas del campo de batalla, volvió á atacar cerca de Huampaní á los realistas, cuyos restos habian sido reforzados por Rodil con dos batallones. Tambien aquí sufrieron muchas bajas, y aunque al entrar en la ciudad quisieron ocultar su derrota con alegres repiques; su reducido número, y la llegada de Ricafort en camilla no permitieron, que el público cayese en el engaño.

Tampoco habian sido felices los españoles en el levantamiento, que habian concertado en Cajamar-

ca. Contaban, en verdad, con la tolerancia del jefe, que allí gobernaba á nombre de la patria. Uno de los principales conjurados había recorrido los partidos para el mejor éxito de sus planes; pero, siendo éstos conocidos de antemano, el motin abortó en todas partes, y sólo estalló en Otusco, encabezado por Merino, mayordomo é íntimo amigo del obispo Marfil. Santa Cruz, enrolado ya en el ejército independiente, derrotó á los reaccionarios con muerte de su jefe, y exaltó en Cajamarca el odio á los españoles, sacando en público, con gran aparato, la piedra en que, segun una falsa tradicion, habia sido degollado Atahualpa.

Tambien tuvieron por entonces los realistas el pesar de que el paílebot *Sacramento*, enviado á Panamá con pasajeros, caudales y comunicaciones para la córte, se sublevase, despues de saber los pronunciamientos de Piura y de Paita, por influjo de los hermanos Carrasco. Allí perdieron la correspondencia y algunos bienes, saliendo herido el pasajero Cortines por haber opuesto recia resistencia, y habiéndosele encontrado 221 onzas de oro y 800 pesos en plata.

No obstante sus recientes adquisiciones y su superioridad constante, las fuerzas marítimas independientes dejaban de prestar nuevos servicios prudentes, á causa de la rivalidad cada dia mas fuerte, de Cochrane con San Martin, Guise y Spry. Los dos últimos habian atendido la disciplina, ya

influyendo en que los oficiales subalternos de marina dirigieran contra su jefe una representacion poco respetuosa, por haber dado el nombre de *Valdivia* á la *Esmeralda;* ya resistiéndose á obedecer sus órdenes.

El severo cuanto altivo lord los habia castigado sin salir de los límites de la ordenanza, y no pudo ménos de irritarse profundamente viéndolos, al regreso de una expedicion, libres é impunes por la proteccion del caudillo libertador. Poco deferente, por su parte, volvió á castigarlos, sin cuidarse de las alegaciones de San Martin, y éste hubo de acudir al Ministro de Chile, á fin de conseguir, que su autoridad superior fuese más acatada. El gobierno chileno, procediendo con cordura, se limitó á aconsejar, que se evitasen desavenencias peligrosas, tolerando á Cochrane las demasías, que no cediesen en perjuicio de la gran causa á que ambos prestaban eminentes servicios.

Aplacadas con ciertos intervalos ó neutralizadas tan graves disensiones, pudo prestar la escuadra la cooperacion más importante para que una parte de las fuerzas libertadoras operára por el Sur, miéntras Arenales hacia por el Norte una segunda expedicion á la sierra, y San Martin se acercaba á Lima. El 13 de Marzo salió de Huacho, escoltada por Cochrane, una division de 500 hombres de infantería y 80 de caballería, á las órdenes del teniente coronel Miller. Desembarcados en Pisco, en

la noche del 21, se avanzaron hasta el pueblo de Chincha: una pequeña avanzada, al mando del capitan Videla, rechazó al coronel Loriga, que los atacaba con fuerzas superiores, y el Virey envió de refuerzo al teniente coronel García Camba con 200 hombres de caballería. Este entendido jefe y su hábil rival han dado, en sus respectivas *Memorias*, cierto interes á sus escaramuzas durante un mes; pero en realidad nada hicieron memorable, ya porque ambos fueron atacados de fiebres intermitentes, ya por las dificultades, que á las grandes operaciones oponia el rio de Pisco, estando muy crecido con las lluvias de la sierra.

Conociendo Cochrane lo poco, que en aquella provincia podian adelantar por entónces las fuerzas independientes, las tomó a bordo el 22 de Abril para que operáran con más ventaja en las costas del Sur. Llegados á Arica el 6 de Mayo, intimaron la rendicion al gobernador de la plaza, quien rehusó hacerla; a favor de la oscura noche desembarcó Miller con gran trabajo á alguna distancia del puerto; pero habiendosele mojado las municiones, tuvo necesidad de volver a sus botes para no ser derrotado por los realistas, que en la madrugada dominaban las alturas. Otro desembarco, intentado á la noche siguiente, no fue mas feliz; por lo que se dirigieron los expedicionarios al Morro de Sama, distante diez leguas de Arica: desembarcaron allí sin riesgo, y haciendo una penosa marcha, parte se enca-

minaron á Tacna, que los recibió con entusiasmo, parte alcanzaron en el valle de Azapa á los realistas, haciéndoles 100 prisioneros, y otro destacamento se apoderó de 120.000 pesos. Miller recibió un importante refuerzo, aceptando las ofertas de D. Bernardo Landa, antiguo perseguidor de los patriotas, á los que podia ahora servir de mucho, por su acreditado valor y su conocimiento del país. Para combatirlos dispuso el general Ramirez, que bajasen 200 veteranos de Oruro y 250 de Puno para unirse á 100 hombres, que existian en Moquegua y á 350 reclutas de Arequipa, todos sujetos á las órdenes del coronel La Hera, el que debia tomar la ofensiva, una vez concentradas las cuatro columnas cerca de Tacna. La combinacion de fuerzas, que partian de tan apartados puntos, de suyo muy arriesgada, fué impedida por la actividad y energía de Miller, secundado eficazmente por la decision de los pueblos. La Hera se hallaba con el destacamento de Arequipa en Mirabe, esperando la columna de Puno, y dormia tranquilo, por estar sus enemigos á quince leguas de distancia, y mediar entre ellos un desierto, tan lleno de escabrosidades, como escaso de recursos. Conducido por Landa, lo atravesó Miller en diez y ocho horas, y habria sorprendido á los realistas, si su avanzada no hubiera sido descubierta por un piquete de ellos. Frustrada la sorpresa, emprendió Miller el ataque al rayar la aurora del 22 de Mayo, y aunque com-

batieron con valor desesperado durante unos quince minutos, quedaron entre los muertos 96 realistas, y 156 fueron hechos prisioneros; el resto de la columna, que habia logrado salvarse, cayó tambien, en gran parte, en poder de sus perseguidores, dos dias despues, á las inmediaciones de Moquegua. La columna de Puno, habiendo llegado á Mirave, apénas concluido el combate, hubo de ponerse en fuga, y alcanzada el 26 de Mayo en el punto de la Calera, fué deshecha completamente, muriendo ó cayendo prisioneros todos sus individuos.

Tan rápidos y espléndidos triunfos enardecian el patriotismo en las intendencias de Arequipa, Puno y Cuzco, y Miller habria conseguido resultados decisivos, si conforme á su solicitud y á la de San Martin, recibiera apoyo de los independientes de Chile y Buenos-Aires: éste no podia prestárselos á causa de su espantosa anarquía, y aquél por tener agotado su armamento: así es que el brillante vencedor hubo de retirarse, cuando la opinion le sonreia más, viendo acercarse al constante La Hera con fuerzas veteranas. Sus riesgos hubieran sido muy graves, si el 14 de Junio no se recibiera en Tacna un aviso oficial de haberse pactado un armisticio entre las fuerzas beligerantes. Al terminar la tregua, se dirigió, el 19 de Julio, al puerto de Arica, de donde, vencidas algunas dificultades, se dió á la vela tres dias despues, con direccion al Norte, llevando consigo algunos emigrados.

Entre tanto Arenales, que habia dejado el 21 de Abril el campamento de Huaura, y subido á la sierra con el escuadron granaderos de á caballo de los Andes, los batallones Numancia, cazadores del ejército y de los Andes, 4 piezas de artillería y la caballería conservada por Gamarra en Oyon, habia conseguido grandes ventajas, sin necesidad de arriesgar azarosos combates. Habiéndose retirado ya Valdés y Ricafort, sólo quedaba, que perseguir á Carratalá, detestado por sus crueldades. Una marcha rápida de los patriotas, emprendida á la ligera el 9 de Mayo, le habria puesto en manos de sus perseguidores, si una gran nevada no les hiciera llegar á Pasco tres horas despues de su salida. Otra marcha nocturna por la fria pampa de Junin, que les obligó á hacer alto dos leguas ántes del pueblo de Reyes, salvó por segunda vez á Carratalá, quien al retirarse incendió aquel lugar patriótico. Alejándose siempre en órden y con serenidad, logró tambien escapar del destacamento, que á las órdenes de Gamarra pudo darle alcance cerca de Concepcion. Su retirada hasta Chupaca sólo necesita recordarse por la crueldad con que azotó, mató y saqueó á sus vecinos, quienes se habian entusiasmado viendo llegar una partida, que daba gritos de ¡viva la patria! y parecia pertenecer al ejército libertador. La feliz marcha de Arenales, coronada ya con la posesion de las importantes provincias abandonadas por su enemigo, hubo de paralizarse por

las noticias del armisticio celebrado. Sin embargo, al espirar la primera tregua, se apresuró á ejecutar importantes movimientos, con los que su segundo Alvarado logró tomar prisionera una compañía realista de 120 plazas; se iba á dar alcance á la retaguardia de Carratalá, quien por la próroga del armisticio pudo marchar libremente á Huancavelica; mas un oficial enviado por él de parlamentario fué asesinado bárbaramente por los indios de Moya, ignorantes del respeto debido á los mensajeros de paz y exasperados por recientes vejaciones.

San Martin se habia embarcado el 27 de Abril, en la caleta de Salinas, para el puerto de Ancon, con la mayor parte del ejército patriota, que, despues de la salida de Miller y Arenales, conservaba en el campamento de Huaura. En las últimas semanas de su residencia allí, habia querido organizar el Perú, ya independiente, con un reglamento provisional, cuya exposicion creemos oportuno reservar para la historia de su gobierno. Su tropa llevaba con impaciencia estos arreglos políticos, cuando lo primero era completar la libertad de la patria, y brindaba con aire poco sumiso por los que en el Sur estaban cubriéndose de laureles. Ademas creian preferible perecer en los combates á sufrir los peligros de una epidemia de fiebres graves, que principió con el abuso de las frutas y del huarapo, se exasperó con los calores y los afligia sobremanera, tanto por el mal alojamiento,

cuanto por la falta de medicinas. Los patriotas de Lima las enviaban sin esquivar sacrificios, ni riesgos; pero no siempre llegaban á tiempo y en cantidad suficiente. Urgia, por lo tanto, abandonar aquel lugar epidemiado, donde llegó á estar en el hospital una tercia parte del ejército. En fin, convenia acercarse á Lima, cuyos dominadores, aquejados igualmente por las fiebres, hostigados de cerca por las guerrillas, y faltos de recursos, no podian hostilizar á las fuerzas libertadoras, protegidas, en las posiciones de Ancon á Chancay, por la proximidad de la escuadra.

Por este tiempo se tenía gran confianza de que se interrumpieran las hostilidades, por haber llegado de la córte el capitan de fragata D. Manuel Abreu para entablar negociaciones pacíficas. El Gobierno constitucional de Madrid habia enviado en su compañía otro comisionado, que murió en Panamá, y así hubo él de llegar solo, el 25 de Marzo, al campamento de Huaura, animado de las mejores intenciones, pero escaso de habilidad diplomática, y produciendo impresiones desfavorables á la España por su ridícula figura. «¿Que tal, dijo al verle en cierta ocasion García del Rio, si por la muestra se ha de juzgar del paño?» El caballeroso San Martin procuró atraérselo, dispensándole las consideraciones debidas á un enviado régio, poniéndole guardia de honor y dándole convites espléndidos. Por el contrario, los realistas de Lima

le miraron mal, no sólo por desprecio á su persona, sino porque su comision les contrariaba de todos modos. Sin embargo, el Virey, cediendo á la opinion, y en cumplimiento de las instrucciones del Gobierno, hubo de formar una junta pacificadora; y ya por carta particular del 5 de Abril, ya por invitacion oficial posterior, propuso á San Martin entrar en negociaciones conciliadoras. Convenidos en esta parte, nombró el caudillo libertador comisionados suyos, al coronel Guido, á su secretario García del Rio y á D. José La Rosa, y por el Virey fueron considerados con igual carácter, junto con Abreu, D. Manuel de Llano y D. Mariano Galdiano; servian respectivamente de secretarios sin voto Lopez Aldana y el capitan D. Francisco Moar; y el 4 de Mayo se abrieron las negociaciones en Punchauca, hacienda situada cinco leguas al norte de Lima y declarada punto neutral.

Los comisionados del Virey propusieron la celebracion de un armisticio y el envio de comisionados á la península para los arreglos definitivos; los de San Martin, conforme á sus instrucciones, rechazaron toda transaccion fundada sobre el reconocimiento de la Constitucion española, ó en la que no se admitiera por base la independencia de Chile, Buenos-Aires y el Perú. Habiendo prohibido el Gobierno español expresamente reconocer á los americanos como independientes, y aspirando á atraérselos con concesiones liberales, sólo pudo tra-

tarse por el momento de la suspension de hostilidades; y en efecto, prévias algunas propuestas de entrambas partes, difíciles de conciliarse entre sí, se arregló un armisticio provisorio por veinte dias, pactando en su tercer artículo una entrevista entre San Martin y Laserna.

Reunidos en Punchauca, el 2 de Junio, el Virey y el caudillo libertador, con Lamar, Canterac, Las Heras, los comisionados pacificadores y otros jefes, tuvieron una entrevista cordial, una comida, donde reinaron la franqueza y el buen humor, conversaciones vagas sobre sus respectivos proyectos, y al fin una conferencia íntima entre los principales personajes. En ella propuso San Martin el nombramiento de una regencia, compuesta de tres individuos, siendo uno de ellos Laserna como presidente, y los otros dos los elegidos por él y por el proponente; esta regencia habia de gobernar el Perú hasta la llegada de un príncipe español, que el caudillo libertador iria á pedir á la Península. La inesperada proposicion, que apoyaron los comisionados del Virey, colocó á éste en una situacion embarazosa; pidió tiempo para deliberar acerca de ella; y vuelto á Lima, la desechó como contraria á las reales órdenes, proponiendo en su lugar la suspension de hostilidades; la division interina del país en territorio al norte del rio de Chancay, que debia ser gobernado por los independientes, y en provincias meridionales, que serian regidas por una junta de

gobierno con arreglo á la Constitucion española; el viaje del mismo Laserna para Europa á fin de instruir al Rey de todo, y la invitacion á San Martin para ir juntos, si el último insistia en pedir un príncipe español. Desechada tambien esta propuesta, se arrastraron lánguidamente las negociaciones, aunque los patriotas de Lima excitaban con anónimos al Cabildo para intervenir en un pronto arreglo, y los municipales dirigieron una enérgica representacion, pintando con vivos colores los males de la guerra. Los jefes del ejército realista, ofendidos por lo que en el oficio del Cabildo habia de poco honroso á los soldados, exigieron satisfaccion, amenazando, que, si no se les hacia justicia, no dejarian impunes á los vulneradores del honor militar. El Virey habia contestado, que, si bien amaba la paz, sólo podria aceptar la que fuese decorosa, y que preferia morir á existir con mengua de la dignidad nacional. Nuevas y contradictorias propuestas mediaron en el largo curso de la negociacion (1), que se prolongó muchos dias despues de haber desaparecido su objeto, en el pueblo de Miraflores, y á bordo de la fragata Cleopatra. No pensaba ya el

(1) Los pormenores de esta prolongada y estéril negociacion pueden leerse en el primer tomo de la *Historia del Perú independiente*, escrita por el Dr. D. Felipe Mariano Paz Soldan con tanta laboriosidad como buena fe, y muy recomendable por el rico caudal de hechos, importantes documentos y un precioso catálogo bibliográfico.

Virey sino en continuar la guerra, y San Martin veia acercarse la ocasion decisiva, para que por sólo el ascendiente de la opinion se consumára el triunfo de la independencia.

En realidad, los hombres previsores no podian desconocer por más tiempo, que la emancipacion de la América española era un hecho consumado. Algunos diputados á las Córtes habian hecho presente, que era inútil entrar en negociaciones con los americanos, si no se la tomaba por base; pero la gran mayoría del Congreso ignoraba el estado de estos países y los verdaderos intereses de la España, consagraba una atencion preferente á los asuntos peninsulares, y se lisonjeaba todavía con la vana esperanza de conservar una dominacion desacreditada, sin fuerzas y perjudicial á todos, con ofrecer á los amantes de la vida propia una constitucion extraña, sin viavilidad en el lugar de su orígen, y que se pretendia aplicar á las antiguas colonias con poca oportunidad ó con odiosas restricciones. El Virey, si tuvo razon en no comprometer su cuestionable autoridad con una transaccion contraria á las instrucciones de la córte, hizo mal en no acceder á un prolongado armisticio, que hubiera preservado al Perú de grandes sufrimientos, á los españoles residentes en él de los mayores quebrantos, y á la España misma de antipatías, que por mucho tiempo le han impedido tener un trato cordial y ventajoso con las repúblicas hispano-americanas, ligadas

á ella, con vínculos preferibles á los del coloniaje, por la reciprocidad de afectos y conveniencias.

Rotas las hostilidades el 26 de Junio, apuró Laserna su retirada al interior, que habia podido preparar durante un armisticio de más de cincuenta dias, y que de meses atras tenía proyectada, como el único medio de prolongar la guerra. Más de dos mil soldados realistas estaban en los hospitales, y las bajas iban siempre en aumento; porque, sin contar las producidas por la incesante desercion, los estragos de la epidemia se agravaban con los del hambre. La escuadra, el ejército libertador, los pueblos pronunciados y las guerrillas impedian de tal modo la llegada de víveres, que tres onzas de pan, ó doce de papas, ó cinco de carne de carnero, valian un real, un camote grande 2, y un huevo 3; la botija de arroz, de treinta y siete á cuarenta libras, costaba 32 pesos y era difícil de conseguir; cada dia tomaba mayor valor la carne de yegua, mula y borrico. Exaltada por las privaciones, por la represion y por el más ardiente patriotismo, podia la ciudad concertar con las fuerzas sitiadoras un ataque irresistible. Para no perder tiempo en tan peligrosa situacion, envió el Virey por delante á Canterac con el grueso de su ejército, y él salió con la retaguardia en la madrugada del 6 de Julio, publicando una proclama en que aconsejaba á todos la conservacion del órden, encargando el gobierno interino al Marqués de Montemira, y pidiendo á San

Martin, junto con la proteccion inmediata de la desamparada poblacion, el buen tratamiento de los comprometidos en favor del Rey. Deciale tambien, que en caso de regresar, esperaba encontrar intactos los edificios y elementos de guerra, en reciprocidad de lo que él habia hecho. Sin embargo, se le acusa de haber inutilizado la máquina de acuñar moneda, destruido las armas, que no podia sacar, y entresacado los documentos del archivo. Queria llevarse los soldados enfermos; pero, noticioso de ello el patriota Dr. Morales, consiguió de los vecinos, que los dejasen escapar del hospital, atravesando sus casas; y así pudieron hacerlo unos 2.000. Faltándoles el preciso sustento, y llorando las mujeres, que no podian proporcionárselo, cedió una señora el único burro, que le servia para proveerse de agua, y pudo aliviarse el hambre de los infelices asilados con la carne de aquel animal y el caldo, que con ella se hizo.

Sabiendo Arenales la retirada de los realistas, pensó atacarlos ántes que estuviesen unidos, y cuando se halláran muy debilitados por la penosa travesía de la cordillera. Habiendo recibido órden para no comprometer un choque arriesgado, pidió, que sus operaciones fuesen favorecidas por las guerrillas reunidas ya bajo el mando del denodado Villar, y por fuerzas destacadas del ejército libertador, ya en posesion de Lima. Representaba con tanta claridad, como viveza, la urgente necesidad de no

abandonar á los patriotas del interior, de no perder en la retirada una gran parte de su hueste, que se elevaba á 4.300 hombres bien organizados, y de no dejar al enemigo la libre posesion de la mejor base militar. Sus consejos é instancias fueron desoidos por San Martin, quien tal vez no se creia capaz por el momento de hacer frente á Laserna, preferia la marcha lenta, pero segura de la opinion, á combates azarosos, y subordinaba la pronta conclusion de la guerra á desacertadas aspiraciones monárquicas, que comprometieron mucho su reputacion militar y política, con incalculable daño de la república naciente.

Libres los realistas en sus operaciones, principiaron á reforzarse, con extraordinaria actividad, en los bien provistos y vivificadores valles de la sierra. Combatiendo con un teson, que recuerda las proezas de la conquista, disponiendo de aguerridas divisiones, y sostenidos por el pundonor militar, pudieron conseguir algunas ventajas parciales y efímeras; pero era imposible, que prolongáran en el Perú la dominacion española. La autoridad del Rey habia concluido en Méjico con el convenio de Igualada, espiraría pronto en Venezuela por la derrota de Carabobo, y en el resto de la América Meridional debia sucumbir en la primera gran batalla, que perdieran los realistas, de lo que estaban convencidos sus más orgullosos caudillos. Reducidos, por lo tanto, á oprimir únicamente el ter-

ritorio, que pisaban, dejaron de representar los derechos de un gobierno acatado, y apénas podian inspirar el interes, que excitan las ruinas. Una vez abandonada Lima, todo el poder moral pasaba á los libertadores, que inauguraban la nueva vida del Perú bajo los más felices auspicios.

Las prevenciones, estudiosamente difundidas, habian consternado á una pequeña parte de los vecinos. Cuando la ciudad quedó desamparada por la retirada del Virey, unas pocas mujeres, tímidas ó demasido crédulas, se habian refugiado en los monasterios, y algunos españoles sin familia se pusieron bajo la proteccion de las fortalezas del Callao. Ademas hubo cierta alarma general, viendo que los negros, azuzados por agentes provocadores, se aprestaban á asaltar algunas tiendas. Pero el primer atentado fué reparado por la intervencion de esforzados patriotas, que quisieran haberlo borrado con su sangre, si la sangre hubiera podido borrarlo. Las exhortaciones del venerable y benéfico Arzobispo, cuyo celo habia sido sostenido por un oficio de San Martin, impedian el desenfreno de la plebe, y la índole apacible de los limeños preservó á la ciudad de venganzas y desórdenes, de que rara vez se libertan las grandes poblaciones en circuntancias tan críticas. A la efímera alarma sucedieron en breve el júbilo y el entusiasmo. Arreglada la entrega del mando á San Martin, por el intermedio del Ayuntamiento y del Prelado, salieron muchas

personas á recibir á los que venian; se les saludó con repiques de campanas, y reinó la animacion de las grandes fiestas, rebosando el gentío en las calles, atronando los cohetes y ensordeciendo los vivas. Al entrar San Martin, no podia dar un paso, por el inmenso concurso, que le rodeaba, y las señoras tendian sus ricos pañolones para que sobre ellos marchára. Aun los que tenian motivos de sobresalto, se tranquilizaron despues que el dia 10 se publicaron bandos, prohibiendo injuriar á los españoles, facultándolos para abrir sus tiendas de comercio, y ordenando, que no se interrumpiera el curso de la justicia. Los patriotas se congratulaban al ver sustituidas las efigies y armas del Rey con las del Perú y con la inscripcion, *Lima independiente*. La entrada libre de víveres acrecentó la satisfaccion general del vecindario.

Los votos del pueblo fueron cumplidos, cuando el caudillo libertador ordenó al Ayuntamiento, que convocára á todos los vecinos notables, á fin de expresar, si la opinion general estaba decidida por la independencia. Reunidos, el 15 de Julio, en la casa consistorial, el Arzobispo, los Prelados religiosos, la primera nobleza y otras notabilidades, dijeron en su nombre y en representacion de los demas vecinos: que la voluntad general estaba decidida por la independencia del Perú de la dominacion española y de cualquiera otra extranjera y que para que se procediese á su sancion por medio del

correspondiente juramento, se contestára con copia certificada del acta al mismo señor excelentísimo.

Firmada el acta del Cabildo, se fijó el 28 de Julio para la proclamacion de la independencia, con la solemnidad conveniente al acto, que marcaba el principio de una existencia digna de un gran pueblo. En ese dia memorable se veian alzarse en las principales plazas, espaciosos tablados, dispuestos con decencia. De palacio salió una lucida comitiva, en la que iban por delante la Universidad con sus cuatro colegios, los jefes de las casas religiosas, los del ejército, algunos oidores, muchos nobles y los individuos del Ayuntamiento, todos én briosos caballos ricamente enjalmados; venía en medio San Martin en compañía del Marqués de Montemira y de su plana mayor, y cerraban la marcha la guardia de Lima, los húsares de la escolta, un batallon libertador con las banderas de Buenos-Aires y de Chile, y la artillería con sus cañones.

Subiendo al tablado de la Plaza Mayor, enarboló San Martin el pabellon nacional, que fué saludado con indescriptible alborozo por el inmenso concurso. Exclamó luégo con voz solemne: *¡El Perú desde este momento es libre é independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende!* Batiendo la bandera, repitió muchas veces con acento entusiasta: *¡Viva la patria, viva la libertad, viva la independencia!*, y estas expresiones, hallando eco festivo en

todos los presentes, se mezclaron con el estampido de los cañones, con el repique general de campanas, con la caida de monedas y medallas conmemorativas, pródigamente derramadas por el colegio de abogados y otras personas, y con las más variadas manifestaciones de universal alborozo.

Las mismas solemnidades y alegrías se reprodujeron en otras plazas, reinando en ellas y en las calles del tránsito la efusion del júbilo más puro. El dia siguiente se celebró una misa solemne en accion de gracias, con asistencia del Arzobispo, de la anterior comitiva y de una concurrencia numerosa de todas clases. De la iglesia partieron los individuos de las corporaciones civiles y eclesiásticas á prestar el debido juramento á Dios y á la patria.

Todos los pueblos del Perú habrían mostrado, como hacen hoy en su glorioso aniversario, el mismo entusiasmo con que la capital proclamó la independencia en el 28 de Julio, si todos hubieran estado libres. Tanto en éstos como en los ocupados todavía por los enemigos, la decidida voluntad de emanciparse no podia ser más explícita. La justicia de la causa nacional, evidente para todos ellos, principiaba á ser reconocida por todos los extranjeros y por muchos peninsulares. La proteccion de la divina Providencia se hacia visible en el estado general de la América, en los sucesos de España y en las tendencias de todo el mundo civilizado. El tiempo ha ido confirmando, de dia en dia, que los votos del Perú

correspondieron á las necesidades de su brillante porvenir. Atravesados los difíciles principios de su vida independiente, y no obstante las fuertes rémoras, que le oponen el pasado y numerosos obstáculos actuales dentro y fuera de su seno, ha hecho ya asombrosos progresos; su poblacion ha doblado, cuadruplicado su comercio, quintuplicado su hacienda, mejorado la agricultura bajo todos aspectos, y perfeccionádose en multitud de valiosos ramos la industria; el bienestar comun y el esplendor de las grandes poblaciones se acrecientan de contínuo; las ántes olvidadas vias de comunicacion son reemplazadas por ferro-carriles, que van á atravesar los Andes; la civilizacion está penetrando en la inculta montaña; el nivel social se eleva y la fusion de todas las clases en la unidad nacional se hace más íntima, por la abolicion de la esclavitud y de la servidumbre, junto con la difusion de las luces; la instruccion se propaga bajo todas formas; se aclimatan con admirable facilidad las instituciones de prevision y de crédito; la administracion se organiza de la manera más conveniente; las mejoras morales, siempre más lentas, que la cultura física, y que el perfeccionamiento intelectual, se aperciben áun en medio de la corrupcion y de accidentales desórdenes. Al mismo tiempo que rápidos, son sólidos los progresos del Perú independiente; porque á las benéficas influencias de las naciones cultas, con las que extiende y estrecha sus variadas re-

laciones, une principios imperecederos de grandeza y el caudal de sentimientos, de creencias y de otros elementos conservadores, que se arraigaron profundamente en sus hijos, sea bajo el imperio de los Incas, sea en los tres siglos de vireinato. Lo que habia de bueno en la civilizacion colonial, subsiste vigoroso, por no haber degenerado en destructora guerra de razas la gloriosa epopeya de la independencia.

FIN.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

REINADO DE FELIPE V.

LIBRO II.

REINADO DE FERNANDO VI.

LIBRO III.

REINADO DE CÁRLOS III.

LIBRO IV.

REINADO DE CÁRLOS IV.

LIBRO V.

REINADO DE FERNANDO VII.



F 3444 .L87 C.1
Historia del peru bajo los Bor
Stanford University Libraries
3 6105 037 152 811

F
34
.L

	DATE DUE		

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA
94305

